La oscuridad del sur

Rosa Moreno Matellanes

La oscuridad del sur

Rosa Moreno Matellanes

La oscuridad del sur

Rosa Moreno Matellanes

A mi abuelo, Ignacio.

Gracias por esas tardes de miércoles.

La patria no es la tierra. Sin embargo, los hombres que la tierra nutre son la patria.

RABINDRANATH TAGORE

1 RECUERDOS

Orizaba, noviembre de 1975

Nunca imaginó que no volvería a España. Jamás había contemplado vivir en una cultura distinta y, aunque se adaptó, como otras veces lo había hecho, siempre llevó en su pensamiento su país y, sobre todo, esa ciudad del sur que nunca había olvidado. Allí donde dejó tantas cosas, tantos sentimientos. No, nunca pensó que no volvería a ver su tierra; ni las casas de piedras del norte ni las encaladas del sur de España. Ahora, después de tantos años, todo se le antojaba tan claro como el primer día. Casi podía oír las risas de los que habían quedado atrás, pero sobre todo podía oír los llantos, los disparos y los gritos. Eso sí que no se olvidaba.

Le hubiera gustado tener más tiempo para disfrutar de los suyos, pero eso no estaba escrito. Sentada en su sillón favorito en su salón de Orizaba repasaba otra vez el periódico que hablaba sobre lo que había ocurrido en España y en la historia de aquel país.

«¿Historia?», pensó.

Para ella todo era como si hubiera ocurrido ayer; su memoria era actual, viva, latente y constante. Ni un solo minuto de su vida había olvidado nada de lo que había vivido en su país. En su memoria estaba presente todo, lo bueno y lo malo.

Se dejó transportar por sus pensamientos mientras dejaba caer el periódico al suelo. Se introdujo otra vez en su infancia con sus hermanos, en su viaje precipitado, en la alegría del sur y ahí paró de repente. Era demasiado doloroso para seguir recordando. Aún no entendía el porqué de lo que había ocurrido.

Se levantó del sillón mientras secaba sus lágrimas y se acercó a la ventana. Su apartamento daba a una avenida muy concurrida y se entretuvo un rato viendo el pasar de la gente. Orizaba hacía mucho tiempo que era su hogar. El río, del mismo nombre, le recordaba al Guadalquivir de Sevilla, aunque la ciudad de las aguas alegres, como la llamaban, evocaba más su Zamora natal y la sierra de la Culebra que el sur de España. Sin embargo, la luz no era la misma. Nada realmente era lo mismo. Quiso parar de pensar, pero ya era tarde; su

mente ya se había activado. España…

2 EL PRINCIPIO

Sandín, febrero de 1916

Corría el año 1916 cuando llegó la noche de su nacimiento, noche cerrada y fría del invierno castellano. Su familia siempre había vivido allí, en aquella pequeña aldea de Zamora. Todos habían crecido entre montañas, tierras de labranza y ganado.

Su nacimiento no fue fácil. Hubo que llamar a la matrona varias veces. Su hermano Pedro, uno de los mayores, había usado el único caballo de la familia para ir al pueblo de al lado, más grande que el suyo, y avisar a doña Claudina. La mujer era la matrona que había traído al mundo a todos los chiquillos de la aldea y las cercanías. Alarmados por la tardanza, otro de sus hermanos, Jacinto, fue azuzado por su padre para ir en busca de Pedro y la partera. Era febrero y el intenso frío zamorano se clavaba en el cuerpo como puntas de alfileres. Muchas de las aldeas en esa parte de España quedaban atrapadas y aisladas por la nieve en esa época del año. Sandín era una de ellas, al pie de la sierra de la Culebra. Su cielo azul y las aguas cristalinas de su río invitaban a largos paseos por sus bosques verdes, llenos de robles y castaños.

Entre la ventisca y la copiosa nevada, doña Claudina y los hermanos llegaron tarde, casi demasiado tarde. Se bajaron con dificultad de la pequeña berlina de la mujer, un antiguo coche de caballos que había conocido tiempos mejores. Torrijo, el caballo tordo de la familia, venía atado detrás. El camino no había sido fácil y habían perdido un par de horas tratando de sacar una de las ruedas, enganchada en una zanja.

Entre disculpas entró la mujer en la humilde casa. Nadie estaba seguro de que hubiera llegado a tiempo. El grito desgarrado de la madre se instaló en toda la estancia y doña Claudina se puso rápida manos a la obra.

La casa era poca cosa, solo un rectángulo de piedra oscura donde cohabitaba la familia en la parte superior y sus bestias en la inferior. Habían construido esa segunda planta con suelos de madera y cañas recubriendo las paredes. Allí era donde también almacenaban las provisiones. Muchas de ellas, de las matanzas que se hacían cada año

a finales de noviembre, y que ayudaban a pasar el duro invierno. Aunque antaño había sido la paja la que cubría el tejado, hacía tiempo que los antepasados de la familia habían puesto tejas de pizarra para tener una mayor protección.

Tumbada a un lado de la sala y cerca del fuego, se encontraba la parturienta. Ana, la madre, era perra vieja en el arte de parir. Ya había dado a luz a siete varones fuertes y sanos. Gracias a Dios, ya que la familia necesitaba a todos y cada uno de ellos para las labores del campo y para atender a los animales. Ana no hubiera querido más hijos, aunque siempre había soñado con que alguno de ellos hubiese sido una niña. Sin embargo, su marido, un hombre maltratador y borracho, la había vuelto a dejar embarazada. La mujer se retorcía de dolor mientras intentaba expulsar a este nuevo hijo de una manera natural. Ana sabía que algo no iba bien; habían sido muchos partos como para tener dudas y notaba que estaba perdiendo fuerzas. Claudina le agarró fuerte la mano, como dos viejas amigas que se disponían a contarse confidencias.

—Ana, ¿otra vez estamos aquí, criatura? ¿Cómo te encuentras?

—Esta vez es diferente, Claudina, lo presiento —contestó la futura madre, casi sin aliento.

—Bueno, bueno, déjame echar un vistazo y ya hablaremos —la animaba la comadrona.

Después de reconocer a la mujer, Claudina entendió que el parto no iba bien.

—Cálmate, Ana, seguro que este niño es más robusto que los otros siete, nada más —intentó tranquilizarla.

No sin esfuerzos, la cabeza del pequeño decidió salir, pero con dos vueltas de cordón en el cuello. La pericia de Claudina, alabada en toda la comarca, hizo que pudiera desenroscar ágilmente ambas vueltas de ese pequeño cuello que se había vuelto azul. Una vez la cabecita estuvo fuera, el pequeño cuerpo se deslizó como si estuviera untado en mantequilla.

—¡Ana! ¡Ana! —gritó Claudina.

—¿Qué pasa, Claudina, por Dios? —chillaba la madre aterrada.

—Nada malo. ¡Es una niña! Después de siete varones, por fin te ha llegado una niña.

—Acércamela —dijo Ana, aún jadeando por el esfuerzo—. La verdad, matrona, es que no había ni pensado en esta posibilidad. Creía que mis entrañas no eran buenas para una hembra. Sin embargo, mírela, aquí la tenemos.

Cuando Claudina le acercó a ese trocito de carne sollozante y azulado, Ana se sintió profundamente orgullosa de su hija.

—Y es grande y hermosa, como han sido tus otros hijos —exclamó Claudina.

—Imagino que no tendrás pensado ningún nombre para ella —inquirió la vieja matrona.

—Te equivocas —repuso Ana—. Yo creo que todos venimos ya con el nombre puesto, Claudina, y ella nos lo ha dicho a través de ese color azulado casi violáceo que ha traído.

—Ya me dirás tú qué color querrías que tuviera con dos vueltas de cordón al cuello —hablaba la matrona mientras trabajaba tratando de sacar todos los restos de placenta de la madre.

—Es verdad, Claudina, pero, como te he dicho, ha venido con su nombre puesto.

—¡Ah, sí! ¿Y cuál es ese nombre que ha traído la niña?

—Violeta, se llamará Violeta —sentenció la madre.

***

Su infancia transcurrió entre aperos de labranza, ganado, inviernos largos y veranos cortos. Incluso en esa época del año, hacía falta una manta para pasar las noches, sobre todo si se dormía al raso. Sandín invitaba a ello y era un placer para los niños ver el cielo plagado de estrellas, perseguir a los grillos o escuchar el croar de las ranas.

Para Violeta no fue fácil ser la única chica entre tantos varones. Desde muy pronto, se vio obligada a aprender a lavar en el río helado que corría por su aldea, hacer comidas para diez y realizar las labores del campo que, como uno más, tenía que emprender cada mañana a la salida del sol.

Su padre era un hombre duro, parco en palabras y de bofetadas fáciles. No le hacía ascos al alcohol, que decía servía para entrar en calor en las noches de invierno cuando uno ya estaba más ocioso.

Su madre, aunque más inteligente, había sido anulada por el miedo y el maltrato. Pero Violeta, a su manera, creció feliz.

No era una adolescente guapa, aunque tampoco se podría decir que fuera fea. De pómulos anchos y prominentes, tenía unos ojos pequeños pero muy vivos. Su tez era clara, casi como la nieve a la que estaba acostumbrada, y su pelo de un color rubio pajizo algo indefinido. Era voluptuosa para su edad y, antes de los quince, parecía toda una mujer, con pechos firmes y muslos torneados aunque ocultos por esas ropas viejas y negras que siempre llevaba. Parecía como si siempre estuviera de luto; si no era por un abuelo, era por una tía o por un primo lejano, pero siempre iba vestida de negro. Fue entonces, y con poca edad, cuando empezó a odiar ese color. Le sugería muerte, tristeza, podredumbre, y ella era alegre, de risa fácil y carácter abierto. Todo eso iba a terminar ese mismo invierno, aunque Violeta aún no lo sabía.

Los inviernos de Sandín eran fríos y oscuros. El agua del río Tera, donde solían lavar, siempre corría helada, rodeada de una niebla mañanera por el efecto de esa masa de agua cercana a la que llamaban Duero. Esa niebla y ese frío zamoranos cambiarían su niñez, se llevarían su inocencia y la convertirían en una mujer más dura y menos confiada de un plumazo.

Era febrero, un día próximo a su decimonoveno cumpleaños. Violeta se levantó temprano. Se restregó los ojos aún legañosos y bajó del soberado, esa segunda planta donde todos dormían, casi sin hacer ruido. Los colchones de paja no eran muy cómodos. «Siempre te levantas peor que te acuestas», solía decir su madre. Había que darles la vuelta con frecuencia y ventilarlos para que no se convirtieran en un nido de bichos y pequeños insectos. Su familia era pobre; no podían permitirse el lujo de comprar colchones de lana, como los de los hijos de don Benito, el dueño y señor de todo Sandín.

Don Benito Guirou no había nacido allí, sino en el sur de Francia y no amaba esa tierra dura como ella lo hacía. Sin embargo, había hecho fortuna y se había casado con Teodora, una chica más del pueblo que, desde su boda, pensaba que era la misma reina de Saba. Habían tenido dos hijos: Luis y Ángel, y ocho abortos que casi acabaron con la vida de la mujer. Luis y Ángel sí se podían permitir esos colchones de lana e incluso camas donde apoyarlos. Violeta sentía

una envidia infantil cuando veía llegar al pueblo a don Eduardo, el colchonero, que viajaba por la comarca ventilando y rellenando esos colchones de lana tan mullidos. Ella tenía que conformarse con el de paja que compartía con su madre, y se levantaba llena de picaduras de vete tú a saber qué tipo de bichos.

Ángel, el menor de los hermanos Guirou, era solo un año mayor que Violeta y nunca se habían relacionado en persona, pero ella sabía muy bien quién era él. Todos en la aldea conocían a los dos hermanos y, aunque Luis era algo más cabal que el pequeño, ninguno de los dos era trigo limpio. Su madre los había criado entre caprichos y altanería, y era así como trataban a la gente de su alrededor. Sabiéndose con poder, lo usaban para maltratar a sus trabajadores y controlar al pueblo bajo el yugo de su dinero. Tenían tierras, muchas tierras, y la mayoría de los labriegos de Sandín trabajaban en ellas bajo condiciones infrahumanas.

Esa mañana de febrero hacía más frío y había más niebla de lo habitual. Violeta no tenía ganas de ir al río. El día anterior se había entretenido más de lo debido en el campo y había prometido a su madre que lavaría la ropa temprano, antes de empezar con los desayunos. Se lavó la cara casi a tientas; no había luz y todavía no había amanecido. Se vistió como pudo y se arrebujó en un chal negro de lana para apaciguar un poco el tiritar de su cuerpo. Bajó calzándose los cholos e intentando no despertar a nadie y se escabulló por las escaleras de piedra al frío de las primeras horas de la mañana.

Salió casi rozando las cabezas de sus hermanos, que dormían amontonados al calor de los rescoldos del fuego de la noche anterior. Violeta quería a sus hermanos; eran buenos con ella, brutos y poco civilizados, pero la querían y la protegían, especialmente de su padre autoritario y, a veces, casi despiadado.

Cuando salió fuera de la casa, el contraste de temperatura la hizo estornudar. «Quisiera estar en un lugar donde siempre sea verano», pensó, y se dejó acariciar por ese sueño cálido lleno de sol en un gran día de agosto. El frío era intenso y le cortaba la cara y las manos, lo único que no llevaba cubierto por el chal. Agarró la cesta de la ropa sucia, que era grande y pesada, y se la ensilló entre la cintura y la cadera izquierda. Debería haber cogido un candil, pero conocía el camino a la perfección y no hubiera podido llevarlo con las manos ocupadas. Se dio un segundo para pensar si sería mejor dirigirse al pozo. Todas las mujeres lavaban en los pozos del pueblo durante el invierno, por estar el agua algo más caliente; sin embargo, rechazó esa idea nada más tenerla. El río estaba más cerca y a ella no le sobraba el

tiempo.

—¡Maldita ropa! —dijo para sus adentros—. Estoy harta de tanta ropa de hombre. Si por lo menos fueran encajes, el trabajo se haría más llevadero y, seguro, más bonito.

Estaba en ese pensamiento y preocupada por el peso de la cesta, cuando algo se abalanzó sobre ella. No lo vio venir. Le quedaban unos pasos para llegar a la orilla del río cuando sintió que la asfixiaban, tapándole la nariz y la boca. No podía moverse y estaba asustada; sin embargo, por alguna extraña razón que no alcanzaba a comprender, solo podía pensar en la ropa, en toda esa ropa tirada por el campo.

3 ÁNGEL

Sandín, febrero de 1935

Ángel Guirou era bien parecido, de hombros anchos y abdominales marcados, probablemente de nadar en el río, ya que no había hecho gran cosa con su vida desde que nació. Era más alto que su hermano, más guapo y más malicioso. Tenía dinero y tenía físico, y por toda la comarca y la capital sus conquistas eran bien conocidas e inclusos alabadas y reídas por su padre, don Benito.

—Así se hace, hijo —le decía—. Las faldas son para subirlas. Si no se hacen esas cosas ahora, a tu edad, qué harás cuando llegues a la mía.

Sin embargo, don Benito no había criado a sus hijos de una manera blanda. Una cosa eran las conquistas y otra muy distinta el que se metieran en líos hasta el punto de que él tuviera que sacarlos de ellos a golpe de billetes. Sus dos hijos estaban advertidos.

—No hagáis nada que me avergüence y todo irá bien —les repetía constantemente.

Don Benito estaba muy orgulloso de haber tenido solo varones. No le gustaban las hembras.

—¿Para qué sirven las mujeres si no es para darte dolor de cabeza? —solía comentarles a sus hijos—. Si alguno quiere una, la coge, la usa y poco más. Ya llegará el día en que tengáis que casaros, pero a esa mujer la elegiré yo.

Ángel siempre había sido un déspota. Sabedor de su poder y su dinero, hacía lo que quería con sus compañeros de clase. Todos lo temían e intentaban no ponerse en su camino.

A diferencia de los hermanos Guirou, Violeta no fue nunca a la escuela, no supo ni leer ni escribir hasta ya entrada su adolescencia, cuando la señorita Jacinta, la maestra del pueblo, se interesó por ella. Sandín tenía escuela propia, aunque muy pequeña, con unas cuantas sillas de madera y algunas pequeñas pizarras donde Jacinta se reunía con algunos chicos para enseñarles lo básico. Violeta no había podido

ni asistir allí. Siempre tenía mucha ropa que lavar, mucha tarea en el campo, mucho que cocinar. Sin embargo, Jacinta creía en ella y algunas tardes le enseñaba a leer mientras paseaban. La chica fue aprendiendo; era lista y captaba las cosas al vuelo. Tenía curiosidad por saberlo todo. Le gustaba que la maestra le hablara de la naturaleza, del funcionamiento de las cosas y de números. «¡Una lástima que esta chica no pueda estudiar para salir de este pueblo y hacer mundo!», pensaba Jacinta.

Ángel no asistía a la escuela del pueblo, sino a la de la capital, Zamora. Iba al internado de San Gabriel, pero nunca aprovechó el tiempo estudiando. El chico, por el contrario, se dedicaba a planear novatadas y abusos que siempre se ocultaban con el dinero de don Benito, gran benefactor del centro. Aquel año, los problemas habían escalado de tal forma que Ángel temió que ni todo el oro del mundo pudiera salvarlo de una expulsión segura.

Entre los primeros niños nuevos que llegaron a San Gabriel apareció Torcuato. El chico era bajito, algo enclenque y con gafas; un chico callado que aterrizó en el internado gracias a la herencia recibida de su tío. Sus padres no eran ricos, pero decidieron invertir todo ese dinero en la educación de su hijo. Sin embargo, nadie contó con que Ángel, con su panda de seguidores, matones temerosos de sus represalias, lo elegiría como su siguiente víctima nada más verlo llegar.

—Esto va a ser divertido —comentó uno de los chicos mientras miraba al pobre muchacho desde las escaleras del internado. Estaba prohibido fumar, pero Ángel siempre se las había arreglado para sacar cigarrillos de debajo de las piedras y se había ganado el apodo de «humos». Según Ángel, Torcuato no era el tipo de chico que debía entrar en San Gabriel y él se encargaría de que eso no sucediera. Se sentía con ese poder de decisión.

Esa misma noche, Torcuato se sentía inquieto en su litera asignada. Era la primera vez que dormía fuera de casa y su respiración era agitada. Ángel había congregado a todos sus secuaces a su alrededor. Habían fingido amodorrarse hasta que el padre Pablo abandonó la habitación donde dormían todos los alumnos, después de desearles buenas noches.

El padre Pablo era el encargado de vigilar que todos se fueran a sus camas a su hora, estuvieran callados y acataran las normas. Era un hombre joven, más bien alto y no mal parecido. Sin embargo, no era muy amigable y tenía un carácter agrio y de pocas palabras.

Ángel era líder por naturaleza, inteligente, frío, y todos los chicos preferían estar de su parte más que en su contra, para evitar represalias. Mauricio, su amigo más íntimo y fiel seguidor, era un muchacho bajito, aunque fuerte, que había llegado a San Gabriel un año antes que Ángel. Gandía, el otro miembro de la tribu que había creado el hijo de don Benito, era el más alto de los tres, pero con una personalidad fácil de manipular. Todos provenían de familias adineradas de la zona y habían congeniado nada más conocerse. El trío siempre se estaba metiendo en líos y, en más de una ocasión, casi habían estado a punto de expulsarlos.

—Gandía, dame la linterna —pidió Ángel mientras daba un salto de la cama. Gandía había podido camuflarla entre sus pertenencias al volver de alguna de las vacaciones en su casa. El muchacho, obediente y con más miedo que otra cosa, se la acercó a Ángel.

—Ya sabéis el plan, ¿no? —dijo Guirou acercándose a Mauricio—. Le ponemos la mano en la boca para que no grite, le atizamos un poco y nos echamos unas risas. Aquí nadie dirá nada, todo está bajo control.

—Mauricio, ven aquí y ayúdame —ordenó Ángel—. ¿Estáis preparados? Pues venga, a por él.

Con sigilo, agarraron a Torcuato por brazos y piernas, apretándole con fuerza la boca. El chico casi no podía respirar, pero se resistió como pudo al brutal atropello.

—Está haciendo demasiado ruido —susurró Gandía. Torcuato seguía retorciéndose como pez fuera del agua y Ángel tuvo que golpearlo con la linterna para ver si dejaba de moverse. A pesar de que la sangre le empezó a brotar profusamente de la brecha abierta en la cabeza, el muchacho no paró de agitarse y emitió algún grito ahogado que puso en alerta a Ángel y a su pandilla. La situación se había complicado y se les estaba yendo de las manos. Lo único que todos tenían en la cabeza era que, si Torcuato no se callaba pronto, el padre Pablo se enteraría del jaleo y tendrían que atenerse a las consecuencias.

—Joder, es una broma, solo una broma y este pequeño enclenque la está estropeando —pensó Ángel con asco—. Escúchame, hijo de mala madre, esto es solo para que aprendas desde el día uno quién manda aquí, y mejor que te calles y te estés quietecito porque, si no, las cosas se van a poner muy feas para ti.

Torcuato luchaba con todas sus fuerzas por zafarse, por respirar. Cada vez le costaba más trabajo coger una bocanada de aire, pero seguía moviéndose y volvió a hacer amago de gritar. El pobre muchacho se preguntaba qué era lo que estaba pasando, no sabía por qué esos chicos estaban golpeándolo si solo llevaba unas horas en el internado.

—¿Qué coño le pasa a este tío? —preguntó Mauricio—. ¿Quieres dejar de resistirte, idiota? Esto es normal. Te damos una lección y tú aprendes quiénes son los que mandan. Ya sabes, una pequeña bienvenida. Cállate, estate quieto y todo será más rápido. ¿No has oído hablar de las novatadas, imbécil?

Ángel bajó a Torcuato de su litera de un empujón. El ruido había alertado a los demás chicos que compartían sala con ellos y se dispusieron en un corro alrededor del muchacho, sin atreverse a mover ni un músculo. Torcuato, aterrado, quedó en el centro con Ángel y sus amigos, intentando hacer carrera de él. Seguía retorciéndose y haciendo ruido, por lo que la pandilla temía que don Pablo viniera y los cogiera in fraganti en cualquier momento. Ángel decidió cortar por lo sano.

—Coge el cubo, Gandía —ordenó, como de costumbre.

—Mauricio, tú agárralo por las piernas. Yo le cojo los brazos —insistió.

El cubo estaba habitualmente vacío. Lo utilizaban para que los alumnos se aliviasen por las noches. Pero Ángel empezaba a cansarse; esa broma ya no era divertida. Torcuato estaba resultando una molestia mayor de lo que había planeado. Ningún otro chico se había resistido así, y eso que lo había elegido por ser tan escuálido. Ni en un millón de años se hubiera imaginado la fuerza y los redaños que Torcuato iba a echarle. Gandía, con el cubo en la mano, empezaba a ponerse nervioso.

—¿Qué hago con esto, *humos*? —le preguntó insistente a Ángel.

—Llénalo de agua —le ordeno el matón.

A Mauricio se le demudó la cara.

—¿Estás seguro de que quieres que le ponga agua, Ángel? —le preguntó a su amigo.

—¿Estás sordo o qué? He dicho agua. A este cabrón le vamos a

dar la lección planeada y, si no quiere que sea por las buenas, será por las malas.

Torcuato estaba asustado, sudaba a raudales y parecía que lo estaban abandonando las fuerzas. Entre los tres matones le metieron la cabeza en el cubo lleno de agua helada. Tal vez la intención fue sacársela pronto de allí, pero no lo hicieron. El poder de Ángel y su pandilla era tal que ninguno de los chicos que compartían habitación con ellos dijo nada, ni tampoco hicieron amago de ayudar a Torcuato. Pasados unos minutos, oyeron los pasos de don Pablo.

—¿Qué pasa ahí? —gritó el cura—. Si tengo que entrar en la habitación lo haré con el cinturón en la mano. Ya sabéis que a mí no me escuece el cuero y que saco pronto el brazo a pasear.

Todos se quedaron inmóviles como piedras. Los chicos habían recibido algunas veces el beso del cinturón de don Pablo y no era divertido. Todo el mundo volvió a sus camas. Todos menos Ángel y su grupo. Se quedaron quietos, intentando agudizar el oído y ver si el padre Pablo se volvía a su cuarto.

Torcuato, aún con la cabeza en el agua, empezó a patalear, aunque los chicos se encargaron de que sus movimientos fueran insonoros. El muchacho intentó levantar la cabeza varias veces hasta que lo abandonaron las fuerzas. De repente, se quedó parado y muy quieto.

—Qué asco —dijo Mauricio—. El enclenque se ha meado. Esto ya me está empezando a resultar aburrido. Saquémosle la cabeza del cubo, a ver si ha aprendido quiénes son los reyes de este castillo.

—Querrás decir quién es el rey de este castillo, ¿no es así, Mauricio? —le recriminó Ángel.

—Por supuesto, *humos*, eso es exactamente lo que he querido decir —repuso el chico asustado.

Cuando Torcuato tuvo, por fin, la cabeza fuera del cubo, estaba blanco como la cal.

—¡Eh, idiota, muévete! —susurró Mauricio, dándole una patada.

El muchacho echaba espuma por la boca y en sus ojos abiertos había un velo extraño que les daba un aspecto de cristal.

—Novato, ¿te haces el muerto? —le preguntó Gandía, pero el

chico, que seguía sin moverse, no le respondió.

—Ángel, no se mueve —dijo Gandía asustado—. ¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho? Lo hemos matado.

De repente y como salido de la nada, don Pablo apareció en la puerta de la gran habitación.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó directamente a los tres chicos, aunque todos los demás estaban pendientes de la situación.

—Nada, don Pablo —dijo Gandía—, ha sido un accidente. Es el chico nuevo, parece que le ha dado un ataque. Tiene espuma en la boca.

—¿Espuma en la boca? ¿Pero qué es lo que ha pasado aquí? A ver, dejen paso.

El padre no daba crédito a lo que estaba viendo. El pobre de Torcuato estaba en el suelo, empapado y sin poder respirar. El cura se abalanzó sobre el chico y le hizo el boca a boca como buenamente supo, pero Torcuato no respondía. El muchacho estaba azul y su piel era tan fría como el mármol del suelo sobre el que estaba tumbado.

—¿Ataque? ¿Qué ataque? Este chico está mojado —gritaba el cura.

Mientras don Pablo decía estas últimas palabras, Torcuato empezó a toser, echaba espumarajos blancos por la boca y agua, mucha agua.

—¿Estás bien? —le preguntó don Pablo aterrado.

El chico solo movió un poco la cabeza de arriba abajo a modo de respuesta.

—Está bien, hijo, no te esfuerces. Ya tendremos tiempo de hablar de todo esto. Ahora lo importante es llevarte a la enfermería; allí te vas a poner bien.

Don Pablo mandó a uno de los alumnos a por ayuda mientras ponía a Torcuato de lado para vaciar sus pulmones de agua. Cuando el muchacho estuvo más recuperado, el cura agarró a Ángel por la solapa del pijama y le dio una sonora bofetada.

—Sé que has sido tú, sinvergüenza. Tú y solo tú. Esta vez, ni

todas las tierras ni todo el dinero de tu padre podrán salvarte de esto. Un intento de asesinato, eso es lo que ha sido. Sí, ciertamente, un intento de asesinato.

El médico del internado llegó enseguida con el alumno que lo había avisado, examinó al chico y, cogiéndolo en brazos, salió a toda prisa de la habitación, seguido por don Pablo. Cuando el muchacho se fue recobrando, todos respiraron más tranquilos.

Don Pablo salió de la enfermería y se dirigió al dormitorio de los chicos, donde había dejado a Ángel y su grupo.

—Esto ha llegado demasiado lejos —les gritó a los tres muchachos, que, de pie delante de sus camas, no se atrevían a mirar al cura—. Llevamos tres años aguantando burlas, bromas pesadas y quejas por parte de padres y alumnos, que manchan el buen nombre de nuestra institución. Verdad es que tu padre —dijo dirigiéndose a Ángel— ha facilitado nuestra labor docente y gracias a él hemos podido abrir una nueva ala para alojar una cocina más amplia, pero lo de esta noche ha sido la gota que ha colmado el vaso. Hemos hecho la vista gorda innumerables veces solo por tu apellido, pero hasta aquí hemos llegado. Te juro que de eso me voy a encargar yo. Mañana a primera hora os presentaréis en el despacho del padre Anselmo y él os indicará cuáles serán los pasos a seguir. Tú, Ángel, me esperarás aquí. Yo te acompañaré a ver al padre; los dos tenemos mucho que contarle. Ahora, volved todos a la cama. Ya hablaremos mañana de todo esto.

Ángel estaba pálido. Era raro en él, que no se amilanaba con nada, pero pensaba en el enfrentamiento que le esperaba con su padre y eso no le gustaba. Él sabía de sobra cómo se las gastaba don Benito Guirou y eso lo atemorizaba. Aunque mimado hasta el extremo por su madre Teodora, Ángel y su hermano habían sufrido el latigazo del cinturón de don Benito cientos de veces. Esa vez la bronca iba a ser gorda porque, si algo sabía que no le gustaba a su padre, era malgastar el dinero, e iba a necesitar mucho para sacarlo del atolladero donde se había metido.

Ángel no se equivocó. Fue expulsado de San Gabriel para siempre, aunque el dinero de don Benito sirvió para mantener la boca cerrada a los padres de Torcuato y que el asunto no escalara a otros niveles. Con lo que soltó el mayoral, Torcuato pudo asistir holgadamente al internado todos los años previstos y la familia del chico tuvo una pensión vitalicia para esquivar los malos tiempos. Fue así, también, como Ángel regresó pronto a su pueblo. Esa vez serían unas vacaciones perpetuas de San Gabriel. Unas vacaciones sin retorno.

Ángel no se fue de rositas. Don Benito era duro incluso con sus hijos, un hombre de guantazo y cinturón fácil. Ángel sabía que no podía posponer la paliza por mucho tiempo, así que se enfrentó a su padre directamente.

—Sé qué es lo que tienes en mente, así que ¿por qué no terminamos cuanto antes? —le dijo.

Don Benito no lo pensó dos veces y, antes de que el chico dijera ni una palabra más, le había cruzado la cara de un guantazo. A Ángel no le desagradaba el sabor metálico de la sangre; ya la había probado en más de una ocasión. Pero no le dio tiempo ni siquiera a pensar cuando una lluvia de palos se le vino encima. Don Benito era fuerte, enérgico y usó su cinturón de piel vuelta sin piedad. Cuando hubo acabado con su hijo, solo tuvo una frase para él.

—Si me avergüenzas una sola vez más, te mato —le juró mientras salía por la puerta de su despacho.

Ángel estaba dolorido, amoratado y herido, pero más en su fuero interno y en su orgullo que lo que se podía ver por fuera. No se quedó en su casa. No quería que su madre lo viera así y no quería darle explicaciones a nadie. Se aseó, se vistió como pudo y llamó a su hermano para salir. Necesitaba una copa, tal vez más de una, para olvidar y rumiar todo el rencor que sentía por su padre.

La noche resultó movida. Los hermanos habían salido con algunos mozos del pueblo. Allí nunca había mucho que hacer, solo beber y jugar a las cartas. No le gustaba Sandín. Él era hombre de ciudad, donde los vicios estaban a la orden del día y era fácil conseguirlos cuando se tenía dinero; y él lo tenía. Estuvieron toda la noche bebiendo y ni siquiera se dio cuenta de que se había separado de los otros. Apareció en el bosque cercano al pueblo, cerca del río. Parecía que el frío del despunte del día le aliviaba el dolor de los morados que le había regalado su padre. Fue a echarse agua en la cara; ya estaba más espabilado, pero seguía furioso. No quería estar allí. Para Ángel, había sido una tontería la razón por la que lo habían echado de San Gabriel; sin embargo, su padre siempre se tomaba las cosas demasiado a pecho. Lo odiaba. No se parecía a él en nada. Ángel solo quería vivir la vida y emplear esos años de juventud en viajar, vivir en una gran ciudad, conocer mundo y gente y no desperdiciarlos en un internado o en ese pueblucho de mala muerte.

Fue entonces cuando la vio. La chica no era especialmente guapa, pero había algo sensual en sus labios, en sus pechos, que ya le habían

hecho reparar en ella con anterioridad. Sin embargo, parecía demasiado inocente. Seguro que, si se lo pedía con educación, no le iba a dejar hacerle las cosas que él tenía en mente para ella. No, no sería con educación, ya estaba harto. ¿Por qué pedir lo que podía cogerse sin más? Se agazapó entre la maleza y supo en ese instante lo que estaba a punto de hacer. Como un felino, espió a la muchacha mientras improvisaba su plan. Su sonrisa era fría como el hielo y no estaba dispuesto a dar marcha atrás.

La chica se acercaba con cuidado; tenía algo en los brazos que parecía pesado y aparentemente no quería dejarlo caer. Ángel se ocultó entre los matorrales. Le favorecía la sorpresa y la noche, que pronto daría paso al día. Tendría que darse prisa; las luces de la mañana empezaban a vislumbrarse y eso jugaba en su contra. Tenía que ser rápido y aplicar su fuerza.

4 EL INCIDENTE

Sandín, febrero de 1935

Algo le tapaba la boca. No podía ver qué era; la agarraban por detrás. Solo podía pensar en una cosa, solo una; no podía respirar. Se removió para intentar zafarse de esa zarpa que la oprimía y la asfixiaba. De repente, algo más se instaló en su cabeza: miedo. Un pavor irracional se había apoderado de ella y no permitía que se siguiera defendiendo. Se quedó paralizada, inmóvil y sintió que la presión sobre su nariz y su boca iba cediendo. Algo de aire se introdujo, casi de puntillas, en sus pulmones, pero no se sintió mejor. Aunque todo estaba pasando muy deprisa, el tiempo para Violeta se había detenido. Todo iba muy despacio, casi a cámara lenta. La presión que hasta hacía un segundo se había concentrado en su cara bajó hasta sus pechos. Dolía. No era una caricia suave, sino un tacto ansioso, casi desesperado, que los apretaba desmesuradamente. Hubiera gritado, pero aún tenía la boca cubierta con lo que descubrió era una mano.

«Dios mío, ¿qué está pasando?», se preguntaba. «Tengo miedo, quiero volver a casa», se repetía mentalmente.

Nunca había sentido un tacto así y mucho menos en su cuerpo. De repente, le dieron la vuelta y pudo verlo. Era Ángel, pero no parecía él. No lo conocía demasiado, pero nunca le había visto esa mirada de pura locura y deseo. Seguía haciéndole daño en la boca, en los pechos, y rezó para que parase. No sabía mucho de la vida y mucho menos de una sexualidad consentida; no tenía ni idea de lo que le estaba ocurriendo. Se preguntaba qué quería y por qué le hacía daño.

Sin embargo, Ángel había perdido la cordura, su atadura con la realidad, y después de una noche de alcohol desmesurado no iba a parar ahora.

—¿Esto es lo que quieres, zorra? —le repetía sin parar—. Has estado pidiéndomelo desde que volví al pueblo, contoneándote por delante de todos nosotros. ¿Te has creído que puedes ir provocando erecciones sin consecuencias, puta? —le susurraba Ángel jadeante, lleno de deseo.

Violeta no podía respirar, no podía pensar, no podía moverse. La tiró al suelo y se sentó encima de ella. Años después, aún recordaría su olor a vino barato y a tabaco. Recordaría su sudor masculino mezclándose con su terror y recordaría su poderosa erección, que la partió en dos de dolor.

Ángel tenía prisa por terminar, no quería llamar la atención. Mientras eyaculaba dentro de Violeta, se le quitaron de un plumazo la borrachera y la excitación. Allí tumbada, sollozando, manchada y sangrienta, la muchacha le daba asco.

—Tú te lo has buscado, hija de puta, ¿me oyes? Tú te lo has buscado —seguía diciéndole una y otra vez—. Te voy a quitar la mano de la boca, pero tienes que prometerme que no vas a gritar.

Violeta asintió con las pocas fuerzas que aún le quedaban y la cara inundada en lágrimas. Ángel se sentó a su lado. Aún la sujetaba, no quería que se levantara, necesitaba tiempo para pensar.

—Te propongo un trato, Violeta. Sabes que lo has hecho mal desde el principio, que nunca has sido lo suficientemente decente, como toda buena chica debe ser. Recuerda que ahora estás manchada, sucia y que, bajo estas circunstancias, nunca podrás casarte.

Ángel seguía hablando y hablando; ella casi no lo escuchaba. Le dolía el cuerpo y, lo que era aún peor, le dolía el alma.

—Hay solución para lo que has hecho —decía—. Sabes que tengo dinero, mucho dinero, y podemos solucionarlo. Dios aún puede perdonarte, si cambias tu actitud con respecto a los hombres, y yo voy a ayudarte. Con mi dinero podrás marcharte lejos y nadie tendrá que enterarse de lo que has provocado, de lo que me has obligado a hacerte. No has sido una buena chica, Violeta, y no has sabido mantener las piernas cerradas. ¿Has pensado en cómo reaccionarán tus hermanos y tu padre cuando se enteren de lo que te has dejado hacer? Lo peor será qué dirán en el pueblo; aquí no queremos a nadie así… ¿Cómo lo diría…? Fácil es la palabra que estaba buscando —continuaba aquel malnacido.

Ángel le arrojó algunos billetes al suelo, como si de una prostituta se tratara. Ya estaba clareando, tenía que darse prisa.

—Escucha, Violeta, cierra tu maldita boca y no pasará nada. Considera lo que te he dado como un adelanto. Si te portas bien y eres buena chica, tendrás algo más, pero solo para cerrar el trato que te propongo. Compra un billete de tren y vete lejos de aquí. Soy rico y

poderoso. Ya sabes que los empleos de tus hermanos dependen de mi familia y te juro que antes de que se enfangue un Guirou no tendremos escrúpulos en hacer lo que sea necesario —le espetó—. Acepta mi trato y mi consejo, niña. Es por tu bien.

Con esas últimas palabras, se levantó y desapareció, tan sigiloso como había llegado, dejándola en el suelo, dolorida, aturdida y sintiéndose culpable por lo que había pasado.

***

Las primeras luces de la mañana aparecieron despacio por detrás de las montañas y Violeta no sabía qué hacer. No tenía fuerzas, estaba asustada, pero tenía claro que no quería que su familia supiera lo que había pasado. Como pudo, recogió la cesta con la ropa sucia y llegó hasta el río. Se metió en él hasta la cintura y empezó a lavarse con asco, primero despacio y después con desesperación. Quería arrancarse la piel a tiras. Sin embargo, ni las aguas heladas del Tera pudieron hacer que se sintiese limpia de nuevo. Esa sensación no la recuperaría jamás. Terminó de lavarse y se secó con la ropa sucia que la había llevado hasta allí.

Violeta pensó que tenía que hacer la colada antes de volver a casa; sospecharían si no estaba todo como siempre. Lavó y lavó hasta que se hizo sangre en las manos de tanto restregar, pero no era consciente de lo que hacía. Cuando hubo terminado, se levantó y volvió a su casa. Casi no podía caminar y estaba segura de que tendría la cara amoratada y con marcas que no podría ocultar. Desde lejos, pudo ver la luz de la sala encendida; sus hermanos ya se habían levantado. Violeta se puso a temblar; no había tenido tiempo de trazar ningún plan por si le preguntaban.

«¿Qué les puedo decir? Tal vez, que me he caído, que me ha atacado un animal», cavilaba sin pausa.

Estaba nerviosa, pero, además, tenía una inmensa pena. La primera opción, la de la caída, le pareció la más adecuada. Cuando abrió la puerta de su casa, pudo escabullirse durante algunos minutos, dio los buenos días y se acercó al llar, la laja de piedra donde encendían el fuego para preparar los desayunos. Su madre ya estaba allí. Sus hermanos estaban sentados junto a su padre a la única mesa que había en todo su hogar. A parte de esa mesa, solo un arca que servía de despensa y algunas sillas eran todo el ajuar de su casa. Todos

iban con prisas por las mañanas y ninguno de los chicos reparó en ella. Sin embargo, su madre se dio cuenta al instante. Siempre habían tenido una conexión especial.

—Violeta, por Dios, ¿qué te ha pasado, criatura? —le preguntó horrorizada—. Tienes sangre en la boca y también en la nariz. Dios mío, ¿te han hecho daño?

—No, madre, solo es que me he caído —contestó con un hilo de voz—. No debería haber llevado tanta ropa. La cesta pesaba mucho y no cogí el candil. Creo que no he calculado bien cómo está la tierra en esta época del año y he metido el pie en un hoyo. He rodado toda la ladera hasta llegar casi a la orilla del río. No es nada, de verdad.

Los chicos, más que preocupados, se veían divertidos por la torpeza de su hermana.

—Violeta, como siempre, tienes dos pies izquierdos. —Reían.

Terminaron de desayunar las gachas, el queso y la chacina de cada mañana, y todo el mundo estuvo listo para el trabajo. Todo el mundo menos ella. Era temprano, poco menos de las seis de la mañana, pero en su casa la jornada siempre empezaba muy pronto. Los hombres se marcharon y Violeta se quedó a solas con su madre. Allí juntas, frente al fogón y en silencio, se lo dijeron todo.

—Violeta, no te has caído, ¿verdad? —inquirió Ana.

—No, madre, pero usted ya lo sabe. Si le soy sincera, no sé bien lo que ha pasado, pero no me he caído —le contestó, sin poder controlar las lágrimas silenciosas que caían por sus mejillas.

—¿Quién ha sido el canalla? —lloraba Ana mientras acariciaba las manos de su hija.

—¿Eso importa, madre?

—Sí, Violeta, importa. A mí me importa, a tus hermanos les importa, a…

—¡No! —gritó la chica—. No lo sabrá nadie. Ni padre, ni mis hermanos. Haremos como que no ha pasado. Al fin y al cabo, ¿qué más da? Yo no soy nadie, solo una pobre chica que no puede enfrentarse a ciertas personas.

—No digas eso, hija, por Dios. Tú sí eres alguien, lo más

importante para mí. Quiero saber el nombre del canalla que te ha hecho daño.

—Madre, eso no cambiaría las cosas y me angustiaría aún más. Quiero olvidar todo lo ocurrido. Usted también sabe lo que es la violencia, los golpes y no serviría de nada decir la verdad; solo se nos complicaría la vida.

Ana lloraba mientras abrazaba a su hija. Sabía que Violeta tenía razón. Al fin y al cabo, qué iban a poder hacer dos mujeres ante algo así en esa aldea perdida de la mano de Dios. Si se lo contaba a sus hijos, alguno podría salir malherido, y eso sería peor.

—Prométamelo, madre —insistía Violeta—. Prométamelo. Usted sabe que callarnos es lo mejor para todos.

A pesar de la pena que la ahogaba y el más profundo pesar, Ana comprendió que su hija tenía razón. Sabía cuáles eran las normas y cuál el papel de una mujer analfabeta en una pequeña aldea olvidada y rodeada de hombres. Si el hombre en cuestión tenía dinero y posición, no había más que hablar. Su hija estaba condenada y no sería ella quien le regalara más dolor. Mordiéndose el odio y la rabia, le prometió a Violeta que no diría nada. Allí abrazadas y llorando, comenzaron la jornada del día más frío de febrero.

5 EL FUTURO

Sandín, abril de 1935

Violeta continuó con su vida, aunque la que había conocido se había ido para siempre. No hubo sospechas ni murmuraciones; todo siguió sin cambios: el trabajo de la mañana en la casa, el campo, los animales… Sin embargo, algo sí había cambiado. Ahora ya no iba al río. No hacía la colada. Su madre la había sustituido en esa labor, pero, aparte de alguna que otra mujer con la que Ana coincidía y que habían preguntado por Violeta, nadie había reparado en este inesperado cambio. Violeta había pasado los primeros dos meses después del *incidente*, como ella llamaba al encuentro de esa fatídica noche con Ángel, algo molesta. Había tenido algún vómito y náuseas continuas que, de algún modo, había podido esconder a sus hermanos y a su padre. No así a su madre, que pronto se dio cuenta de la nueva situación.

—Niña —le dijo una mañana—, estás preñada, cariño. Y tarde o temprano tendrás que hablar y decirles a los demás lo que ese cerdo, sea quien sea, te ha hecho.

—No —le dijo tajante a su madre—. No quiero que esto se sepa, no quiero traer la ruina a esta casa. Usted y yo estábamos de acuerdo en eso, madre.

Violeta estaba asustada, pero, a la vez, sus palabras rezumaban una determinación que hizo callar a Ana de inmediato.

—Yo también me he dado cuenta y he tenido tiempo de pensar en las posibilidades. Creo que me iré, madre. Es lo mejor para todos.

—Eso será sobre mi cadáver, criatura. Tú no has hecho nada y no tienes que enfrentarte a esta situación sola —le decía su madre indignada.

—Escuche, madre, ese canalla me ha prometido dinero. Me dio un poco la noche en que todo ocurrió y, aunque al principio no quise cogerlo, luego pensé que tal vez fuera mejor hacerlo. Él no quiere que nada de esto salga a la luz, ni yo tampoco, así que, si eso es lo que quiere, tendrá que pagar para que yo tenga la boca cerrada, una vida

nueva y una oportunidad.

Ana estaba horrorizada. Nunca había oído hablar a Violeta de ese modo tan frío y calculador. No quería perder a su hija, pero sabía que, en una pequeña aldea de la Castilla profunda, Violeta no tendría ninguna oportunidad de ser feliz si se quedaba. No podría casarse, le retirarían la palabra y su hijo viviría estigmatizado antes de nacer. No consentiría que su pequeña tuviera ese destino. Lo pensó mejor; Violeta tenía razón. Antes de terminar su conversación con la chica, Ana ya había tomado una decisión.

—Hija, sé que tienes razón, pero me parte el alma que te vayas. Sin embargo, te entiendo y respetaré tu decisión. Te ayudaré a que salgas de aquí. No sé cómo vamos a hacerlo, pero ya se nos ocurrirá algo. Eres muy joven y muy bonita para que te pudras en este pueblo —le dijo su madre mientras le tomaba la cara entre sus manos.

La mujer estaba angustiada. Violeta era su única hija, la niña de sus ojos, su alegría, y no quería perderla. Pero sabía muy bien que irse lejos era la mejor solución y prefería no volver a ver a su hija antes de que le hicieran más daño.

—Gracias, madre —le contestó Violeta contenta—. Creo que sé lo que tengo que hacer.

—¿A dónde irás? No conocemos a nadie fuera del pueblo. Tal vez si vas a Zamora, yo pueda ir a verte de vez en cuando.

—No, madre —respondió Violeta—. Zamora está demasiado cerca. Allí podría encontrarme con cualquier vecino y, al final, mi paradero llegaría a oídos de mi padre y hermanos. Creo que iré a un lugar cálido, lejos de aquí. Estoy harta de esta nieve, de esta niebla que me asfixia. Me iré al sur.

Ana no podía seguir hablando; estaba muy preocupada por su hija, por su futuro y no tenía todas consigo a que ese plan fuera a funcionar como Violeta planeaba. Sin embargo, prefirió callarse y apoyar a su hija. Su obligación como madre era la de protegerla; ya le había fallado una vez y le habían hecho daño. No le fallaría otra. Esta vez sería diferente.

***

Unos días después de la conversación con su madre, Violeta

reunió las fuerzas suficientes para poner su plan en acción. Cogió su toquilla y, con toda la resolución que pudo, se dirigió a la plaza del pueblo. Hacía tiempo que no salía de su casa, pero esa mañana iba a ser distinta. No había visto a Ángel desde la noche de su asalto y ya era hora de reclamarle que se implicara en lo que había hecho. Las consecuencias pronto iban a ser evidentes y Violeta intuía que, por alguna razón, Ángel no quería que se supiera lo que había ocurrido. En un principio, había logrado engañarla al tratar de inculparla, de hacerla sentir que se había merecido lo que aquella noche le había ocurrido. Sin embargo, había tenido dos meses para pensar, para repasar cada detalle de todo lo que pasó aquella noche, y llegó a la conclusión de que nada, absolutamente nada, había sido culpa suya. No lo había pedido y no lo había provocado. Se percató de que, en la noche del ataque, en las palabras de Ángel había miedo. No era solo ella la que tenía un problema, sino que él también. No alcanzaba a comprender exactamente por qué, Ángel parecía asustado, pero estaba dispuesta a sacar ventaja de esa situación.

Una vez en la plaza, se sentó en uno de los bancos de piedra frente a la fuente. Estaba húmedo; no había parado de llover en toda la noche, aunque la mañana se había levantado más luminosa. Tuvo tiempo de pensar. Esa pequeña plaza le recordaba a su infancia, cuando se reunía con otros niños para coger agua. Era una plaza pequeña, casi cuadrada, y tenía unos soportales con columnas que habían estado allí desde que tenía uso de razón. En el centro se encontraba una preciosa fuente de piedra que a Violeta siempre la había intrigado. Tenía una cruz en el centro y, en ella, se enroscaba una serpiente también hecha de piedra. Era por eso por lo que todos conocían la plaza como «la de la culebra». Se levantó del banco y metió la mano en el agua helada de la fuente; era tan clara que eso la ayudó a despejar su mente y a ordenar sus ideas. Unos pasos la sacaron de su ensimismamiento. Había salido de su casa sin estar segura de si Ángel pasaría por allí, pero ahora, al verlo en la plaza, se alegró de haber estado en lo cierto.

La casa de don Benito estaba ubicada a pocos metros de la plaza. Sus tierras ocupaban todo lo que se podía ver, miraras a donde miraras. Padre e hijos se dirigían al campo todas las mañanas, por lo que Violeta pensó que tendrían que pasar por allí. Ángel caminaba con su padre y su hermano. Don Benito andaba erguido, con sus hijos a cada lado. La muchacha dio un respingo que la hizo tambalearse; no quería perder esa oportunidad, pero ahora le parecía que ya no estaba tan preparada para enfrentarse a ese hombre.

—Buenos días, señorita —la saludó don Benito—. Muy de mañana

para estar por aquí, ¿no le parece?

Violeta iba a contestarle cuando reparó en la cara de Ángel. Se había puesto blanco, como si no tuviera sangre, y se le demudó el semblante. La chica supo enseguida que la clave de su salvación estaba en el padre. Ese era el talón de Aquiles de Ángel. No quería que se enterara don Benito, lo comprendió al instante: le tenía miedo al mayoral. Una sola mirada casi imperceptible le bastó a la chica para decirle a Ángel que sabía cómo podía manejarlo y que no le importaba demasiado lo que opinaran de ella. Si tenía que decir todo lo que había pasado allí mismo, así lo haría.

—Buenos días, señor —le contestó Violeta a don Benito, fingiendo una sonrisa—. Sí, una mañana fría, pero tenía que hablar con usted y no quería perderlo a la salida de su casa, así que me he venido temprano para poder verlo.

Ángel intervino de inmediato y, como si de un resorte se tratara, agarró a la chica del brazo.

—Lo siento, Violeta, te llamas así, ¿verdad? Mi padre es un hombre muy ocupado y estoy seguro de que habrás venido para hablar de algún asunto que implique a tus hermanos, que creo trabajan en nuestras tierras. Ya me ocupo yo, padre —se ofreció el chico.

Don Benito no daba crédito a lo que estaba oyendo. Ángel se quería encargar de algún asunto. Eso era poco común porque ninguno de sus hijos eran proclives al trabajo; sin embargo, decidió confiar en él y darle una oportunidad.

—Está bien, trata tú lo que la chica haya venido a pedirnos y luego me cuentas. Ahora, si me permite, señorita, llegamos tarde. Luis, vamos, sea lo que sea, Ángel se encargará.

Cuando don Benito y Luis ya se habían alejado, Ángel se enfrentó a Violeta.

—¿Cómo te atreves a venir aquí a molestarnos, pequeña víbora? —le decía mientras, a empujones, la metía en el portal de una de las dos casas abandonadas que había en la plaza—. Yo seré el que se ponga en contacto contigo, si decido hacerlo, pero tú eres demasiado insignificante para darle a mi padre ni un solo dolor de cabeza.

Como pudo, la chica se zafó de sus garras, aunque sabía que más tarde tendría moratones en el brazo. Parece que eso era lo que Ángel

mejor sabía hacer: dejar huellas visibles sobre la piel de una mujer. Sin embargo, ella no se amilanó por eso y, esa vez, supo contestarle.

—Ahora ya no tienes la noche para protegerte, y juro por Dios que cumplirás tu parte del trato si quieres que tu padre siga sin saber una palabra de lo que ocurrió en el río.

Ángel se quedó paralizado, no supo cómo actuar. No había imaginado, ni por un momento, que esa chica tuviera esa fuerza, ni mucho menos que supiera usar las amenazas. Nunca pensó que alguien así pudiera sublevarse. Él estaba acostumbrado a ser el líder, todos le hacían caso, todos aceptaban sus normas. Sin embargo, esa vez parecía que no era así. Cuando pudo reaccionar, le cruzó la cara a Violeta. La bofetada fue sonora, pero la chica no dejó escapar ni una lágrima y apenas se tambaleó, aunque la cogió por sorpresa. La muchacha volvió a su guion, aprendido a fuerza de muchas noches sin dormir.

—Puedes pegarme, eso parece que se te da bien, pero vuelvo a insistirte en que, si no me das dinero, tu padre sabrá qué tipo de hijo tiene. No creas que cerraré la boca y te aviso de que, si lo he hecho hasta ahora, ha sido porque necesitaba poner mis pensamientos en orden, no por ti. No te tengo miedo —le gritaba la chica.

—¿Para qué quiere alguien como tú el dinero? —preguntó Ángel para humillarla.

Violeta no estaba segura de si debía decirle la verdad, pero al final pensó que sería lo más sensato. Por supuesto, no tenía intención de hablarle de su embarazo; para ella, él no tenía nada que ver con aquello, y ese niño iba a ser solo suyo, pero le hablaría del viaje.

—Escucha —lo apremió la chica—, solo quiero lo suficiente para poder salir de aquí. Es un buen trato, piénsalo, yo salgo para siempre de tu vida y tú le evitas un disgusto a tu padre.

—¿Por qué tendría que creerte? Tal vez solo quieras coger el dinero y luego meterme en problemas. Sin embargo, sería tu palabra contra la mía, nadie te creería y quedarías por lo que eres, una ramera, sin más.

—Bueno, si lo prefieres, puedes probar a quedarte con tu dinero y yo le diré a todo el mundo lo que ha pasado, ¿cómo lo ves? —le preguntó Violeta, muy digna, mientras por dentro temblaba de pies a cabeza.

Por un momento, que a ella le pareció eterno, Ángel pareció meditar la respuesta. Estuvo equilibrando la posibilidad de que la chica fuera lo suficientemente fuerte como para ir con el cuento a su padre. Desde lo sucedido en San Gabriel con ese estúpido de Torcuato, su padre no lo había mirado de la misma manera. No confiaba en él y le había advertido en más de una ocasión que, si se involucraba en algún otro problema mayúsculo, como había sido aquel del internado, le cortaría el grifo y no vería ni un céntimo más. No estaba dispuesto a jugársela por una simple estúpida que no significaba nada para él. Lo pensó bien, pero le costó hablar; no le gustaba que esa puta lo amenazara.

—Está bien —contestó al fin—. Como comprenderás, no lo hago por ti, que bien poco me importas, pero prefiero que estés lejos de aquí y que no vuelvas a meter tus narices en mis asuntos. Mañana tendrás el dinero, pero recuerda algo: si vuelves a molestarme por este o cualquier otro motivo, simplemente, te mataré.

Violeta temblaba como una hoja, pero hizo un esfuerzo sobrehumano por presentarse fría ante ese mal bicho.

—Muy bien —le contestó—, tienes mi palabra. No necesitaré nada más de ti, solo la promesa de que este incidente no afectará a mi familia.

—De acuerdo —contestó Ángel con desgana. Solo quería quitársela de encima cuanto antes—. No quiero que vuelvas por aquí, por lo que te dejaré el dinero en el cepillo de la iglesia. Será lo más seguro y también lo más sensato. No quiero que te relacionen conmigo ni que vuelvas a ver a mi padre. Mañana es domingo; antes de la misa de doce pasa por la iglesia. El dinero estará en el cepillo para los pobres.

La única iglesia que había en Sandín era la de la Piedad, de gran austeridad por fuera, que contrastaba con el bello retablo dedicado a la Virgen que daba nombre a la parroquia. La iglesia era como todas las construcciones de la zona, de arquitectura sencilla y humilde, donde señoreaba la piedra. Era un edificio del siglo xiii de una sola nave, cuyo campanario acogía una única campana que delataba, según fuera su repicar, los acontecimientos que ocurrían en el lugar.

La chica no acertó a decir ni una palabra más. Tenía miedo de romper a llorar de un momento a otro; la verdad era que Ángel la aterrorizaba, por lo que prefirió salir del portal donde se encontraban sin siquiera devolverle la mirada. Antes de que pudiera poner el pie en

la calle, el chico la agarró del brazo para insistir en su amenaza.

—Recuerda —le dijo mientras la miraba con intensidad—, te mataré si vuelves a molestarme.

Le agarró el brazo con fuerza y la empujó hacia dentro de la casa desvencijada para salir él en primer lugar. Violeta no tuvo fuerzas para ponerse de pie de inmediato, así que prefirió esperar allí unos minutos hasta que pudo recomponerse y dirigirse de nuevo a su casa. Había conseguido lo que quería, o por lo menos la promesa de que tendría ese dinero que le daría la libertad, y estaba satisfecha de cómo había ido la conversación. Esa nueva versión de sí misma, decidida y luchadora, le gustaba. Ahora no solo tendría que preocuparse por ella, sino también por su hijo, y tendría que aprender a ser más fuerte. Después de ese enfrentamiento con Ángel, estaba segura de que lo haría rápido.

Violeta había dudado toda la noche; apenas había podido dormir. La atenazaban pensamientos encontrados con respecto a Ángel. Aún no estaba segura de haber conseguido su objetivo ni de si el dinero estaría en el cepillo de la iglesia a la mañana siguiente. La envolvieron sueños oscuros y se despertó más de una vez empapada en sudor y deseando que amaneciera. Antes de la hora prevista, ya estaba en la iglesia de la Piedad. Las grandes puertas de madera estaban abiertas y tuvo que reprimir sus ansias para no entrar a trompicones dentro del templo. Era todavía muy temprano, por lo que apenas nadie llenaba la iglesia: un par de ancianas en uno de los bancos delanteros y nada más. Se puso el velo negro en la cabeza, como mandaban los cánones, y fue tan despacio hacia el cepillo como su voluntad le permitió. Se sentía indigna de meter la mano en esa pequeña caja que, seguro, era la esperanza de muchos en su pueblo. No había querido discutir con Ángel cuando este propuso el sito de la recogida del dinero, pero ahora no le parecía bien. No es que le fuera a robar a los pobres —ese dinero le pertenecía por derecho—, pero, aun así, no se sentía cómoda. Como pudo y temblando, metió la mano en el cepillo y encontró un paquete no más grande que una caja de cerillas que, al tacto, le pareció envuelto en papel. Lo cogió lo más rápido que pudo y salió de allí como alma que lleva el diablo, sintiéndose culpable. Se tropezó en los tres escalones que separaban la iglesia de la plaza y, a duras penas, logró mantener el equilibrio, pero se recompuso y echó a correr sin mirar atrás hasta que llegó a su casa.

Todos estaban atareados, preparándose para ir a misa, así que pudo alegar que estaba indispuesta para poder quedarse a solas. Una vez la casa estuvo vacía, y solo entonces, se atrevió a mirar dentro del

paquete. Como le había parecido anteriormente, estaba envuelto en papel de periódico y atado con una guita marrón que a Violeta le costó desanudar. Una vez abierto, se tranquilizó. Ángel había cumplido su promesa y allí había una buena cantidad de dinero. Ni mucho ni poco, lo preciso, estimó la joven, para empezar una nueva vida sin lujos, pero tampoco con muchas estrecheces. Por supuesto que ese dinero no iba a durar siempre y tendría que ponerse a trabajar para poder mantener a su hijo, pero ese era el trato: el dinero suficiente para poder salir de allí. Violeta sintió que una etapa de su vida terminaba y se abría paso otra nueva que esperaba le fuera favorable. Le vino a la boca una arcada que contuvo como pudo; era frecuente en aquellos días el vómito mañanero debido a su estado, pero esa mañana era algo más que la indisposición de embarazada. Le daba asco pensar en ese dinero. Sabía de dónde venía y no quería ni tocarlo. Sin embargo, se dijo a sí misma que ahora no era el momento de remilgos y que lo necesitaba, no solo para ella, sino también para su hijo. Metió la cajita que contenía el dinero debajo del colchón y se tumbó con la esperanza de que se le pasasen las náuseas. Tenía mucho en lo que pensar, estaba asustada, pero creía que el plan que había imaginado en su cabeza una y otra vez podría funcionar. Cerró los ojos para no pensar más en el dinero, el precio que Ángel le había puesto a su silencio. No podía dejar de hacerlo, pero la reconfortó el hecho de haber ganado esa vez. Violeta metió la mano debajo del colchón y acarició el pequeño paquete: su vida y la de su hijo dependían de aquella cajita envuelta en papel.

6 EL COLCHONERO

Sandín, abril de 1935

Don Eduardo, el colchonero, vendría pronto. Siempre aparecía a últimos de mes; ya era día veintisiete y todavía no había llegado. Violeta volvió a repasar el plan en su cabeza. Hablaría con don Eduardo para que la llevara a Zamora y, desde allí, cogería un tren. Aún no tenía un rumbo fijado, pero sabía que sería al sur, a un lugar donde los rayos del sol brillaran incansables desde marzo hasta noviembre. Le gustaba la luz, iba con su personalidad y estaba cansada de esos días tan cortos a los que no terminaba de acostumbrarse. Quería ver cielos más azules, un sol más amarillo, y alejarse de la niebla de las mañanas para cambiarla por un suave bochorno veraniego. No quería volver a pensar en ese malnacido de Ángel ni en cómo finalmente había conseguido el dinero; prefería borrar todo lo que tenía que ver con él de su mente y centrarse en el viaje y en la tibieza de un lugar más amable.

Don Eduardo no se hizo esperar y, como Violeta había predicho, pasó por su pueblo al día siguiente. No la cogió por sorpresa; ella ya estaba preparada. Había informado a su madre de lo que tenía previsto hacer y le prometió que le escribiría a Jacinta, la maestra, para que la informara de dónde estaba y de cómo le iban las cosas. Habían acordado que la chica no escribiera directamente a su casa, no solo porque Ana no sabía ni leer ni escribir, sino porque no quería que ni su padre ni sus hermanos se enteraran de su paradero. Jacinta había sido una buena amiga y Violeta la había informado sobre su viaje. Sin embargo, le había ocultado su violación y su embarazo. Solo le dijo a la joven maestra que quería tener una oportunidad que allí no tendría jamás y que su madre estaba de acuerdo. Sin embargo, los hombres eran de otra pasta y prefería mantenerlos al margen de su decisión de irse. Jacinta estaba sorprendida por esas declaraciones, pero siempre había visto algo en la chica, algo que creía la llevaría a triunfar, por lo que se ofreció a ayudarla prometiéndole entregar sus cartas a su madre y leérselas para que ambas supieran de ella. Violeta confiaba en la maestra y estaba segura de que guardaría su secreto.

Don Eduardo iba a Sandín solo por los Guirou; el resto de familias seguían con sus colchones de paja. Este único hecho le daba al

latifundista y a los suyos un toque de mayor distinción. Sus colchones de lana, después de dormir semanas en ellos, se apelmazaban y había que varearlos para tenerlos como el primer día, por lo que el colchonero sabía que mensualmente tenía que visitar a la familia y cobrar así sus honorarios. Los Guirou eran buenos pagadores, no como otros ricachones que posponían el máximo el pago de sus deudas. Viejas fortunas que se habían vuelto flacas y de las que solo quedaba el nombre, pensaba a menudo don Eduardo. Sin embargo, los Guirou eran diferentes. Allí había dinero y les gustaba mostrarlo y pavonearse de él.

El colchonero era un tipo regordete y bonachón, con cara redonda y mofletes colorados que delataban su afición al vino. Conocía a Violeta desde pequeña y siempre había hecho buenas migas con ella. Era un hombre dicharachero y vivaz, de fácil conversación, por lo que la joven no tuvo dificultad para iniciar una charla cuando lo vio venir por la vereda de su casa. Violeta no quería hablarle de sus planes, así que tenía previsto decirle que quería ir a Zamora para comprar algunas cosas que hacían falta en casa. Normalmente, una vez al año, su madre y ella usaban al bueno de don Eduardo y su carro para viajar a la capital y conseguir algunas provisiones de las tiendas zamoranas, imposibles de encontrar en su pequeño pueblo. Al hombre le gustaba viajar acompañado, nunca le hacía ascos a una buena conversación y, aunque Ana era más callada, Violeta era divertida y alegre, por lo que el colchonero estaba encantado de llevarlas. En ocasiones, tenían que hacer más de una parada antes de llegar a su destino, pues don Eduardo estaba obligado a seguir su ruta de colchones por toda la comarca, pero nunca les cobraba nada por llevarlas en su carro y ciertamente era algo novedoso y divertido para las dos mujeres. Violeta lo oyó llegar por el camino cercano al río Tera, el mismo donde Ángel la había agredido. Sin pensárselo dos veces, corrió al encuentro del hombre, que no se sorprendió al verla.

—Don Eduardo, a mi madre y a mí nos gustaría ir hasta Zamora con usted, si no tiene ningún inconveniente —le comentó.

—Para nada, muchacha, ya sabes que me es muy grato viajar acompañado y, si esa compañía es la de unas mozas tan bonitas como tú y tu madre, mejor que mejor. —Rio el colchonero—. Estoy entrando ahora al pueblo, así que aún tardaré un rato vareando en casa del señor Guirou. Vendré a buscaros cuando termine. Hoy no se me presenta la jornada muy ocupada, así que estaremos en Zamora antes que de costumbre.

Violeta se alegró por ello; ya había tomado una decisión, así que,

cuanto antes la pusiera en marcha y empezara ese viaje, mejor. Nada más terminar su conversación con don Eduardo, corrió a buscar a su madre, que estaba ordeñando las vacas que la familia poseía.

—Madre, hoy es el día —le indicó la chica. Ana comprendió al instante y, sin mediar palabra, caminó junto a su hija dentro de su casa, tragándose las lágrimas y arrastrando su pena para prepararlo todo.

Desde que alcanzaba a recordar, Ana había sido una mujer maltratada. Primero fue su padre y luego su marido, que la cargó de hijos y de golpes. Definitivamente, no era eso lo que quería para su única hija. Ella se había encargado de protegerla siempre y había evitado en muchas ocasiones que Violeta fuera el foco de las palizas de su marido. Prefería mil veces que la golpeara a ella a que le tocara un pelo a su hija. Sabía que en Sandín su niña no sería feliz, no la dejarían, y, aunque le desgarraba el alma perderla, estaba convencida de que era lo único que podía hacer para ayudarla. Violeta no llevaría la misma vida que ella, no, señor, y si para eso tenía que dejarla ir, así lo haría. Las dos mujeres prepararon lo justo para el viaje y se sentaron a esperar al colchonero.

—Madre —empezó Violeta—, quiero que sepa que le estoy muy agradecida por su ayuda. A su lado siempre he sido feliz, aunque la vida aquí en el pueblo nunca ha sido fácil.

—Desde que naciste supe que eras especial. Este pueblo nunca ha sido para ti, tú tienes unas alas más grandes y yo quiero que vueles. Tu situación ha precipitado tu marcha, pero yo sabía que este momento llegaría tarde o temprano.

—La quiero mucho, madre —le dijo la muchacha, casi sin poder hablar—. Nunca la olvidaré. Le escribiré, se lo prometo. Ya he hablado con Jacinta y ella le traerá mis cartas.

—Yo también te quiero. Sé feliz, es lo único que importa.

Ana prefirió no seguir hablando; no quería dejarle entrever a su hija el dolor que le causaba su marcha. Se quedaron calladas, sentadas en el banco de piedra a la puerta de su casa, esperando a don Eduardo. Ana agarró fuertemente la mano de su hija y Violeta apoyó su cabeza en el hombro de su madre. Ambas sabían que se iban a echar mucho de menos.

***

El viaje empezó pronto para las dos mujeres, ya que don Eduardo tardó menos de lo previsto y, en una hora, ya estuvo listo para recogerlas. Madre e hija habían preparado las pocas pertenencias que la joven iba a llevarse, otra muda metida en un hatillo y una faltriquera atada a su cintura con el fajo de billetes que Ángel le había dado. Se subieron al carro y emprendieron el viaje.

La conversación continua de don Eduardo las entretuvo todo el camino. Era un hombre humilde pero de mundo y, aunque nunca había salido de su comarca, estaba acostumbrado a tratar con mucha gente de posición acomodada a los que les daba servicios. No hablaba directamente con ellos, pero sí con el personal de las casas grandes. Ellos siempre se enteraban de chismes y rumores que don Eduardo explicó con detalle a Violeta y a su madre, arrancándoles más de una sonrisa. El colchonero era un buen hombre y, aunque atisbó un matiz de tristeza en el rostro de las mujeres, no preguntó nada y se contentó con hacerlas reír en el camino.

Una vez en la capital, Violeta y su madre abandonaron el carro de don Eduardo y se dirigieron sin dilación a la estación de tren. La muchacha seguía sin tener muy claro su destino final, tampoco conocía muy bien el país, pero estaba decidida a que fuera algún lugar al sur de la península. Don Eduardo las dejó en la misma puerta de la estación y se despidió de ellas.

Violeta ya había visto el edificio de ladrillos y grandes ventanales en otras ocasiones, pero ahora la estación se le antojaba más grande que nunca. Se dejó bañar por la luz del mediodía que llenaba la estancia y, por un momento, no pensó en nada más. Su madre y ella se dirigieron a las taquillas con paso apresurado. Se sentía preparada y estaba decidida a hacer ese viaje. Compró un billete de ida para Madrid. Estaba segura de que, una vez en la capital, podría coger otro tren a cualquier destino en el que estuviera interesada.

La despedida fue corta. A la chica le temblaba la barbilla —estaba intentando no llorar—, abrazó a su madre fuerte, muy fuerte, y se subió al tren con la promesa de que le escribiría. No quería volverse a mirar, no podía ni siquiera hablar; su garganta estaba seca e intentó tragarse las lágrimas. Estaba rompiendo de una manera precipitada con toda su vida anterior, con su infancia, pero estaba convencida de que ese viaje era lo mejor para su hijo y para ella. Con todo el valor que logró reunir, se paró en el andén un último momento, levantó la mano y se despidió. Intentó retener la imagen de su madre en la

retina. Ana, toda vestida de negro, le resultaba muy pequeña; parecía como si soportara todo el peso del mundo.

—Adiós, mamá —logró decir con un ápice de voz, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas mientras el tren se ponía en marcha.

Se subió con rapidez a él; no quería que su madre la viera llorar. Se hundió en el asiento que le habían asignado y se tragó su pena. Quería empezar su nueva vida con buen pie. Estaba asustada, pero era valiente e intentó tranquilizarse. No habían pasado ni unos minutos cuando, de repente, la puerta del compartimento se abrió de par en par y entró una chica un poco mayor que ella.

—¿Puedo sentarme aquí? —le preguntó con desparpajo.

Era una muchacha guapa, de grandes ojos negros y con el pelo recogido en un moño bajo. Viajaba con muchos paquetes y parecía abierta y desenfadada. Violeta pensó que sería estupendo viajar acompañada, así que se levantó al instante para ayudar a la chica con los bultos.

—Claro que sí. ¿Cómo te llamas? —le preguntó para empezar una conversación.

—Soy Carmen, Carmen Guerrero. Vengo de visitar a mi tío en Zamora, pero ya llevo más de un mes aquí y es hora de volver a casa. Empiezo a echar de menos el olor a azahar de mi tierra en esta época del año y tengo que incorporarme a mi trabajo. No hay mal que por bien no venga; por culpa de la caída del techo de una de las salas de la fábrica donde trabajo, he podido disfrutar de este mes libre en casa de mi tío.

—¿De dónde eres? —le preguntó Violeta, interesada.

—Soy de Sevilla, chiquilla, ¿no lo notas en mi acento? —Y rio con una carcajada fresca y espontánea que hizo que Violeta se sintiera mejor casi de inmediato.

—Sí, definitivamente hablas raro —le dijo Violeta mientras las dos rompían a reír.

—¿Cómo te llamas tú? —le preguntó Carmen con interés.

—Yo soy Violeta Debesa. No soy de una gran ciudad, sino de un pueblecito pequeño de Zamora, Sandín.

Las dos muchachas mantuvieron una amigable charla todo el camino y el viaje resultó mucho más ameno de lo que Violeta había imaginado.

Carmen era dos años mayor que ella y provenía de una familia humilde del barrio sevillano de Triana. No era muy alta, pero tenía una piel tersa y clara que contrastaba con la negrura de su pelo y sus pestañas. Era una chica bien proporcionada, aunque se podía ver en sus manos que la vida la había puesto a trabajar a muy temprana edad. Llevaba un vestido azul marino con pequeñas motitas blancas abotonado delante y un abrigo, algo ajado, de color negro. Sus zapatos, también negros y de tacones vertiginosos, alargaban sus piernas y le daban un toque de sofisticación. Aunque sus ropas no eran muy elegantes, parecía mucho más arreglada que Violeta. La zamorana lucía una falda negra de un largo anticuado y una mantilla del mismo tono sobre los hombros, que la hacían parecer mucho mayor de lo que era.

Las chicas congeniaron desde el primer momento y, durante las largas horas del viaje a Madrid, tuvieron ocasión de conocerse mejor y hablar sobre sus vidas. Violeta, por su parte, le dijo que tenía siete hermanos, todos varones, y que se dedicaban a los trabajos del campo. Le habló de su pueblo, de sus bonitos atardeceres y el verde de la sierra. Sin embargo, se guardó para sí todo lo que le había ocurrido en esos dos últimos meses y el motivo principal de su viaje: su embarazo. Aún no conocía lo suficiente a Carmen y tampoco se sentía preparada para hablar de ello con nadie. Carmen le contó que en Sevilla la esperaban su madre y sus hermanas, que había perdido a su padre no hacía mucho tiempo y que trabajaba en la fábrica de cerámica sevillana de La Cartuja. La muchacha era una enamorada de su tierra y le pintó a Violeta una Sevilla alegre, llena de color y de gente cálida y amable. Le habló sobre su barrio, Triana, y de lo vivaz que era; también le habló del río Guadalquivir, que atravesaba la ciudad y cómo se reflejaban las casas de la calle Betis en sus plateadas aguas.

Antes de que terminara el viaje, Violeta estaba convencida de que quería ir a Sevilla. El encontrarse a Carmen había sido un milagro. Sevilla estaba en el sur, como ella quería, así que ¿por qué no ir allí? Carmen le había dibujado una ciudad llena de luz y color, y la muchacha estaba decidida a formar parte de ella.

7 CARMEN

Sevilla, abril de 1935

Carmen era sevillana de pura cepa; había nacido en el corazón de Triana, en la misma plazuela de Santa Ana. Ese era todo su mundo, ya que solo había viajado dos veces en su vida. El viaje había sido el mismo, aunque la primera vez se había acercado a Zamora acompañada de su madre. Su tío materno vivía en aquella ciudad tan diferente a la suya. En este segundo viaje, su madre no había podido acompañarla. Su padre había muerto hacía poco tiempo y la mujer no se había atrevido a dejar solas a las hermanas más pequeñas de Carmen. Sin embargo, la muchacha era echada para delante y no se amedrentó cuando supo que tenía que ir sin compañía a Zamora. Allí debía ayudar a su tío, que vivía solo y no estaba bien de salud, por motivos de edad más que por otra cosa. Con el viaje, aprovechó para traer a su casa comida fresca, que tanta falta hacía desde la muerte inesperada de su padre. Su tío no era rico ni mucho menos, pero sí le habían ido mejor las cosas en la vida que a su hermana, la madre de Carmen.

Su padre, un buen hombre donde los hubiera, había sido también un buen padre y un buen marido. Trabajaba en el muelle de Sevilla, como tantos otros hombres de Triana, en esos años convulsos. Alimentar cinco bocas no era tarea fácil, pero Juan, su padre, era fuerte y uno de los primeros en llegar a la orilla del río Guadalquivir para pedir faena todos los días. El Gran Río, sin embargo, era traicionero y se había llevado más de una vida por delante, sobre todo de la chavalería trianera, que intentaban apaciguar el calor de los veranos hispalenses. Así fue como, una tarde de finales de septiembre, ese hombre amable y bondadoso quedó atrapado en la oscuridad de las aguas del antiguo río Betis.

Carmen era la mayor de tres hermanas y se había hecho cargo de su casa casi de inmediato tras la tragedia de su padre. Su madre, Maruja, tuvo que aprender a poner inyecciones y hacer todo tipo de arreglos de costura para poder sacar a sus hijas adelante, no sin la ayuda, en más de una ocasión, de las vecinas del corral donde vivían. Se había criado en la calle Rodrigo de Triana y, aunque con muchas estrecheces, siempre estuvo rodeada de amor y cariño, no solo de sus

padres, sino de toda la gran comunidad de vecinos de su edificio, su calle y su barrio. Las miserias vividas unían más a la gente y Triana era un barrio obrero por excelencia, lleno de mucha hambre pero también de solidaridad y alegría. La chica vivía hacinada con toda su familia en un pequeño habitáculo que habían podido arrendar cuando su padre aún estaba vivo. El corral Rueda, que era como llamaban en Triana a su edificio, era de tamaño medio, si se comparaba con otros tantos corrales de vecinos que estaban esparcidos por los barrios obreros de la ciudad. Tenía dos plantas rematadas por una azotea con las mejores vistas de la iglesia de Santa Ana, la catedral trianera. En cada planta se disponían diferentes viviendas, compuestas a veces por dos habitaciones y en otros casos solo por una. Este era el caso del hogar de Carmen y su familia, que solo tenía una única estancia. No contaba la familia con muchos enseres; tampoco tenían espacio para ponerlos. Había una cama de matrimonio donde dormían las tres hermanas juntas y otra más pequeña para la madre, una mesa con algunas sillas desvencijadas alrededor y un viejo aparador al que su madre tenía mucho cariño. Era la pieza de más categoría que poseía la familia y a la mujer le gustaba sacarle el polvo y disponer en su sitio los pocos vasos y platos que tenían. Las paredes pintadas de blanco con cal hacían que la habitación pareciera más grande de lo que en realidad era y el suelo de barro cocido le daba algo de calidez. Sin embargo, Carmen odiaba ese suelo, porque para sacarle brillo había que limpiarlo de rodillas con una aljofifa. La chica estaba segura de que ese suelo le iba a pasar factura a sus piernas cuando fuera mayor.

La azotea, además de la plazuela, como todos conocían en el barrio la famosa plaza de Santa Ana, era el lugar favorito para el juego de los niños. Se arremolinaban en torno a la ropa tendida que se secaba al sol desganado de las mañanas de Sevilla. Esa ropa blanca, ese olor a limpio acompañarían a Carmen el resto de su vida. Esa blancura no era tarea fácil de conseguir y las mujeres se dejaban las manos, llenas de sabañones, restregando en las pilas de los lavaderos ubicados allí mismo, al igual que la cocina comunitaria, donde había que pedir turnos para guisar. Cuando llegaba la noche, las vecinas recogían los enseres de la cocina y los metían en las pequeñas viviendas para evitar robos. Las casas de la calle estaban pegadas unas a otras y a los niños más intrépidos, como Carmen había sido, les gustaba saltar los pretiles y llegar a las casa de los amigos sin pisar la calle, solo de azotea en azotea.

Todo el mundo se conocía en el barrio y a veces los vecinos eran más importantes que la propia familia, ya que ellos estaban ahí, ayudándose mutuamente y quitándose el hambre unos a otros. Sin embargo, tanta falta de intimidad hacía también saltar las famosas

peleas de los corrales por nimiedades. No había que irse muy lejos para ver como Teresa tiraba de los pelos a Candelaria solo porque no había respetado los turnos de la cocina. Sin embargo, esas peleas a gritos, que muy a menudo llegaban a las manos, se olvidaban con facilidad, y esas mismas vecinas que habían discutido se cuidaban si alguna estaba enferma o no tenía con qué alimentar a sus hijos. Los vecinos estaban pendientes los unos de los otros para que nadie se quedara sin comer. Si alguno de los hombres no había conseguido trabajo en el muelle ese día y, por tanto, no había podido llevar el jornal a casa, siempre alguien de la casa llevaba comida a la familia. «Hoy por ti, mañana por mí», se decían. Todo era comunitario en los corrales y todos eran solidarios. Hasta las letrinas eran compartidas. Las del corral Rueda eran un pequeño cuartucho en medio del patio. Dentro no había más que dos agujeros, uno más grande y otro más pequeño, para los más jóvenes del edificio. Estaban hechas de ladrillos y madera, y no tenían un buen sumidero, por lo que el olor era nauseabundo. Cada vecino tenía que llenar su propio cubo de agua y llevarlo consigo cuando iban a hacer sus necesidades, ya que el retrete carecía de un sistema autónomo de agua. Si se tardaba mucho tiempo, siempre alguno de esos cuarenta y cinco vecinos del corral aporreaba la puerta voceando y usando apelativos poco apropiados para los oídos de los niños. Sin embargo, Maruja siempre prohibió palabras malsonantes a sus hijas. Siempre les decía que las señoritas no decían palabrotas y que en su casa ese vocabulario no estaba bien visto. Por tanto, Carmen y sus hermanas crecieron con una cierta educación y un saber estar que pocas muchachas de su calle tenían.

Ese era el mundo de Carmen, el mundo al que volvía desde Zamora y que echaba profundamente de menos. Su estancia en Castilla había sido agradable; su tío era un hombre amable que la hizo sentirse bienvenida, y ese viaje había servido para quitarle a su madre una boca más que alimentar durante unas semanas y rellenar la despensa para otras tantas. A cambio, Carmen había cuidado de su tío con esmero y le había llevado la alegría sevillana que tanto añoraba el viejo. Sin embargo, la joven había echado profundamente de menos su tierra y a su familia. Ese era el nuevo universo al que pronto se iba a enfrentar Violeta después de conocer a la chica de Triana en aquel vagón de tren que la separaba de todo lo que había conocido. Ese era su destino.

8 TRIANA

Sevilla, abril de 1935

Las dos muchachas llegaron juntas a la estación de plaza de Armas, conocida popularmente como la estación de Córdoba, ya que era la que los pasajeros usaban para viajar a aquella ciudad. La otra estación que existía en la ciudad, la de San Bernardo, se conocía como la estación de Cádiz, por la misma razón. Aunque la estación de Zamora era bonita, el edificio de Sevilla impresionó a Violeta.

—¡Qué preciosidad, Carmen! —apuntó la chica, sorprendida—. Este es un edificio maravilloso.

Carmen en realidad había reparado poco en eso —tampoco tenía tiempo para fijarse—; lo que le importaba en ese momento era localizar a su familia desde el andén.

—Supongo que sí —le contestó sin mucho convencimiento—, pero espera a ver el centro y, sobre todo, nuestra Giralda. ¡Eso sí que es una torre! Ya la verás. Cuando te acomodes y sepamos qué hacer contigo, ya tendremos tiempo de ver la ciudad. Mi madre tendrá que acompañarnos, ya que sin ella no podremos ir a ninguna parte.

Violeta siguió admirando lo bonito de la estación sevillana. Le gustó todo de ella: sus ladrillos rojizos, sus ventanales a modo de vidrieras de colores, que hacían penetrar una luz de arco iris hacia el interior del edificio. La sorprendió la techumbre de hierro y cristal que despedía a los viajeros de los trenes al inicio de los andenes. La muchacha estaba contenta, aún algo temerosa a lo desconocido y apenada por dejar a su madre, pero fuerte, valiente y decidida. Violeta se sentía feliz porque la primera impresión de Sevilla le había gustado.

La muchacha se dio cuenta en la misma estación de que la gente era algo distinta a lo que estaba acostumbrada. No tenía mucho con qué comparar, ya que había ido relativamente pocas veces a Zamora y la mayor parte de su vida la había pasado en Sandín. Su aldea era muy pequeña, especialmente si la comparaba con la grandeza de Sevilla. La estación era un hervidero de gente, un ir y venir constante de caballeros ataviados con sus sombreros de primavera o señoras muy erguidas mientras meneaban sus caderas al ritmo de sus tacones.

También había niños muy bien arreglados y gente de clase más modesta vestida de negro, con boinas ellos o pañuelos a la cabeza ellas. Eso sí le recordó su casa. Todo parecía tener vida propia y llevar un ritmo más acelerado, más trepidante al que ella estaba acostumbrada. Eso le gustó; estaba ávida por conocer más y explorar todos los rincones de esa maravillosa ciudad.

Después de decidir en el tren su destino, había compartido con Carmen su resolución de viajar hasta Sevilla. La chica sevillana se había ofrecido para ayudarla a instalarse y presentarle a algunas personas que pudieran encontrarle un trabajo. Violeta le había comentado a Carmen que en su casa las cosas no marchaban bien y que había decidido probar suerte en el sur. No quiso darle más detalles; no era el momento para hablar claramente con la joven ni contarle nada de su situación.

A la sevillana la habían venido a buscar a la estación su madre y sus hermanas; estaban muy unidas y las había echado mucho de menos durante los meses que estuvo en Zamora.

—Míralas —gritaba Carmen, emocionada—. Te dije que iban a venir a buscarme. ¡Tenía tantas ganas de verlas! ¡Luci! ¡Amparo! —llamaba la chica a sus hermanas a voces—. Y mira, Violeta, ahí está mi madre, Maruja. Ya la conocerás; dicen que es de armas tomar, pero a mí me parece estupenda.

Violeta se sentía contenta por Carmen; se la veía muy alegre y emocionada, y esa emoción contagió a la muchacha de Sandín. Era lo que necesitaba en ese momento: una nueva familia llena de chicas de su edad. Eso era bueno, muy bueno, pensó. A Violeta le hubiera gustado contarle toda la verdad a Carmen, pero desde lo de Ángel se había jurado a sí misma ser más precavida, más desconfiada. La sevillana le caía bien, estaba agradecida de que se hubiera ofrecido a ayudarla, pero la verdad es que no la conocía lo suficiente. Tendría que esperar para poder abrirse y confiar en ella. De momento, con lo que le había dicho era suficiente.

Carmen la presentó a su familia y le pidió permiso a su madre para que la chica se quedara con ellas hasta que encontrara algún sitio adecuado donde vivir. Maruja estaba muy contenta de tener a su hija de vuelta, por lo que no quiso contrariarla y dejó que Violeta se instalara en su casa.

—Mamá —preguntó Carmen de camino a su casa desde la estación—, ¿sigue vacía la habitación de doña Encarna?

—Creo que sí —le contestó Maruja, sin una idea muy clara de la disponibilidad de aquella pequeña habitación en su mismo edificio.

Doña Encarna, una antigua vecina del corral donde vivían, había muerto unas semanas antes de que Carmen viajara a Zamora, y su pequeña habitación, situada en la segunda planta, había quedado vacía. Seguro que si se lo pedían a don Anselmo, el dueño del edificio, Violeta podría quedarse a vivir allí por un precio justo.

—Mañana mismo se lo preguntaré a don Anselmo, pero, si a ti te parece bien, mamá, hoy podemos arrebujarnos y dejar que Violeta pase la noche con nosotras.

—Me parece bien, cariño, pero esta tarde déjame que te disfrute, que hemos estado sin ti muchos días. Además, quiero que me cuentes todo, cómo está tu tío y qué tal van las cosas por Zamora. Quiero saberlo todo, corazón.

Las dos se abrazaron riendo mientras Carmen empezaba a parlotear sin parar de todo lo que había hecho durante esos meses.

La complicidad de Carmen con Maruja hizo que Violeta sintiera una punzada de dolor en su interior, que reprimió de un manotazo invisible. Ahora la madre iba a ser ella y tenía que ser fuerte. No podía empezar su nueva andadura con lloros y penas. Se tragó las lágrimas que amenazaban con aflorar a sus ojos y abrió su corazón para las nuevas experiencias que la estaban esperando. En ese momento, se sintió profundamente agradecida a Carmen y al destino, que la había puesto en su camino. Cogió su hatillo y empezó a caminar con el resto del grupo fuera de la estación que le había dado la bienvenida a Sevilla. Amparo y Luci la cogieron cada una de un brazo y le hicieron miles de preguntas que ella fue contestando como pudo.

Se encaminaron por la calle Arjona hasta el puente de Triana. Violeta seguía encantada, no solo por lo bonito de la ciudad, sino por su luz infinita. La primavera había llegado pronto a Sevilla y a la chica le encantó el olor a azahar que había por todos los rincones de esa ciudad nueva para ella.

—Mira, Violeta —le comentaba Maruja—, este es el puente de Triana. De aquí para delante entramos en nuestro barrio y, créeme, criatura, los trianeros estamos muy orgullosos de nuestro pedacito de Sevilla; ya verás qué bonito es. Pronto conocerás a mucha gente y te adaptarás a nuestra forma de vida. Te lo digo porque, después de que mi hermano se fuera a vivir a Zamora, conozco a la gente del norte y,

aunque somos del mismo país, no somos iguales. Aquí abajo, nosotros hablamos más y más fuerte que en tu casa, somos más escandalosos, pero también nos gusta acercarnos mucho los unos a los otros y ayudarnos en lo que podemos. No quiero decir que en Zamora no lo hagan, pero creo que allí sois algo más independientes. Bueno, no me eches mucha cuenta, tú ya verás como aquí te sientes perfectamente.

Violeta no tenía palabras. Estaba realmente agradecida por la hospitalidad de Carmen y de toda su familia, y sorprendida al mismo tiempo de que ninguna de las mujeres le hubiera hecho ninguna pregunta incómoda que la hubiera obligado a mentir.

Enfilaron la calle San Jacinto, dejando atrás la plaza del Altozano y el río Guadalquivir. A Violeta le pareció realmente hermoso el reflejo de las casas de la calle Betis en sus aguas, como Carmen le había explicado en el tren. Le pareció entender lo que le contaba de que Triana tenía un sabor algo especial, un no sé qué distinto, un sabor a puro barrio, un sentimiento de comunidad al que Violeta creyó pertenecer desde ese mismo momento. Cuando llegaron al medio de la calle, giraron a la izquierda por Rodrigo de Triana.

—Cuántas ganas tenía de llegar —declaró Carmen mientras se paraba a saludar a unos y otros moviendo las manos y lanzando besos al viento.

–Carmen, mi *arma*, ¿ya de vuelta? —La detenían las vecinas por la calle para charlar con ella. No terminaba de hablar con una cuando tenía que pararse con otra.

—Ya echaba yo de menos el que me pararan por la calle y charlar un ratito con la gente de mi barrio —le dijo Carmen, contenta—. Ya ves que aquí nos conocemos todos.

Se pararon frente al número cincuenta y cuatro.

—Esta será de momento tu casa, Violeta —le dijo Maruja a la chica.

Violeta tenía los ojos muy abiertos, sin dar crédito a lo diferente que era todo aquello de su pueblo, de su gente, de su pasado. La primera impresión de Sevilla le había gustado mucho y pensó que posiblemente sería un buen sitio para tener y criar a su hijo. Inspiró profundamente y pidió al cielo que hubiera acertado con su decisión de quedarse en la capital del sur.

Por la tarde, el sol brillaba aún alto en el cielo. Violeta no estaba

acostumbrada a tanta luz y le gustó sentir los rayos del sol sobre su cara a esas horas. Probablemente estaría nublado en Sandín. Su aldea era pequeña; preciosa pero pequeña. Las casas de piedra le daban una cierta oscuridad que no tenía Sevilla; sin embargo, Violeta estaba segura de que la tranquilidad del campo, del río, de la naturaleza a flor de piel también sería algo que echaría de menos. Sevilla, como cualquier otra gran ciudad, parecía que vivía en un bullicio permanente y, aunque Violeta solo había visto un pequeño pedacito de todo el conjunto, supo enseguida que el sur no tenía mucho que ver con el norte. No era solo el tiempo, más oscuro, más húmedo allí arriba, sino las casas, las calles, la luz, la gente. No es que uno fuera mejor que el otro, pero sí muy distintos. Aún no había estado en el sur lo suficiente como para juzgar cómo se vivía allí pero le dio la sensación de que le iba a gustar.

El habla era otra cosa. Ya en el tren encontró algo de dificultad en entender a Carmen, pero, cuando la muchacha se multiplicó por cuatro al conocer a su madre y hermanas, no entendía nada. El acento sevillano le parecía gracioso y nada similar a lo que había oído antes. Parecía como si no encontrasen el modo de finalizar las palabras o como si estuvieran peleados con las eses finales. Sin embargo, le resultaba musical cómo decían sus frases. Estaba segura de que se acostumbraría a esa nueva forma de expresarse y a esos giros que no tenía ni idea de lo que significaban.

También le llamó la atención el color de la capital andaluza. En Sandín todo era más gris; incluso los vestidos de las mujeres eran negros. Pañuelos a la cabeza, faldas más largas, chal para los recios días de frío. En Sevilla parecía que todo estaba bañado por colores. Las casas estaban encaladas de un blanco inmaculado y de los balcones colgaban geranios y claveles de colores rojos, amarillos y rosas. Hasta las macetas que los sostenían tenían diferentes colores, que iban desde el rojo intenso al verde del campo. Las mujeres lucían vestidos alegres, aunque a la chica no le dio la impresión de que hubiera mucho lujo en la manera de vestir o calzar en Triana. Sin embargo, sí intuyó algo de vivacidad y descaro.

Violeta entró acompañada por Maruja y sus hijas al patio del corral Rueda, el corazón del edificio. Miró hacia arriba, donde vio a muchos vecinos asomados a las ventanas y balcones. Los chiquillos correteaban alborotando la tranquilidad del patio. Algunos ancianos habían sacado sus sillas de neas a la puerta de sus casas y fumaban cigarrillos o jugaban partidas de cartas o dominó. Las jardineras colgaban de las barandas, y macetas de diferentes colores y tamaños decoraban el patio rebosante de plantas. Violeta nunca había estado

en un sitio así y, aunque lo lógico hubiera sido que se sintiera fuera de lugar, la bienvenida, no solo de la familia de Carmen, sino de todos sus nuevos vecinos, hizo que no fuera así. La casa número cincuenta y cuatro de la calle Rodrigo de Triana se convirtió de inmediato en su hogar. Había llegado a casa.

A Violeta el edificio le pareció grande. Ella estaba acostumbrada a su pequeña casa de piedra, donde vivía con sus padres y hermanos. Sin embargo, no tardaría mucho en darse cuenta de que en el edificio vivían más de cuarenta familias y que la hacinación era algo normal en esa estructuras de casas de vecinos.

La puerta del corral, como llamaban a esas viviendas vecinales en los barrios de Sevilla, era grande y de madera pintada en verde. Por la noche, una vez que todos estaban dentro, se atrancaba con una gran estaca si algún vecino se acordaba de ponerla, que no era lo habitual. Las paredes del inmueble eran gruesas, cosa que todos agradecían, sobre todo en los duros meses del verano sevillano, cuando las temperaturas alcanzaban más de cuarenta grados a la sombra. Pronto aprendería Violeta que en esas noches de verano las familias de los corrales se unía aún más si cabe, al subir todos juntos los colchones a la azotea para poder dormir bajo el cielo y las estrellas. Para eso se preparaba previamente, refrescando el suelo de barro con agua cuando el calor ya había remitido. En verano era difícil dormir, no solo por las altas temperaturas, sino también por las risas y confidencias de los vecinos que se apiñaban codo con codo a la intemperie.

Cuando Carmen pisó su casa, los vecinos se le echaron encima nada más verla entrar. Violeta pensó que el corral era como un minipueblo donde todos se conocían y se trataban como familia. Todos querían saber cómo le había ido el viaje a la sevillana, qué tal estaba su tío, cómo era Zamora. La muchacha tuvo la paciencia suficiente como para besar, abrazar y contestar a miles de preguntas antes de subir a su casa ante la mirada maravillada de Violeta.

La muchacha estaba algo aturdida y cansada del viaje, y tan pendiente de Carmen y todo lo nuevo que estaba sucediendo a su alrededor que no notó la presencia de Mario.

—Hola, soy Mario León, ¿tú quién eres? ¿Has venido con Carmen? ¿Eres de Zamora?

—¡Cuántas preguntas! —le respondió Violeta, confusa. La chica no estaba acostumbrada a un comportamiento tan descarado—. Sí. No

soy de aquí, he venido en el tren con Carmen desde Zamora y, de momento, voy a quedarme unos días.

—¿Solo unos días? —respondió el muchacho, algo desilusionado —. Pues es una lástima, porque me habría gustado tener tiempo para conocerte mejor.

—Bueno, acabo de llegar a esta ciudad, aún no tengo muchos planes, así que iré improvisando sobre la marcha —le contestó Violeta, sin dar crédito al desparpajo del chico. No estaba acostumbrada a hablar con desconocidos ni mucho menos a contestar tantas preguntas.

La algarabía de voces se fue dispersando a medida que Carmen y su familia lograron alcanzar la escalera y empezaron a subir a su casa.

—¿Vienes, Violeta? —la llamó Carmen, ya en el tercer escalón—. ¡Ah! Ya veo que has conocido a Mario. Cuídate de él, es un bribón —dijo mientras le guiñaba un ojo al muchacho. Tanto Mario como la sevillana soltaron una carcajada al unísono.

—Me alegro mucho de que estés de vuelta, princesa —le dijo Mario a Carmen con sinceridad—. Ya te echábamos de menos por aquí. —Se acercó a ella y le plantó un sonoro beso en la mejilla—. Deja que te ayude con las maletas.

—No hace falta, corazón. Somos muchas, ya nos apañamos nosotras.

—Bueno, pues mira por dónde, ya sé tu nombre, Violeta. Bienvenida tú también al corral. Espero que podamos vernos pronto.

—Hasta luego, cariño —le dijo Carmen, lanzándole un beso invisible desde las escaleras.

El muchacho agarró el beso etéreo e hizo amago de guardarlo en su pecho.

—Espero tener la ocasión de acompañaros si vais a visitar la ciudad —les dijo a las dos chicas y se alejó silbando mientras las mujeres se encaminaron a casa de Carmen.

—¿Todos los chicos de Sevilla son como él? —preguntó Violeta cuando tuvo oportunidad.

—No, Mario es especial y le encanta hablar. No le eches mucha cuenta; es un embaucador, pero te aseguro que es un buen chico. Nos hemos criado juntos y nos queremos como hermanos. Parece que le has gustado, y eso que acabamos de llegar. —Rio Carmen, sacándole los colores a la zamorana.

Violeta no tenía ganas de hablar de hombres, así que bajó la

mirada y siguió caminando. Carmen lo entendió a la perfección, por lo que cambió de tema.

—En fin, ¿qué te ha parecido mi gente de Triana? Si te soy sincera, ellos son como mi familia, porque, aunque no lo sean de sangre, para mí son familia igualmente. Estamos para las buenas y para las malas.

—La verdad es que me ha gustado mucho la calidez con que te han recibido. Es un orgullo saber que hay tanta gente que se preocupa por ti y que te quiere. Gracias por compartirlo conmigo.

—No seas tonta —le dijo la muchacha—. Es un placer que estés aquí y que yo pueda compartir mi tierra contigo. Mañana mismo me pongo manos a la obra y te buscamos vivienda. Si todo sale bien, en unos días estarás perfectamente instalada.

Las dos entraron en casa de Carmen llenas de paquetes. Estaban agotadas. Las dos muchachas habían descansado muy poco desde que se encontraron en el tren de Zamora. Ese tren, a Violeta, empezaba a parecerle como algo muy lejano.

9 UNA NUEVA VIDA

Sevilla, abril de 1935

Don Anselmo había sido el dueño del corral Rueda durante más de treinta años. El edificio había pertenecido a su padre y él, como hijo único, lo había heredado. El hombre era una buena persona, de eso Carmen no tenía ninguna duda. La muchacha conocía las costumbres del dueño del corral y quería encontrarse con él mientras salía del barrio, antes de que llegara al centro. Dejó a Violeta con su familia y les dijo que no volvería con una negativa; el casero tenía que alquilarle alguna habitación para su amiga. Estaba segura de que el hombre se dejaría engatusar y aceptaría a la chica de Zamora como nueva inquilina. Carmen lo abordó por el puente de Triana a la mañana siguiente de su llegada a Sevilla y le comentó la situación en la que se encontraba la chica zamorana.

—Primero, don Anselmo, tenemos que conseguirle un alojamiento decente y luego ya le buscaremos un trabajo —le comentaba Carmen al dueño del edificio mientras lo agarraba del brazo. La joven se deshizo en sonrisas y zalamerías para conseguir que el bonachón de don Anselmo accediera a sus súplicas.

—Muchacha, ya te he dicho que tengo apalabrada la habitación. No es que no quiera alquilársela a esa muchacha de Salamanca, Madrid o de donde quiera que venga, pero es que van a venir a ver la habitación esta tarde y ya me he comprometido.

—Ande, don Anselmo, usted que es tan bueno… La chica no tiene donde quedarse, está aquí en Sevilla. ¿No puede usted decirle a esa familia que quiere ver la habitación que ya está ocupada? —le pedía Carmen mientras se quitaba su ramito de jazmines de la cabeza y adornaba con ellos la solapa del dueño del corral.

—¡Ay, niña, cuánto sabes! Dile a tu amiga que, si no fuera por tu sonrisa, aún no tendría un techo donde cobijarse. Que sepas que lo hago por ti, así que no se hable más. Mañana os espero en mi oficina de la calle Sierpes a las diez de la mañana y firmamos el contrato. Pero, eso sí, Carmen, mínimo por un año.

—Claro que sí, don Anselmo, el mínimo que usted quiera. Ya

sabía yo que no me fallaría. Verá usted como no se arrepiente. Violeta es una buena chica.

—Déjate ya de halagos, que me vas a hacer llegar tarde. No faltéis mañana y sed puntuales.

Don Anselmo se despidió de la joven mientras la chica le regalaba una de sus amplias sonrisas y le plantaba un beso sonoro en la mejilla.

—Gracias, don Anselmo, muchas gracias. No se preocupe, que allí estaremos sin falta.

En un minuto, Carmen tomó el camino opuesto a don Anselmo y se fue de vuelta hacia el Altozano, rumbo a su casa, repiqueteando sus tacones por el suelo asfaltado del puente de Triana. Una vez hubo enfilado la calle Pureza, se encontró de golpe con Violeta y una de sus hermanas.

—¿Qué os dije? Todo resuelto y en menos tiempo del que yo creía. Ese don Anselmo es un santo. El hombre nos conoce desde niñas, Violeta, y siempre tuvo a mi padre en buena estima. Mañana iremos a su oficina y tendrás tu contrato. El precio es razonable, ya que tu habitación es pequeña. ¿Crees que podrás pagarlo?

La pregunta cogió a la chica por sorpresa y volvió a acordarse de dónde había salido el dinero que tenía. Se le revolvían las tripas con ese simple pensamiento, pero se apresuró a contestarle a su amiga.

—Sí, de momento podré pagarlo, pero necesitaré buscar trabajo pronto.

—Ya se lo he comentado a don Anselmo. Es un hombre de muchos contactos y tal vez pueda ayudarnos. Vayamos por pasos y veamos qué podemos hacer. Por ahora, disfrutemos el momento de haber conseguido tu alojamiento tan pronto y volvamos a casa, que no me ha dado tiempo ni de tomar café.

—Mamá estaba preparándolo cuando hemos salido a tu encuentro —le dijo su hermana.

—Pues vamos… ¿a qué estamos esperando? Ya vamos tarde.

Las tres rieron, cogidas del brazo, mientras se encaminaban al corazón de Triana. Violeta no podía creer su buena suerte. Carmen había sido una bendición. Más aún… Carmen había sido su salvación. Nunca podría pagarle todo lo que estaba haciendo por ella.

***

Violeta se instaló en la pequeña habitación de doña Encarna a los pocos días de llegar a Sevilla. Su casa no era nada del otro mundo, pero era su hogar y muy pronto también lo sería de su hijo. Era una sola habitación, pero luminosa y agradable. Se encontraba en la segunda planta del corral de vecinos donde también vivía Carmen, muy cerca de la azotea. La habitación contaba con una ventana que daba al pasillo principal de la segunda planta. Desde allí se podía ver el patio del corral, donde estaban los servicios comunitarios. En la pared opuesta a la ventana, había un balcón que le regalaba la vista de la plazuela y de la iglesia de Santa Ana. A Violeta le gustaba esa vieja iglesia con rejas terminadas en puntas de lanzas. En el poco tiempo que llevaba en el corral, ya había escuchado más de una vez a madres gritando a sus hijos para que no se subieran en ellas so pena de morir ensartados como un pinchito moruno.

Carmen y sus hermanas la habían ayudado a encalar su habitación y ahora se veía de un blanco inmaculado. No tenía muchas cosas, apenas una mesa, un par de sillas y un cama que había comprado de segunda mano. También compró un aparador, a petición de Maruja.

—Seguro que esto te va a hacer mucha falta, chiquilla —le había dicho Maruja cuando la acompañó a comprar el mobiliario—. Yo tengo uno muy parecido y es lo mejor de la casa. Hazme caso y llévatelo.

Violeta se las había arreglado para darle un toque especial y agradable a la estancia. Siempre encontraba la manera de llevar flores frescas a su casa; eso la acercaba a la naturaleza de Sandín. Con el dinero de Ángel, había podido pagar algunos meses de alquiler y comprar los enseres necesarios de la cocina, además de un juego de sábanas y una colcha que le daban una apariencia femenina a su pequeño hogar.

Una vez instalada, Violeta se apoyó una vez más en Carmen para buscar trabajo. Sabía que, aunque el dinero de Ángel podía ayudarla al principio, no duraría para siempre y tenía que estar preparada, sobre todo, para la llegada de su hijo. Realmente no sabía lo que quería hacer con su vida. Había trabajado desde pequeña en el campo y no sabía adónde podía acudir para pedir trabajo en una ciudad aún

extraña para ella.

Don Anselmo había hecho algunas llamadas, pero aún no le había encontrado nada, y Violeta no podía esperar. Carmen, por su parte, trabajaba en La Cartuja, la fábrica de loza de Sevilla, y, desde el primer momento, estuvo pendiente de vacantes, por si podía meter a Violeta allí. La fábrica se encontraba en una zona de Triana poco habitada que llamaban la isla de la Cartuja, un entrante de tierra rodeado por el río. El nombre le venía gracias a un antiguo monasterio cartujo que se ubicaba en esos mismos terrenos. Había que caminar un buen trecho desde el corral Rueda hasta la fábrica, pero era un paseo bonito, en su mayor parte a través del campo. Carmen se dedicaba a cocer las piezas de las vajillas de tipo inglés. Le gustaba su trabajo y se había convertido en una persona algo influyente en su sección. Era la encargada y tenía a varias muchachas trabajando bajo su mando. Carmen era una persona afable y su departamento gozaba de un ambiente amigable, con un buen ritmo de trabajo y una cordialidad que faltaban en otros. Por eso, cuando la joven recomendó a Violeta, fue escuchada y, poco después, la zamorana se encontró trabajando en la Cartuja de Sevilla.

Violeta se adaptó rápidamente a su trabajo en la fábrica y descubrió cualidades de sí misma que ni siquiera sabía que tenía. La pusieron en el departamento de pintura, ya que no había hueco en el de Carmen. Sin embargo, pronto descubrió que le gustaba lo que hacía y que era buena en ello. Había que tener muy buen pulso para pintar las piezas de loza, conocer el lenguaje de los colores y tener imaginación. Pero a la chica le apasionó su trabajo nada más empezar y se convirtió muy pronto en una de las mejores pintoras de la fábrica. Los paisajes ingleses se fundían con la cerámica de cuerda seca tradicional sevillana y Violeta disfrutaba de cada pincelada. Nunca hubiera podido imaginar que se le daría bien la pintura, pero desde que había salido de Zamora estaba descubriendo habilidades en ella que no sabía que tenía.

Su trabajo, además de satisfacción personal, le dio un respiro con el tema del dinero. Lo que ganaba, unido a lo que le había dado Ángel, le proporcionó la tranquilidad económica que necesitaba. Sin embargo, aún tenía que contarle a Carmen lo de su embarazo. Habían pasado unas semanas desde su llegada a Sevilla y pronto se le empezaría a notar. No quería que Carmen, que tan bien se había portado con ella, se diera cuenta sin que hubiera tenido la oportunidad de decírselo ella misma. Se prometió que sería lo próximo que haría. No podía esperar más; ahora estaba situada, tenía una casa y un trabajo. Era hora de compartir su secreto con su amiga.

***

Unas de las mañanas que hicieron un alto en el trabajo para tomar un café se reunió con Carmen en los jardines que había a las afueras de la fábrica. Normalmente no tenían mucho tiempo, pero tampoco necesitaba demasiado para lo que le iba a decir. Estaba avergonzada por no habérselo contado antes, por lo que quería que fuera algo rápido y quitárselo de encima de sopetón.

—Carmen, ¿podemos hablar un momento? —Violeta la abordó en el pasillo de la fábrica.

Carmen se sorprendió; normalmente no se veían durante los veinte minutos que tenían libres. Sus respectivos puestos de trabajo no estaban cerca y también se solían relacionar con otras chicas de la fábrica. Sin embargo, Violeta no le dio opción, la agarró del brazo y casi la arrastró afuera.

—Pero ¿qué pasa, chiquilla? ¿Y estas prisas?

La sevillana no podía leer muy bien la cara de Violeta, pero le pareció que estaba nerviosa y que tenía algo importante que decirle.

—Violeta, me estás asustando, ¿es que pasa algo? —le insistía Carmen una y otra vez.

Violeta, callada, caminó con Carmen por los jardines que rodeaban la fábrica. Se paró en una plaza con bancos y se sentó en uno de ellos. Carmen hizo lo mismo.

—Carmen, siento mucho no haberte dicho antes una cosa que no debería haberte ocultado. —Fijó sus ojos en su amiga y rompió a llorar, sintiéndose culpable—. De verdad, lo siento, pero es mejor que te lo diga ya, porque tarde o temprano tendrás que saberlo y quiero que te enteres por mí. Tú te mereces eso y más.

Carmen la miró fijamente y, con una media sonrisa que dejaba ver sus dientes blancos, se dirigió a ella.

—No tienes que decirme nada —le dijo con ternura—. ¿Pensabas que no lo sabía, mi *arma*? Me di cuenta desde que viajamos juntas en el tren. Todas esas idas y venidas al baño eran algo que no se podía ocultar. Recuerda que tengo dos hermanas más pequeñas y que en el

corral he visto muchos partos y embarazos.

Violeta estaba atónita; no tenía palabras. Una lágrima resbaló por la mejilla de la muchacha y se aferró fuertemente a su amiga.

—Lo siento, lo siento mucho —repetía una y otra vez.

—No te preocupes, cariño —la consolaba Carmen—. Ya sabes cómo vivimos aquí; no hacemos preguntas, pero ahí estamos para lo que necesitemos unos de otros. Si no me lo has dicho antes es porque no estabas preparada, así que he preferido esperar a que tú quisieras contármelo. Además, esa historia es pasada. No quiero saber ni el cómo ni el porqué. Ese niño viene a su casa y aquí lo querremos todos, así que no hablemos más.

—¿Lo sabe alguien más? —le preguntó Violeta, avergonzada.

—¡Pero qué inocente eres! Lo sabe toda Triana, hija, toda Triana.

Así se acabó la conversación y Violeta sintió como un peso infinito se desvanecía de sus hombros para irse flotando a un lugar donde ya no podía alcanzarla. Se sintió profundamente agradecida a Carmen, a los vecinos del corral Rueda, a Triana y a su nueva ciudad, Sevilla.

10 MARIO

Sevilla, julio de 1935

Los meses fueron pasando y la chica zamorana se fue adaptando a su nueva vida rodeada de cariño por parte de todos. Ya era imposible disimular su embarazo, pero realmente no le importaba. Las vecinas del corral se habían disputado el puesto de madrina de su hijo, pero Maruja les dejó muy claro a todas que ese sería su papel.

En su casa se sentía segura y había congeniado bien con todos los vecinos. Su amistad con Mario había crecido y, aunque al muchacho le gustaba, de momento, Violeta le había dejado claro que una relación entre ellos más allá de la amistad era imposible. Estaba centrada en su embarazo, en su futuro hijo y en su trabajo. Sin embargo, como el médico le había recomendado dar largos paseos para la hinchazón de sus piernas, Mario no dejó escapar esa oportunidad para escoltarla cada vez que podía. Los dos, siempre acompañados por Carmen, caminaban por la calle Betis, el Altozano, la calle Pagés del Corro o incluso, a veces, paseaban por la orilla del río. La Zapata, como los trianeros llamaban al margen del Guadalquivir, era traicionera y, aunque la chavalería sevillana solía bañarse allí, siempre había ahogados por mor del río. A Violeta le gustaba pasear con Carmen y Mario, y la compañía de los muchachos la hacía sentirse querida y segura.

El chico, como casi todos los hombres de Triana, trabajaba en el puerto de Sevilla. El trabajo era duro y a veces escaseaba. Mario estaba harto de la miseria que ganaba y de lo malo de la situación laboral general del país. Se había afiliado al sindicato portuario sevillano liderado por Saturnino Barneto. El joven quería un cambio y le había parecido que desde allí podría luchar por sus intereses y se escucharían sus reivindicaciones. No todos los días había trabajo para todos en el puerto y muchas veces se priorizaba a los hombres casados y con hijos antes que a los solteros, que tenían que volver a sus casas sin el salario de ese día. A pesar de todo, los obreros del puerto sevillano habían conseguido más beneficios que otros obreros portuarios españoles. Hasta el año 1928, la situación en el puerto de Sevilla había sido insostenible. La explotación campaba a sus anchas cerca de los barcos donde se reunían los obreros, sin ninguna

organización, buscando trabajo. Los hombres competían unos contra otros para poder trabajar unas horas que les permitieran llevar algún salario a sus casas. Barneto y los suyos lucharon para establecer unos turnos y así rebajar los abusos. Hasta el mismo sindicato había influido para paliar el alcoholismo que se apoderaba de la mayoría de los trabajadores del puerto. No era fácil esperar a la intemperie en las frías mañanas de invierno, y las garrafas de alcohol corrían por el muelle y las gargantas de los hombres como si no hubiera un mañana. Sin embargo, todavía quedaba mucho por hacer; por eso, Mario había decidido apuntarse en el sindicato y unir su voz a la de Barneto y su grupo.

Mario no había crecido con mucho, pero era feliz. Tenía bastantes amigos y era muy conocido en Triana. Había tenido varios romances, pero ninguna novia formal; sin embargo, lo que sentía por Violeta era algo diferente. No quería precipitarse con ella y hacerlo mal porque la chica le importaba de verdad. Durante los primeros meses de Violeta en el corral Rueda, Mario esperaba a que Carmen y la zamorana salieran para hacerse el encontradizo con ellas. Se engalanaba con su camisa recién planchada, su gorra algo ladeada y su mejor sonrisa. Violeta no salía nunca sin Carmen, así que la táctica de Mario era charlar con las dos y, para cuando llegaban a la calle Betis, ya se había ganado a las chicas y tenía su permiso para acompañarlas.

—Eres un embaucador —le decía Carmen—. ¿Cómo te las arreglas para salir a nuestra misma hora todos los domingos?

—Será casualidad, chiquilla, pura casualidad.

—¡Ah! Y, si tanta casualidad es, ¿cómo es que ya no tienes ningún compromiso y te vienes con nosotras? —le contestaba Carmen con una sonrisa traviesa que iluminaba su cara.

Mario se quedaba sin saber qué decir, haciéndole gestos con los ojos para que se callase.

—No puedo creer que deje al señorito Mario León sin argumentos. —Reía abiertamente la muchacha.

Violeta no entraba en esas conversaciones y se hacía la distraída para no tener que participar. La verdad es que Mario era alegre y guapo pero también obstinado en sus convicciones y pensamientos. Le gustaba Violeta, la veía diferente, encantadora y necesitada de amor. No la tachaba de una cualquiera por la situación en la que se encontraba y veía más allá de su abultado vientre. Sentía una

curiosidad imperiosa por ella que no podía explicar. Tenía miles de preguntas que Violeta aún no estaba dispuesta a confesar y él no se atrevía a preguntar. ¿Por qué habría venido a Sevilla? ¿Quién sería el padre de la criatura? ¿Tendría Violeta familia en Zamora o estaba sola en el mundo? El muchacho quería conocerla de verdad, desvelar todos sus secretos, le intrigaba esa chica algo esquiva pero especial. No, no le importaba su embarazo ni el qué dirían los demás. Él conquistaría a Violeta.

Los paseos por el río con las chicas ilusionaban al muchacho. Mario trataba a Violeta con mimo, la cogía del brazo al bajar o subir escalones, le acercaba la silla si se sentaban en una terraza a tomar un refresco y le preguntaba si sentía las piernas cansadas o se encontraba mal. Todo ello sin un reproche, sin una pregunta acerca del padre de la criatura. A ella el muchacho se le hacía atractivo. Después de lo de Ángel, no estaba dispuesta a tener ninguna relación física con nadie, no estaba preparada ni le apetecía. Sin embargo, Mario era cálido y le gustaba su compañía. No la importunaba que se hiciera el encontradizo con ellas en el corral y que se inventara mil excusas para poder acompañarlas los domingos. Le gustaba su conversación, su amistad y su pelo negro azabache, que contrastaba con sus ojos, de un verde muy claro. Mario estaba muy bien formado, tal vez debido a los fardos que cargaba en el puerto. No era excesivamente alto, pero algo más que Violeta, y sus brazos eran como columnas de mármol. La chica pensaba que podría levantarla con una sola mano si se lo proponía.

Los domingos eran agradables y, al volver de nuevo a casa, Violeta y Mario tenían ocasión de charlar un rato al pie de las escaleras. Carmen ya se había dado cuenta de la atracción que ambos jóvenes sentían el uno por el otro y no le importaba inventarse pretextos para irse un poco antes y dejarlos a solas.

—Violeta, voy subiendo —le decía Carmen—. No me acordaba de que mi madre quería que fuera a ver a Teresa, que no se encuentra bien, y ya se me ha hecho tarde. Te dejo un rato con Mario.

Tanto Mario como Violeta se habían dado cuenta de la estrategia de la joven y les hacía gracia la capacidad creativa que tenía para inventarse excusas.

—Violeta, ¿estás cansada? —le preguntó Mario.

—No, estoy bien. ¿Por qué lo dices?

—Me preguntaba si querrías subir a la azotea conmigo. El día está precioso y podríamos hablar.

La muchacha lo pensó un momento; todavía era temprano y hacía calor, por lo que aceptó la propuesta de Mario. Una vez en la azotea, el muchacho tomó la decisión de indagar algo más en la vida de la chica. Le había dado muchas vueltas, pero después de meses conociéndose quiso probar suerte. La azotea estaba llena de ropa tendida y algunas de las vecinas se agolpaban en la cocina comunitaria preparando el almuerzo del domingo. Después de saludarlas, se apoyaron en el pretil y contemplaron la maravillosa vista de la iglesia de Santa Ana.

—Violeta, ¿por qué te viniste de Zamora? —le preguntó el chaval, dubitativo.

—¿No es obvio? —contestó ella, señalando su ya voluminosa barriga.

—Sí, ya veo, pero no me refería a eso. Seguro que hay una historia detrás. ¿Tiene tu hijo un padre? ¿Estás casada? No tienes que contármelo si no quieres, pero yo sí quiero que sepas que puedes contar conmigo, que puedo estar aquí como amigo y, si te interesa, como algo más.

Ella se puso tensa; no estaba preparada para una declaración de amor ni para tantas preguntas y, aunque le gustaba Mario, prefería seguir como estaban. No quería entrar en ese terreno. Mario se dio cuenta de inmediato de su error y deseó no haber preguntado nada.

—Está bien, Violeta, no he querido molestarte. Solo quiero que sepas que estoy y estaré aquí para ti, para lo que os haga falta a ti y a tu niño —le dijo mientras le ponía su mano en la barriga—. De verdad que no he querido hacerte sentir incómoda, por supuesto que puedes contar solo con mi amistad, si eso es lo que quieres. Por favor, imagina que no hemos tenido esta conversación.

Violeta apartó con suavidad la mano de Mario de su vientre. Necesitaba pensar y no quería hacerlo en ese momento. Prefería centrarse en la idea de su maternidad y, tal vez, cuando su hijo naciera, pensar en otras cosas.

—Gracias —dijo, algo cortante, la chica—. Te lo agradezco de verdad, Mario, y aceptaré tu ofrecimiento de amistad, pero, de momento, no me pidas más; ni puedo ni quiero darte más. Espero que lo entiendas y lo respetes. Aún no estoy preparada para contarte nada

y mucho menos para una relación amorosa. Ahora, si te parece bien, no hablemos más de esto —le rogó.

La muchacha se giró y, sin mediar una palabra más, se dirigió escaleras abajo, dejando a Mario solo en la azotea. El muchacho se sintió abatido; se había precipitado y había perdido. Quiso volver el tiempo atrás, pero ya era demasiado tarde. Realmente Violeta era importante para él y no quería perderla, por lo que se prometió que esperaría y seguiría sus pautas. Se dejó caer en el suelo de barro de la azotea y deseó con todas sus fuerzas que lo único que necesitara la muchacha fuera tiempo.

11 EL NACIMIENTO

Sevilla, noviembre de 1935

Había tenido un parto muy fácil y corto para ser primeriza; sería por ser ancha de caderas, según le habían dicho las vecinas del corral. Maruja y Carmen fueron las primeras en atenderla, pero pronto se fueron sumando todas las comadres, trayendo agua caliente y ropa limpia de cama. Teresa fue a buscar a doña Marina, la comadrona, y Amalia, viendo que tardaba, fue a buscar a otra matrona, por lo que en su parto se juntaron las dos y hubo que abonar a ambas. Su hijo se había decidido a venir una tarde de lluvia de noviembre y había cambiado su vida de un modo radical e irracional. Nunca relacionó a su pequeño con el suceso ocurrido hacía ya casi un año. Su hijo era suyo y de nadie más, y estaba allí para ser colmado de amor y mimos. Estaba orgullosa de él y muy contenta de que fuera varón.

Todos en el corral tenían una opinión con respecto al nombre que debía ponerle al pequeño. Pero fue ella la que finalmente se decidió por Juan.

—Mira —le dijo a Carmen desde la cama con su hijo en brazos—, no conocí a tu padre, pero todos hablan muy bien de él. Si pudo formar una familia como la tuya, seguro que era maravilloso. Yo no sé muy bien cómo pagaros todo lo que siempre habéis hecho por mí, pero creo que tu padre estaría contento de ver continuado su nombre. ¿Te parece bien que le pongamos al niño Juan en honor a tu padre?

Carmen se la quedó mirando mientras una lágrima recorría su rostro. Violeta la había emocionado. Su padre había sido un hombre maravilloso y le gustó que la chica lo homenajeara de esa manera.

—Gracias —alcanzó a decir y la abrazó con ternura—. Pero tú no me debes nada, es un placer tenerte como una hermana más. Verás cuando se entere mamá. Es un gesto muy bonito y la verdad es que no me lo esperaba. A mi padre le hubiera hecho mucha ilusión y me siento orgullosa de tener un nuevo Juan en la familia.

Las dos amigas siguieron abrazadas mientras Violeta se sentía satisfecha de haber podido devolver un poco de todo lo bueno que Carmen le había dado.

La sevillana salió de la habitación para dejar descansar a la

muchacha y Mario aprovechó el momento para interceptarla en la escalera.

—¿Cómo está? No me han dejado pasar a verla.

—Claro que no, está agotada, la he dejado descansando. Tú tampoco estarías para muchas visitas después de parir, ¿no crees?

—Pues no lo sé, nunca he parido —respondió Mario con sorna, arrancándole a Carmen una carcajada.

—Pues ya te digo yo que tampoco querrías ver a nadie. Si el mundo dependiese de que los hombres parieseis, aquí no durábamos ni dos días. En fin, Mario, no te preocupes, tanto la madre como la criatura están bien. Seguro que mañana tendrá más ganas de conversación. Por cierto, ¿sabes qué ha tenido?

—No —respondió el chico, que ahora caía en la cuenta de que ni lo había preguntado.

—Ha sido un niño y le va a poner Juan, como mi padre —le dijo Carmen, emocionada.

—¡Un niño!

Mario pronunció esas palabras sobrecogido y agradeciendo al cielo que tanto Violeta como su hijo estuvieran bien. Mientras Carmen volvía a su casa, el muchacho continuó en la escalera. Sus sentimientos por Violeta habían aumentado en los últimos meses y ese amor se hacía extensible a su hijo. Ningún padre verdadero podría sentir más de lo que él sentía en ese momento. No quería esperar hasta el día siguiente para verlos y, aunque Carmen le había dicho que la muchacha estaba cansada, decidió llamar a su puerta.

—Violeta, ¿estás despierta? —susurró, poniendo su boca cerca de la rendija.

—Pasa, Mario —respondió la muchacha con voz cansada.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —atinó a decir—. ¿Te importa si me acerco a verlo? Al niño, quiero decir.

—¡Claro! Ven —contestó Violeta, orgullosa de su hijo.

—Es muy guapo —le dijo él, emocionado, mientras miraba al niño—. Se parece a ti.

—¿Quieres cogerlo? —Mario se sorprendió por el ofrecimiento.

—No sé si sabré hacerlo, pero, si a ti te parece bien, me encantaría.

El chico tomó al pequeño y lo acunó entre sus brazos fuertes y bien formados. Mario sintió un amor instantáneo y su pecho se infló como una pelota de playa. Pensó que su corazón estallaría de un momento a otro y sintió como ese amor profundo lo recorría desde la cabeza a la punta de los dedos de los pies. No importaba que ese niño no hubiera sido concebido por él. Ese niño también era suyo y así quería demostrárselo a Violeta.

—Violeta, escucha, yo… Quiero que sepas que estoy aquí para ti y para tu pequeño. Quiero que sepas que… —las palabras salían a trompicones de su boca con la intención de tocar el corazón de la chica— yo te quiero —logró decir, balbuceante—. Sé que no has tenido una vida fácil, pero no estás sola. Aquí tienes una familia que no es de sangre y, si tú quieres, tendrás la tuya propia. Siento a tu hijo como si fuera mío, he visto crecer tu vientre y he sentido cómo se movía durante estos meses. Te prometo que este hijo será de los dos, si tú quieres. No haré preguntas, solo me interesáis el niño y tú, no el pasado.

La muchacha estaba emocionada. Ella también había aprendido a amar a Mario, pero aún no estaba preparada para iniciar una relación con él. Ahora su familia era su hijo, y el muchacho tendría que esperar algo más.

—Mario, agradezco tus palabras y sé que son sinceras, pero ahora no puedo pensar en eso, aún no. Quiero que sepas que, durante estos meses, me ha gustado mucho tu compañía y el que no me hayas presionado. No quiero perder tu amistad, pero necesito más tiempo. Sé que es egoísta pedirte eso, pero es lo que puedo ofrecerte. Tú también me gustas y quiero que estés presente en la vida de Juanito, pero, por favor, dame más tiempo.

Él se sentó al borde de la cama donde ella estaba acostada, le devolvió a su hijo, que aún tenía en los brazos, y la besó en la mejilla.

—Violeta, tendrás todo el tiempo del mundo. De momento me conformaré con vuestra compañía y el estar cerca de los dos. Sé que te han debido de hacer mucho daño, así que iremos poco a poco. Te esperaré el tiempo que haga falta.

La muchacha lo miró con ternura; su amor por Mario también



había crecido y se alegró de que el muchacho lo entendiera.

12 TIEMPOS DE CAMBIOS

Sevilla, diciembre de 1935

Juanito ya tenía un mes y las Navidades estaban a la vuelta de la esquina.

Los vecinos del corral Rueda habían engalanado el patio para las fiestas. Esas eran las primeras navidades que Violeta pasaba lejos de su familia y de Sandín. Ya había informado a su madre del nacimiento de su primer nieto, y Ana se había alegrado por su hija. La mujer estaba contenta de saber que en Sevilla habían acogido bien a Violeta y que la muchacha, al menos por las cartas, parecía feliz. Eso era lo más importante para ella.

En Nochebuena, los vecinos compartieron cena en el patio. Ese solía ser un evento especial para todos, ya que era el único día del año en que muchos de ellos comían carne, pollo o chorizo. El postre era toda una fiesta, y niños y adultos lo esperaban con ilusión. Muchas de las vecinas pasaban los días previos al veinticuatro de diciembre preparando pestiños, alfajores y polvorones que hacían las delicias de todos. Muchos sacaron zambombas, guitarras, botellas de anís y castañuelas, y estuvieron hasta altas horas de la madrugada cantando villancicos. Violeta no se quedó mucho tiempo; aunque habían hecho una fogata en mitad del patio, Juanito aún era muy pequeño y la noche se presentó fría. Su hijo ya tenía algo más de un mes, y era robusto y fuerte para su edad. Violeta se sentía feliz y daba gracias todos los días por la suerte que había tenido de haber llegado a ese lugar lleno de gente amable donde la habían acogido como a uno más.

El año 1936 no se presentaba mejor que los anteriores. El país vivía momentos difíciles; había hambre e injusticia social. El gobierno de la República había prometido muchas reformas que no habían llegado aún, sobre todo en el campo, donde los braceros sufrían lo indecible ante las órdenes tiránicas de los terratenientes. Violeta había oído por la radio que había habido muchos desórdenes sociales y que, mientras el sur se veía más afectado en el campo, en Barcelona o Madrid también se rebelaban los trabajadores de las fábricas, por horarios excesivos y malas condiciones laborales.

La inestabilidad era palpable en Sevilla, y Violeta se preguntaba si

lo mismo estaba ocurriendo en Zamora. Le había escrito a su madre, como había prometido, e incluso le envió una fotografía de Juan para que pudiera conocer a su nieto. Jacinta le respondía a menudo, pero nunca habían hablado de política; más bien de cómo estaban el pueblo y la familia. Su madre se las había ingeniado para convencer a su padre y sus hermanos de que no fueran a buscarla. Les contó que se había ido a América con una de esas damas que a veces visitaban a doña Teodora y que le pagó el viaje como señorita de compañía. Al padre de Violeta le importó poco lo que había sido de su hija. Todos los días se los pasaba entre el trabajo y la taberna, donde se emborrachaba hasta caer redondo. No hizo muchas preguntas y eso ayudó a Ana a guardar su secreto. Sin embargo, los hermanos de la chica eran otra cosa. Ellos querían a Violeta y no se acabaron de creer la versión de su marcha que les había dado su madre. Sabían que había algo más, pero prefirieron callar y respetar su silencio.

Desde el nacimiento de Juanito, los meses había transcurridos entre pañales y tomas de leche. Violeta se las había ingeniado para poder amamantar a su hijo mientras trabajaba, gracias a las hermanas de Carmen, que se lo llevaban hasta la misma puerta de la fábrica de la Cartuja. Normalmente alimentaba a Juan antes de irse muy de mañana y luego las chicas se lo acercaban dos o tres veces más a lo largo del día. La situación era complicada y, a veces, si no podía salir a tiempo o las muchachas se retrasaban, le quemaban los pechos por la leche acumulada. Violeta sabía que no podía seguir así por mucho tiempo y que tendría que empezar a darle a Juan biberones pronto. Sin embargo, aún se resistía; era muy pequeño y le gustaba el contacto de su carita contra su pecho y el olor de su pelo cuando lo amamantaba. Su hijo era todo para ella.

La amistad de Violeta y Mario fue creciendo con el tiempo. El muchacho le había sido de mucha ayuda. No era fácil la vida para una madre soltera que trabajaba fuera de casa y tenía que cuidar de un niño pequeño. Él era atento y quería a su hijo de una manera sincera y sana. Violeta se estaba enamorando. Nunca lo había hecho antes. En su pueblo no había conocido a ningún mozo que le hubiera interesado; sin embargo, Mario era especial. Todas las mañanas, antes de irse al puerto a trabajar, el chico llamaba tímidamente a su puerta para preguntar si necesitaba alguna cosa y se despedían con un suave beso que Violeta fue dejando que depositase en sus labios en vez de en su mejilla. Lo iba sintiendo cada vez más suyo y ella se iba sintiendo más de él; era como un hilo invisible que los iba atando, enredando cada vez más fuerte. El de Mario era un amor dulce, pausado, justo lo que ella necesitaba después de su experiencia con Ángel, y se fue abriendo al muchacho poco a poco. En esos últimos meses, su amor había

crecido hasta llegar a sorprenderla. No solo le gustaba cómo Mario la trataba a ella, sino cómo se comportaba con su hijo. Violeta disfrutaba al ver al muchacho con su pequeño en brazos. Sus ojos se clavaban en los de Juan mientras lo acunaba para dormirlo y ella podía leer que el chico no solo sentía un profundo amor por el niño, sino también un afán de protección hacia él.

Violeta se estaba rindiendo a la dulzura de Mario. Se descubría a sí misma echándolo de menos y ya no estaba tan segura de que quisiera mantenerlo lejos de ella por más tiempo.

13 PRIMERAS HORAS DE LA MAÑANA

Sevilla, julio de 1936

El día se despertó caluroso, con el típico bochorno estival del sur de España. A Violeta no le molestaba el calor; lo había deseado durante mucho tiempo y ahora disfrutaba de cada rayo de sol, aunque hiciera cuarenta grados a la sombra. Su hijo, que ya tenía ocho meses, había pasado una mala noche. El bebé había estado inquieto, barruntando el ánimo de la propia ciudad. El pequeño era regordete, de tez clara y ojos verdosos. Por mucho que Violeta lo miraba, no veía nada de Ángel en él. Su hijo era suyo, solo suyo, y el parecido con ella era evidente.

Juan fue un bebé estupendo desde el primer día. Parecía que intuía que estaba solo con su madre y quería poner algo de su parte para hacer las cosas más fáciles. Sin embargo, esa noche había sido distinta. Juan no era el único que apenas había podido dormir; todo el corral de vecinos estaba alterado, todo el barrio, Sevilla entera. Había rumores infinitos de un posible golpe de estado por parte de la derecha, aunque, en general, en el arrabal se apostaba por la lealtad del pueblo español a la República y nadie pensaba que un golpe prosperaría, aun cuando se llevara a cabo.

Violeta entreabrió su ventana y se dio cuenta de que Mario había salido temprano. Lo sabía porque desde su minúscula habitación se veía el cuarto del chico, con su cama revuelta y vacía. Parecía que había salido con prisas. Mario le había comentado la noche anterior que, ante la convulsión de la ciudad, Saturnino Barneto, el líder del sindicato comunista del Puerto, había convocado una reunión de urgencia. Esta tendría lugar ese mismo día diecisiete de julio en el puerto de Sevilla.

La muchacha se levantó de la cama y, aprovechando que su hijo, por fin, se había quedado dormido, puso un poco de café en el hornillo. Había adquirido aquel chisme para no tener que salir temprano o muy tarde por la noche a la cocina comunitaria de la azotea. Se quedó sumida en sus pensamientos mientras el café salía a borbotones, dejando un reguero negro por todo el fogón. Se puso una taza y así, sin azúcar, empezó a dar sorbos pequeños. Estaba asustada; no por ella, sino por su hijo. Había escapado de Sandín buscando una

oportunidad para los dos y, ahora, la situación del país la hacía cada vez más imposible. Aunque los hombres del corral donde vivía la habían intentado tranquilizar, ella no estaba segura de la lealtad de nadie al gobierno del país. De lo que sí entendía era del hambre que muchos de ellos pasaban, de las jornadas interminables en el puerto, en la pirotecnia o en cualquier otro trabajo de la ciudad; entendía de las injusticias sociales que había visto y vivido también en su tierra y entendía que daba igual quién estuviera en el poder si con eso su hijo comía. Sin embargo, no todos en su nuevo barrio pensaban así. Había muchos vecinos que pertenecían al Partido Comunista y algunos de ellos, amigos personales incluso de su secretario general, que era del barrio de la Macarena. Muchos otros pertenecían a los sindicatos comunistas del puerto o de panaderos; había incluso anarcosindicalistas entre la población trianera. La mayoría confiaba en que la sangre no llegara al río, pero también estaban seguros que, si las cosas se ponían feas, serían los primeros en luchar, porque la alternativa era nula. No podía haber otro camino para ellos en un mundo que los asfixiaba y donde el gobierno tiránico de los terratenientes o dueños de fábricas les arrebataba lo poco que aún les quedaba.

Violeta había escuchado que Sevilla era una de las ciudades más agitadas. No estaba muy segura de qué pensar, pero sí había observado la división de la propia ciudad. No era igual vivir en la Plaza Nueva o el centro de Sevilla, con sus mansiones de ricachones y gente bien vestida, a vivir en un barrio. No solo Triana tenía ese regusto diferente. Todos los barrios, como la Macarena, Ciudad Jardín, San Bernardo y tantos otros participaban de esa unidad que los alejaba de la forma de vida señoritinga de las zonas del centro. En su afán por conocer su nuevo hogar, Violeta había hecho un esfuerzo por entender Sevilla, sus costumbres, sus arrabales, sus puentes, su centro. Toda ella le resultaba hermosa, una ciudad llena de luz y alegría, pero también una ciudad dividida en ideología y en dinero.

Por todo ello, esa mañana del diecisiete de julio, Violeta se levantó agitada porque las cosas estaban feas, porque nada pintaba bien y porque tenía miedo.

***

Mario salió temprano, casi de madrugada; había escuchado llorar a Juanito casi toda la noche, aunque ahora parecía tranquilo. Se asomó a su ventana y vio que las luces de Violeta estaban apagadas.

No quiso despertarla; aún era pronto y ella estaría agotada después de atender a su hijo toda la noche. Hacía calor. Sevilla se había levantado con más de treinta grados, pero a Mario lo recorrió un helado escalofrío por todo el cuerpo que lo hizo agarrar una chaqueta antes de salir a la calle.

El joven había intentado tranquilizar a Violeta la noche anterior. Le comentó que no creía que fuera a pasar nada, a pesar de los rumores que corrían por toda la ciudad. El chico, en realidad, no quería preocuparla, pero ni él mismo estaba seguro de sus palabras. Hacía tiempo que la situación era difícil y sabía, por su participación en el Partido Comunista y en el sindicato del puerto, que los obreros no se iban a quedar de brazos cruzados si algo ocurría. No estaba de acuerdo con la debilidad del gobierno republicano, pero de lo que estaba seguro era de que no quería un gobierno militar de derechas; por eso iba esa mañana a la reunión del sindicato y, por eso, estaba decidido a luchar si hacía falta.

Salió de su calle adoquinada y dobló a la derecha en San Jacinto; no encontró a mucha gente en la calle a esas horas, pero aceleró el paso porque se le hacía tarde. Había quedado en reunirse a los pies del puente de Triana —como todos conocían en Sevilla el puente de Isabel II— con el resto de los componentes trianeros del sindicato del puerto.

—Llegas tarde —le dijo Obdulio sin esperar respuesta.

—Aún no ha llegado nadie más, solo estamos tú y yo —balbuceó Mario a la mole de hombre que era Obdulio, y ambos rieron al unísono y se dieron un fuerte apretón de manos.

Obdulio Perales era un gran hombre, en todos los sentidos. Medía más de metro noventa y se había hecho fuerte de tanto cargar fardos en el puerto. Él y Mario se habían conocido allí hacía unos años, los mismos que llevaba el chico trabajando en el puerto sevillano, y habían congeniado rápidamente. Los dos habían conocido al padre de Carmen y ambos habían sentido profundamente su pérdida. Obdulio se había criado con Juan Guerrero y, tras la muerte repentina de su amigo, el grandullón había tomado la responsabilidad de la casa de Carmen como si fuera suya. Las niñas adoraban a Obdulio y él las adoraba a ellas, y también a Maruja. Obdulio siempre había estado enamorado de la mujer, pero, después de que se quedara viuda, tampoco se había atrevido a confesarle sus sentimientos. Pensaba que, al hacerlo, traicionaría a Juan. Por tanto, se conformó con su amistad. Obdulio optó por morderse la lengua, ayudar en lo que podía y no pronunciar ni una sola palabra de sus sentimientos a nadie.

Uno a uno fueron llegando los demás sindicalistas al Altozano. Bajaron por la calle Betis y se dirigieron al puerto de Sevilla. Saturnino Barneto, líder del sindicato, ya estaba encima de unas cajas a modo de podio improvisado.

—Compañeros, todos sabemos la situación en la que nos encontramos.

Todos callaban y escuchaban las palabras que Saturnino tenía que decir. Esperaban instrucciones.

—Camaradas —continuó—, ya sabemos con casi total seguridad que se está planeando un golpe de estado y que aquí, en Sevilla, las tropas amenazan con salir a la calle. La noticia no nos es ajena y ya se ha extendido por varios lugares de la ciudad. No tenemos mucho tiempo, por lo que no dilataré esta reunión. Solo quiero deciros que, si las cosas se ponen feas, feas de verdad, es mi opinión que debemos luchar. Por eso os he reunido esta mañana aquí. Porque necesito saber, para hablar luego con el resto de sindicatos, cuál es nuestra decisión.

El silencio, por un instante, se hizo gélido. De pronto, todos hablaron a la vez y los gritos hacían casi imposible entender lo que decían. Una voz profunda retumbó sobre las otras y Obdulio dijo lo que ya llevaba pensando días.

—Compañeros. —Consiguió acallar toda esa algarabía. Escupió en el suelo sucio del puerto para tener un poco más de tiempo para reorganizar sus ideas—. Todos hemos venido hoy aquí con una idea clara en la cabeza, aunque aún no sabemos si será verdad o no que el ejército, falangistas o como queráis llamarlos se levantarán en armas. Una cosa es clara, y esta vez hablo por mí: yo no estoy dispuesto a que esas sabandijas dirijan mi vida y me digan si hoy podremos alimentar o no a nuestros hijos, si tendré trabajo o no, mientras ellos llevan platos calientes a sus casas, servidos en bandejas de plata. Ya está bien de tanta explotación, en el campo, en las fábricas, aquí mismo en el puerto, delante de nosotros. Ya basta de tanta miseria.

Un clamor popular se extendió entre todos los reunidos en el puerto. Se sentían enardecidos, y más fuertes de lo que en realidad eran, por las palabras de Obdulio.

Mario, más joven pero más sensato, intervino rápidamente.

—Yo también estoy de acuerdo con Obdulio —recalcó, dirigiéndose a todos y a ninguno en particular—. Sin embargo, me

reconcome una duda.

Por un momento, se quedó callado, y la impaciencia hizo que algunos estallaran en preguntas al unísono.

—¿Cuál, Mario? ¿Qué duda?

—No tenemos armas. En caso de golpe militar… voy más allá, en caso de guerra, no tenemos armas. Estamos hablando de enfrentarnos a un ejército, pero ¿con qué? Palos, aperos de labranza… Por mis ideales, sabéis que estoy dispuesto a luchar, pero antes de lanzarnos a conclusiones a lo loco tenemos que pensar y ver qué podemos hacer para que, llegado el caso, podamos abastecernos de armas que nos ayuden antes de que lleguen los refuerzos.

—¿De qué refuerzos hablas? —lo atajó otro de los miembros del sindicato portuario.

Mario calló un instante antes de contestar.

—Imagino que, si estalla una revuelta, guerra o como queramos llamarlo, el gobierno de la República no se quedará de brazos cruzados y ayudarán en algo, ¿no? O por lo menos eso espero.

Mario realmente no estaba muy convencido de sus palabras, pero no quería demostrar nerviosismo, ni mucho menos miedo. Saturnino Barneto iba a reanudar su discurso, pero Manuel Delicado lo detuvo poniéndole la mano en el brazo para poder intervenir.

—Amigos, como todos sabéis, soy Manuel Delicado, secretario provincial del Partido Comunista. Sé que esta es una reunión del sindicato de los obreros del puerto, pero mi amigo Saturnino me ha invitado a venir para poder compartir mi opinión con vosotros, si queréis escucharla. Camaradas —continuó—, como sabéis, la situación del país es insostenible. Hay rumores muy fehacientes de que algo gordo se está tramando y no podemos permitirnos el lujo de volver a una monarquía, ni mucho menos a un gobierno de militares como el de Primo de Rivera.

Todos asintieron y el murmullo general cada vez se volvía más alto.

—¡Calma! Os puedo garantizar que, si algo ocurre, nos pondremos a la entera disposición de las autoridades legítimas porque esa será la única solución para una salida, bien sea por vía pacífica o por la fuerza. No nos tomaremos solamente la justicia por nuestra

mano, ya que sin las autoridades legítimas de este país a nuestro lado no conseguiremos, ni ahora ni en un futuro, nuestros logros. Por eso propongo que tanto Saturnino como yo vayamos a ver al gobernador civil, Varela-Rendueles, con el firme propósito de defender la legalidad republicana. Una vez allí, y valorada la situación, si llega el caso, nos plantearemos levantarnos en armas y luchar por nuestros ideales.

Todos parecían asentir a las palabras de Delicado; estaban nerviosos, pero sus convicciones eran fuertes, al igual que sus miserias.

—Está bien —aceptó Obdulio—. Creo que unidos conseguiremos más que si dividimos nuestras opiniones y, más aún, nuestras acciones. En el caso de que ocurra algo, Saturnino y Delicado irán a ver al gobernador para saber cuál es la postura del gobierno. Pero, si esa entrevista falla, os juro que lucharé antes de caer en manos de esos cerdos.

Tanto el secretario provincial del Partido Comunista como el líder sindicalista de los obreros del puerto les dieron las gracias a todos los allí convocados y dieron por terminada la reunión. No había ánimos para más charlas, ahora solo cabía esperar.

A las cuatro de la tarde de ese mismo día, Sevilla acogía un telegrama en el que se verificaba la sublevación en el protectorado español de Marruecos. Un golpe poco organizado y con pocas esperanzas de triunfo. Sin embargo, y aunque los militares pensaron que iba a ser cosa de pocos días, se equivocaban.

Después del golpe en Melilla, Delicado, Barneto y el propio Obdulio decidieron visitar al gobernador civil, el general José María Varela-Rendueles. Cuando los tres hombres llegaron al despacho del gobernador, este estaba absorto en las noticias que llegaban de África y no parecía tener tiempo para recibir a nadie.

—¡Señores! Les repito que el gobernador está ocupado, hoy no puede ver a nadie —les insistía su secretaria.

Obdulio la apartó a un lado y abrió la puerta del despacho de golpe.

—Lo siento, señor —empezó Regalado—. Hoy no podemos esperarnos.

Varela no tuvo más remedio que recibirlos, aunque muy a su

pesar.

—Delicado, Barneto —dijo, a modo de rápido saludo.

Obdulio se adelantó unos pasos y tendió su mano de gigante.

—Obdulio Perales, obrero del puerto de Sevilla.

Varela le estrechó la mano y el apretón fuerte de Obdulio hizo que le crujieran algunos de los huesos de los dedos. La retiró al instante.

—Siéntense, señores —les dijo con gesto serio, ya que no quería verse involucrado en nada sin saber a ciencia cierta en qué iba a quedar todo aquello. Por eso no le hizo gracia esa visita inesperada—. ¿Qué desean?

Delicado tomó la palabra.

—Señor, imaginamos que usted, al igual que nosotros, sabe de los acontecimientos en Melilla. El pueblo está asustado y no creemos que haya vuelta atrás. Es nuestro derecho, nuestra obligación, defender nuestra ciudad y dar apoyo a la República. Venimos a hacerle una propuesta fuerte y clara. Creemos en la necesidad de crear nuevas guardias de asalto en las que se incluya a los militantes obreros armados. Se podrían apostar en las cercanías de los cuarteles para evitar la salida de tropas, si llega el caso, o si intentan sublevarse de alguna manera.

Delicado sudaba profusamente. A Obdulio le hubiera gustado intervenir, pero sabía que aquellos dos hombres eran mejores con las palabras que él y que, si se podía conseguir algo de Varela, sería gracias a Barneto y Delicado.

El gobernador parecía nervioso. Se paseaba de un lado a otro de su despacho como un gato enjaulado. Parecía que todo el peso del mundo recayera sobre sus hombros en ese instante. Por fin, se decidió a hablar.

—Estoy enterado del telegrama recibido hace poco. Ha habido una rebelión militar en Melilla, pero Melilla está muy lejos de Sevilla. No podemos ponernos en lo peor en este instante. Creo que la situación requiere calma y prudencia. De momento, y como muy bien creo que entenderán, no podemos hace absolutamente nada sin una amenaza clara. Y esa amenaza, si existe, no está en Sevilla. De momento no estoy dispuesto a dar ninguna orden antes de saber qué

es lo que realmente está pasando y ver cuál es la reacción de Madrid.

—Señor —intervino Obdulio—, entiendo su razonamiento, pero si los sublevados llegan hasta aquí el pueblo no tendrá con qué defenderse si no tiene armas.

—Disculpe, señor…

—Obdulio Perales —le recordó su nombre.

—Señor Perales, no tenemos seguridad alguna de que el golpe no sea asfixiado en Melilla y, si salta a la península, el gobierno del país será el que dicte las normas, ¿entendido? No nos podemos adelantar a acontecimientos que aún ni han pasado. Sin embargo, les voy a decir qué es lo que haremos. No estoy en contra de repartir más destacamentos alrededor de los cuarteles de Sevilla. Podríamos usar más guardias de asalto, pero me niego en redondo a repartir armas entre la población civil.

Barneto intentó hablar, pero el gobernador lo paró levantando una mano.

—Ahora, si me permiten, comprenderán que tengo un día muy ocupado. Muchas gracias por la visita, señores, los acompaño a la puerta.

Obdulio, Barneto y Delicado no tuvieron más remedio que dar por terminada la conversación.

—Un momento, señor, una cosa más. —Lo retuvo Delicado—. ¿Podría dejar participar a los militantes de los partidos de izquierdas junto a la guardia de asalto como parte de los destacamentos cerca de los cuarteles?

Todos guardaron un silencio que pareció más una eternidad que unos pocos segundos. El gobernador lo miró directamente a los ojos.

—Está bien, Delicado. Si llega el caso, daré la orden. Los militantes de los partidos de izquierdas podrán participar, pero nada de armas. De momento. —Después, con fuerza, cerró la puerta de su despacho, detrás de ellos.

Los tres hombres estaban desilusionados. Cabizbajos y abatidos, salieron del edificio sin haber conseguido lo que realmente habían ido a buscar. Si la situación se tornaba en su contra, ¿qué harían sin armas? Parecía que el tiempo de pensar se había agotado y ahora

empezaba un nuevo tiempo que no estaría manejado por las agujas del reloj, sino por el silbido de las balas y los gritos de unos y otros en un país partido en dos.

—No me gusta lo que veo —manifestó Obdulio.

—A mí tampoco —afirmó Barneto—. Después del recibimiento que nos ha hecho el gobernador hoy, estoy seguro de que no repartirá esas armas. Si llega a haber un enfrentamiento, será muy desigual.

Los hombres se despidieron y emprendieron caminos diferentes, cada uno enredado en sus propios pensamientos.

14 LA REALIDAD

Sevilla, julio de 1936

Violeta se sobresaltó por los golpes en la puerta. Habían despertado a su hijo y ahora lloraba desconsoladamente.

—Violeta —la llamó Carmen desde el otro lado—, soy yo, ábreme, por favor.

Sin dudarlo ni un instante, la muchacha quitó el listón de madera que, a modo de tranca, ponía todas las noches antes de irse a dormir.

—¿Ha pasado algo? —preguntó a su amiga mientras la dejaba entrar en la casa.

Carmen llegó poco arreglada, lo que no era costumbre en ella, y se veía por su semblante que estaba alterada.

—He esperado todo lo que he podido, no quería despertarte; todos hemos oído llorar a Juan por la noche, pero creo que es importante. Ayer pude escuchar a Mario hablando con Obdulio sobre una reunión que tenían hoy temprano.

—Seguro que la están teniendo ahora mismo —apostilló Violeta —. Me he fijado en que Mario no está, y suele venir a darme los buenos días antes de irse al puerto. También ayer me comentó algo de esa reunión, pero no me dio detalles.

—Mi *arma*, que no estás en nada —le dijo Carmen—. Esa reunión es de suma importancia, personajes de renombre van a asistir a ella y yo creo que es para que los chicos se armen y puedan responder en caso de guerra.

—¡Ay, Dios mío! —dijo Violeta mientras apretaba a su hijo aún más fuerte contra su pecho—. ¡Guerra! ¿Crees que va a haber guerra?

—No lo sé, cariño, pero creo que debemos estar preparadas para todo. Por eso estoy aquí. Tendríamos que hacer acopio de alimentos, coger lo que podamos, por si acaso, y también pensar en qué queremos hacer si las cosas se ponen feas. Tal vez podemos marcharnos.

—¿Pero marcharnos a dónde? —preguntó Violeta, asustada, con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos—. Yo aquí soy muy feliz, tengo a mi hijo bien cuidado y el trabajo en la fábrica me da para poder seguir tirando para delante. No quiero irme a ninguna parte. ¿Tú crees que serán verdad todos esos rumores que circulan por ahí?

—¡Fíjate! —La agarró del brazo con fuerza—. Echa un vistazo por la ventana. Y eso que aún es temprano…

Violeta hizo lo que su amiga le decía y, con solo dos dedos, descorrió el visillo. Verdaderamente allí pasaba algo; en plena plazuela de Santa Ana se arremolinaban corrillos de vecinos hablando, probablemente del mismo tema del que ella y Carmen estaban discutiendo en ese mismo momento. Violeta se precipitó a cerrar la cortina.

—Tengo que escribir a mi madre antes de que las cosas empeoren.

—Violeta, no tenemos tiempo. Hay muchas cosas que hacer, mucho que planear —la apremiaba Carmen.

—No, Carmen, tengo que hacerle saber a mi madre que estamos bien. Estará muy asustada si las cosas están en Zamora como aquí. Además, creo que si esto estalla no será cosa de unos días y prefiero informarla lo antes posible.

—Está bien, Violeta, le escribiremos. Pero date prisa y no te entretengas, por favor.

Violeta le entregó el niño a su amiga y allí, en la pequeña mesita de su minúscula habitación, se puso a escribir una carta a su madre. Algunas de las letras se borraron con sus lágrimas y tuvo que esperar a que el papel se secara para volver a marcarlas. Mientras tanto, Carmen acunó al niño y logró calmarlo con una nana.

Violeta no consiguió ver a Mario en todo el día. El muchacho había estado ausente y ella había ido a trabajar aparentando una normalidad que no sentía. La ciudad se había visto distinta sin serlo, solo era algo que se palpaba en el ambiente.

Mario llamó a su puerta ya casi de madrugada. El muchacho no había podido llegar antes y Violeta había estado asustada todo el día pensando que tal vez le hubiera pasado algo. Abrió la puerta de la casa y el chico entró apresurado, abrazándola tan fuerte que hizo que le costara respirar.

—Violeta, la situación ha empeorado —sentenció sin enmascarar la realidad—. No quiero que vayas mañana al trabajo. No salgas, quédate aquí hasta ver qué ocurre.

—Mario, tienes que ser más claro, ¿qué es lo que pasa? —preguntó la chica mientras dejaba que él le acariciara el pelo.

—Parece que el golpe militar será inminente, ya no hay vuelta atrás y todos estamos dispuestos a pararlo, si es necesario.

Mario no quería asustarla más, pero sabía de muy buenas fuentes que ya había llegado a Sevilla la noticia de que el golpe militar en África era un hecho confirmado. Muchos de sus amigos, todos militantes de izquierda, ya formaban parte de los destacamentos que el gobernador civil había apostado en las cercanías de los cuarteles de la ciudad.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó la muchacha mientras sentía que su cuerpo empezaba a temblar de manera descontrolada.

Mario la abrazó. Esa vez no pidió permiso y la muchacha no se deshizo de su abrazo.

—Violeta, escúchame —le decía Mario mientras la separaba suavemente de su pecho—. La situación del país es grave y, después de la reunión del sindicato de hoy, hemos decidido que vamos a actuar. Podemos hacer frente a los golpistas si estamos todos unidos.

Violeta ya casi ni lo oía. Pensaba en su hijo, en su familia. No quería que las cosas cambiasen; había encontrado su sitio en Sevilla. Reunió valor para seguir preguntándole al muchacho.

—¿Cómo pensáis hacerlo?

—Estamos intentando conseguir armas y, si hace falta, las usaremos. Ahora tengo que irme, pero quiero que me hagas caso y te quedes aquí mañana. Te mantendré informada, te lo prometo.

—¡Mario! —Lo detuvo la muchacha—. Por favor, cuéntamelo todo. No quiero estar ignorante ante una situación que también nos incumbe a mi hijo y a mí.

Mario la miró fijamente a los ojos. Era inútil no contarle lo que sabía; se enteraría igualmente y prefería que lo supiera por él.

—He oído que Obdulio, con Delicado y Barneto, se han reunido

con el gobernador civil, Varela. Los ha recibido a regañadientes; no creo que quiera verse involucrado en ninguna maniobra sin saber antes a ciencia cierta en qué va a quedar todo esto. Sin embargo, ha accedido a enviar algunas tropas cerca de los cuarteles de Sevilla por si acaso. También le han pedido que arme al pueblo, pero en eso solo han conseguido una negativa rotunda. —Violeta lo miraba con los ojos bien abiertos, mientras intentaba comprender todo lo que le estaba diciendo—. Por lo visto, el gobierno ha ordenado al general Villa-Abrille, jefe de la Segunda División, es decir, el que más manda en el ejército aquí en Sevilla, que concentre bombarderos en Tablada para atacar a los sublevados en África mañana mismo.

Violeta rompió a llorar. Estaba muy asustada; parecía como si, de repente, ya no tuviera fuerzas y sus piernas no la sujetaran. Mario tuvo que sostenerla para que no cayera al suelo a plomo.

—Violeta, ¿estás bien? —le dijo el muchacho mientras le daba palmaditas en las mejillas. La abrazó fuerte para intentar tranquilizarla.

Una vez recuperada, Mario la tomó nuevamente entre sus brazos y le dio un largo y cálido beso al que ella se entregó desesperadamente.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —le dijo Mario mientras la mantenía abrazada—. No dejaré que os pase nada, ni a ti, ni a Juan. Tenemos que ser fuertes. No es lo que nos hubiera gustado vivir, pero hay que ser valientes.

—Sí —le contestó la muchacha, avergonzada de haberse mareado.

Se pusieron de pie lentamente y Mario se dirigió a la puerta.

—Tengo que irme, pero sabes que no estás sola. Vendré lo antes que pueda, te lo prometo. Te quiero —le volvió a decir mientras le rozaba los labios una última vez y salía tan deprisa como había llegado.

—Yo también a ti —le contestó la chica, pero él ya no podía oírla.

15 INCERTIDUMBRE

Sevilla, julio de 1936

Mario ya había salido de su casa cuando Violeta se levantó. La muchacha había echado un vistazo por la ventana y vio su cama vacía. Le había prometido al chico que no saldría de casa esa mañana, pero quería saber qué estaba pasando en la ciudad. La incertidumbre era peor que la certeza. Tomó a Juan, que ya lloriqueaba, entre sus brazos y se dirigió a casa de Carmen. Su amiga la hizo pasar en cuanto la vio en la puerta. Tanto ella como su familia ya hacía rato que estaban despiertas.

—Buenos días, ¿cómo habéis pasado la noche? —preguntó Violeta apurada.

—Todo lo bien que se puede en estas circunstancias —le dijo Maruja cogiéndole a Juanito de los brazos.

El niño conocía bien a la mujer. Maruja se quedaba con él todas las mañanas mientras Violeta iba al trabajo. Aún no tenía ningún nieto, por lo que consideraba a Juan como uno propio. Mientras ella y sus hijas más pequeñas se entretenían con el niño, Carmen y Violeta empezaron a hablar.

—Carmen, anoche le prometí a Mario que no iría a ninguna parte, pero estoy nerviosa y quiero saber cómo están los ánimos por la ciudad. Creo que voy a salir. ¿Te vienes conmigo?

La sevillana no tardó ni un minuto en arreglarse. Violeta se sorprendió al verla con tacones y una moña de jazmines en el pelo, como si no pasara nada.

—Pero ¿adónde crees que vamos? —le dijo la zamorana.

—Hay que dar la impresión de tranquilidad, ¿no te parece? Los jazmines me resultan algo natural y cotidiano, así que hoy más que nunca me ha parecido bien ponérmelos.

—Pues, si a ti te parece bien, a mí también. ¡Vamos, entonces!

Dejaron a Juanito con Maruja y, cogidas del brazo, enfilaron las

escaleras de su casa para enfrentarse con una Sevilla desconocida. Salieron a la calle adoquinada y, aunque aún era temprano, ya se podía palpar en el ambiente que la gente estaba nerviosa y agitada. Sevilla se había levantado con el bochorno habitual de finales de julio, pero no repararon en eso. Ese día les pareció más frío y más gris. Se dirigieron por la calle Pagés del Corro hacia el puente de San Telmo, dejaron atrás una zona de huertas, almacenes y talleres, y llegaron hasta la Puerta de Jerez. La atmósfera allí les pareció menos revuelta que en el barrio; por el contrario, el centro parecía tranquilo e incluso se encontraron a gente desayunando en alguno de los veladores de los bares abiertos.

—Tal vez hemos exagerado y el miedo de los chicos del corral sea infundado —le comentó Carmen asustada, intentando ocultar ese tono de alarma en su voz.

—Posiblemente tengas razón y no pase nada, aunque Mario no es hombre de intranquilizar a nadie —le dijo Violeta aún preocupada—. Lo más probable es que la sangre no llegue al río. Ahora que hemos llegado hasta aquí, ¿qué te parece si nos tomamos un café? Después podemos volvernos a casa para hablar con los hombres del corral, a ver si ellos saben algo más.

—¿A qué estamos esperando? —declaró la sevillana, tomando del brazo a su amiga—. Un café ahora va a hacer que me entre el cuerpo en mi ser.

Las dos decidieron llegar hasta el café Europa, en la plaza del Pan, y allí se sentaron y estudiaron detenidamente a los viandantes que pasaban por su alrededor. La vida parecía la misma de todos los días. Había gente desayunando en las diferentes terrazas que encontraron a su paso, mujeres con cestas dirigiéndose a la compra y caballeros muy trajeados y con sombreros, que caminaban con prisas hacia sus trabajos.

Pidieron dos cafés con leche y decidieron acompañarlos con unos churros espectaculares. El bar estaba lleno y no les fue difícil oír diferentes conversaciones acerca del golpe militar, de la posible guerra o de lo imposible de que llegara a Sevilla. A Violeta le llamó la atención la conversación entre dos muchachos hablando de cómo el gobernador civil había quitado a los guardias del entorno de los cuarteles. Esa noticia la cogió por sorpresa. ¿Estarían en lo cierto esos chicos? ¿Querría eso decir que todo volvía a la normalidad, que todo se había quedado en un susto? Los muchachos eran más o menos de su edad, posiblemente empleados de alguno de los comercios que se

hallaban en la conocida plaza del Pan o en su cercanía. Violeta se atrevió a abordarlos.

—Perdonen, pero no he podido evitar oírlos. ¿Es verdad que el gobernador civil ha quitado a los guardias que envió cerca de los cuarteles por lo que pudiera pasar?

Un chico moreno y bien parecido fue el primero en hablar.

—Eso parece, señorita. No tiene usted de qué preocuparse. El gobierno ya ha dado la orden de que se vaya cada mochuelo a su olivo, así que parece que ha sido más el ruido que las nueces. Sigan tomándose el café y los churros, que tienen una pinta que matan.

—Gracias —le contestó Violeta escueta.

No quería entrar en más detalles, y menos con desconocidos, pero se sentía más relajada después de lo que acababa de oír. Tenía que ver a Mario de inmediato. Lo más seguro era que el muchacho ya supiera la noticia, pero quería cerciorarse. Al terminar el desayuno, las muchachas se fueron a la Plaza Nueva, que también encontraron tranquila, y después de un corto paseo decidieron volver a Triana. Tomaron el camino contrario al que las había llevado hasta el centro y entraron por la calle Reyes Católicos hasta el puente de Triana y de allí, derechas al barrio. Una vez enfilaron el puente, vieron a lo lejos la figura de un chico corriendo en su dirección. A medida que se acercaba a ellas, se dieron cuenta de que era Mario.

—¿Por qué habéis salido de casa? ¡Estáis locas! —les gritó mientras las zamarreaba.

Ambas chicas se quedaron con la boca abierta. Mario siempre había sido dulce y amable con ellas, nunca se alteraba ni mucho menos las había zarandeado como estaba haciendo ahora.

—¡Mario! ¿Pero qué es lo que te pasa? ¿Quieres soltarnos de una vez? —le gritaban las dos al unísono.

—Llamé a la puerta de Violeta, pero no hubo respuesta. Después de llamarla a gritos, tu madre me dijo que habíais salido juntas al centro. ¡Al centro, nada más y nada menos! Tenemos que volver a casa de inmediato —dispuso el chico, sin consultarles a ellas—. Vamos, hay mucho de lo que hablar.

—Pero, Mario, el centro está tranquilo y nos han dicho que hasta han retirado a la guardia de asalto que Varela había puesto en las

cercanías de los cuarteles. Estaba deseando decírtelo —le gritó Violeta para hacerse oír.

Sin embargo, Mario no las escuchaba. Agarró a cada una de un brazo y las arrastró por el puente de Triana.

«¿Qué es lo que Mario sabe y que nosotras ignoramos?», se preguntaban las muchachas. El joven no volvió a abrir la boca hasta estar dentro del corral de vecinos donde los tres vivían. Subieron apresuradamente las escaleras y se metieron en la vivienda de Violeta. Mario empezó a hablar a trompicones.

—Se va a montar una muy gorda y hay que estar preparados. Ya sé que no os puedo obligar a hacer nada a ninguna de las dos, pero me gustaría pediros que os quedéis aquí sin salir hasta que yo vuelva. En media hora regresaré —les dijo el muchacho con prisas.

Ninguna de las dos chicas habían visto a Mario tan nervioso como entonces.

—Pero ¿adónde vas a ir ahora? —lo encaró Violeta.

—Tranquila, no saldré del corral, solo quiero avisar a algunos vecinos de lo que puede pasar. Vendré pronto, no os preocupéis.

Mario salió de la casa tan deprisa como habían entrado, dejando a las dos muchachas con más dudas sobre lo que estaba pasando. La alegría que había invadido a Carmen y Violeta esa misma mañana se esfumó de repente. Si Mario estaba intranquilo, para ellas era una declaración oficial de que todo iba mal. Se dirigieron a casa de Carmen para ver cómo estaba Juanito y también para comentarle a Maruja que las cosas no parecían marchar bien, a pesar de lo que habían visto en el centro. Violeta besó a su hijo y lo acunó un momento entre sus brazos.

—Tenemos que volver a mi casa. Mario nos espera allí y parece que tiene mucho que contarnos. ¿Le importaría quedarse con el niño un rato más, Maruja? Mario estaba muy nervioso y prefiero que Juanito se quede aquí con usted.

—¡Pero, por Dios, chiquillas! ¿Qué pasa? ¡Me estáis asustando! —lloraba Maruja mientras cogía a Juan otra vez en brazos.

—Mamá, tienes que calmarte. —Carmen la cogió de la mano—. Aún es pronto para saber qué va a pasar. Solo vamos a hablar con Mario; seguro que él sabe más que nosotras.

—Carmen —le dijo Maruja a su hija—, la situación del país es desesperada. No soy tonta. Tu padre ya lo había predicho. «Algo va a pasar, Maruja», me decía. Sé que Mario os pondrá al día de todo lo que está pasando, así que lo único que te pido es que no me mientas. Prefiero la verdad, por muy dura que sea. Ahora marchaos ya y no hagáis esperar al muchacho. No te preocupes por el niño, Violeta, ya sabes que para mí es como mi nieto. Carmen, ya sabes lo que te he dicho, vuelve en cuanto te enteres de algo. Quiero que me lo expliques todo, ¿entendido?

—De acuerdo, mamá, no te mentiré. Nada más sepa algo, vengo y te lo cuento.

Ambas se despidieron de Maruja y, con el corazón encogido, salieron hacia la casa de Violeta.

***

Aún no se habían dejado ver en Sevilla los efectos del golpe. Sin embargo, Mario estaba seguro de que, para bien o para mal, algo iba a saberse pronto y las consecuencias serían inmediatas. Por eso no quería que las chicas salieran a la calle y por eso volvió a casa de Violeta tan pronto como le fue posible. El muchacho seguía molesto con las dos mujeres.

—¿Estáis locas? Te lo pedí anoche, Violeta. ¿Por qué habéis salido?

—Ya te lo he dicho —le respondió Violeta enojada—. En el centro se respira calma y tranquilidad, y han retirado a los guardias de los alrededores de los cuarteles. ¿No es eso una buena noticia? Además, queríamos saber qué es lo que está pasando con nuestros propios ojos. Sé que lo que dices es por nuestro bien, pero que te quede muy claro que tú no mandas sobre nosotras.

—Lo sé, Violeta, y siento si me he sobrepasado, pero prefiero que, hasta que no tengamos una confirmación de lo que está ocurriendo, no hagáis ninguna tontería. No estoy muy seguro de que las cosas estén mejor. Ahora mismo se está llevando a cabo una reunión en el Gobierno Civil. Todos los partidos de izquierdas y los sindicatos quieren analizar esta nueva coyuntura y ver cuáles son nuestras opciones. No creo que esta reunión tuviera lugar si la cosa no fuera en serio. Que el centro esté calmado o que no haya más guardias de

asalto en los cuarteles no nos dice nada; por eso tenéis que quedaros aquí, ¿lo entendéis?

Las chicas se miraron serias. Carmen respiró profundo y se dirigió al muchacho.

—Está bien. Entendemos lo que nos estás diciendo, pero debes entendernos tú a nosotras también. No podemos quedarnos aquí con los brazos cruzados sin saber qué está pasando cuando la ciudad puede estar encima de un polvorín. Intentaremos no movernos, pero no te prometo nada y creo que hablo por las dos.

El chico bajó la cabeza resignado y miró a las muchachas a los ojos.

—Lo entiendo; no me gusta, pero lo entiendo. Las dos sois muy importantes para mí y no quiero que os pase nada. Salgo ahora con Obdulio y algunos vecinos del corral a ver si me entero de algo más —les dijo mientras atraía hacia él a Violeta, rodeándola por la cintura—. Si puede ser, me gustaría que me hagas caso. No salgas de casa, por favor.

—Sabes que no puedo asegurarte eso —le dijo ella mientras lo abrazaba y le acercaba los labios a la boca—, pero me gusta que me lo hayas pedido así y no gritando, como antes.

—Lo sé y lo siento. Perdonadme las dos. Es que me da miedo que podáis resultar heridas o algo peor.

—Estás perdonado —le dijo Carmen con una sonrisa—. Bueno, ahora que todo está aclarado, mejor que nos tranquilicemos y esperemos a ver qué pasa.

—Sí, Carmen, tienes razón —aceptó el muchacho—. Por favor, cuídamela.

El chico desapareció tras la puerta como alma que lleva el diablo y las muchachas volvieron a casa de Carmen a recoger a Juanito. Maruja había conseguido dormirlo con mucha dificultad.

El ir y venir de personas por la plazuela de Santa Ana era un continuo. Maruja estaba especialmente nerviosa y se frotaba las manos constantemente en su delantal blanco. Tenían la radio puesta, por si se decía algo más, y Carmen no paraba de dar vueltas en la minúscula habitación como un animal enjaulado. Luci y Amparo estaban calladas, escuchando las noticias con cara de preocupación. Violeta

decidió quedarse en casa de las Guerrero. En momentos así, era mejor tener compañía. Las horas pasaban con una parsimonia infinita. Se pusieron un café e intentaron hablar de trivialidades, pero eso tampoco les funcionó. Ya eran más de las tres de la tarde y Mario aún no había vuelto. De repente, aporrearon la puerta con prisas. Carmen fue a abrir.

—Buenas tardes, ¿puedo pasar? —preguntó Antonio, educado—. Me manda Mario. No quería que os quedarais en ascuas pensando y sin saber qué está pasando.

Antonio era otro chaval del corral Rueda que, al igual que Obdulio y Mario, trabajaba en el puerto de Sevilla. Carmen lo conocía desde niño, ya que eran de la misma edad.

—Pasa —le dijo, con prisas—. Si tardas unos minutos más, nos encuentras en la calle averiguando por nuestra cuenta cómo están los ánimos.

—Os cuento lo que sé. No he llegado más allá de la calle Reyes Católicos y he pensado que era mejor volverse para el barrio. Hay mucho bullicio y para mí que se va a armar la gorda. Parece que la gente quiere ir al cuartel de Artillería para pedir armas.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Violeta mientras ahogaba un grito con su mano—. ¡Armas, Carmen! Armas —exclamó la chica asustada.

—El barrio está muy alterado —continuó Antonio—. Mientras volvía por el puente de Triana me he cruzado con una muchedumbre, vecinos del barrio la mayoría. Hasta Manolito, el hijo de Teresa, la que vive en el patio. Iban todos para el centro; quieren respuestas porque aquí lo único que tenemos son rumores.

—¿Dónde has dejado a Mario? —preguntó Violeta.

Antonio bajó la mirada antes de contestar. No sabía qué relación había entre ellos, pero era obvio que no era una simple amistad. Finalmente, se decidió por decirle la verdad.

—Lo dejé en medio de la bulla en la calle Reyes Católicos. Se dirigía al cuartel de Artillería.

—¡Dios mío! —exclamó Carmen sin poder evitarlo—. Se va a meter en la boca del lobo.

Violeta ya hacía rato que había perdido el color de la cara, pero

se decidió a hablar.

—Carmen, ¿podrías cuidar de Juan? Quiero acercarme al centro para ver qué ocurre.

—Ni hablar —le contestó su amiga, con un tono algo molesto—. Si piensas cruzar el río te acompaño. Dejamos a Juan con mi madre y allá que nos plantamos las dos.

—Tengo que ir. Lo entiendes, ¿verdad? Tengo que saber qué pasa, tengo que saber dónde está Mario. Es mejor que tú te quedes aquí con los demás.

—Lo entiendo perfectamente. Tienes que ir, pero no irás sola, así que date prisa y vamos.

—Chicas, me gustaría acompañaros, pero tengo que ir a hablar con algunos hombres del barrio —dijo Antonio preocupado—. No os recomiendo que os mováis de aquí. Hay mucho jaleo en la calle y sería mejor esperar, pero, si aun así vais a salir, tened mucho cuidado, por favor. Que conste que yo os he advertido, luego no quiero ningún problema con Mario.

—Por supuesto, Antonio, esto de salir es cosa nuestra, así que no te preocupes.

Violeta volvió a dejar al niño con Maruja, la tercera vez en ese mismo día. Se despidieron de ella y salieron a la calle, fundiéndose con el resto de la gente de Triana que se dirigía a Sevilla. Antes de llegar al cuartel de Artillería, las retuvo un revuelo de personas. Era un frenesí de prisas y gente corriendo en dirección contraria a la suya.

—¿Qué pasa? —preguntaron gritando, pero nadie se detuvo y no obtuvieron respuesta.

Violeta agarró a un chico joven, que venía corriendo hacia ellas, por la manga de la camisa y le formuló la misma pregunta.

—¿Qué pasa? ¿Por qué está corriendo todo el mundo como locos?

El chico, con la cara descompuesta, casi ni se paró.

—Los han matado —repetía—. Los han matado a todos.

La sorpresa y el miedo se reflejó de inmediato en las caras de las muchachas.

—¿A quién han matado? —gritaba Violeta a todo pulmón, pero el chico se deshizo de su mano con un movimiento brusco y siguió su camino.

—Ahora sí que tenemos que enterarnos de lo que ha pasado, Carmen, no podemos dar marcha atrás.

La angustia de la joven era evidente y Carmen no quiso contradecirla.

—Por supuesto —afirmó la sevillana—. Sigamos adelante; tal vez así nos encontremos con alguien que nos aclare las cosas.

—El chico ha dicho que ha habido muertos —se lamentaba Violeta sollozando.

La muchacha tenía el corazón encogido y le galopaba a mil por hora. Se lamentaba en silencio de no haberle dicho a Mario todo lo que sentía por él, cuánto lo amaba y cuánto le gustaría retroceder en el tiempo para tenerlo entre sus brazos. Un miedo atroz la atenazaba y hacía que sintiera sus piernas de gelatina. Su respiración se agitó tanto que el aire se agolpaba pidiendo paso en sus pulmones y un nudo en el estómago le provocó una arcada que contuvo en el último minuto.

—Mario está vivo —se repetía una y otra vez en una letanía silenciosa. Tenía que estar vivo, tenía mucho que contarle y quería estar a su lado para siempre.

Intentaron seguir adelante, pero la multitud lo cubría todo. Al llegar a la calle Zaragoza, se encontraron con Obdulio, que se acercó a ellas y les pidió que volvieran a casa.

—Obdulio, no vamos a hacer eso hasta que no sepamos qué ha ocurrido. Nos han dicho que ha habido muertos —le dijo Carmen con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Sabes si han sido personas que conocemos? ¿Los muertos son del barrio?

—Aún no se sabe quiénes son los muertos, pero es verdad que los ha habido. Un grupo de obreros que se había dirigido al cuartel de Artillería ha sido tiroteado por los militares. Querían pedir armas, pero no sabían que el cuartel ya había caído en manos de los golpistas. Han muerto unos once. Parece que los sublevados no han perdido el tiempo y se nos han adelantado, mandando militares armados a proteger el parque de Artillería. Precisamente han conseguido evitar que consiguiéramos esas armas, que era nuestro objetivo principal.

—¡Dios mío, Mario! —Fue lo único que Violeta acertó a decir, tapándose la boca con las dos manos.

—No te preocupes, niña. Mario cambió de opinión en el último momento y se dirigió hacia la Alameda cuando estallaron los tumultos. Seguro que está bien. He oído que han conseguido fusiles de los guardias de asalto del cuartel. Yo me dirigía allí cuando os he visto.

Violeta recuperó la esperanza. Si era verdad lo que decía Obdulio, Mario estaría ahora en otro lugar y no donde se estaba llevando a cabo la refriega. Dio gracias a Dios por esa posibilidad y rogó por que siguiera a salvo.

—Bueno, basta ya de charla —dijo el grandullón, que con sus grandes manos agarró a cada una de las muchachas de un brazo y, a pesar de las protestas, las llevó medio a rastras de vuelta a Triana—. No es día para que estéis en la calle. Esperad, tened paciencia y ya veremos cómo va evolucionando todo esto. Os acompaño y, después, iré a buscar a Mario y a los demás, pero vosotras volvéis ahora mismo a casa. La cosa parece seria.

16 LA PLAZA NUEVA

Sevilla, julio de 1936

Mario había llegado al cuartel de la Alameda de Hércules, donde los guardias de asalto habían accedido a ceder armas a la población civil que deseara pelear por el gobierno legal de la República. No habían podido conseguir más que ochenta fusiles, armas ligeras la mayoría; sin embargo, en esa sinrazón todo valía.

Desde la misma Alameda, en el barrio sevillano de la Macarena, salieron dos columnas de militares con diferentes destinos. Una se dirigía al parque de Artillería y la otra, hacia el Gobierno Civil. Mario se encaramó a uno de los vehículos que llevaba una ametralladora. El muchacho no se había visto en otra situación igual, pero era valiente y creía tener razón en su lucha. Nunca había sido violento, pero se estaba empezando a dar cuenta de que la crueldad de un enfrentamiento podía sacar lo peor de los hombres. Pensaba en Violeta, en Juan, en sus amigos, y no estaba dispuesto a que les pasara nada malo. Si para ello tenía que apretar el gatillo, lo haría, se juró a sí mismo.

Su columna se dirigió al Gobierno Civil. Había mucha confusión en las calles y Mario decidió, junto con otros compañeros, bajar del vehículo al que se había subido y encaminarse a la Plaza Nueva. Tuvieron que esconderse en más de un portal, ya que se encontraron a su paso a numerosos soldados proclamando el bando de guerra. Mario tenía el pelo mojado de sudor y su camisa blanca se le pegaba al pecho como si hubiera tomado un baño caliente. Su mente ardía, no dejaba de pensar en Violeta. Se agarró a su fusil y, como pudo, logró llegar a la plaza. La situación allí era peor de lo que había imaginado. Había visto unas cuatro ametralladoras situadas en el edificio de Telefónica, un edificio hermoso que adornaba la ciudad de Sevilla. Desde allí empezaron a silbar balas. Mario oía los disparos también desde el hotel Inglaterra, en la esquina opuesta a la Telefónica. El desasosiego y la desorientación lo llenaban todo mientras unos corrían, otros gritaban y otros muchos se afanaban por plantar cara y luchar.

El joven se había encontrado por el camino con gente que conocía, entre ellos a Avelino, vecino del corral Rueda, en Triana.

Avelino era más o menos de la misma edad que Mario, pero nunca habían tenido una larga relación de amistad. Avelino había sido criado por unos tíos que no pudieron tener hijos y que vivían de alquiler en un luminoso piso del centro de Sevilla. El chiquillo lo había tenido todo hasta que sus tíos habían muerto en un incendio que se declaró en la zapatería que regentaban y el muchacho tuvo que volver a vivir con sus padres y sus siete hermanos. Por eso, Mario no había compartido juegos infantiles con él; sin embargo, conocía bien a toda su familia.

—¡Avelino! —le gritó Mario para hacerse oír entre el ruido y los disparos.

Mario se encontraba parapetado detrás de un gran coche negro aparcado en el lateral del hotel Inglaterra.

—¡Avelino, agáchate! Ven aquí con cuidado o te van a reventar la cabeza.

El chico consiguió llegar hasta donde se encontraba Mario y se deslizó detrás del coche con dificultad. Los vecinos se dieron la mano. Los dos sudaban a mares y estaban muy asustados. Nunca se habían vistos envueltos en algo tan serio.

—Me alegro de verte, pero debes tener cuidado, hombre. Estas balas son de verdad, no perdigones de la feria —le dijo Mario al muchacho mientras apuntaba con su fusil en todas direcciones—. ¿Estabas en la Alameda cuando han repartido las armas? —le preguntó Mario, agitado.

—No —le contestó el chico mientras se quitaba el sudor de la cara con la manga de la camisa.

Avelino era un muchacho muy atractivo, rubio y de buena estatura, con unos ojos claros que traían a todas las chicas del barrio locas de atar. Sus tíos se habían volcado en su educación y tenía unos modales muy agradables que gustaban a todo el mundo.

Las balas seguían sobrevolando sus cabezas y el sonido de las ametralladoras retumbaba en toda la plaza.

—Vengo de Triana. No te puedes imaginar lo que me ha costado pasar. Pero como he venido solo, he podido escabullirme acortando por calles más pequeñas y menos transitadas. ¿Te has enterado de que todo el barrio se ha echado a la calle a eso de las tres de la tarde? Es increíble todo lo que está pasando, parece como si estuviéramos

viendo una película.

—Sí, Avelino, es increíble —lo interrumpió Mario—, pero tarde o temprano esto iba a pasar, se veía venir. Yo también salí de Triana, quería haber ido al parque de Artillería, pero había tanta gente que iba en esa dirección que al final preferí ir a la Alameda a ver si conseguía armas allí.

—Pues has hecho bien —le confirmó Avelino—. Me he enterado de que ya van once muertos en Artillería. Por lo visto, esos golpistas habían tomado el parque antes de que llegásemos. Parece que nos han leído la mente y allí estaban todos esperando.

A Mario se le mudó la cara. Pensó en Obdulio, en todos los compañeros que había dejado atrás. «¿Habrán caído ellos también?», se preguntó.

—Ahí no queda la cosa —continuó Avelino—. Muchos intentaron pasar por la calle Zaragoza, pero les cerraron el paso. Unos milicianos decidieron adelantarse y coger un taxi. Ya sabes, para ver qué era lo que se estaba cociendo por el centro. Nunca pensé que fuese una buena idea, pero ya sabes que cada uno hace lo que le parece más oportuno. Eran muy pocos. Bueno, los que caben en un taxi. Al poco, nos enteramos de que estaban todos muertos. Habían acribillado el taxi con todos ellos dentro. Parece que fue la Guardia Civil, esos malditos hijos de puta. ¡Nos estamos volviendo todos locos!

El tiroteo en la Plaza Nueva se hizo más intenso. Avelino no llevaba ningún arma y Mario se había separado de todos los compañeros con los que venía desde la Alameda. Los muchachos seguían parapetados detrás de uno de los coches aparcados cerca de la puerta del hotel.

—Avelino, esto no pinta bien. Me parece que vamos a tener que llegar hasta los guardias que están en la entrada del hotel. No creo que podamos hacer mucho más con este único fusil y casi sin balas. Sígueme.

Se arrastraron por el suelo y, mientras Mario cubría a Avelino con las pocas municiones que le quedaban, este logró llegar al puesto que habían montado los guardias de asalto en el hotel. Estos, advertidos por Avelino, lograron ayudar a Mario para que se reuniera con ellos. Protegían la plaza con ametralladoras, pero, muy a pesar de Mario, parecía que el combate se estaba desigualando.

Mario pensó en Violeta y en Carmen; las chicas habían paseado

por esa plaza aquella misma mañana y la habían encontrado tranquila. Y sin embargo ahora… tan solo unas horas más tarde, la plaza se teñía de sangre. Ya había varios cuerpos en el suelo, la mayoría de militares, pero también se podían distinguir algunos civiles, a los que probablemente los había cogido el tumulto en medio de un fuego cruzado.

Los guardias no tenían más armas para dar a Avelino y el problema principal era que tampoco ellos tenía mucha munición. Mario no podía pensar; la adrenalina lo mantenía alerta, pero todo estaba ocurriendo muy rápido. Estaban metidos en medio de una batalla en toda regla. Los muchachos intentaron posicionarse detrás de las defensas improvisadas que habían puesto los guardias. Las ametralladoras no paraban de tirar casquillos al aire y el ruido era ensordecedor.

Mario había perdido la noción del tiempo. No estaba seguro del intervalo que había pasado desde que se había iniciado el tiroteo hasta que la plaza quedó prendida en un silencio raro. Se volvió para avisar a Avelino, para decirle que tenían que volver a Triana; tenía ansias de saber qué estaba ocurriendo allí. Llamó al muchacho un par de veces, pero este no le respondió. Se giró sobre sí mismo, siempre a ras de suelo, como le habían dicho los guardias, y a menos de un metro lo vio tumbado en un charco de sangre. Avelino había recibido un tiro certero en la frente. Mario se tapó la boca para reprimir sus ganas de vomitar. Ni se había dado cuenta. Avelino no hacía un minuto que había estado cerca de él, respirando, hablándole, y ahora ya no existía. Se acercó al muchacho para ver si aún respiraba, pero Mario sabía que el chico ya estaba muerto. Fue solo cuestión de suerte que fuera él quien estuviera vivo y no Avelino.

Todavía se estaba reponiendo de la muerte del muchacho cuando una bomba cayó muy cerca de donde estaba. El combate se estaba desequilibrando aún más. El gran proyectil venía desde el Ayuntamiento, que presidía la plaza. Hasta entonces no se había dado cuenta de que habían situado cañones allí mismo, mirando hacía el magnífico edificio de Telefónica y el hotel Inglaterra. Mario se levantó con dificultad y arrastró el cuerpo de Avelino, se situó en el lateral del edificio y se puso a cubierto junto al cadáver de su vecino. En ese instante, otra bomba impactó donde hasta hacía segundos Mario había estado. Los dos guardias cayeron fulminados mientras Mario salió despedido unos pocos metros. Estaba desorientado. Avelino ya no estaba a su lado, así que, como pudo, se levantó de donde estaba y, agarrado a su fusil, se fue hacia Triana sorteando algunas balas perdidas. Atrás dejó la plaza, sumergida en una confusión total.

Muchas personas corrían, otras gritaban y otros yacían muertos por todas partes. Hombres y mujeres se escondían debajo de coches, en los zaguanes de las casas y dentro de pequeños comercios que se apresuraron a cerrar sus persianas a cal y canto.

Ya eran casi las ocho de la tarde de aquel fatídico día de verano en Sevilla. Mario se preguntó qué estaría pasando en el resto del país, qué estaría pasando con Violeta. Echó a correr en dirección a Triana. Intentó volver por la calle Zaragoza, pero había demasiada gente, así que decidió callejear por el barrio del Arenal, donde las calles eran más estrechas y podrían darle una mayor protección. Por el camino, vio como un humo negro salía de diferentes edificios, pero adivinó que no se habían producido por las bombas. Se estaban originando pequeños y grandes incendios provocados que se extendían por todo el centro de la ciudad. Muchas de las maravillosas casas burguesas y señoriales sevillanas estaban en llamas. Se encontró con muchos milicianos de izquierdas que salían y entraban de esas casas, sacando a la calle todos los enseres que podían y haciendo una pira con ellos, mientras se animaban unos a otros al grito de «¡Camaradas!». Mario no podía creerlo. No era eso lo que quería. Sabía que de un modo u otro tenían que buscar soluciones a los problemas que estaban viviendo y también sabía que, si había que luchar, lo haría, pero de una manera limpia, no así.

El muchacho se refugió en un portal abierto de la calle Harinas cuando vio pasar a numerosos militares provenientes de la Plaza Nueva. Se sentó en el suelo del rellano; le faltaba el aire. El calor aún era asfixiante a esas horas de la tarde. Su camisa, antes blanca, tenía el color entre ocre y anaranjado de la sangre ya seca de Avelino y la roja brillante que le brotaba a él mismo de sus numerosas heridas. Se reconoció el cuerpo con las manos y se tranquilizó al comprobar que no eran de importancia. Recordó por un momento haber tenido a Avelino en sus brazos y haber intentado reanimarlo; la mayoría de la sangre de su camisa era de él. No podía encontrar una respuesta a por qué él solo tenía rasguños y Avelino estaba muerto, si habían estado juntos en el combate. Mario rompió a llorar; creía estar preparado para la situación que estaban viviendo, pero se equivocaba, y pensó que nunca una persona se puede preparar para la guerra. Se secó las lágrimas que se mezclaban con su sudor y, con mucha cautela, volvió a salir a la calle. No había caminado ni cuatro pasos cuando se dio de bruces con Obdulio.

Mario se abrazó al gigante de Triana con fuerza; la sola presencia de Obdulio lo reconfortó al instante.

—¡Menos mal que te encuentro! —le dijo Obdulio aliviado—. Te he buscado por todas partes. ¿Dónde te habías metido? ¿Estás herido? —le preguntó el hombre al reparar mejor en él—. ¡Tienes sangre por todas partes!

—No —le contestó Mario—. La sangre no es mía, es de Avelino. Solo tengo algunos arañazos.

Mario le contó a su amigo todo lo que había pasado desde que se habían separado: su llegada a la Alameda, la obtención de las armas, la batalla de la Plaza Nueva y la muerte del chaval de Triana.

—No puedo creerlo —Obdulio habló con voz queda—. Conozco a toda su familia; su padre y sus hermanos trabajan con nosotros. Alguien se lo tendrá que decir a su madre —decía, moviendo la cabeza en una negativa.

Mario lo interrumpió en sus cavilaciones.

—¿Cómo está Violeta? —preguntó el muchacho desasosegado—. Menos mal que Carmen y ella vinieron a la Plaza Nueva esta mañana y no esta tarde; imagínate lo que hubiera pasado. Ha sido una batalla campal.

—No te preocupes. Carmen y Violeta están en casa. Yo me encargué de eso. Me las encontré en pleno fregado en la calle Reyes Católicos, pero las cogí a cada una por un brazo y las llevé al corral.

—Muchas gracias, Obdulio, ahora me encuentro más tranquilo. ¿Tú dónde has estado?

—Intenté llegar al centro, pero, después de lo que ha ocurrido en el parque de Artillería y con lo del taxi, me ha resultado imposible hacerlo antes. Desde la Magdalena escuchábamos los tiros de la Plaza Nueva. Con algunos milicianos, me refugié en una de las casas cerca de la calle Tetuán, pero pasaban cada vez más soldados gritando el bando de guerra. Los muchachos decidieron volver al barrio y yo he venido a buscarte. Creo que hemos tenido mucha suerte; por lo menos los dos estamos vivos todavía. —Los dos hombres siguieron caminando con cautela, buscando caminos alternativos que los llevaran a Triana.

—En el barrio se está hablando de blindarlo —le dijo Obdulio a Mario—. Después de lo que ha pasado hoy, la cosa no pinta bien, así que hemos pensado que tal vez podemos ganar tiempo hasta que lleguen los refuerzos.

—¿Blindarlo? —preguntó Mario intrigado.

—Sí, hijo, barricadas. Empezaremos a montarlas pronto. Date prisa, crucemos el puente y lleguemos a Triana. Allí hablaremos con los demás hombres. No hay tiempo que perder.

17 LA VUELTA AL CORRAL RUEDA

Sevilla, julio de 1936

Obdulio y Mario se dirigieron a la calle Pureza desde el Altozano. Había mucho tumulto de gente corriendo de arriba abajo, muchos corrillos de vecinos en las puertas de sus casas, a las que aún no querían entrar. El barrio había perdido a muchos hombres en pocas horas y se dividía entre las personas que tenían miedo y querían quedarse en sus casas, y los que querían venganza y participar en lo que estaba ocurriendo.

Los hombres se pararon varias veces a hablar con unos y con otros. Todos tenían su opinión, pero Obdulio quería ver cuanto antes a los participantes del sindicato del puerto. De ellos y de los milicianos de izquierdas del barrio había partido la idea de las barricadas que iban a montar en Triana. Quería saber exactamente cuáles eran los planes y en qué podía ayudar.

—Escucha, Mario —Obdulio se dirigió al chico—, debo ir a hablar con Barneto. Iré a su casa y allí me dirán dónde está. Tenemos que saber qué se está cociendo y cuál será nuestro papel en todo esto, pero no quiero que me acompañes.

—Pero… —intentó protestar Mario. Obdulio no lo dejó continuar.

—Tienes que ir a ver a las niñas. Tú ya sabes a quién me refiero: a Violeta, a Carmen y sus hermanas, a Maruja —dijo entre dientes—. Uno de los dos tiene que contarles todo lo que hemos vivido esta tarde, cómo han cambiado las cosas y prepararlas para la que se nos viene encima. Ahora no es el momento de engaños, Mario. Por el contrario, es la hora de la verdad. Es mejor que estén informadas. Ellas sabrán cómo actuar.

Mario comprendió que era absurdo intentar rebatir a Obdulio, así que prefirió asentir y los dos hombres se separaron cerca de la calle Rocío. El muchacho continuó andando hasta llegar a la iglesia de Santa Ana, cruzó la plazuela y entró en el corral Rueda. No estaba tranquilo, pero al menos allí se sentía más seguro. Corrió escaleras arribas, saltando los escalones de dos en dos, y llamó a la puerta de Violeta. No obtuvo respuesta. Se dirigió a casa de Carmen y las

encontró a todas allí muy abrazadas, como si el calor del julio sevillano se hubiera convertido en el frío de diciembre.

Violeta tenía unas ojeras profundas que delataban que había estado llorando. Juanito estaba en brazos de Maruja, que lo apretujaba y lo llenaba de besos, mientras trataba de acunarlo sentada en una silla. Carmen fue la que abrió la puerta y, sin mediar palabra, se echó a los brazos del chico nada más verlo.

—¡Estás vivo! —decía Carmen mientras tocaba incrédula los brazos y las manos de Mario—. Rápido, entra, estábamos deseando saber algo de ti.

Violeta se levantó de golpe y se quedó parada sin poder dar un paso más. Fue Mario el que se le acercó y la atrajo hasta él.

—Estoy bien, Violeta. Estoy bien.

—¿Y toda esa sangre? —gritó la muchacha.

—Tranquila, no es mía. Yo solo tengo algunos arañazos.

—Eso espero —le dijo la muchacha—, porque si permites que te hagan daño voy a ser yo la que no te va a dejar ni un pelo en la cabeza. —La muchacha lo besó con ternura.

—Si la sangre no es tuya, entonces, ¿de quién es? —preguntó Luci.

—Por desgracia, la mayoría es de Avelino.

—¿Avelino? —interrumpió Amparo—. ¿El hijo de Pura?

—Sí, Amparo. Nos encontramos con un fuego cruzado en la Plaza Nueva.

—Pero el muchacho está bien, ¿verdad, Mario? —preguntó Maruja, temiendo oír una respuesta negativa.

Mario no sabía muy bien qué decir, pero pensó que lo mejor era decir la verdad. Tarde o temprano, las mujeres se iban a enterar.

—No, señora Maruja, Avelino no está bien. Murió esta tarde en la Plaza Nueva. No pude hacer nada por ayudarlo. Lo siento mucho.

El silencio se hizo agobiante por un segundo, hasta que las mujeres empezaron a llorar.

—No te disculpes, Mario —le dijo Maruja mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo que había sacado del bolsillo de su delantal—. Tú no tienes la culpa, ¿me oyes? Es este mundo, que se ha vuelto loco. A ver hasta dónde vamos a llegar. Ven, hijo —lo tomó de la mano—, siéntate aquí. Te voy a preparar algo de comer.

Mario obedeció, cansado. Se dejó caer en una de las sillas de la sala mientras Violeta le tomaba las manos. Sin omitir detalles, el muchacho les contó todo lo que había vivido, desde su marcha hasta la Alameda, la lucha en la Plaza Nueva, el encuentro con Obdulio y la vuelta al barrio.

—Obdulio me ha contado que quieren preparar barricadas en Triana. Él se ha ido a ver a Saturnino Barneto para que le dé detalles de lo que se está organizando.

—¿Por eso no ha venido contigo? —preguntó tímidamente Maruja.

—Sí, ahora mismo estará con ellos, pero me prohibió ir porque quería que me asegurase de que vosotras estabais bien.

—Me alegro de que él también esté bien —dijo Maruja, y Carmen notó un brillo extraño en la voz de su madre, como un alivio que la llenó de ternura.

Mario interrumpió los pensamientos de la chica para anunciar que se iba a ver a la familia de Avelino. Violeta tomó a Juan en sus brazos y salió junto a Mario.

—Estaré un rato en mi casa —les dijo a todas—. Creo que Juanito necesita un baño.

Mientras ambos caminaban por el pasillo en dirección a las escaleras, Mario abrazó a la chica para hacerle sentir todo el calor de su cuerpo. Violeta le acarició el pelo y le devolvió el abrazo.

—Lo que has vivido hoy ha debido de ser horrible —le dijo la muchacha con pena.

—No te lo puedes ni imaginar —le respondió Mario, cansado—. Lo de la Plaza Nueva solo ha sido el principio, me temo que lo que viene va a ser mucho peor. Nunca antes había visto tantos muertos ni tanta sangre. El pobre de Avelino… —el muchacho prefirió callar—. Me acercaré a su casa para ver si su familia ya sabe que ha muerto. Si no es así, les tendré que dar esa noticia horrible que nadie quiere

escuchar, sobre todo si se trata de un hijo.

—Sí, Mario, lo entiendo —dijo Violeta mientras bajaba la mirada, abatida.

—Después volveré y te haré compañía, si a ti te parece bien. Posiblemente no durmamos mucho esta noche y Obdulio puede venir en cualquier momento con noticias nuevas. Pero no te preocupes, que no haré nada sin decirte cuáles son los planes.

—Gracias, Mario.

La muchacha se apretó contra el pecho del chico, dejando poco espacio a Juan, que protestó ante ese asalto. Los dos rieron a la vez.

—Te quiero, Violeta. Lo sabes, ¿verdad?

—Yo también te quiero, Mario.

Era la primera vez que Violeta le decía que lo amaba abiertamente. Eso le dio fuerza al muchacho para lo que tenía que hacer. La besó en los labios y bajó las escaleras hacia al patio. Se paró delante de la puerta de Avelino, inspiró hondo y esperó unos segundos. Lo que tenía que decirle a su familia no era fácil.

18 EL PLAN

Sevilla, julio de 1936

Obdulio no encontró a Barneto en su casa, pero sí a muchos compañeros que también habían ido a ponerse en contacto con él. Entre ellos, muchos militantes de partidos de izquierdas. Se sorprendió de ver juntos tanto a dirigentes del PCE, como a miembros del PSOE, anarquistas, republicanos de toda la vida, gente sin afiliación política específica o líderes sindicales. Era tal la desorientación en la que había caído la ciudad que aquel era el momento de que todos arrimaran el hombro. Ya habría tiempo de rencillas entre partidos o ideologías más tarde.

Decidieron reunirse en el Centro cultural, obrero y deportivo de Triana, un local en la calle Fabié donde los jóvenes trianeros se reunían los fines de semana para bailar, hacer reuniones educativas, culturales o de propaganda. Era un centro pequeño, adecuado para la población del barrio, donde el esparcimiento era la nota dominante. A esas horas, y en un día como aquel, estaba cerrado, pero Luis Fuentes, la persona al cargo de las actividades lúdicas y culturales del local, tenía las llaves y fue el encargado de abrirlo.

Todos estaban callados, asimilando todavía lo que estaba ocurriendo, y se reservaron sus sentimientos, ideas y propuestas para cuando llegaran al centro cultural. Cuando todos se reunieron, ya sabían que el gobernador civil Varela se había rendido y que Queipo de Llano, que era el que parecía que manejaba el cotarro, por lo menos en Sevilla, había nombrado a un tal Parias como nuevo gobernador civil. Varela no estaba solo; el alcalde y el cuartel de la guardia de asalto de la Alameda también se habían rendido.

«¡Qué pena haber conseguido solo ochenta fusiles de aquel cuartel!», pensó Obdulio. Ahora la cosa se complicaba y, si no obtenían más armas pronto, se iban a tener que enfrentar a los facciosos con un puñado de escopetas de caza y unos pocos fusiles.

Las noticias que llegaban desde algunos de los barrios de Sevilla, como eran la Macarena, San Julián o San Bernardo eran que la izquierda había resistido y el golpe aún no había triunfado en ninguno de ellos. Sabían de primera mano que tampoco había triunfado en

Triana.

—Compañeros, calma, no todo está perdido —habló José Medina, uno de los miembros más antiguos del Partido Comunista y de los más respetados en el puerto de Sevilla y en toda Triana—. Barneto se está entrevistando con otros compañeros de la Macarena y San Bernardo. Parece que vamos a llegar al acuerdo de protegernos y, para eso, vamos a usar barricadas. En nuestro caso, lo primordial es proteger los puentes. No hace falta que os diga que Triana es casi una isla y, si nos mantenemos fuertes en los puentes, aquí no va a pasar ni el Tato.

—Me parece muy bien, José, pero ¿con qué vamos a luchar? —lo interrumpió Obdulio.

—Parece que la ayuda ya está en camino —lo informó José—. Nos hemos enterado de que una columna de mineros de Riotinto vienen para acá. Traerán dinamita y con eso podremos contraatacar.

—Me parece bien —contestó Obdulio—. Todos estamos esperanzados con la ayuda que tiene que venir, pero de momento son pocas las armas que se han conseguido y muchas se han perdido en la lucha encarnizada de hoy en la Plaza Nueva y en los aledaños.

—Lo sé bien, pero no nos queda otro remedio que seguir resistiendo. Haremos acopio de todas las armas que tengamos, ya sean fusiles, armas cortas, escopetas de caza o cualquier cosa que pinche, corte o haga daño. Lo que no nos podemos permitir es estar de brazos cruzados mientras esa gentuza campa por el barrio alegremente como Pedro por su casa, ¿entendido? ¿Estáis conmigo, camaradas? —arengó con el puño en alto.

Se oyó un clamor afirmativo a la pregunta de José. Entre ese grito de guerra, también se encontraba el de Obdulio, que no hallaba otra salida al conflicto. Antes de salir del local, se organizó un turno de preguntas rápidas para que todos los planes estuvieran claros y una jerarquía para poder informar a todos los dirigentes de los partidos, sindicatos y vecinos de qué podrían hacer para ayudar. Pusieron Radio Sevilla para ver si había más noticias. Queipo de Llano, el general encargado del golpe en la capital andaluza, aún estaba hablando. Su discurso, rayando la locura, era aterrador, al mismo tiempo que poderoso y duro. Se trataba de infligir el mayor miedo posible a la población sevillana y hacerles ver que todo estaba ya perdido, que no merecía la pena luchar y que se atuvieran a las consecuencias de rebelarse contra ellos. Cuando el general por fin calló, todos se mantuvieron en silencio. Las palabras violentas, haciendo valer la

sangre y el miedo para amordazar a la población, habían funcionado.

Luis, el chico que les había abierto el centro cultural, estaba considerando una idea y, con ella en la cabeza, se atrevió a hablar. Todos se sorprendieron, porque nunca ningún vecino había visto a Luis participar en política o apoyar la lucha obrera. Tampoco se le podía definir como de derechas; más bien vivía su vida despreocupado, sin meterse en líos. Luis era un bohemio que amaba la cultura. Había creado un taller de lectura los domingos que no había tenido mucho éxito. Sin embargo, los juegos de mesa y bailes para la juventud del barrio eran muy populares. Su público en Triana no era el mejor en temas culturales; la mayoría de los jóvenes eran analfabetos que no habían tenido la oportunidad de ir a la escuela. Las familias tenían muchos hijos y muchas bocas que alimentar, por lo que desde pequeños la mayoría de los jóvenes trabajaban en lo que podían para ayudar en sus casas. Por eso, Luis ofrecía en el centro cultural algunas clases nocturnas de lectura y escritura para los muchachos y muchachas del barrio que quisieran aprender. Le gustaba su trabajo y le agradaba la idea de poder hacer algo por su comunidad, aunque fuera a su manera.

Aquella tarde, sin embargo, tenía un semblante más serio. Su hermano Armando Fuentes sí pertenecía al sindicato de los obreros del puerto de Sevilla y había muerto en la batalla de la Plaza Nueva apenas unas horas antes. Aún no habían podido ni recuperar su cuerpo, porque los golpistas no habían permitido que pasara nadie hasta allí. Su hermano se pudría en la Plaza Nueva y él no podía hacer nada por evitarlo. Armando era su hermano mayor y él no estaba preparado para perderlo. Se prometió a sí mismo que lo vengaría. No creía justo que hubiera muerto por nada.

—Todos me conocéis —empezó Luis su discurso sin un saludo que lo abriera—. Sabéis que no me gusta meterme en nada que no sea lo mío, mi trabajo, mis clases nocturnas a jóvenes y poco más. Hasta ahora he vivido mi vida feliz de esa manera, sin muchas preocupaciones y yendo a lo mío. No sé nada de política, nunca me ha interesado; sin embargo, hoy han matado a mi único hermano y eso ha hecho que cambien muchas cosas. Él, como muchos de vosotros, sí era militante de la UGT y del Partido Socialista. No pretendo deciros con esto que ahora de pronto he cambiado mi manera de ser y que siento la izquierda en las venas. La verdad es que ni me importa la izquierda, ni me importa la derecha, ni este maldito golpe de estado que se acaba de declarar. Pero lo que sí sé es que de mi familia no van a matar ni a uno más y, si para eso tengo que ayudaros y ponerme a luchar mano a mano con vosotros, lo haré.

Todos callaron, asintiendo con la cabeza. Nadie se atrevió a interrumpir a Luis.

—Después de escuchar a ese cerdo de Queipo en la radio —continuó el muchacho—, ¿qué creéis que pensará la gente? ¿Qué sentirán los viejos, los niños, nuestras madres? Habéis hablado de barricadas, de armas y me parece muy bien. Ahí estaré yo también, pero creo que os olvidáis de algo muy importante. Ellos controlan los medios de comunicación. El viejo general dirige la radio y, con eso, la voz con la que gobierna Sevilla.

Obdulio entendió enseguida lo que Luis pretendía explicar. El grandullón era un hombre de acción y no se le había ocurrido ni por un momento pensar en la importancia que tenía la voz que había salido por esa radio ahora apagada. La información era errónea y así se iba a quedar entre la gente que la hubiera escuchado, ya que ellos no tenían otra emisora para contraatacar. Queipo no solo había tachado de embusteros, ladrones y asesinos a todos y cada uno de los que no comulgasen con el golpe, sino que se las había ingeniado para infundir una sensación de victoria absoluta en el pueblo y crear una emoción de profundo miedo. Con frases como «Por cada uno de orden que caiga, yo mataré a diez extremistas por lo menos» o «perseguir a los rojos como a fieras, hasta hacerlos desaparecer a todos», sentenció claro y fuerte que habría consecuencias para cualquiera que luchara en su contra.

—Propongo que esta noche no nos quedemos solo con la construcción de las barricadas —dijo Luis—. Propongo que asaltemos la radio y nos hagamos con ella. Así callaremos de una vez a ese maldito hijo de perra. ¿Quién está conmigo?

El silencio se hizo sepulcral. ¿Cómo iban a hacer eso? Parecía que los acontecimientos se hubieran desatado como una montaña rusa donde todo iba más rápido de lo que habrían deseado.

—No hay mucho tiempo —apremió Luis—. Debemos actuar rápido y necesitamos unos tres o cuatro hombres para llevarlo a cabo. La misión no va a ser fácil, no quiero engañaros, así que el que decida venir lo hará de un modo completamente voluntario. ¿Estamos de acuerdo?

Los hombres siguieron callados. Sabían que lo que decía Luis tenía mucho sentido, pero parecía una tarea imposible. Sin embargo, no había otra opción; tenían que intentarlo. Si el plan salía mal, probablemente moriría un puñado de hombres y acabarían con

algunas armas menos, pero si salían victoriosos de aquella hazaña había una posibilidad para cambiar el transcurso de los acontecimientos.

—Cuenta conmigo —alzó la voz Obdulio para dejarse oír entre todos los asistentes—. Los que estén con nosotros que levanten la mano y se queden un momento en el centro cultural después de la reunión.

Algunas manos fueron levantándose tímidamente y en cuestión de segundos todos las tenían arriba.

—Gracias, camaradas —intervino de nuevo José Medina—, pero no todo el mundo puede ir al asalto a la radio. Aquí vamos a necesitar gente para el proyecto de las barricadas, así que Luis y Obdulio solo necesitan dos personas más que pueden elegir ellos mismos. ¿Qué opináis?

A todos les pareció bien la propuesta de José. Obdulio pensó de inmediato en Mario; sabía que el muchacho no le fallaría. El joven era rápido, audaz y prefería tener a alguien de confianza a su lado en una misión tan peligrosa.

—Luis —dijo Obdulio—, Mario León será una de las personas que nos acompañe. Él no está aquí ahora mismo, pero estoy seguro de que podemos contar con él. Ha estado esta tarde en la batalla de la Plaza Nueva y sabe manejar un fusil, así que nos será útil.

Antes de que Luis pudiera contestar, alguien al final de la sala se le adelantó.

—¿Aceptáis mujeres para esta misión o solo estáis pensando en hombres?

Todos se dieron la vuelta. Victoria estaba en la última fila. Luis la conocía porque llevaba seis meses en las clases nocturnas del centro cultural. Victoria Molina tenía unos veintidós años y, al igual que su padre y todos sus hermanos, pertenecía al PCE. Creía en la lucha obrera y siempre arrimaba el hombro en todo lo que podía, no solo dentro del partido sino en su barrio. Era morena, con el pelo rizado recogido hacia atrás en un moño bajo. No llevaba falda, sino unos pantalones más o menos ajustados que la hacían verse adelantada a su tiempo. Tampoco llevaba maquillaje y su blusa blanca le quedaba muy grande para su tamaño. Ella había sido una de las primeras vecinas de Triana que se habían echado a la calle esa misma tarde. Había llegado hasta la calle Reyes Católicos y de ahí se había ido para Artillería.

Victoria había visto morir a algunos amigos en el intento de asalto al cuartel. Ella se había salvado de milagro y no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados.

—Creo que tengo la idea para un plan. Os lo explico cuando terminemos la reunión.

—Está bien —dijo Luis—. Quédate con Obdulio y hablaremos. No tenemos mucho tiempo. Si vamos a asaltar la radio, tiene que ser hoy, esta noche. No podemos consentir que ese cerdo de Queipo vuelva a la carga mañana.

—Pues si todos estamos de acuerdo —tomó José de nuevo la palabra—, damos por terminada la reunión. El equipo de asalto a Radio Sevilla ya está formado y todos los demás nos pondremos manos a la obra con las barricadas.

Todos salieron en orden del centro cultural. Tenían las ideas más claras y ahora era el momento de llevarlas a cabo. Mientras la mayoría de los hombres y mujeres de Triana se preparaban para la defensa del barrio, Luis, Obdulio y Victoria se quedaron planeando una misión suicida que sabían que no tenían más remedio que intentar.

19 EL FUEGO

Sevilla, julio de 1936

Victoria explicó su plan para asaltar la radio a sus compañeros y, aunque no parecía que tuviera muchas posibilidades de éxito, todos estuvieron de acuerdo en que tendrían que intentarlo. A ninguno se le ocurrió algo mejor, así que se ceñirían a él. Se despidieron en la puerta del edificio y se dirigieron en direcciones distintas, no sin antes haber quedado en reunirse sobre las diez de la noche en la orilla del río, por detrás de la iglesia de Nuestra Señora de la O.

Obdulio, con ansias de encontrar a Mario, con el que contaba para el plan de la radio, se dirigió al corral Rueda. Esa noche nadie iba a dormir, ni en Sevilla ni en Triana. Se había llegado a la conclusión de que las barricadas se levantarían de inmediato y todos estaban preparándose para ocupar sus puestos. Los dirigentes y militantes de izquierdas que se concentraban en los barrios periféricos de la ciudad, como San Gil, La Macarena, San Bernardo o Ciudad

Jardín ya habían tomado la misma decisión a la que se llegó en Triana. Tenían que resistir por medio de barricadas y con los medios a su alcance hasta que llegara la ayuda del gobierno.

Obdulio llegó a su edificio alicaído, porque no veía que las cartas que le habían tocado a su bando en ese conflicto fueran las más positivas. Sin embargo, confiaba en que la ayuda de Madrid llegaría. Se fue directamente a casa de Maruja, intentando mantener una sonrisa en la boca. Tanto la madre como las chicas lo abrazaron en cuanto lo vieron en la puerta. Todas querían mucho a Obdulio, ese hombretón enorme y bondadoso que siempre las había cuidado como un padre.

—Esta noche no va a dormir nadie —sentenció el obrero—. Hay mucho que hacer y vosotras también vais a meter el cuello. Habrá que preparar mucho café y comida para los milicianos y todos los que vamos a participar en las barricadas. Además, cuantas más manos tengamos para mover las maderas y los adoquines con los que vamos a levantarlas, antes acabaremos de construirlas y más protegidos estaremos. ¿Dónde está Mario? Creí que lo encontraría aquí.

—Se marchó con Violeta; además, tenía que darle las malas noticias a la familia de Avelino —le comunicó Maruja.

—Debo verlo, es urgente —continuó el monumental hombre—. Se ha fraguado un plan para asaltar Radio Sevilla e intentar parar a esa rata que solo sabe decir mentiras sobre nosotros, la ciudad y el golpe. A ver si podemos hacerlo callar de una vez. Si todo sale bien, mañana no podrá decir las mismas patrañas que ha escupido hoy, envenenando a todos con miedo e ira.

—¿A quién te refieres? —le preguntó Maruja intrigada

—¡A quién va a ser, mujer! Me refiero a Queipo de Llano y las mentiras que está diciendo por la radio.

De repente, algo llamó la atención de Obdulio. Se acercó a la ventana de Maruja y retiró la cortina blanca de un manotazo. De la iglesia de Santa Ana salían llamas. El hombre ya había visto lo que había pasado en el centro de Sevilla esa misma tarde. Muchas casas burguesas habían sido quemadas, pero hasta ese momento no había visto ninguna iglesia ardiendo.

—¡Fuego! —gritó el hombretón—. Hay fuego en la iglesia.

Bajó los escalones de la angosta escalera en un par de saltos.

Maruja, Carmen y sus hermanas corrieron detrás. Se encontró con Mario y otros vecinos en el mismo patio del corral, pero no tuvo tiempo de decirle que tenían mucho de lo que hablar. Algunos hombres portaban antorchas y se dirigían directamente a la iglesia, que estaba separada de sus casas por unos pocos metros. Obdulio vio como Mario la emprendía a golpes con algunos de sus propios vecinos.

—¿Qué pasa aquí? —gritó Obdulio, aunque no necesitaba levantar la voz para hacerse oír. Su voz era tan profunda y fuerte que imprimía seriedad y orden en cuanto abría la boca. Todos dejaron lo que estaban haciendo para mirarlo.

—¿Estás ciego? —le dijo Antonio, uno de los vecinos con antorcha—. Vamos a atacar una de las fuentes de poder de esos golpistas. Ya hemos incendiado algunas casas de esos señoritingos en Marqués de Parada y en la calle Castilla. La iglesia de la O ya ha pasado también por el fuego; ahora le toca a Santa Ana. Es lo menos que podemos hacer como represalia por lo que ha ocurrido esta tarde.

—Sí, Antonio —le respondió Mario, aún con la misma camisa manchada de sangre con la que había vuelto del centro—. Nos hemos enterado de lo que ha pasado esta tarde y de lo que va a seguir pasando. Yo mismo he estado en la Plaza Nueva, donde el combate ha sido brutal, pero ¿no crees que perdemos el tiempo con la quema de iglesias o casas burguesas? Todo eso no nos servirá de mucho, no vamos a obtener más armas y solo va a aplacar nuestro deseo de venganza.

Obdulio intervino. El hombre era muy respetado en Triana y muy querido por todos, por lo que los vecinos callaron en el momento en que empezó a hablar.

—¿Qué está pasando aquí? ¡¿Es que nos estamos volviendo todos locos?! Sé que estáis frustrados, que algunos habéis perdido a seres queridos… —Miró de reojo a los hermanos de Avelino, que estaban entre la turba de vecinos que querían incendiar la iglesia—, pero, como dice Mario, esto no nos va a ayudar. Si queréis venganza, si queréis tener al menos una oportunidad, dejaos de incendios y poneos manos a la obra para la construcción de barricadas. No perdáis más el tiempo. El mundo obrero y de izquierdas os necesita ahora más que nunca a todos y cada uno de vosotros. Aquellos que no tengáis afiliación política también sois más que bienvenidos para echar una mano. Aquí hoy se lucha por nuestros derechos y nuestra libertad. Acabo de llegar de una reunión en el centro cultural y se ha decidido poner barricadas en las entradas de los puentes de San Telmo y de

Triana, como probablemente ya todos sabéis. Así taponaremos el barrio hasta que llegue más ayuda. Vamos a necesitar todas las manos disponibles para recoger todo lo que pueda servir para levantarlas y también haremos acopio de armas de todo tipo. José Medina, al que todos conocéis, estará en las inmediaciones del puente de San Telmo para preparar el operativo. Por favor, id a verlo, él os dirá lo que hay que hacer. Se va a necesitar café, comida, valor y paciencia. ¿Estamos a una o vais a seguir jugando con fuego?

—Además —añadió Maruja—, ¿no se os cae a ninguno la cara de vergüenza? En esa iglesia están bautizados muchos de vuestros hijos y todos hemos ido más de una vez a pedirle al párroco que nos ayude si no teníamos qué comer. Don Juan ha encontrado trabajo para muchos de vuestros maridos —dijo, mirando directamente a las mujeres—. ¿Se lo vamos a pagar así? Ya quiero ver a todo el mundo con agua para apagar el fuego que habéis provocado.

Todos quedaron en silencio en el patio. Muchas mujeres lloraban, abrazadas a sus hijos, y muchos de los hombres portadores de antorchas ahora las apagaban en el suelo de arena del patio. Mario le ofreció la mano al vecino al que había golpeado y que seguía tumbado en el suelo, y Antonio, cabizbajo, parecía haber perdido fuelle.

—Vamos, coged cubos de agua —apremió Mario—. No hay tiempo que perder.

Con todo el jaleo, los vecinos que no estaban en el patio se habían asomado a la baranda de los pasillos o a las ventanas de sus casas. Violeta había visto todo el espectáculo desde la escalera, con Juan en brazos. Había muchas opiniones, pero la mayoría de los vecinos no quería llevar a cabo el incendio de la iglesia. Obdulio y Maruja habían logrado convencerlos y, con cubos en ristre, se dirigieron a Santa Ana formando una larga cadena para que no parara de llegar el agua.

Don Juan, el párroco de la iglesia, fue el primero que, arremangándose la sotana, estaba intentando proteger las imágenes más significativas del templo: Santa Ana y la Virgen, la imagen de la Pastora y la Virgen de la Victoria. El pobre hombre corría de un sitio para otro como pollo sin cabeza, sin saber muy bien a qué atender primero. Su alivio fue infinito cuando vio a la muchedumbre de vecinos, esta vez cargados con cubos de agua.

El párroco era un personaje importante en Triana; al igual que Violeta, no era de Sevilla y se había criado en el norte. Hizo el seminario en Madrid y pronto lo enviaron al sur de la península a

ejercer de cura. Aterrizó en Triana como por casualidad, pero siempre estuvo al lado del que lo necesitaba, sin importarle la orientación política de nadie, el dinero o los trabajos que desempeñaba cada uno. Don Juan siempre estaba ahí. Había dado la mayoría de los sacramentos a todo el barrio. El bautizo era siempre el más alegre. Normalmente, la familia de la criatura invitaba a don Juan y a todos los vecinos a un pequeño refrigerio que se solía dar en la azotea del corral donde vivían. Se bailaba, se palmeaba y así se celebraba la llegada de ese nuevo niño al mundo. Había casado a la mayoría de las parejas jóvenes que ahora vivían cerca de la iglesia y también había tenido que pasar por el mal trago de hacer el responso o dar la extremaunción a muchos de sus vecinos.

Era un hombre ya entrado en años, ni alto, ni bajo, que podría pasar desapercibido si no fuera por esa sotana negra que le quedaba más bien larga. Era alegre y delgado como un lápiz. Su pelo empezaba a ralear, pero se dejaba entrever que algún día fue rojizo. Sus pecas aún le seguían manchando la cara. Todos acudían a él si les hacía falta dinero, si llevaban varios días sin comer, si a sus hijos les faltaban zapatos… y don Juan siempre intentaba hacer malabares para ayudar a todos. Se le podía ver en la plazuela jugando a la pelota con los niños del barrio, al igual que en las tabernas, de donde sacaba a más de un marido borracho y lo llevaba de vuelta a su casa antes de que se acabase todo el jornal del día. En definitiva, el hombre era buena persona.

Esa noche, en medio de tanta confusión, el cura intentaba apaciguar los ánimos y calmar a unos y a otros.

—Hijos, por favor, no conseguiréis nada con esto. Calmémonos todos, por favor.

Don Juan intentaba hacerse oír sobre el griterío de unos y otros, pero, entre los que aún insistían en el incendio de la iglesia y los que venían a sofocarlo, era una tarea casi imposible. Por fin, se impuso la cordura entre la turba, y los pirómanos se retiraron del templo. El resto de los vecinos ayudaron a apagar las llamas. Fueron muchos los que le pidieron disculpas al padre, otros se arrodillaron dentro de Santa Ana e intentaron rezar las oraciones que sabían, pidiendo perdón, y otros solo ayudaron a que no se propagara el fuego; con eso tenían bastante. El cura intentó calmarse y darse ánimos a sí mismo mientras, derrotado y cansado, se sentó al filo de uno de los bancos de madera que aún quedaban en pie dentro del templo.

«Ha sido una multitud de exaltados. No ha sido toda mi

maravillosa gente de Triana. Ellos han venido con cubos, han salvado la iglesia y Dios sabe si también me han salvado a mí», pensó el hombre, llorando.

El cura no quería sucumbir a la desilusión que le había provocado un acto tan violento. Aunque don Juan no sentía rencor, sí sintió decepción y rabia, al igual que muchos vecinos, que quedaron horrorizados por el intento de quema de la iglesia.

Violeta, con Juanito a cuestas, había seguido a Mario y a los demás a Santa Ana. No pudo ayudar mucho con el niño en brazos, pero quiso estar presente. Estaba perpleja, viendo como unos y otros se afanaban por controlar el incendio. Una vez estuvo todo más calmado, se acercó al cura.

—Don Juan —lo cogió del brazo—, ¿quiere acompañarme, por favor?

—No, yo… no puedo en este momento —balbuceó el cura.

—No se preocupe, don Juan. ¿Ve a esos hombres y mujeres de ahí?

—Sí —respondió el hombre cansado.

—Pues se han ofrecido para quedarse de vigilancia por si el fuego volviera a prender. Pero ya verá usted que no pasará nada más. La gente se ha exaltado y ha querido echar la culpa de todo lo que está pasando a alguien, pero nos vamos a centrar y esto se va a quedar en un susto.

Violeta había hecho buenas migas con el cura desde que llegó a Triana. El hombre la ayudó, al igual que Carmen, su familia y todo el corral, cuando aterrizó en el barrio y, sobre todo, cuando tuvo a Juanito. Don Juan se preocupó de ir a verla para que no les faltara de nada, ni a ella ni al niño. Incluso se ofreció para que el chiquillo se quedara en su casa, en la que vivía con su hermana, si Violeta no tenía a nadie para cuidarlo. Nunca la juzgó por su embarazo sin estar casada y la muchacha le estaba muy agradecida por todo ello.

—¡Don Juan! —volvió Violeta a la carga—, venga conmigo, por favor. Le prepararé una tila. Usted se la toma, se calma y se vuelve para la iglesia. Total, parece que esta noche nadie va a dormir. ¿Qué le parece?

El hombre seguía resistiéndose, pero la joven, como pudo, lo

levantó del banco donde se había sentado y lo guio fuera de la iglesia. «Don Juan no necesita más sufrimiento quedándose aquí», pensó la muchacha. Violeta lo tomó del brazo y, no sin dificultad, consiguió llevarse al hombre con ella al corral.

20 LA DESPEDIDA

Sevilla, julio de 1936

Con todo el embrollo del fuego en Santa Ana, Obdulio no había tenido tiempo de hablar con Mario. Desde que lo vio evitar que prendieran fuego a la iglesia, habían estado apurados llevando y trayendo los cubos de agua para apagar las llamas. Logró atisbar a Mario en medio de la nave central del templo, ayudando a don Juan a sacar la imagen de Santa Ana. Obdulio solo tuvo tiempo de agarrarlo del brazo y decirle que tenían que hablar, pero no pudo darle más detalles.

Mario entendió enseguida que algo grave pasaba e intentó acercarse a Obdulio en varias ocasiones, aunque le fue imposible en medio de tanta algarabía. Mantener una conversación entre el estrépito de las llamas, los vecinos que gritaban, las carreras para intentar sofocar el fuego y las cadenas humanas con cubos de zinc llenos de agua se hacía inviable.

Una vez se fueron calmando los ánimos y don Juan ya se había ido a tomarse una tila a casa de Violeta, los vecinos se desperdigaron poco a poco hacia los dos puentes del barrio. Obdulio aprovechó el momento y pudo frenar a Mario, que seguía dentro de la iglesia.

—Es urgente, tenemos que hablar ahora. No hay tiempo y tenemos que hacer algo en pocas horas.

El muchacho confiaba plenamente en Obdulio. Si el gigantón decía que tenían que hacer algo, era porque definitivamente tenían que hacerlo. Seguro que era algo importante y peligroso. Mario entró con Obdulio en la sacristía; aquella parte de la iglesia había sufrido algunos daños, pero nada grave que no se pudiese arreglar con una mano de pintura.

El muchacho permaneció de pie y callado. La conversación la empezó Obdulio. Le contó hasta el último detalle de la reunión que habían tenido en el centro cultural y el plan que había maquinado Victoria, tras la idea de Luis Fuentes de asaltar la radio. Mario escuchó atentamente todo lo que hombre le decía y, como Obdulio ya había previsto, el chico aceptó la misión.

—No tenía dudas de ti, Mario. Sabía que no nos fallarías —le dijo Obdulio con orgullo.

—Sabes que es un plan descabellado, ¿verdad? —le respondió el muchacho resignado.

—Lo sé —le respondió el grandullón—, así que entenderé si no quieres hacerlo.

—¡No digas tonterías! —lo interrumpió Mario—. Los dos sabemos que hay muchas posibilidades de que salga mal, pero también que hay que intentarlo. Por supuesto que estoy contigo.

Ambos salieron de la iglesia al mismo tiempo. Habían quedado sobre las diez con Luis y con Victoria detrás de la iglesia de Nuestra Señora de la O y no quedaba mucho tiempo. El fuego en Santa Ana los había retrasado. Los dos hombres fueron directamente a casa de Violeta. Cuando llegaron, vieron que don Juan ya había recuperado algo de color en las mejillas. Tanto Obdulio como Mario lo tranquilizaron.

—¿Cómo va todo, hijos míos? ¿Cómo se ha quedado la iglesia? —quiso saber el cura.

—No se preocupe, padre, ya está todo bajo control —salió Mario al paso—. Hay un grupo de hombres que cuidará de usted y de la iglesia esta noche. Esto no va a volver a pasar, así que no debe tener miedo. Aquí vamos a estar nosotros para protegerlo.

El cura le tomó las manos, agradecido, se enjugó un par de lágrimas y, aún con el susto en el cuerpo, se dispuso a volver a la iglesia.

—No hace falta que me acompañéis —dijo don Juan antes de que ninguno pudiera ofrecerse a ir con él—, ya voy yo solo. Muchas gracias por la tila, Violeta. Parece que me ha entrado el cuerpo en calor y gracias, muchachos, por la ayuda y el apoyo. No quiero preguntar a dónde vais a ir ahora; solo quiero deciros que, vayáis donde vayáis y hagáis lo que hagáis, os deseo buena suerte. Sois buenas personas y, como siempre, ahí enfrente —señaló la ventana por donde se veía la iglesia—, estará vuestra casa. —Se recogió la sotana que le arrastraba y, con paso quedo y cabizbajo, salió de casa de la muchacha.

No habría don Juan ni empezado a bajar la escalera cuando Obdulio y Mario agarraron a Violeta con prisas y la arrastraron a casa

de Carmen.

—Mario y yo tenemos que irnos en un momento y queremos que todas sepáis lo que vamos a hacer y dónde vamos a estar —le decía Obdulio mientras llamaba a la puerta de Carmen.

Maruja abrió enseguida.

—Si buscáis a Carmen, aún no ha llegado de la iglesia —les dijo sin dejarlos hablar.

—No importa, Maruja —salió al paso Obdulio—. Cuando vuelva la niña, tú se lo cuentas, pero Mario y yo no tenemos más tiempo, así que escuchad atentamente. Mario y yo vamos a asaltar, junto con otros compañeros, Radio Sevilla. Hemos llegado a la conclusión de que el que esos facciosos se hayan apoderado de los medios de comunicación solo nos hace daño. No podemos consentir que se derramen tantas mentiras y tanto desánimo. Necesitamos dar nuestro punto de vista, enterarnos de cómo va la situación de guerra fuera de Sevilla y tener más noticias de Madrid. Además, el terror que destilan las palabras envenenadas de Queipo solo va a hacer que la gente se amedrente mucho más de lo que ya está.

Nadie en casa de Maruja dijo ni una palabra. Después de lo que habían visto y oído en tan solo un día, ya no les sorprendía nada.

—Si todo sale bien, volveremos al barrio y os buscaremos aquí o en las barricadas, ¿entendido?

—Entendido. —Las cuatro mujeres asintieron al unísono.

—Vamos, Mario —dijo Obdulio mientras se ponía de pie, ocupando casi el espacio completo de aquella diminuta habitación—, ya no podemos perder más tiempo.

Ambos se dirigieron a la puerta, pero, antes de salir, Obdulio depositó un beso delicado en los labios de Maruja. La mujer, sorprendida, se lo devolvió de una manera mucho más apasionada.

—Tened cuidado los dos —logró farfullar Maruja—. Y tú y yo ya hablaremos de esto cuando vuelvas, grandullón.

Maruja cerró la puerta y dejó a Mario y a Obdulio con una misión por cumplir mientras ella se tocaba los labios ilusionada.

21 ASALTO A RADIO SEVILLA

Sevilla, julio de 1936

La iglesia de Nuestra Señora de la O se encontraba ubicada en la calle Castilla, no muy lejos del Altozano, que era la plaza donde empezaba el puente de Triana y enlazaba el barrio con Sevilla. Allí era donde Mario y Obdulio se iban a reunir con Luis y Victoria. Cuando llegaron a la altura de la plaza de abastos para tomar el callejón de la Inquisición, que desembocaba en el río, vieron humo y llamas que salían de la pequeña iglesia. Una turba de exaltados trianeros habían sacado mobiliario, ropaje y libros del templo y habían hecho con ellos una pira en la misma puerta. Algunos de ellos ya venían de vuelta y se dirigían a la calle San Jacinto. Mario y Obdulio les escucharon decir que les habían dado su merecido al *Jorobaíto*, como era conocido popularmente en Triana el Cristo de la hermandad de la O. Por lo visto, se habían liado a hachazos con las imágenes y ni Obdulio ni Mario sabían qué más barbaridades habían hecho.

Ellos tenían ideología proletaria, de lucha de clase, de izquierdas, en definitiva, como casi todos en Triana, pero, al igual que otros muchos vecinos, no eran exaltados ni pensaban que con esos métodos se pudiera llegar a ningún lado. Eran más de la opinión de que si se ponían a las armas todos a una, tal vez pudieran tener una oportunidad de aplastar a los facciosos que ya decían controlar la ciudad. Los dos hombres siguieron caminando, alejándose de la calle Castilla y de la iglesia de la O, hacia la oscuridad de la noche que los engulló cerca del río.

Cuando llegaron, Victoria y Luis ya estaban allí. El segundo, con pantalón azul marino de faena, una camisa ajada blanca y unas alpargatas. Esa no era la ropa que Luis solía usar. Él era elegante, más bien de traje de chaqueta. No es que ganara mucho en el centro cultural, pero era un trabajo estable que no estaba del todo mal remunerado, así que le gustaba vestir bien, con sus trajes y sombreros a juego. Esa noche, sin embargo, su atuendo no era así.

Victoria, por su parte, se había ceñido perfectamente al plan, y tanto Obdulio como Mario, que la conocían de toda la vida, no la reconocieron. La muchacha se había puesto un vestido de un blanco impoluto, estampado con pequeñas flores azules y rojas. Hasta había

pedido prestadas unas medias de nailon que no habían sido fáciles de encontrar. Se había tocado la cabeza con un pequeño sombrerito de paja azul marino y llevaba unos tacones de vértigo, también del mismo color. Parecía mayor de lo que era. Mario nunca había visto a Victoria maquillada. Sin embargo, esa noche había elegido una barra de labios color cereza que resaltaba sus labios carnosos. Parecía como si se hubiera dado algo de color en las mejillas, pero a Mario no le quedó claro si era colorete o el entripado que tendría por lo que estaban a punto de hacer. Su pelo negro y rizado le sobresalía por debajo del sombrerito y reposaba en sus hombros con gracia. Victoria era bonita, tenía un cuerpo de curvas pronunciadas que ella intentaba ocultar con la ropa masculina que habitualmente usaba; sin embargo, esa noche se había dejado envolver por el plan y parecía una mujer exuberante.

—Buenas noches, camaradas —los saludó Obdulio—. Perdonad el retraso. Nos ha pillado el fuego de Santa Ana.

—Nosotros acabamos de llegar —respondió Victoria—. ¿Qué tal estás, Mario?

—Bien. No te habría reconocido ni en un millón de años. Hoy estás preciosa.

—¡Ah, muchas gracias! Me lo tomaré como si el resto de los días no lo estuviera —le respondió la chica con sorna.

—No… No era eso lo que intentaba decir —le dijo el chico, nervioso.

—¡Anda, tonto, es una broma! Te he entendido perfectamente. Lo de esta noche es algo especial, pero será mejor que no te acostumbres —dijo sonriendo, mientras tomaba la mano de Luis para subir al bote que los aguardaba en la orilla del río.

Victoria se había criado en la calle Pelay Correa, en pleno corazón de Triana, y era muy conocida en el barrio. Siempre se había rodeado de hombres. Su madre había muerto en su parto, así que había vivido desamparada de una figura femenina a quien imitar, pero sí tenía cinco hermanos varones y un padre al que adoraba. Hacía unos años que había conseguido trabajo en la fábrica de contadores del Porvenir y había sabido prosperar hasta convertirse en jefa de planta. Tenía un carácter fuerte, pero era a la vez amable y divertida, por lo que sus compañeras la querían. Siempre había sido muy reivindicativa y por eso se había afiliado al PCE, como toda su familia. En su trabajo,

luchaba con ganas para proteger los derechos de todos sus compañeros e intentar que mejorasen las condiciones laborales. Victoria siempre era la primera en las huelgas, en las manifestaciones o en cualquier protesta donde pudiera dar su opinión y ser escuchada. Sus sobrinas eran las encargadas de llevarle el almuerzo a la fábrica diariamente, una caminata desde Triana al Porvenir que las chiquillas agradecían por el entretenimiento que les proporcionaba. Era divertido cruzar el parque de María Luisa e intentar escabullirse de los guardias que corrían tras ellas si se atrevían a arrancar alguna flor de ese paraíso verde.

Victoria tenía muchos amigos y uno de ellos fue el que les dejó el bote esa noche. Era uno de esos botes que se usaban cerca de la cucaña en la *Velá* de Santa Ana. Era más bien pequeño y los cuatro ocupantes se arrebujaron en él con cuidado de no hacerlo volcar. Una vez Victoria, Luis, Obdulio y Mario estuvieron dentro, se pusieron a remar. La primera parte del plan ya estaba en marcha.

Todos iban armados. Luis, Obdulio y Mario habían conseguido fusiles ligeros y Victoria llevaba metida en la liga de una de sus medias una pequeña pistola que le había dejado otro camarada del partido. También todos llevaban cuchillos; si había que ser sigilosos, las armas blancas eran mejores que las de fuego. Repasaron el plan una vez más, entre susurros, mientras seguían remando.

Llegaron a la otra margen del río Guadalquivir, ya en la parte de Sevilla, dejando atrás su barrio. Atracaron el minúsculo bote y lo escondieron detrás de los arbustos y cañas que había en la orilla. Lo dejaron allí amarrado, con la esperanza de que siguiera en el mismo sitio a su vuelta.

Habían acordado no ir todos juntos. Mientras Mario tomó a Victoria del brazo como si de una pareja se tratase, Obdulio y Luis se dirigieron por otro camino al mismo objetivo: Radio Sevilla, en la calle González Abreu.

Victoria y Mario ya habían visto varios camiones de soldados dando vueltas por las inmediaciones de la estación de Córdoba, así que prefirieron dar un rodeo para llegar a la calle de la radio. Pretendían no ser vistos y, para eso, procuraron tomar calles aledañas y no ir por las principales, como era Marqués de Parada. Llegaron a su objetivo unos minutos antes de la hora prevista. No habían tenido ningún contratiempo, aunque sí se habían cruzado de lejos con grupos de militares armados que vigilaban esa zona.

Obdulio y Luis, por el contrario, habían tenido que meterse en más de un portal para pasar desapercibidos a los numerosos vehículos con militares que habían encontrado en su camino. Llegaron con retraso a su cita. Los dos hombres habían entrado en la calle González Abreu por la calle Canalejas. Se detuvieron a pocos metros del edificio de la radio, parapetándose para no ser vistos. Desde su escondite, reconocieron a Victoria y a Mario acercándose a la puerta. Ya no había vuelta atrás. Obdulio apretó los dientes y sujetó su arma con fuerza. Estaba nervioso, se agachó aún más de lo que estaba y esperó junto a Luis en el saliente del tabique donde se habían situado.

Victoria era la primera en actuar y salió de donde se había escondido con paso precipitado. En la misma puerta del edificio de Radio Sevilla, había una pareja de militares armados. Victoria ya había previsto que eso sería lo primero que verían; sin embargo, a partir de ahí todo era una pura incógnita. Se acercó a paso ligero a los militares, fingiendo una respiración agitada que no iba sincronizada con sus andares.

—¡Guardias! —gritó Victoria—. Necesito ayuda.

La muchacha simuló un llanto contenido que la hizo frágil a los ojos de los militares.

—¡Esos canallas! ¡Esos sinvergüenzas rojos! —Se echó a llorar en el pecho de uno de los soldados que la miraban sin comprender.

—¿Qué le pasa, señorita? —pudo balbucear el más joven.

Entre hipidos y pucheros, Victoria logró explicarles que dos individuos, posiblemente rojos, por su forma de vestir y de comportarse, habían tratado de forzarla. Los guardias se horrorizaron al escucharla e intentaron ayudar al instante. Victoria fingió un desmayo y el guardia más joven logró agarrarla antes que su cabeza rozara el suelo.

—Tenemos que traerle agua, Rodrigo —gritó el guardia que atendía a Victoria a su compañero—. ¿A qué esperas? ¿Es que no vas a hacer nada? Corre y trae el agua, que yo la llevaré dentro. Esto era ya lo último que nos hacía falta hoy, menuda suerte la nuestra.

El soldado mayor miraba de un sitio a otro de la calle sin tener muy claro lo que estaba pasando. Tampoco es que ninguno de los dos guardias tuvieran mucha conciencia política y hasta hacía unas horas habían sido leales a la República. Así que, confiado, Rodrigo hizo el amago de entrar en Radio Sevilla a por ese vaso de agua y a informar

a los que estaban dentro de lo que tenían en la puerta. No tuvo tiempo de hacerlo. El muchacho no lo vio venir y Mario lo agarró por detrás con tanta rapidez que cuando quiso revolverse ya tenía un cuchillo clavado en el bajo vientre. Antes de que Damián, el guardia más joven, pudiera reaccionar, Victoria ya lo había apuñalado dos veces. El plan se estaba completando.

Obdulio y Luis se unieron a ellos en cuestión de segundos; habían visto todo lo acontecido desde su escondrijo al final de la calle. Entre los cuatro, y con toda la rapidez que les permitieron sus brazos y piernas, agarraron los dos cuerpos muertos y los depositaron en la entrada de la casa de al lado, con la esperanza de que ningún vecino entrara o saliera a esas horas. Lo importante era quitar los cadáveres de la calle. Los cuatro trianeros estaban sorprendidos por no haber encontrado más resistencia en la entrada del edificio. La primera fase del plan estaba superada y eso los animó.

—Ahora empieza lo bueno —dijo Luis entre susurros—. Suerte, compañeros.

Los cuatro entraron a la vez, sin saber con lo que iban a encontrarse. Llevaban los fusiles preparados y apuntaban en todas direcciones. Radio Sevilla tenía un pequeño zaguán adornado de azulejos de cerámica azules, blancos y verdes, como tantas otras casas distinguidas de Sevilla. Hacían un dibujo geométrico muy particular que captó la mirada de Victoria. Su padre la había llevado una vez a ver el Alcázar, al ladito de la catedral, y le había maravillado ese palacio salido de las Mil y una noches. Los azulejos le recordaban ese lugar maravilloso. El pequeño pasillo donde se encontraba se separaba del patio central del edificio por una cancela de forja negra. Era pesada, pero todos respiraron tranquilos cuando la vieron abierta. Eso no estaba previsto en el plan y ellos no habían contado con ese obstáculo. Parecía como si el destino les hiciera un guiño. El plan era tan arriesgado que Mario nunca pensó que pudieran llegar tan lejos como lo estaban haciendo. «Buena señal», pensó el muchacho, «la fortuna debe de estar de nuestro lado».

Se pegaron a las paredes de azulejos como si fueran lagartijas y, al no escuchar nada más que el ruido de una conversación lejana, decidieron adentrarse en el patio. La cerámica de colores se extendía por toda la pared y el suelo era de un mármol rojizo poco visto en Sevilla. El patio tenía columnas que unían arcos que enmarcaban habitaciones con puertas cerradas. El edificio tenía dos plantas y subía por unas escaleras también de mármol rojo con un pasamanos de hierro negro. Para Victoria, todo estaba pasando a cámara lenta;

parecía como si sus sentidos se hubieran agudizado y no pudiera dejar de observarlo todo con precisión felina. Se notaba alerta, pero no se sorprendió, ya que su vida dependía de ello. Ninguno de los vecinos había estado antes en Radio Sevilla y no conocían el terreno que estaban pisando. No vieron una segunda salida, por lo que, si las cosas se ponían feas, tendrían que salir por donde habían entrado.

Queipo de Llano había terminado su discurso hacía horas, pero la radio se mantenía alerta por si había que informar de noticias nuevas referentes al golpe militar.

La calma y la quietud que había recorrido el ambiente minutos antes se vio interrumpida de pronto. Una pareja de la guardia de asalto estaba charlando en un lateral del pasillo de la segunda planta. Los descubrieron en el patio y les dieron el alto de inmediato. Como ninguno de los trianeros depuso las armas, los guardias empezaron a disparar sin mediar palabra. Luis y los suyos casi no tuvieron tiempo de ponerse a salvo; ahora todo iba muy deprisa, carreras, gritos de los guardias para alertar a sus compañeros y balas que silbaban por doquier. Los cuatro amigos intentaron ponerse a cubierto.

Obdulio y Mario se habían escondido detrás de un escritorio de caoba que hacía las veces de recepción. Era una mesa sólida y, de momento, los estaba protegiendo de los tiros. Victoria y Luis se habían podido meter en una de las habitaciones que rodeaban el patio. Estudiaron por un segundo sus posibilidades y vieron que la habitación tenía una ventana que daba a la calle por donde habían entrado hacía apenas unos minutos. Habían localizado a dos guardias que no paraban de disparar desde la balconada, a otros dos más que salieron en su auxilio, también en la segunda planta, y a otros tres militares que se habían plantado en el patio al oír el griterío. Tenían que tomar la radio al precio que fuera. Eso retrasaría, por lo menos por unos días, los discursos del general. Lo que ninguno quería era regresar a Triana sin haber conseguido el objetivo.

—Mario —dijo Obdulio mientras se apoyaba detrás de la mesa de madera. Estaba agachado y su cuerpo enorme casi sobresalía por los lados—, tenemos que subir e impedir que los de arriba pongan en aviso a los golpistas. Si eso ocurre, en menos de lo que canta un gallo vamos a tener aquí más compañía.

—De acuerdo —respondió Mario mientras se ponía en posición de tiro y acertaba en plena frente a uno de los guardias que ya estaban en el patio.

Victoria y Luis consiguieron hacer contacto visual con ellos para indicarles que los cubrirían si decidían subir. Desde la habitación donde estaban la chica y el muchacho del centro cultural se abrió un profundo fuego que alcanzó a otro de los guardias de asalto. Un tercero cayó cerca de la mesa de caoba y Obdulio lo remató con el cuchillo que llevaba.

Parecía que todo estaba hecho. Todo iba bien, demasiado bien. Los otros cuatro guardias siguieron disparando desde el segundo piso, mientras Mario pensaba que era vital alcanzar el objetivo lo antes posible, antes de que nadie diera la alarma. Junto a Obdulio, se abrió camino entre el fuego cruzado de Victoria y Luis con los militares. La chica se había hecho con un fusil de uno de los guardias muertos y tenía buena puntería. Victoria disparaba sin parar desde la puerta de la oficina donde estaba escondida, cubriendo a sus dos compañeros, que se dirigían a la segunda planta.

El grandullón subió primero, seguido de cerca por Mario. Se pegaron a las paredes de las escaleras, donde había un punto ciego que no les permitía disparar con éxito. Mario era más rápido y se adelantó a Obdulio en el rellano que se abría al pasillo de arriba. Allí, apuntándolos con su fusil reglamentario, estaba uno de los guardias de asalto. Obdulio solo tuvo un segundo para pensar y se lanzó con su cuerpo bestial delante del chico. Mario vio como una bala impactaba directamente en el pecho de su amigo. Como pudo, retrocedió arrastrando consigo a Obdulio, que dejó un reguero de sangre en los escalones rojizos. Volvieron al punto ciego y Mario colocó su arma en posición de disparo. El guardia asomó la cabeza para buscar un resquicio de tiro y allí mismo se quedó muerto, taponando la entrada desde la escalera al pasillo de arriba con una bala en la cabeza. Sus compañeros seguían disparando al fuego abierto que desde abajo les presentaban Victoria y Luis. Mario agarró a Obdulio, intentó tirar de él, pero era un peso muerto que ya no respiraba.

—¡Obdulio, levántate! —gritaba Mario, fuera de sí, al cuerpo sin vida de su amigo, que ya no lo oía.

El hombretón imponente yacía en las escaleras de Radio Sevilla el mismo día en que había comenzado la guerra en España. Mario lo llamó desesperadamente, pero sabía que no había nada más que pudiera hacer por él; solo seguir luchando por lo que ambos creían justo. Sin embargo, no quería dejarlo allí tirado. ¿Qué les diría a Carmen, a Maruja, a Violeta?

—¡Tenemos que largarnos de aquí! —le gritaban Victoria y Luis

desde abajo. No se habían rendido, pero veían que la misión era mucho más complicada de lo que habían imaginado y, si los guardias que quedaban daban la voz de alarma, no podrían escapar. Tenían que irse ya. Necesitaban hacerlo por Obdulio, por ellos, por la causa, por todos.

—¡Tenemos que volver, Mario! —seguía gritando Victoria para hacerse oír entre el ruido ensordecedor de las detonaciones. Pero Mario se aferraba al cuerpo sin vida de su amigo, agachado en ese punto ciego de la escalera que les estaba sirviendo de refugio. No quería pensar ni quería moverse, pero sobre todo no quería marcharse sin Obdulio.

—¡No! Yo no me voy a ninguna parte —gritaba una y otra vez.

Luis llegó arrastrándose a la escalera. Como pudo, y sin dejar de disparar, agarró a Mario por la pierna e intentó tirar de él.

—Mario, ¡escúchame! Tenemos que irnos, compañero. Eso es lo que Obdulio hubiera querido. Él no querría que nos quedáramos aquí los cuatro criando malvas, ¿verdad? Por favor, Mario… Victoria y yo no queremos irnos sin ti, pero tendremos que hacerlo si no nos das más opciones. ¿No te espera nadie en casa?

Mario pensó en Violeta y en Juanito. Se puso en pie como pudo y, agarrando el fusil con una mano, pasó la otra por la cabeza de Obdulio.

—Lo siento, amigo, lo siento mucho. Lucharé por ti, te lo juro.

El chico no había terminado la frase cuando sintió un calor infinito que le recorría el pecho. Uno de los guardias había aprovechado su distracción para dispararle. Había mucha sangre. Mario sintió que se le iba la vida. No podía respirar y el ardor de la herida era casi insoportable. Con las pocas municiones que les quedaban, los tres lograron llegar de nuevo hasta el zaguán del edificio, intentando no mirar hacia las escaleras donde yacía Obdulio sin vida. Luis ayudó a Mario sujetándolo por la cintura con un brazo, mientras que con el otro volvía la cabeza y seguía disparando sin saber muy bien si sus balas estaban llegando o no a su objetivo. Victoria se quedó la última y pudo alcanzar a otro guardia antes de salir a la noche de Sevilla. Mario iba dejando un rastro de sangre por el camino, mientras Luis lo empujaba para que siguiera andando.

—No vamos a perderte a ti también, ¿me oyes? —le decía Luis a Mario.

El muchacho puso todo su empeño en no perder el conocimiento y, taponándose la herida con una mano, consiguió seguir andando.

Victoria, en la retaguardia, caminaba de espaldas a ellos, pero siguiéndolos de cerca. Con sumo sigilo pero sin perder el paso, intentaba tener ojos hasta en la espalda, mirándolo todo y adelantándose a cualquier peligro. Tuvieron que esconderse y agacharse un par de veces pero, como pudieron, consiguieron llegar hasta el bote y remar hacia el territorio amigo que era Triana. No solo no habían conseguido su objetivo sino que habían sufrido la baja de una de las mejores personas que habían conocido y que probablemente hubiera sido muy útil en los combates que les iba a tocar enfrentar.

Mientras Luis cogía los remos, Victoria acomodó a Mario en el bote. Antes de perder el conocimiento, el muchacho atinó a llamar varias veces a Obdulio. No hubo respuesta. Victoria y Luis empezaron a remar.

22 LAS BARRICADAS

Sevilla, julio de 1936

La misión de Maruja esa noche era la de preparar café y algo de comer para que las chicas lo llevaran a las trincheras. Todos los hombres del corral Rueda habían dispuesto en el patio las armas de las que disponían. Antonio era el encargado de contarlas mientras que Carlos, otro vecino, hacía lo mismo con las municiones. Tenían un total de veinticinco fusiles, entre los que habían conseguido esa misma tarde en el cuartel de la Alameda de Hércules y las armas de caza que algunos poseían. Otros vecinos recopilaron cuchillos, que se afanaban en afilar, y navajas que entregaron a los que no tenían armas de fuego. Sabían que no estaban bien preparados, pero tendrían que apañárselas con lo que tenían.

Antonio, como casi la mayoría de los que vivían en el corral, era otro obrero del puerto. Se había criado con Mario y eran de la misma edad, por lo que tenían vidas paralelas. De pequeños jugaban en la zapata del río cuando tenían tiempo libre y, desde muy jóvenes, revoloteaban en el puerto para hacer pequeños trabajos de estraperlo que los adultos les ofrecían. Muchos de los trianeros se habían apuntado al sindicato del puerto porque admiraban a Saturnino Barneto, su líder, que era un hombre bueno y había hecho mucho por todos ellos. El sindicato había conseguido lo inimaginable en los últimos años. Se había logrado que el sueldo diario fuera de dieciséis pesetas y se iniciaron turnos de trabajo que los capataces no tuvieron más remedio que aceptar. Gracias al sindicato, los más ancianos e imposibilitados de entre los suyos recibían una pequeña ayuda para que no tuvieran que mendigar en las calles. Los hombres se fiaban de Barneto y lo seguirían en lo que dijera.

Todos los vecinos del corral Rueda estaban afanados en diferentes tareas. Las mujeres se habían reunido en la cocina comunitaria para preparar café y refrigerios para todos. Muchos de los hombres se entretenían con el recuento de armas y otros hacían turnos de vigilancia. Algunos, incluso, estaban practicando el manejo de los fusiles. Para muchos de ellos era la primera vez que tenían un arma en las manos y querían saber cómo funcionaban.

Pedro, Carlos y Antonio se dirigieron con una carretilla llena de

armamento al puente de Triana. Algunos compañeros les habían dicho que habían trabajado a destajo y que la barricada ya estaba casi terminada. Cuando llegaron allí, vieron con sus propios ojos que no los habían engañado. Ignacio, uno de los vecinos del corral, ya estaba dando órdenes a unos y a otros en el Altozano, en el pequeño puesto de mando que habían creado. Ignacio no estaba afiliado a ningún sindicato, tampoco pertenecía al PCE ni a ningún otro partido de izquierdas, pero sí era simpatizante de la República y sus ideas. Era uno de los pocos vecinos del corral que no trabajaba en el puerto. Desde muy pequeño, se había dedicado a hacer pan en diferentes panaderías de Sevilla y, desde hacía un par de años, era maestro panadero en una del centro. Gracias a él, comía más de un chiquillo en el corral Rueda. Ignacio trabajaba de noche y estaba al pie del cañón en la boca del horno hasta el amanecer. Por las mañanas, siempre volvía a Triana cargado con un saco lleno de pan del día. Muchos de sus vecinos lo esperaban en la puerta para conseguir ese trozo de pan que aliviara sus barrigas. Era muy conocido y muy apreciado en toda la calle. Ignacio —o Rubio, como lo conocían todos en el barrio por el color de su pelo— estaba esa noche del dieciocho de julio en plena barricada del puente de Triana, sin saber muy bien qué era lo que se debía hacer. Ayudó a organizar la barrera, repartió los turnos de vigilancia y revisó cada una de las armas que estaban llegando al puente traídas por todos los vecinos dispuestos a defender la República.

—Ignacio, ¿cómo vais por aquí? —preguntó Antonio.

—Creo que bien, amigo. Muchos vecinos han traído todas las armas que han podido juntar y ahora vamos a ver con cuántos hombres y mujeres podemos contar aquí esta noche. Tenemos que repartir las armas y queremos hacerlo de la manera más equitativa posible. Tenemos que ver también quién sabe disparar para que empiece a dar instrucciones a los que no han tocado un fusil en su vida.

Para acceder a Triana desde Sevilla, se podía hacer a través de sus dos puentes principales, el de Isabel la Católica y el de San Telmo. Mientras Ignacio y los suyos se encargaban del primero, otros vecinos hicieron lo propio con el segundo.

—¿Cómo van los del puente de San Telmo? —siguió preguntando Antonio.

—Creo que bien —le contestó Ignacio—, pero por aquí estamos muy liados como para saber con seguridad qué es lo que están

haciendo allí. ¿Te podrías encargar tú, Antonio? Sería estupendo que alguien fuera a verlos, por si necesitan alguna cosa.

—Por supuesto, amigo, voy ahora mismo para allá y te informo.

Antonio se adentró en el barrio, dejando atrás el Altozano y el puente de Triana llenos de gente. Se despidió de todos levantando el puño al grito de «¡Buena suerte, camaradas!» y, cogiendo un fusil, se dirigió al otro lado del arrabal.

Violeta había estado afanada cocinando y haciendo tila y café para los vecinos durante la noche. Todos estaban de arriba para abajo en el corral, buscando cosas para hacer y sentirse útiles. El estar ocupados les restaba algo del miedo que todos sentían. La muchacha ya había ido dos veces a las barricadas del Altozano para llevar café. Aunque la chica no había disparado en su vida, sí estaba acostumbrada a ver armas en su pueblo natal. La caza era común por aquella zona, y su padre y hermanos arrimaban los animales que mataban a la economía familiar. No creía que tuviera que disparar; no había muchas armas y la mayoría, a excepción de para unas cuantas milicianas mujeres, estaban asignadas a los hombres. Sin embargo, pensó que, si tuviera que hacerlo, por su hijo, lo haría.

Estaba muy nerviosa. Desde el fuego de la iglesia unas horas antes, no había vuelto a ver a Mario y aún no tenían noticias ni de él ni de Obdulio. Sabía que no podía hacer otra cosa más que esperar, pero la angustia se estaba haciendo cada vez más insoportable. Necesitaba moverse, así que decidió volver a las barricadas para ver si podía echar una mano o tal vez llevar algo más de comer. Maruja, Carmen y sus hermanas ya estaban allí, así que decidió coger en brazos a Juanito y, con una lechera llena de café, se dirigió al corazón del barrio. Le resultaba complicado llevar la lechera en una mano mientras con la otra sostenía a su hijo. No le parecía bien llevarlo a las trincheras, no era lugar para niños, pero tampoco quería dejarlo solo en casa; esa noche era difícil encontrar a alguien que lo cuidara. Maruja se había ofrecido, pero había salido un momento con sus hijas y, aunque Violeta estuvo esperándola, le pudo la impaciencia.

Decidió tomar la calle Pureza en vez de San Jacinto, que era lo que habitualmente hacía. No hubo un motivo, ni siquiera lo pensó, pero esa decisión de hacer otro recorrido cambiaría su vida para siempre.

Juanito ya tenía ocho meses. Era un niño espabilado para su edad, ya se mantenía de pie y había intentado dar sus primeros pasos.

Lo de hablar era otra cosa, porque, aparte de «mamá», aún no decía nada. Su pelo se había rizado en unos bucles dorados y suaves que enmarcaban su cara sonrosada. Era un niño saludable y de un carácter más bien tranquilo. Violeta no había terminado de llegar a la mitad de la calle Pureza cuando oyó que la llamaban por su nombre.

—¡Hola, Violeta! ¿Te acuerdas de mí? —la sobresaltó la voz de Raúl Hurtado.

Raúl era un vecino de Triana, uno de los pocos que no vivía en los populares corrales del barrio, sino en una de las mejores casas en la misma calle Pureza. Violeta no sabía mucho de él, pero había algo en el muchacho que no le gustaba.

Raúl era soltero y vivía con sus padres septuagenarios, que se pasaban el día en la iglesia. Violeta no sabía muy bien a qué se dedicaba Raúl —era empleado de banca, pero ella no lo conocía lo suficiente como para saberlo—. Lo que sí tenía claro era que no trabajaba en los muelles. El joven se había afiliado a la Falange desde hacía unos años. Prefería el ambiente del centro de la ciudad de Sevilla al de Triana. El barrio le parecía vulgar y ordinario, pero vivía con sus padres en una casa maravillosa heredada de sus abuelos y de momento no tenía intención de moverse de allí. Su familia era más que acomodada y, en cuanto estalló el golpe, Raúl había puesto a disposición de los facciosos su dinero y su persona para ayudar en lo que hiciera falta. El joven se sentía incómodo en su propio barrio y no le gustaba estar allí. Había estado patrullando con otros falangistas por el centro de la ciudad y había participado en los altercados de la Plaza Nueva. Sin embargo, sus padres eran muy mayores y no le daba confianza dejarlos solos en Triana, así que, junto a dos compañeros de la Falange y un teniente de la Guardia Civil, había decidido sacarlos del nido de rojos que era el barrio y llevarlos a un buen hotel en el centro, tal vez al Alfonso XIII, antes de que las cosas se pusieran aún peor.

El joven y sus compañeros se disponían a entrar en el portal de su casa vestidos de paisano. No querían levantar más sospechas llevando uniformes.

—Hola —dijo tajante Violeta. El hombre no le inspiraba confianza.

No sabía cuáles eran sus ideales políticos, pero suponía que no eran los mismos que los de sus vecinos del corral, ni los de Mario. Violeta no quería perder tiempo. Quería ver cómo iban las cosas en las

barricadas y aprovechar para averiguar algo sobre la misión de Mario y Obdulio. No quería pararse con Raúl, pero el hombre le estaba cortando el paso.

El falangista se fijó en la chica casi de refilón. No habría reparado en ella si no hubiera sido porque llevaba al niño apoyado en la cadera. Fue el niño el que captó su atención, no ella.

—¿A dónde vas? Te veo muy cargada, deja que te ayude —le sugirió amablemente.

Sin embargo, Violeta no estaba por la labor. Tenía prisa y no quería quedarse a hablar con ese hombre al que apenas conocía.

—Lo siento, debo irme. Tengo el café recién hecho y no quiero que se enfríe.

—¿Lo llevas por casualidad al nido de ratas que han construido tus amigos en el Altozano?

Violeta no le contestó. Tenía miedo por su hijo, por ella, pero, con toda la calma que pudo reunir, intentó seguir su marcha.

—Buenas noches —se despidió de Raúl.

La muchacha sabía que algo iba muy mal. Raúl la intimidaba. Nunca había sentido tanto miedo desde la noche en que fue atacada por Ángel. Miró de un lado a otro de la calle, pero todos debían de estar ocupados en las barricadas porque no vio ni un alma. Quería conservar la calma, pero casi por instinto empezó a correr.

Raúl fue más rápido y alcanzó a Violeta, que derramó el café por el suelo. Juanito lloraba desesperado. El falangista propinó a la muchacha un golpe certero en la cabeza que la hizo perder el conocimiento. Madre e hijo cayeron al suelo, Violeta inconsciente y el niño gritando a todo pulmón.

Raúl y sus amigos los metieron dentro del portal de la casa señorial donde vivía él y cerraron la puerta con llave. Juanito hipaba sin descanso, sus mejillas estaban tan incendiadas que sus mofletes parecían dos tomates colorados.

—¡Callad a ese niño! —logro balbucear Raúl—. Nos han dicho que hagamos todo lo que sea necesario para acabar con los rojos de la ciudad, ¿no es cierto?

—Sí —contestaron todos a una.

—Ea, pues eso es lo que estamos haciendo. Con estos dos ya van a tener carnada.

Sus compañeros no sabían muy bien a qué se estaba refiriendo, pero prefirieron callar antes que alterar aún más a Raúl. Su carácter nunca había sido agradable y todos habían aprendido pronto que era mejor no discutir con él.

—Mantenedlos callados a los dos, no quiero despertar a mis padres.

Subió las escaleras dejando a sus hombres en el portal con los prisioneros. El café, ya frío, seguía derramado en el suelo de la calle Pureza.

Uno de los hombres que formaba el grupo de Raúl, el teniente de la Benemérita Amador Castro, fue tras él por las escaleras.

—¿Qué has querido decir con que ya tienen carnada para mañana? —le preguntó secamente.

—¿Tengo que explicarlo? —le respondió Raúl—. El combate en los barrios probablemente va a ser una carnicería. Se me ocurre que tal vez podamos minimizarlo utilizando a familiares de los rojos, sobre todos a las putas de sus mujeres y a sus hijos como escudos humanos, abriendo filas cuando ataquemos. Sería fácil poner a los prisioneros delante de las columnas de ataque, a ver así si esos rojos tienen cojones entonces de dispararnos cuando vean a los suyos. —A Raúl lo excitaba el pensamiento de ver a esos comunistas revolucionarios contra las cuerdas.

La expresión del teniente cambió de repente. Amador Castro era guardia civil, pero también era un hombre casado y con dos niños pequeños. Era hombre temeroso de Dios y no estaba de acuerdo con esa decisión cobarde y cruel.

—Los hombres luchan cara a cara, unos contra otros, pero para eso no usan ni a mujeres ni a niños —respondió Amador con un gesto de profundo asco y desprecio.

—¿Estás cuestionando mis métodos? —preguntó el banquero secamente.

—Si tus métodos son utilizar a gente indefensa como escudos

humanos, entonces, sí, los estoy cuestionando.

—Pues yo no voy a consentir que haya fisuras entre nosotros —agregó Raúl—. Estás conmigo o en mi contra. A lo mejor es que no eres tan leal a la causa o a la patria como deberías.

—No es lealtad de lo que estamos hablando aquí, Raúl. Es de humanidad.

Amador no pudo decir ni una palabra más. Raúl sacó su pistola y allí mismo, en mitad de la escalera, le descerrajó dos tiros. El teniente de la Guardia Civil rodó muerto escaleras abajo. Los otros dos compañeros no dejaron ver si les parecía bien o no lo que acababa de ocurrir; solo acataron lo que decía Raúl como un hecho y no dijeron ni una palabra.

—¿Estamos todos de acuerdo? —quiso confirmar Raúl.

—Sí —afirmaron los falangistas—. Todos de acuerdo.

23 EL REGRESO A TRIANA

Sevilla, julio de 1936

El trayecto en bote de vuelta a Triana fue peor de lo que Victoria y Luis habían imaginado. Mario estaba perdiendo mucha sangre y su respiración se hacía cada vez más entrecortada a medida que se acercaban a la otra orilla. No sabían qué se iban a encontrar cuando llegaran al otro lado, por donde unas horas antes habían embarcado los cuatro.

La ausencia de Obdulio se hacía pesada y pastosa; habían salido cuatro y ahora solo volvían tres. Pero ni Luis ni Victoria estaban dispuestos a hablar del tema en ese momento. Su prioridad era llegar a Triana lo antes posible y llevar a Mario a la consulta de don Emilio Real.

Don Emilio era médico en el barrio desde hacía ya unos cuantos años. Nunca se había casado y, aunque aún era joven, no creía que ese fuera su destino. Se sentía, sin embargo, casado con su profesión. Le gustaba ayudar, salvar vidas y aprender todo lo que podía sobre Medicina para luego, si venía al caso, utilizarlo con sus pacientes. Era un personaje muy conocido en Triana, al igual que don Aurelio, el farmacéutico, que era famoso por fiar las medicinas a las madres trianeras hasta que pudieran pagárselas.

—Ningún niño se muere o sufre porque no tenga las medicinas adecuadas si yo puedo evitarlo —pregonaba don Aurelio a los cuatro vientos.

Don Emilio tampoco dejó nunca de ver a un paciente por cuestiones de dinero.

—Ya me lo pagarás cuando puedas —les decía a todos.

Por esa amabilidad que derrochaba, los vecinos hacían un esfuerzo por pagar, aunque fuera a plazos, la visita a su casa.

Violeta lo había conocido una vez que había llevado a Juanito a su consulta de la calle Pagés del Corro cuando tuvo unas fiebres altas debido, según el médico, a una infección de garganta mal curada. El

niño solo tardó unos días en sentirse mejor y la muchacha de Zamora se sintió profundamente agradecida al médico.

Don Emilio era un hombre alto con un porte distinguido que iba en consonancia con su manera de hablar educada y tranquila. Su pelo negro, siempre peinado hacía atrás con gomina, resaltaba frente a lo impoluto de su bata blanca. Sabía explicar a sus pacientes con palabras sencillas lo que les sucedía cuando iban a visitarlo a su consulta. El médico, además de amable, era de risa fácil, simpático y de buena conversación, y tenía infinidad de amigos entre los diferentes estamentos sociales de Sevilla. Lo mismo se le veía tomando un vino en la taberna de la Plazuela con algunos de los chicos del muelle que en el Ateneo fumando un puro y leyendo el periódico con algún colega. No había diferencia entre unos y otros para don Emilio. Republicano de los pies a la cabeza, pertenecía al sindicato médico de la UGT y estaba afiliado a la Izquierda Republicana. Lo que estaba ocurriendo en España lo partía en dos. Sus ideales eran de izquierdas, pero no le hubiera gustado estar involucrado en una guerra civil o de ningún otro tipo. Ante todo, era médico y ayudaría a quien tuviese que ayudar, si con eso salvaba vidas. Esa noche había preferido no ir a las barricadas, pero había advertido tanto a miembros de su partido como a algunos vecinos milicianos de que iba a estar en su casa por si necesitaban algo. Su consulta estaba provista con todo lo necesario y allí podría atender mejor a cualquiera que lo necesitase. Sus puertas estarían abiertas día y noche.

Victoria y Luis sabían que don Emilio no les fallaría. La única solución para salvar la vida de Mario era llevarlo directamente allí. Cuando desembarcaron en la orilla opuesta del río, el muchacho de Triana casi no respondía.

—Aún tiene pulso —dijo Luis mientras le ponía la oreja en el pecho para ver si le latía el corazón—. Pero creo que está bastante mal.

Dejaron a Mario tumbado en la orilla. Tenían que pensar rápido en cuál sería la mejor manera de transportar al muchacho a la consulta del médico. Mientras Luis se quedaba tumbado taponando las heridas de Mario con su propia camisa, Victoria se deshizo de los tacones, tirándolos cada uno en una dirección distinta y echó a correr en dirección al Altozano. No tuvo que andar mucho, porque antes de que terminara la calle Castilla se dio de cara con Pedro, otro de los vecinos del barrio al que conocía de toda la vida.

—¡Menos mal que encuentro a alguien!

Victoria se abrazó a Pedro aliviada y, sin dejar que reaccionara, lo agarró del brazo y echó a correr casi arrastrando al muchacho con ella.

—¿Qué pasa, Victoria? ¿Te has vuelto loca? Me esperan en las barricadas.

—Pues van a tener que seguir esperando. Ahora Mario te necesita más que a nadie en el mundo, así que sigue corriendo.

—¿De qué hablas, Victoria? —la interrogó el muchacho.

—No tengo tiempo de explicarte nada, Pedro, pero, por favor, ¡corre!

Cuando llegaron a la oscuridad de la orilla del río, no se veía nada. Victoria susurró el nombre de Luis varias veces hasta que dio con el muchacho.

—Victoria, estamos aquí. He retrocedido para apoyar a Mario en esta tapia, creo que así respira mejor.

—Pedro, ahí lo tienes —le explicó Victoria señalando a Mario—, lo han herido y creemos que está casi muerto. Su única oportunidad es don Emilio, por favor, ayúdanos a llevarlo allí.

Pedro se abalanzó sobre Mario y, junto a Luis, lo levantaron para llevarlo a la calle Pagés del Corro, donde vivía el médico. Victoria, mientras tanto, taponaba las heridas del muchacho de la mejor manera que pudo, pensando que era muy joven para morir y que esa noche ya habían tenido suficientes muertos.

Carmen, que volvía de las barricadas a por más provisiones, se dio de bruces con el trío que corría con Mario.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó—. ¿Dónde está Obdulio?

Carmen se precipitó sobre el muchacho sin poder contener las lágrimas.

—¿Ya lo sabe Violeta? —preguntó angustiada.

—No, Carmen —respondió Luis—. La misión ha salido mal.

—Deprisa —daba órdenes Victoria—. No tenemos tiempo de hablar ahora. ¿O acaso no veis que se muere?

Carmen no hizo más preguntas. Tomó la mano de Mario mientras Victoria seguía apretando los agujeros que las balas le habían dejado. Pedro los acompañó hasta la propia puerta del médico y los dejó allí.

—Creo que desde aquí podéis manejaros solos y a mí me necesitan en las barricadas. No puedo hacer nada más por Mario, así que me vuelvo al puente, amigos. Mucha suerte a todos, de corazón deseo que se recupere.

—Muchas gracias por todo, Pedro —le agradeció Victoria—. Ten cuidado tú también.

Llegaron a la consulta los cuatro: Carmen, Victoria, Luis y, por supuesto, el herido. Carmen fue la primera en subir las escaleras del edificio del médico para alertarlo de lo que pasaba.

—¡Don Emilio! —gritaba la joven una y otra vez mientras, con los nudillos, tocaba a la puerta sin parar.

Mientras tanto, Luis y Victoria intentaban sin éxito subir a Mario por las escaleras. El médico salió casi de inmediato. Estaba completamente vestido y, como ya había dejado dicho, preparado por si ocurría algo. También salieron sus tíos, con los que vivía, un matrimonio mayor y sin hijos que lo habían criado como a un hijo propio.

—Vuelvan a la cama —les dijo Emilio con cariño—. Hay gente que me necesita, ya saben que este es mi trabajo, pero lo haré mejor si hay menos gente aquí.

Los tíos prefirieron hacerle caso y se volvieron a su dormitorio. Victoria daba gritos desde abajo mientras Luis soportaba casi todo el peso de Mario.

—¿Es que nadie va a venir a ayudarnos? —vociferaba la chica.

Algunos de los vecinos del médico salieron a los pasillos para ver qué pasaba.

—Vuelvan a sus casas, vecinos, todo está bien. Es solo alguien que necesita mi ayuda. Disculpen los gritos —les decía don Emilio a los residentes de su edificio.

Emilio bajó de inmediato. Luis y el médico tomaron a Mario por los pies y los brazos y, con él a cuestas, llegaron a la casa del médico. Se dirigieron a la consulta y tumbaron al herido en una camilla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor mientras iba desvistiendo el torso de Mario y examinando las heridas de balas.

—¿No lo ve, doctor? —contestó Luis sarcástico—. Le han disparado. Ha perdido mucha sangre y no respira bien.

La consulta del médico estaba muy bien equipada para ser un médico de barrio. Sus tíos lo habían ayudado con sus ahorros en todo lo que habían podido y don Emilio tenía hasta un aparato de rayos X. Su consultorio se componía de dos habitaciones enormes. Una la había convertido en una gran sala de espera, donde se quedaron Victoria y Carmen, por orden expresa del médico, y la otra era la consulta en sí. La sala de espera era una biblioteca impresionante donde las repisas de caoba iban desde el techo al suelo, llenas de libros, principalmente de medicina. Su colección era espectacular y don Emilio estaba muy orgulloso de ella. Muchas tardes había invitado a colegas de distintas ideologías políticas para tomar café y repasar algunos de esos libros que para otros médicos eran aún novedosos.

Su consulta era casi como un miniquirófano. Estaba dividida en dos por un biombo blanco. La primera parte de la sala, más cercana a la puerta, tenía una mesa de madera labrada por los bordes. Frente a la mesa había dos sillas para recibir a sus pacientes y otra algo más grande, detrás de la misma, donde él se sentaba. Tras el biombo estaba la camilla donde ahora yacía Mario, el aparato de rayos X y varias vitrinas de cristal con utensilios quirúrgicos.

—Por favor, Luis, quédate —le pidió el médico cuando el muchacho hizo el amago de salir del consultorio para reunirse con Victoria y con Carmen—. No sé si necesitaré ayuda.

El chico del centro cultural obedeció al instante y cerró la puerta tras de sí. Carmen no sabía qué pensar. «¿Estará Violeta enterada de lo ocurrido?». En el barrio las noticias corrían rápido, pero esa noche habían estado todos muy ocupados y ella no había visto a la chica en las barricadas desde hacía ya un buen rato.

Carmen conocía a Victoria del barrio; no eran amigas, pero sí se saludaban cuando se encontraban por la calle. Carmen reparó en que Victoria iba descalza; sin embargo, no fue eso lo que le llamó más la atención, sino lo arreglada que parecía la muchacha. Victoria siempre optaba por vestir de una manera más masculina e informal y esa noche Carmen pudo observar que llevaba hasta maquillaje.

—¿Dónde has encontrado a Mario? —le preguntó Carmen a

bocajarro.

Victoria, decaída, tenía la cabeza baja y se tapaba la cara con las dos manos. Carmen, por el contrario, era como un animal enjaulado que iba de un lado a otro de la preciosa biblioteca de don Emilio. La muchacha levantó la cabeza, se deshizo del estúpido sombrerito que milagrosamente aún llevaba puesto y se despejó echándose hacia atrás en el asiento con los ojos cerrados. Respiró profundamente antes de contestar y, cuando lo hizo, en sus ojos se veía el cansancio de millones de años acumulados.

—Victoria, por favor, cuéntame qué ha pasado —suplicó esta vez Carmen.

—No hay mucho que contar —contestó la chica del PCE—. Luis, Obdulio, Mario y yo hemos ido hoy a una misión suicida y, aunque fuimos cuatro, hemos vuelto tres… o tal vez dos, según lo que nos diga el médico cuando salga.

—Perdona, ¿qué has dicho? —la paró en seco Carmen—. Victoria, ¿has estado en el asalto a Radio Sevilla? ¿Dónde está Obdulio?

—Sí, Carmen, he estado en el asalto hoy. No solo eso. Yo tracé todo el plan pensando que podríamos conseguir algo bueno para todos, pero mira… Lo único que hemos conseguido es que matasen a Obdulio y tal vez también a Mario.

Victoria se echó a llorar desconsoladamente. Carmen se acercó, la abrazó y lloró con ella.

Con todo el jaleo, los tíos de Emilio ya se había levantado definitivamente. Mientras el hombre se había acercado a la consulta para ver qué estaba pasando, la mujer puso tila en el fuego e intentó consolar a las dos muchachas, que eran un mar de lágrimas.

—Obdulio, Obdulio… —repetía Carmen una y otra vez—. Mi querido amigo, mi grandullón. —La muchacha siguió sollozando abrazada a Victoria.

***

En el amanecer de ese diecinueve de julio, los gritos de dolor no solo se oían en Triana, sino en Sevilla entera. Durante la noche, se habían sucedido los disparos, y los muertos se iban acumulando en las

calles de la ciudad. Una ciudad partida por la mitad. Muchos de los que habían dormido en los parapetos se turnaban con otros compañeros para poder ir un rato a casa. El olor a quemado en la plazuela de Santa Ana aún seguía siendo intenso después del intento de la quema de la iglesia y la sangre en algunas calles del barrio teñían de rojo los adoquines centenarios. La tapia del convento de la calle Pagés del Corro se había convertido en un cementerio improvisado donde se acumulaban madres que gritaban e hijos que yacían inertes. Los vecinos de Triana no sabían qué estaba ocurriendo en el resto del país, pero de una cosa estaban seguros y era de que Sevilla sí estaba en guerra.

Carmen no había dormido en toda la noche. No había tenido fuerzas para avisar a Violeta sin saber si Mario se iba a salvar, así que aún se encontraba arrebujada en uno de los sillones orejeros de piel granate en la biblioteca del doctor. La muchacha mantenía los ojos cerrados, pero no estaba dormida. Le dolía el cuello y no podía encontrar una postura cómoda. Se removió en el asiento hasta que no pudo más y, de un salto, se puso de pie en medio de la habitación.

—¿Cuántas horas llevamos aquí, Victoria? —preguntó a la miliciana.

—No sé, Carmen, pero seguro que muchas.

Era la primera vez que hablaban después de que Victoria le hubiera dado la noticia de la muerte de Obdulio. Victoria estaba mirando por la ventana, fumando un cigarrillo de espaldas a Carmen. Le hubiera gustado salir durante la noche y ser más útil que allí, en esa biblioteca, esperando el veredicto de un médico que no salía. Sin embargo, no se sintió capaz de dejar a Mario. Se creía culpable; a fin de cuentas, el plan de atacar la radio había sido suyo.

—¡Si Luis o ese maldito médico no salen a decirnos nada voy a entrar yo misma! —decía Carmen desesperada.

La tía de don Emilio ya hacía rato que las había dejado solas y las muchachas miraban con fijación el reloj de péndulo que estaba en la sala. La habitación del fondo, que hacía las veces de consultorio, se abrió de repente. Primero salió Luis y luego don Emilio. Las caras de ambos no trasmitían si la cosa había ido bien o mal. Sus ojeras eran azuladas y les daban un tono fantasmal a sus caras. Se les veía cabizbajos y alicaídos, por lo que las chicas supusieron lo peor. La primera en hablar fue Carmen.

—¡Doctor! —Fue lo único que salió de su boca.

—Todo ha ido bien, Carmen. Bueno… todo lo bien que podíamos esperar en estas circunstancias. Hemos podido parar la hemorragia, limpiar las heridas y sacar las balas. Ha sido una operación complicada porque una de las balas se había alojado muy cerca del corazón. De momento, no se puede hacer nada más. No podemos moverlo; eso lo mataría.

—¿Cómo está la situación ahí fuera? —preguntó Luis.

—No sabemos nada. Nos hemos quedado aquí toda la noche para ver qué pasaba con Mario —le respondió Victoria.

—Tenemos que ponernos en marcha para ver si nos necesitan —replicó el chico.

—Sí —dijo Victoria—, me voy contigo. Volveremos luego, doctor.

Carmen se quedó allí quieta, parada, sin saber qué hacer ni qué decir. Una lágrima le rodaba por la mejilla.

—Carmen, usted también debería irse a casa a descansar. Mis tíos y yo cuidaremos de él. De aquí nadie va a mover a Mario hasta que se recupere.

Carmen seguía callada, mirando fijamente al médico.

—¡Vamos, muchacha! No se quede ahí como un pasmarote.

Carmen, por fin, reaccionó a las palabras del doctor. Se acomodó el vestido, se despidió del médico y se dirigió a la puerta.

—¡Por favor, cuídelo! Mario es muy importante para más de uno de nosotros.

—Eso está hecho —le dijo el médico guiñándole el ojo. Carmen salió de la casa de don Emilio en Pagés del Corro y, como alma que lleva el diablo, se dirigió derechita a su casa. Tenía que encontrar a Violeta; ahora sí podía decirle que Mario estaba vivo.

24 RETENIDA

Sevilla, julio de 1936

El golpe que Raúl le propinó a Violeta la había dejado inconsciente una buena parte de la noche. Cuando despertó, todavía aturdida, le dolía todo. Tenía la boca pastosa y hacía intentos infructuosos por abrir los ojos, pero la sangre de su cara, ahora seca, se lo impedía. Estaba desorientada y nada segura de dónde se encontraba. Cuando, por fin, pudo despegar uno de los ojos, vio a una mujer mayor sentada frente a ella. Sostenía a Juanito en brazos.

—¡Deme a mi hijo! —le gritó, casi arrancándoselo de las manos.

Se incorporó como pudo y se dirigió tambaleante hacia la anciana. La mujer no se inmutó. La miraba con un desprecio absoluto y no hizo amago de devolverle al niño.

—¿Quién es usted? ¡Devuélvame a mi hijo! —le gritó de nuevo.

Raúl salió de la habitación de al lado.

—¡Cállate, zorra! —le espetó a Violeta sin darle más explicaciones.

La anciana que sostenía al niño seguía sin decir ni una sola palabra. Con los gritos de su madre, Juanito se había despertado y ahora lloraba, lanzando los brazos al aire en dirección a Violeta.

—Deme a mi hijo —murmuró la muchacha puesta en pie y acercándose lentamente a la mujer.

—Madre, salga de la habitación —ordenó Raúl.

La mujer ni siquiera miró a Violeta. Como una autómata, siguió al pie de la letra las indicaciones de su hijo y salió por la única puerta que tenía el cuarto, llevándose a Juanito con ella.

—Por favor, no le hagáis daño a mi hijo —suplicó Violeta—. Es solo un niño pequeño.

La muchacha empezó a sollozar, tapándose la cara con las dos manos.

—Querida, no tengo intención de hacerle daño al niño. Por lo menos, de momento. Tanto él como tú nos vais a ser de mucha utilidad, así que quédate tranquila. Pero si oigo un grito, una protesta, un gemido más alto que otro… os mando a los dos al otro barrio. Que conste que a mí me importáis una puta mierda, ¿entendido?

La muchacha movió la cabeza afirmativamente mientras volvía a sentarse en el mismo sillón de donde se había levantado segundos antes. Raúl salió de la habitación y la dejó sola con sus pensamientos y sus preocupaciones.

Violeta no llegaba a entender por qué ella y su hijo estaban allí, ni qué pretendía Raúl. No había tenido tiempo de preguntárselo, pero imaginaba que, con todo lo que estaba ocurriendo, seguro que era por algo político, ya que no la había tocado sexualmente. Sin embargo, por muchas vueltas que le daba, no lograba descifrar por qué eran importantes para el falangista. La muchacha pensó en Mario y Obdulio, y pidió al cielo que la misión de asalto a Radio Sevilla hubiese sido un éxito.

***

Muy cerca de donde tenían a Violeta retenida, se encontraba Carmen. La chica había vuelto al corral Rueda desde casa del médico y había llegado agotada. Sabía que tenía que ver a Violeta lo antes posible. Ella tenía que saber qué había pasado con Obdulio y, sobre todo, con Mario. Entró en el corral muy deprisa; ni siquiera saludó a algunos vecinos que a esas horas ya se arremolinaban en el patio. Subió los escalones de la angosta escalera hasta alcanzar la habitación de la joven de Zamora. No tenía tiempo para andarse con miramientos, así que aporreó la puerta con ímpetu.

—¡Violeta! —gritó a viva voz, alertando a muchos de los que vivían allí.

—No la he visto ni oído en toda la noche —le dijo Teresa, que tenía su casa puerta con puerta con la de Violeta.

—¿Sabe si está en mi casa, Teresa? —le preguntó Carmen con cierta preocupación.

—No sé, chiquilla —contestó la vecina encogiéndose de hombros —. Yo lo único que te puedo decir es que en su casa no está. La distinguí en las barricadas un par de veces, pero de eso hace horas. Después no la he vuelto a ver.

Carmen le dio un apretón en el brazo a Teresa a modo de agradecimiento y salió volando a su casa. Deseaba con toda su alma que Violeta estuviera allí. Estaba muy nerviosa y no sabía cómo dar la noticia de la muerte de Obdulio a su madre. Cuando llegó a su puerta, suspiró hondo, se sacudió la cabeza y, componiendo el gesto, llamó un par de veces. Maruja salió a abrirle.

—Chiquilla, ¡por Dios! ¿Dónde te has metido toda la noche? —le dijo su madre mientras se abalanzaba hacia ella, dándole un abrazo del que no pudo zafarse—. ¿Estás bien? —continuaba Maruja mientras la revisaba de arriba abajo—. Tus hermanas te están buscando, a ti y a Violeta. Ni el niño aparece. ¡Ay, angelito mío, con lo chiquitito que es!

—Madre, estoy bien —la cortó Carmen.

La muchacha logró soltarse del abrazo apretado de su madre.

—Madre, ¿ha dicho usted que también están buscando a Violeta?

—Sí —dijo Maruja—. ¿Es que no está contigo?

—No, no está conmigo —se apresuró a decir Carmen mientras la tomaba de las manos y la sentaba en una de las pocas sillas que tenía la familia.

—Carmen, ¿qué pasa? —A Maruja le temblaba la voz. Conocía a su hija y sabía que algo no iba bien.

—Madre, tengo que darle una mala noticia y no hay manera de suavizar lo que tengo que decir, así que mejor que vaya directa al grano.

Maruja la miraba fijamente, sin atreverse a decir ni una palabra. Carmen quería contárselo todo, gritar, llorar, pero se le atragantaban las palabras en la garganta.

—Madre, yo…

—Está bien, cariño mío, dime lo que me tengas que decir. Si es una mala noticia, cuanto antes, mejor.

—Está bien —contestó la joven, abatida—. Será mejor que no le dé más vueltas. Obdulio ha muerto.

La muchacha rompió a llorar en el regazo de Maruja mientras esta, incrédula, le acariciaba la cabeza y miraba fijamente al infinito. La idea de la muerte de Obdulio no era fácil de digerir para ninguna de las dos. El grandullón amable, el que siempre había estado ahí para ellas tras la muerte de su padre, el amigo constante ya no existía. Si alguna vez Maruja albergó algún tipo de esperanzas de que algo más pudiera surgir entre ellos, ahora se había esfumado de un plumazo. Cuando Carmen logró recomponerse, volvió a hablar.

—Madre, tengo más que contarle. Mario también fue herido en el asalto a Radio Sevilla y, aunque el doctor Real lo ha operado y dice que parece que la cosa va bien, habrá que esperar a ver qué pasa. Es allí donde he estado toda la noche, en casa del doctor, para ver si Mario salía o no de esta. No he venido antes porque no quería, después de lo de Obdulio, traer más malas noticias. He esperado hasta que el médico nos ha dicho que todo ha salido bien para venir.

»¿Dónde se habrá metido Violeta? Dice Teresa que la vio un par de veces en las barricadas al principio de la noche, pero que después

ya no la ha visto más.

En ese instante, se oyó la llave en la cerradura. Amparo y Luci entraron en la casa con las caras desencajadas.

—¡Por Dios, Carmen! ¿Es que no nos has podido decir a dónde ibas? ¿Qué has estado haciendo? —le gritaron las dos al mismo tiempo.

Las chicas supieron enseguida que algo iba mal. Los rostros demudados de su hermana y madre lo decían todo.

—¿Qué ha pasado? —quisieron saber las dos.

Carmen no podía más. Aquello era como una pesadilla. Nada se parecía al paseo tranquilo que habían dado Violeta y ella la mañana del día anterior. Todo era tan absurdo que no parecía real. Como pudo, la muchacha informó a sus hermanas de los acontecimientos. Después de los llantos, los abrazos y las maldiciones, todas se pusieron de acuerdo en que lo más importante era encontrar a Violeta y a Juanito. Nada podían hacer ya por los muertos, pero si podían hacer algo por los vivos.

Mientras Amparo volvía a las barricadas a preguntar por Violeta y su hijo, Carmen regresó a casa del médico, por si acaso Violeta se había enterado de lo de Mario y ya estaba allí acompañando al muchacho. Luci decidió que iría a preguntar a los vecinos del corral, por si alguno los había visto. Por último, Maruja se dirigió a la iglesia para hablar con el padre Juan. Sabían que él había estado la noche anterior con Violeta; lo mismo la muchacha había pasado la noche con el cura y su hermana. Ninguna de las cuatro obtuvo la respuesta que esperaban y, cuando se volvieron a encontrar en su casa un rato más tarde, venían con las manos vacías.

—No sé dónde más mirar ni qué hacer —decía Carmen, afligida.

Se sentaron a la mesa mientras Maruja ponía otra vez la cafetera. Carmen se cubrió la cara con las manos e intentaba pensar dónde habría podido ir una chica con un niño pequeño en plena noche y sin avisar. Estaba segura de que le había ocurrido algo; no era propio de Violeta salir sin decirles nada. Derrotadas, aturdidas y asustadas, tomaron el café que su madre les había dejado sobre la mesa sin hablar, esperando a ver qué les deparaba ese nuevo día.

25 LA PAÑOLETA

Sevilla, julio de 1936

Triana amaneció con las mismas barricadas con las que se había acostado. Los militares de izquierda y adeptos a la República se habían instalado tras ellas junto a milicianos de múltiples partidos y sindicalistas. Algunos vecinos trianeros sin mucho convencimiento político se habían unido a ellos para vengar a los muertos del día anterior. El rumor de la muerte de Obdulio se había extendido como la pólvora por todo el barrio y se notaba el impacto brutal que la noticia había causado. Obdulio era un personaje conocido en Sevilla, en Triana y en el puerto. Respetado por sus amigos y compañeros, nunca había tenido ni un más ni un menos con nadie y siempre había sabido abogar por todos ellos.

Victoria y Carmen habían acordado que solo contarían lo que le había ocurrido a Mario a los más íntimos; también decidieron no divulgar dónde se encontraba el muchacho. Si había un combate, el joven no podría participar y sería más seguro que hubiera un pacto de silencio sobre su paradero. Antonio, buen amigo de Obdulio y Mario, fue uno de los primeros en enterarse de lo que había ocurrido. El muchacho fue el encargado de llevar la noticia a las barricadas del puente de San Telmo.

—José, contigo quería hablar yo —le dijo Antonio a su compañero José Medina, que estaba en el centro de mando del puente.

—Si vienes a contarme lo de Obdulio, ni te molestes, aquí ya nos hemos enterado todos. ¡Malditos cabrones!

—He podido hablar un rato con Luis Fuentes, el del centro cultural —le dijo José—. Victoria y él intentaron todo lo que estaba en sus manos, pero esos hijos de perra eran más que ellos y mejor armados. Tal vez, mirando atrás, lo de la radio fue una locura desde el principio.

—Tal vez —le contestó Antonio—, pero ahora no es momento ni de reproches ni de lamentaciones, ¿no te parece, camarada?

José bajó la cabeza avergonzado.

De repente, oyeron un gran alboroto. Ambos corrieron para ver de dónde venía tanto jaleo. Había un corro de gente rodeando a un obrero. Ni José ni Antonio lo habían visto antes, pero el joven estaba acompañado de uno de los vecinos de Triana.

—Compañeros, escuchad lo que este hombre nos tiene que decir —dijo el trianero.

El muchacho, que no tendría más de veinte años, temblaba como una hoja. Las palabras le salían entrecortadas y con mucho esfuerzo logró decir lo que le atoraba la garganta.

—Camaradas, hoy ha ocurrido algo terrible. —Se refregó los ojos como queriendo sacudirse unas lágrimas invisibles—. Se acaba de producir una matanza de compañeros en el barrio de La Pañoleta, ahí mismo, casi en la entrada a Triana.

Todos se lo quedaron mirando con ansias de más información. No habían recibido ninguna noticia aún; ni los militares de izquierdas que acompañaban a los milicianos trianeros estaban enterados de nada. La radio, que escupía una y otra vez himnos militares, tampoco había dicho nada al respecto.

—Acaba de ocurrir hace poco tiempo —continuó el desconocido—. Mi nombre es Germán y soy de Nerva. Ayer, cuando nos enteramos del parte de guerra y de las barbaridades y amenazas que Queipo de Llano dijo por la radio, decidimos en el pueblo acudir a ayudar a Sevilla. Asaltamos el cuartel de la Guardia Civil y allí nos dieron armas, no muchas, lo que había, algunos fusiles y escopetas. Las complementamos con las armas de caza que tenía cada cual en su casa. Fuimos muchos a requisar camiones y camionetas a la empresa minera de Riotinto. La idea era venirnos para acá con explosivos para ayudar a la causa republicana.

El muchacho tuvo que pararse unos instantes. Se cubrió la boca con las manos, como rememorando todo lo que había pasado, hasta que pudo continuar. Los demás lo escuchaban atentamente, sin mover ni un solo músculo.

—Salimos muy temprano esta mañana, ni siquiera había amanecido. Éramos unos cincuenta, no más; cogimos las armas y dinamita, y nos vinimos para Sevilla. La mayoría íbamos desarmados, ya que no había fusiles para todos. Se nos unieron compañeros de Riotinto y nos pusimos en marcha.

Nadie se atrevía a preguntar nada. El silencio era sepulcral en las

barricadas. El muchacho paraba su relato, de vez en cuando, para retomar fuerzas.

—¡Dadle un vaso de agua a este muchacho! —gritó uno de los trianeros.

Tras sorber varios buches de agua, Germán continuó.

—Teníamos la idea de reunirnos con una columna de milicianos que, desde Huelva, se dirigía a Sevilla. Con ellos, pensábamos que entraríamos triunfales en la capital y ayudaríamos a parar toda esta locura. Sin embargo, no ha podido ser. No ha podido ser… —decía una y otra vez con la cabeza baja.

»El comandante Haro era el oficial al mando de la columna, pero el muy perro se pasó a las filas facciosas. ¡Ojalá se pudra en el infierno! No podíamos imaginar la traición en la que nos íbamos a ver envueltos. Mientras marchábamos, muchos cantaban coplillas republicanas, otros tocaban palmas, alegres de poder serle útiles a la República. Nunca, ni en un millón de años, nos hubiéramos imaginado el alcance de lo que iba a pasar.

Los trianeros se miraban unos a otros sin atreverse a interrumpir al de Nerva. Al muchacho le estaba costando la misma vida narrar todo lo que había vivido esa mañana y no querían hacerle más dolorosa la experiencia. Prefirieron dejarlo hablar a su ritmo, a su manera, y luego ya verían qué hacer con esa información.

—Llegamos a La Pañoleta —continuó Germán—, algunos alegres, otros con miedo pero la mayoría aguerridos, dispuestos a darlo todo. Nuestra columna empezó a pasar, no advertimos nada raro y todo ocurrió muy deprisa.

El muchacho se interrumpió de nuevo, esta vez sollozando sin consuelo. Los trianeros le daban palmadas en los hombros y le decían palabras de ánimo para que se recompusiera.

—¡Vamos, compañero, que no estás solo! —le decían algunos.

—¡Aquí estamos nosotros para lo que te haga falta! —le aseguraban otros.

Como pudo, Germán siguió con su relato.

—De repente, y como salidos de la nada, los hombres del comandante Haro abrieron fuego contra nosotros —apuntó Germán—.

Ni siquiera tuvimos tiempo de usar la mayoría de nuestras armas. Dispararon a quemarropa. Uno de los vehículos que tenía la dinamita saltó por los aires. Muchos amigos quedaron allí, tendidos en el suelo. Algunos sin brazos, otros sin piernas y casi todos muertos. Había sangre por todas partes y los gritos de los quemados y heridos se hacía insoportable. Intentamos ponernos a cubierto, pero las balas volaban por todas partes. Utilizamos los vehículos que nos habían llevado hasta allí para protegernos, pero en la mayoría de los casos fue en vano. Estábamos rodeados.

Tanto los milicianos trianeros, los vecinos, como los militares de izquierdas que rodeaban a Germán estaban atónitos. Unos maldecían a viva voz, otros, la mayoría, se llevaban las manos a la cabeza, y todos querían respuestas.

—¿Cómo es que tú has podido llegar hasta aquí? —Por fin alguno se atrevió a preguntar.

—Tengo familia en La Pañoleta, no sé cómo pude salir de esa masacre, pero llegue hasta su casa y, con mucho trabajo, hemos conseguido llegar a Triana. Tenía que venir; tenía que avisar de lo que había pasado.

—¿Se ha salvado alguien? —preguntó otro de los vecinos de Triana.

—Ha sido horroroso —dijo Germán—. Mis familiares en La Pañoleta, una vez que me acogieron, me dijeron que habían visto pasar detenidos y con los brazos en alto a muchos de mis compañeros. No sé cuántos habrán muerto y cuántos estarán ahora en manos de esos golpistas, pero os aseguro que ha sido muy grave.

José sujetó a Germán por los hombros y le agradeció que los hubiera informado. Ambos se abrazaron llorando por la perspectiva tan negra que se avecinaba y a ese abrazo se unieron muchos de los compañeros de Triana.

—Muchas gracias por venir a avisarnos, Germán —continuó José —. No puedes volver a Nerva ni a La Pañoleta y seguramente estas próximas horas van a ser moviditas. ¿Qué necesitas? ¿Quieres comer algo? —le preguntó al extenuado muchacho.

—No, gracias, no podría meterme ni un bocado en la boca, pero sí les agradecería un lugar donde poder descansar un poco.

Todos se ofrecieron para atender al muchacho. José señaló a uno

de los vecinos de Triana al azar para alojar a German. Con la ropa desgarrada, las huellas de sangre aún fresca y la cabeza gacha, el joven de Nerva siguió a uno de los trianeros a su casa.

26 LA ALACENA

Sevilla, julio de 1936

Carmen y su familia seguían sin saber nada ni de Violeta ni del niño. Estaban derrotadas y cansadas; ya habían hecho todo lo humanamente posible por encontrarlos, pero no aparecían por ningún lado. Harta de andar de un sitio para otro y preguntar a vecinos y amigos sin éxito, Carmen decidió volver a casa del médico para ver cómo se encontraba Mario.

Luis y Victoria estaban allí cuando la joven llegó. Buscaban saber lo mismo que ella: si el muchacho seguía vivo y si se iba a salvar.

—Don Emilio, ¿qué opina usted? —preguntó Luis—. ¿Se nos salva o se nos va para el otro barrio? —El tono pretendió ser jovial, pero había tal pesadumbre en su voz que no consiguió su propósito.

—De momento, Luis, parece que la cosa va bien. Sin embargo, aún sigue inconsciente y no creo que pueda moverse en un tiempo, ya que las heridas son de gravedad.

Todos estaban contentos; por los menos, aún tenían a Mario entre ellos. Sin embargo, la realidad afuera era cada vez más peligrosa. Los muertos habían aparecido regando de sangre las calles y Mario, al pertenecer al sindicato de los obreros del puerto y al Partido Comunista, estaba en peligro de muerte si la cosa se torcía para ellos. Es verdad que todos estaban en peligro, pero, al menos, los demás podían defenderse, mientras que Mario, en su estado, no podía hacer nada.

Victoria, la más arrojada de los tres, fue la primera en hablar.

—Doctor, ya sabe cómo está la situación. Sevilla se está sembrando de muertos. El loco de Queipo amenazó ayer a todos los que no acatábamos sus ideas o a los que éramos miembros de partidos o sindicatos de izquierda. Usted sabe tan bien como yo que Mario está en peligro.

La muchacha hablaba con calma, como si hubiera estado meditando mucho tiempo lo que iba a decir.

—Ya sé que es mucho pedir, pero tenemos que hacer algo por él. No es un secreto que usted es de izquierdas, por lo que le pregunto: ¿sería posible esconder aquí, en su casa, a Mario hasta que veamos cómo siguen las cosas?

—No creas que no lo he estado pensando, Victoria —le contestó el médico—. Sí, es verdad que soy republicano y eso es lo que me preocupa. Si escondemos aquí a Mario, que puedan venir y fusilarnos, no solo a mi familia o a mí, sino también a él. Sin embargo, por otro lado, no creo que tengamos muchas más opciones. El enfermo no puede moverse, por lo que tendrá que quedarse aquí.

Luis se unió a la conversación.

—Don Emilio, ¿tiene esta casa algún lugar que nos pueda servir de escondite? No sé, algún sitio donde podamos meter a Mario y poner algún mueble delante para disimular su existencia.

—Bueno, tenemos una alacena grande en uno de los cuartos del fondo. No sé… —Se quedó pensando el médico.

—Creo que eso puede valer —dijo Victoria esperanzada—, por lo menos de momento.

Los cuatro se dirigieron a la habitación de la que hablaba el médico y estuvieron mirando las posibilidades que tenía. No era muy grande, pero sí lo suficiente para que una persona pudiera ponerse completamente de pie en ella. No tenía ninguna ventana y era tan estrecha que solo permitía meter una cama sin más enseres. La alacena aún tenía las baldas para provisiones, aunque ahora estaban vacías, ya que ni don Emilio ni sus tíos la tenían en uso. El médico pensó que tendrían que quitarlas para poder alojar allí a Mario.

—Es perfecta, don Emilio, muchas gracias —añadió Luis.

Tanto él como Victoria se sentían culpables por la situación en la que se encontraba Mario. Todos habían ido al asalto de la radio de manera voluntaria, pero sentían una cierta responsabilidad hacia su amigo. El hecho de que el médico se hubiera avenido a colaborar y a proteger a Mario les quitó un gran peso de encima. Ahora podían respirar tranquilos con la seguridad de que don Emilio estaría pendiente del muchacho.

—Muchas gracias, don Emilio, es usted un buen hombre —dijo Victoria de corazón.

—¿A estas alturas no creéis que es mejor que me llaméis solo Emilio? —Los miró el médico con gesto cómplice.

—Está bien —dijeron Luis y Victoria, que ya se dirigían a la puerta de la calle.

—Tenemos mucho que hacer y preparar —continuó la chica—. El día se presenta duro. Muchas gracias por todo.

Los muchachos se fueron con la promesa de que volverían pronto para ayudar a preparar la habitación oculta para Mario.

Carmen seguía allí parada sin decir nada, absorbiendo cada palabra que se había dicho en la casa del médico. Estaba aliviada; parecía que Mario estaba fuera de peligro, pero seguía muy preocupada por Violeta.

—Carmen —habló el médico—, ¿necesitas algo más de mí? Tengo que volver con Mario.

—No, yo, yo…

De pronto, la muchacha rompió a llorar desconsoladamente. Emilio la tomó de las manos y la sentó en uno de los sillones orejeros que amueblaban la biblioteca.

—Vamos a ver, ¿a ti qué te pasa?

—Don Emilio…

—Hemos quedado en que solo Emilio —la corrigió el doctor.

—¡Ah, sí! Emilio, Violeta no aparece. Estoy segura de que le ha pasado algo, porque, si ella supiera que Mario está aquí, no se habría movido de su lado. He buscado por todos los sitios y ya no sé más ni dónde buscar ni qué pensar. Lo peor es que tampoco aparece Juanito.

La muchacha no pudo continuar hablando; era un mar de lágrimas. El médico intentó tranquilizarla, consolarla, pero también estaba preocupado. Era extraño que una chica desapareciera con su hijo pequeño de la noche a la mañana.

—Es verdad, Carmen, es raro. No sé qué decirte, la verdad. No me gustaría ponerme en lo peor. Además, aún es algo pronto, pero no sé qué pensar.

La muchacha rompió a llorar de nuevo, esta vez incluso con más

fuerza ante la franqueza del médico, pero se alegró de que alguien fuera sincero con ella.

—Perdóname, Carmen, no he querido ser desconsiderado. Tú has hecho lo que has podido; ahora te toca esperar. Intentaré hacer algunas llamadas, a ver si me entero de algo. Si mañana sigue sin aparecer, podemos ir a las autoridades, aunque con todo lo que está ocurriendo no estoy seguro de que eso sirva de mucho. Vamos a darle un poco más de tiempo, ¿te parece?

Carmen intentó recomponerse. Se secó las lágrimas y respiró hondo.

—Muchas gracias, Emilio, por tu sinceridad y tu apoyo —le dijo mientras se iba poniendo de pie—. Me voy más tranquila sabiendo que, por lo menos, Mario estará bien atendido y tendrá un lugar seguro donde estar.

—Por eso no te preocupes, Carmen. Mario estará bien. Por favor, mantenme informado si sabes algo de Violeta o el niño, ¿de acuerdo?

El doctor la acompañó a la puerta y se despidieron con un afectuoso abrazo. Carmen pensó que la guerra separaba, pero también unía a personas que antes solo habían sido conocidos. Se sintió agradecida a ese médico al que ahora llamaba solo Emilio.

27 LA RESISTENCIA

Sevilla, julio de 1936

La noche iba cayendo en Sevilla con el mismo bochorno con el que había amanecido. Los disparos y las granadas se habían dejado oír durante toda la jornada. Las columnas de humo de los muchos edificios incendiados de la ciudad se veían desde lejos. Las noticias que llegaban a Triana eran desalentadoras. El centro estaba en manos de los fascistas y solo los barrios aún peleaban como gatos panza arriba con la esperanza de que la ayuda del gobierno llegara y cambiara las tornas.

Los vecinos, aun así, no se desalentaron. Miembros de todo tipos de sindicatos, anarquistas, comunistas, republicanos y muchos sin afiliación política se posicionaron a favor de la lucha obrera y continuaron durante todo el día reforzando las barricadas, poniendo a punto las escasas armas de las que disponían o vigilando desde balcones y azoteas.

Muchas madres, esposas e hijas no habían podido recoger aún a sus muertos, expuestos al calor del verano sevillano en plazas y calles. Los golpistas los habían dejado a la intemperie como ejemplo para el pueblo. Avelino, el vecino con el que Mario había peleado en la Plaza Nueva, aún seguía allí. Sus hermanos lo habían visto, pero no habían podido acercarse para poder llevarlo a su casa y darle un entierro digno. El miedo era profundo y ahogado. Sin embargo, casi todo el mundo estaba en la calle, arremolinados en torno a los puntos clave del barrio, como eran la plazuela de Santa Ana, el Altozano, la calle Pagés del Corro, San Jacinto o los dos puentes. Faltaba información y de eso era de lo que estaban ávidos todos ellos. ¿Qué pasaba en el resto del país? ¿El gobierno vendría a ayudarlos pronto? ¿Estaban solos en la lucha?

Luis y Victoria estaban en la calle desde que habían salido de la casa del médico esa mañana. Sin embargo, como habían prometido, volvieron para ayudar a don Emilio a preparar la nueva habitación de Mario. Victoria había vuelto a sus pantalones azules y su camisa blanca masculina mientras Luis se había puesto cómodo, con pantalones de verano y una camisa ligera de cuadros. Desde que habían salido juntos de casa del médico, no se habían separado.

Habían ido recorriendo las calles de Triana, hablando con unos y con otros, viendo qué era lo que hacía falta y en qué podían ayudar. A media tarde, se empezaron a dar cuenta de un movimiento extraño en la otra orilla del río. Un gran número de militares facciosos se estaban reuniendo allí con armamento pesado.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —le preguntó Victoria a Luis mientras se ponía la mano sobre los ojos para ver mejor.

—Son cañones, ¿verdad? —le contesto el joven con otra pregunta.

Los golpistas se habían instalado en la otra orilla del Guadalquivir, encañonando Triana. El número de soldados era elevado y, además de armas ligeras, tenían artillería pesada que amenazaba sin ninguna duda al barrio y a su gente.

Ambos muchachos se dirigieron de inmediato a informar de lo que habían visto al puesto de mando del puente de San Telmo. Allí hablaron con José Medina, que había estado toda el día de una punta a otra del arrabal.

—¿Esperabais otra cosa? —les dijo el curtido comunista—. Yo estaba seguro de que esto llegaría. Creo que, hasta ahora, las barricadas han sido nuestra mejor opción, pero seguro que vamos a tener que hacerles frente pronto. A ver dónde acaba todo esto, porque yo creo que aquí no hay nadie preparado.

Al caer la noche, ningún vecino se quedó en su casa. Todos se apiñaban en la calle; parecía como si así se insuflaran fuerzas unos a otros. Carmen había seguido buscando a Violeta infructuosamente, por lo que decidió volver al corral por si había alguna noticia. Al ver que la situación seguía siendo la misma, la muchacha decidió echarse a la calle con sus hermanas para ayudar en lo que pudiera. Maruja, mientras tanto, trabajaba a destajo en la cocina comunitaria de su edificio para abastecer de comida a todo el que lo necesitara en esas horas amargas.

La noche del día diecinueve transcurrió de la misma manera que lo había hecho la del dieciocho de julio. Sin embargo, los vecinos se sentían menos desorientados, ahora sabían a qué atenerse. Queipo de Llano había seguido con sus discursos envenenados y sus intimidaciones a través de la radio. Por desgracia, esas amenazas se habían convertido en realidad, con decenas de muertos por las calles de la ciudad. Aún seguían buscando a los responsables del ataque a Radio Sevilla, pero los golpistas ya estaban lo suficientemente

ocupados como para dedicarle más tiempo a un caso aislado.

No hubo que esperar mucho para que los primeros ataques facciosos cargaran contra Triana. Victoria, Luis y Carmen se encontraban en las inmediaciones del puente de San Telmo. Los dos primeros, armados con fusiles, y la tercera, con café y algo de comer que llevaba para todos. Ya había aprovisionado otros puntos calientes del barrio y ahora se había detenido a hablar con Victoria y Luis, cuando los alcanzaron los primeros disparos.

—¿De dónde salen los tiros? —quería saber Victoria.

—Creo que vienen del otro lado del río —le replicó Luis de inmediato—. ¡Ven, cúbrete! —le decía mientras la empujaba detrás de las barricadas.

Tenían las armas cargadas y estaban atentos, poniendo los cinco sentidos en lo que ocurría a su alrededor. Ambos se arrastraron hasta la misma entrada del puente; desde allí, pudieron ver que un centenar de legionarios, junto a militares de infantería y lo que probablemente fuera un grupo nutrido de falangistas, cruzaban el río armados hasta los dientes.

Carmen se había quedado en la retaguardia; no tenía armas y nunca había disparado ninguna. Estaba haciendo una buena labor ayudando en lo que podía, pero prefería no tocar ningún fusil. Sin embargo, pronto iba a comprobar que eso no iba a ser posible. Se agachó con el primer tiro y se acercó a Antonio, que también estaba cerca del puente. Las balas empezaron a llover en todas direcciones. El muchacho, como pudo, arrancó la primera tapa de alcantarilla que vio y tanto Carmen como él se resguardaron detrás de ella.

Los mandos militares y los milicianos fueron dando instrucciones a diestro y siniestro. Los vecinos de Triana pelearon con uñas y dientes, la mayoría sin haberse visto en una situación así en su vida.

—¡Antonio! —gritaba desde lejos Luis—. ¿Tienes un arma? Aquí ha caído un compañero y hay un fusil.

Dejando a Carmen bien resguardada detrás de la tapa de la alcantarilla, Antonio se arrastró hasta alcanzar las barricadas. Agarró el arma caída en el suelo y se puso mano a mano con Victoria y Luis en el combate.

Entre las detonaciones, Carmen pudo levantarse y, agachada, fue retrocediendo con su escudo improvisado cubriéndole todo el cuerpo.

Alcanzó las barricadas y, una vez allí, pidió un arma. No sabía utilizarla, pero no era momento de remilgos. Primero ayudó a muchos compañeros heridos a su alrededor y se rasgó tiras del vestido para hacer torniquetes lo más rápido que pudo. Cuando terminó, pidió a uno de los muchachos que la enseñara a disparar.

El chico le dio unas explicaciones básicas mientras seguía disparando. No paró hasta que tuvo que recargar su arma y pudo dedicarle unos segundos más a Carmen. La muchacha apuntó al frente sin un objetivo muy claro. Cerró los ojos mientras con el dedo índice rozaba el gatillo. Disparó. El cimbronazo la hizo retroceder, pero no sin antes dar de lleno en uno de los legionarios que se acercaba peligrosamente.

—¡Eh! Tú esto lo has hecho antes, ¿no? —le preguntó el mismo chico que la había enseñado minutos antes.

—No. Aunque no te lo creas, las únicas escopetas que he cogido en mi vida son las de perdigones de la feria, pero la necesidad parece que nos agudiza el ingenio.

—¡Pues, sea como sea, sigue así! —Le dio unas palmaditas en la espalda mientras seguía escupiendo tabaco y gritando al mismo tiempo—. ¡Viva la revolución obrera!

Con mucha dificultad, ese día Triana resistió, pero las tornas iban a cambiar muy pronto.

***

Todos en las barricadas estaban cansados. El ataque que hacía ya varias horas habían llevado a cabo los sublevados contra Triana había sido repelido, pero estaban seguros de que los golpistas volverían a intentarlo. Cada vez se veía más movimiento en la orilla contraria del río. Todos estaba preocupados: el bando contrario parecía haber tenido tiempo para reorganizarse y hacerse más fuerte.

Victoria no quería moverse de donde estaba. Había luchado como uno más junto a sus compañeros en los parapetos del puente de San Telmo, pero ya llevaba horas agachada y la tensión acumulada hacía que cada vez estuviera más cansada.

—Victoria —la llamó Luis—, seguro que vamos a tener que estar al pie del cañón mucho tiempo, estamos reventados. ¿Qué te parece si

nos vamos a casa, descansamos un poco y volvemos en un par de horas?

—No creo que pueda, Luis. Mis hermanos y mi padre están repartidos por toda Triana, ahí mismo tienes a dos de ellos y los demás están entre las azoteas y el puente de Triana. No quiero volver a una casa vacía donde no podría ni comer, ni dormir ni mucho menos descansar.

—Te entiendo, pero ¿no crees que serás más útil si te echas un rato y vuelves más descansada?

—Lo siento, Luis, pero yo me quedo aquí.

Luis no pudo convencer a la muchacha, así que la dejó allí, al pie del cañón con su arma y su coraje, y se fue a su casa. Ya se estaba marchando cuando reparó en Carmen. La joven estaba manchada de sangre, con el vestido desgarrado por las vendas improvisadas que había sacado de él, y se la veía muy angustiada. Luis se acercó a ella.

—Carmen, ¿estás bien? Me voy un rato, si quieres te acompaño a tu casa.

La muchacha ni siquiera le respondió. Se levantó de donde estaba sentada y comenzó a caminar a su lado. Estaba horrorizada por todo lo que había visto esa noche.

—Carmen, ¿cómo estás? —le preguntó Luis preocupado.

—¡He tenido días mejores! —le contestó la chica sin ganas de conversación.

—Sé cómo te sientes —siguió Luis hablando—. Hasta hace dos días, yo tampoco me había metido en política, pero mataron a mi hermano y eso ha sido el detonante para que me posicione por la izquierda. No quiero pelear al lado de asesinos, así que por eso estoy aquí, pero todo esto me horroriza como a ti.

»¿Sabes? —continuaba Luis—. Mi hermano siempre fue muy peleón, muy de la lucha obrera, el sí trabajaba en el puerto, como casi todos los vecinos; era muy buena persona. Siempre luchó no solo por conseguir mejoras para él, sino para todos los demás y ahora creo que lo mínimo que puedo hacer es pelear como a él le hubiera gustado.

Carmen lo escuchó sin interrumpirlo, lo dejó terminar, desahogarse. Luis lo necesitaba.

—Te entiendo, Luis, yo conocía a tu hermano. Es verdad que era muy buena persona —le dijo la muchacha—. Yo no había cogido un arma en mi vida y mira… Hace unas horas estaba pegando tiros y haciendo de enfermera. La vida a veces te pone unas pruebas en el camino difíciles de superar.

Sin darse cuenta, llegaron al corral Rueda. Se pararon en la puerta; la blancura de la cal de la pared del edificio se veía interrumpida por letras pintadas en rojo. Esas palabras aún frescas no estaban allí cuando Carmen había salido de su casa. Las pintadas decían: «Mueran los fascistas», «No queremos Semana Santa, queremos pan». Los dos muchachos ni se pararon a comentarlo; estaban extenuados. Se despidieron con un saludo rápido y la promesa de volver a las trincheras en pocas horas.

Carmen subió cabizbaja las escaleras de su casa. No tenía la llave, seguramente la habría perdido en el rifirrafe de aquella noche. Tocó a la puerta y se alegró de que su madre y sus hermanas estuvieran allí, sanas y salvas. Se abrazaron llorando y Carmen agradeció que Maruja no le hiciera preguntas.

—¿Se sabe algo de Violeta y Juanito? —quiso saber la muchacha.

—No —respondió Maruja—. Hemos seguido buscando, pero no ha habido manera de averiguar nada. —Mientras hablaba con su hija, Maruja cogió una palangana y, con una manopla, fue lavando la sangre seca que se pegaba a la carne de Carmen. La muchacha se dejó hacer.

Una vez aseada, Carmen compartió un breve desayuno con su familia. Su ánimo era nulo.

—Tengo que irme dentro de un rato —les dijo a sus hermanas y a su madre—. Voy con Luis y Victoria a las barricadas. Creo que allí necesitan gente y, después de la noche que hemos pasado, creo que tengo algo más de experiencia que otros.

Su madre reprimió un grito ahogado, pero no dijo nada. Tampoco se lo impidió. Sabía que su hija tenía una voluntad firme y, si había tomado esa decisión, por nada del mundo iba a cambiarla.

Amparo y Luci se fueron a la iglesia a ver cómo estaba don Juan. Los vecinos habían rescatado algunos cadáveres y había mujeres adecentándolos en la sacristía. También se había formado un grupo de voluntarias pendiente de los niños pequeños para que no estuvieran solos si sus padres o madres estaban en primera línea de combate.

Maruja, sin embargo, prefirió la cocina.

—La gente tendrá que comer, ¡vamos, digo yo! —repetía—. Así que me quedo en la cocina preparando platos y echando una mano en todo lo que pueda en el corral. Hay varias madres que han perdido a sus hijos y tenemos que estar ahí para consolarlas.

Cada una estaba ayudando a su manera o allí donde buenamente la vida las había puesto. Después de unas horas, Carmen fue la primera en salir.

—Debo irme de nuevo. Sabéis que os quiero, ¿verdad? —les dijo a sus hermanas y a su madre mientras las abrazaba—. Seguro que todas vamos a estar bien. Nos vemos pronto.

Las cuatro seguían abrazadas cuando Maruja le susurró al oído que tuviera cuidado. La mujer deseaba que hubiera estado allí Obdulio, ese hombretón valiente que la amaba en secreto. Le hubiera gustado tener más tiempo para contarle que ella también lo quería, pero no había podido ser. Solo pensar en él le dolía más de lo que quería reconocerse a sí misma, así que lo apartó de su cabeza mientras despedía a su hija. Cuando Carmen salió, Maruja se quedó mirando la puerta cerrada, pidiéndole al cielo que protegiera a su niña.

28 EN MARCHA

Sevilla, julio de 1936

Violeta y Juanito llevaban en casa de Raúl desde su secuestro la noche del dieciocho de julio. La muchacha seguía en la misma habitación donde la habían llevado. Había podido ver a su hijo pero solo a ratos. La madre de Raúl, una señora delgada, muy bien arreglada y con una cara agria, como si se hubiera comido un limón, era la que lo cuidaba. De momento, el niño parecía estar bien, pero Violeta no estaba tranquila. No entendía qué hacían allí y estaba deseando tener noticias de Mario y Obdulio. La joven aún no sabía nada de cómo había salido el asalto a Radio Sevilla, ni de Carmen y su familia. Estaba muy asustada.

Desde el día de su secuestro, había escuchado silbidos de balas, gritos de mujeres y hombres y mucho bullicio en la calle, pero no había podido ver nada, porque Raúl no dejaba que se acercase a la ventana. Estaba claro que era un hombre de carácter despiadado y no quería hacer nada que lo contradijera. Había preguntado tantas veces por qué estaba allí y qué iban a hacer con ellos que el falangista había optado por taparle la boca para callarla. Solo le devolvía algo de calma y cordura el ver a Juan cada día, aunque fuera por poco tiempo. Sus captores la habían alimentado y suponía que a Juanito también, porque su hijo no estaba llorando más de lo normal. Además, ella sabía cuándo lloraba por hambre.

Los primeros días había gritado, forcejeado, peleado e incluso pudo darle a Raúl una patada que hizo que el muy cerdo se retorciera de dolor tirado en el suelo. Cuando se recuperó, la golpeó en la cara con tanta fuerza que aún tenía el ojo cerrado y morado. Desde ese momento, el hombre la había atado a un sillón y solo se había levantado para ir al baño y siempre acompañada.

Estaba extenuada, pero no tenía sueño y tampoco estaba hambrienta. Pero sí sentía rabia, odio y miedo hasta el punto de tener ganas de vomitar. Sin embargo, y en contra de todo pronóstico, Raúl no la había forzado. Violeta pensó que tal vez era porque sus padres estaban en la misma casa. Probablemente por respeto a ellos, aunque esa frágil excusa no la hacía sentirse más segura.

Ya habían pasado tres días desde su secuestro; estaba segura porque los había contado. La noche anterior había sido la peor porque se habían oído más tiros, aullidos y gritos descarnados, pasos de coches y camiones y bombas. Sabía que había pasado algo grave, pero no estaba segura de qué. ¿Cómo estaría Mario? ¿Habrían terminado los vecinos y los militares de izquierda las barricadas? ¿Se habría salvado Triana? ¿Los estarían buscando a ella y a su hijo? Se estaba volviendo loca.

Raúl entró en la habitación y de un manotazo le quitó la mordaza de la boca y le desató las manos y los pies. Con un empujón que la hizo caer al suelo, el hombre le indicó que caminara.

—¡Vamos, que es para hoy!

La madre del falangista, con Juanito en brazos, los estaba esperando en la puerta. Violeta se lanzó hacia su hijo y le besó la carita sonrosada. La mujer retrocedió dos pasos para que la chica no pudiera alcanzar al pequeño. Tenía el odio dibujado en la cara y la miraba con asco. Violeta suplicó que le devolviera a su hijo, pero la anciana no se inmutó. El niño empezó a llorar.

—Déselo, madre —le dijo Raúl serio.

La mujer cedió a las palabras de su hijo y le entregó el niño a Violeta. La muchacha lo tomó con todo el amor del mundo y lo apretó entre sus brazos tan fuerte que el chiquillo se revolvió molesto. Juanito parecía feliz de volver a estar con su madre; le puso su manita regordeta en la mejilla mientras Violeta se lo comía a besos.

—Gracias a Dios —murmuraba la chica una y otra vez con un gran alivio.

En la calle había otros dos hombres esperando. La miraron muy serios, llenos de desprecio. Todos iban armados, pero ninguno llevaba uniforme. Con la culata del fusil, Raúl volvió a apremiarla para que empezara a caminar.

—Ten mucho cuidado, hijo —le dijo la anciana ya en la calle.

—Adiós, madre —dijo Raúl—. Volveré pronto, no se preocupe.

Volvió a empujar a Violeta fuera de la casa; llegaban tarde. La muchacha estrechó a su hijo cerca de su pecho y comenzó a caminar. Mientras Raúl abría el paso, los otros dos hombres se pusieron a cada lado de la chica. Uno de ellos le arrancó a Juanito de entre los brazos.

Violeta se revolvió enfadada, tratando de recuperar a su hijo. Raúl la detuvo.

—Ahora mismo vamos a caminar a paso ligero. No dirás ni media palabra porque te juro que tiraré al niño al río. Si te comportas, te prometo que te lo devolveré cuando lleguemos al centro. ¿Me has entendido?

La muchacha, aterrorizada, asintió rendida. Empezó a llorar en silencio mientras no le quitaba los ojos de encima a Juanito. El grupo se volvió a poner en marcha. Tenían que ser precavidos para lograr salir de Triana.

29 LA CAÍDA DE TRIANA

Sevilla, julio de 1936

Cuando Carmen llegó a las barricadas del puente de San Telmo, Luis, Victoria y Antonio ya estaban allí. A la chica la habían obligado sus hermanos a descansar un poco y allí mismo, entre los sacos que formaban el parapeto, había conseguido dormir algo. Luis, al igual que Carmen, venía de su casa y se encontraba más fresco para enfrentarse a lo que más temprano que tarde iba a pasar en el barrio. Antonio, por su parte, había estado entre los diferentes puntos calientes del arrabal para ver qué hacía falta o en qué podía echar una mano. El muchacho finalmente decidió quedarse en la barricada del puente de San Telmo donde, a su entender, necesitaban más ayuda. José Medina, el veterano miliciano del PCE, e Ignacio, el panadero republicano, también se encontraban en el puente de San Telmo cuando todo estalló.

Los cañones llevaban apuntando a Triana unos días. Estaban mirando directamente hacia la calle Betis y habían sido un constante recordatorio para la gente del barrio de que nada habían conseguido. El ataque fallido al arrabal el día anterior había inflado un poco los ánimos y, aunque se habían defendido con uñas y dientes, se dieron cuenta de que la diferencia en fuerzas era grande y de que no podrían aguantar así mucho tiempo sin ayuda externa. Esa era la esperanza que los alumbraba. Una ayuda de fuera de la ciudad, de Madrid, del gobierno o de donde fuera para cambiar el destino.

El ataque empezó de manera inesperada. Los golpistas, hasta entonces, habían atacado por un puente u otro Triana; esa día, sin embargo, decidieron que el ataque fuera simultaneo, arremetiendo contra los dos puentes a la vez.

—Muchachos, ¿estáis preparados? ¡Esto parece que empieza a animarse! —gritó Luis desde su posición.

José Medina tomó la iniciativa de arengar a sus amigos y camaradas.

—Muchachos, parece que esta va a ser la definitiva. Ahí os quiero, dándolo todo por nosotros, por la lucha obrera, por la

revolución.

Ignacio lo interrumpió en su discurso.

—José, muchos de los que estamos aquí no estamos de acuerdo con tus ideas comunistas. No todos somos tan radicales. A algunos nos gusta la República, otros somos sindicalistas o de cualquier otro partido de izquierda y, si hoy nos encontramos en esta barricada, es porque pensamos que no nos queda otra. No tenemos otra salida ni otra solución. No todos luchamos por una revolución, algunos lo hacemos por poder tener una vida digna, dar de comer a nuestras familias cada día y no vivir en la miseria.

José lo entendió a la perfección; no todos compartían con él ese sentimiento revolucionario. Sin embargo, estaba orgulloso de todos ellos por estar allí, dispuestos a pelear.

—Ignacio tiene razón —dijo José—. Amigos, buscad las razones que más os convengan, pero hoy tenemos que luchar hasta el final para no caer en manos de esos fascistas. Hoy lucharemos por el derecho a una vida con unas condiciones humanas más justas, lejos del dolor, del hambre y la pobreza. Eso es todo lo que tengo que decir.

Todos empezaron a aplaudir al unísono.

—Está bien —dijo Ignacio—. Luchad por vuestras propias ideas, por lo que queráis, pero agarrad esos malditos fusiles ya y empezad a disparar.

Todos los que tenían armas estaban en las primeras líneas, justo detrás de las defensas que habían montado. La barricada parecía sólida. Habían hecho un buen trabajo trayendo adoquines, sacos llenos de tierra, maderas y lo que habían encontrado para que ese parapeto durase. Ahora iban a tener la oportunidad de probarlo.

Vieron acercarse a muchos militares por el puente. Luis, desde donde estaba, alcanzó a distinguir a legionarios; el gorrito tan característico que llevaban, con esa borla roja que se movía de un lado a otro, era inconfundible. Traían una batería de artillería, una ametralladora que les abría el camino y unos fusiles con afiladas y largas bayonetas. Abriendo las filas había gente que no iba vestida de militares. «Seguramente sean voluntarios de derecha que hasta ahora se habían mantenido escondidos como alimañas en sus agujeros», pensó Luis. Los trianeros esperaron a tenerlos a tiro. No podían desperdiciar ni una sola bala. Debían tenerlos cerca para empezar a disparar.

Victoria se había hecho con municiones. Estaba preparada para lo que se venía; después de lo que había pasado en Radio Sevilla no tenía miedo, pero sí ganas de que todo terminase. Carmen se había puesto a su lado. La muchacha no tenía mucha experiencia, así que pensó que, con Victoria, tal vez estuviera más segura.

Los sublevados estaban logrando cruzar el puente sin apenas bajas. Desde las trincheras empezaron los disparos, a los que los golpistas respondieron sin remilgos. Estos últimos lograron llevar su artillería hasta la misma entrada del puente y allí se hicieron fuertes.

Antonio pensaba que ojalá tuvieran cañones, como ellos, mientras que Luis se concentraba en su puntería. Ninguno en las barricadas se dejó amedrantar ante esa situación de desigualdad absoluta. No contaban con los mismos medios y punto; eso era una realidad, pero tenían que seguir adelante.

El fuego se hizo más intenso y uno de los hermanos de Victoria recibió un tiro certero en la cabeza. La masa encefálica del chico se esparció por el suelo adoquinado. Victoria no se dio mucho tiempo para llorarlo. Abrazó a su hermano y le echó uno de los sacos con los que habían construido la barricada por encima.

—Descansa en paz, Daniel. Aquí seguiremos los demás para vengarte —dijo la muchacha mientras lo besaba.

Desde donde se habían hecho fuertes los golpistas, el fuego era brutal: disparos, granadas y cañonazos que hicieron que los milicianos y los vecinos de Triana tuvieran que esforzarse aún más para poder defenderse; sin embargo, los proyectiles impactaron en muchos de los hombres y mujeres reunidos allí.

Raúl estaba entre las filas de insurrectos. Quería hacerse con una posición privilegiada dentro de la Falange y qué mejor que ayudar a derrotar a Triana, uno de los focos más rojos de toda la ciudad, para conseguirlo.

Los cañonazos se hicieron más intensos hacia las calles Betis y Pagés del Corro, que eran las que desembocaban en las huertas que había a los pies del puente de San Telmo, donde los golpistas habían situado sus cañones. Aunque la resistencia fue salvaje, un enfrentamiento igualitario entre cañones y armas ligeras era muy difícil. Una vez que los sublevados rompieron el aguante y el empuje de los trianeros empezó a flaquear, tuvieron vía libre para marchar por las calles cañoneadas del arrabal.

—Habrán podido pasar, pero yo me voy a llevar por delante a unos pocos antes de que lleguen al Altozano —decía Victoria entre dientes.

La confusión era total. El general Castejón, al mando de la V Bandera de la Legión, empezaba a marchar con sus hombres hacía el interior del barrio; sin embargo, los vecinos de Triana notaron algo extraño en esa multitud. Abriendo las filas enemigas había grupos, mayoritariamente de mujeres y niños desarmados, que no eran militares. La mayoría de ellos iban desarrapados, a algunos les faltaban los zapatos, otros tenían las ropas hechas jirones y muchos parecían ensangrentados. Los niños de distintas edades que encabezaba la comitiva lloraban asustados ante el estruendo de las bombas de los cañones. La confusión se hizo patente entre los trianeros. Se miraban unos a otros sin comprender qué era lo que estaba pasando.

—¿Por qué hay niños? —le preguntó Carmen a Victoria, que no supo responderle.

Ignacio fue el primero en percatarse. La estrategia estaba clara. Los sublevados estaban usando a las mujeres e hijos de los republicanos como escudos humanos para entrar en Triana. Con eso se aseguraban el menor número de bajas en sus filas, al forzar al enemigo a detener el fuego. Todos fueron entendiendo, y el llanto espontáneo en los parapetos del puente se mezcló con el de los prisioneros que caminaban en primera línea. El grito de Carmen fue feroz.

—¡Violeta! —aulló la muchacha—. Victoria —Carmen zarandeó a su compañera—, mira ahí, entre los prisioneros de la primera fila. Es Violeta con Juanito. Tenemos que hacer algo, tenemos que ayudarla.

Carmen se atropellaba con sus propias palabras, estaba desesperada. Siguió gritando para llamar la atención de la zamorana, pero esta no la vio. A Carmen se le partía el alma al ver a su amiga en tan mal estado y a su pequeño Juan llorando exasperado sin saber por qué estaba allí. Se levantó y quiso echar a correr, pero Luis se lo impidió.

—¿A dónde vas, loca? Si quieres ayudar a tu amiga, tendrás que hacerlo con algo más de cabeza —le dijo el chico—. ¿No te das cuenta de que así lo único que conseguirás es que os maten a las dos?

La muchacha lloraba y gritaba al mismo tiempo; estaba temblando como una hoja mientras veía pasar a Violeta con la vista

perdida y Juanito sollozando en sus brazos.

—Violeta… —volvió a llamarla Carmen, esta vez entre susurros.

La trianera se sentía abatida y derrotada. Ahora todo cobraba sentido y entendía por qué no habían podido encontrarlos.

Violeta iba descalza, no sabía dónde había perdido los zapatos. Se sentía vencida y sin fuerzas, pero ya le habían advertido que, si se paraban, les dispararían. No haría nada que pusiera en peligro a su hijo, así que no corrió; solo siguió caminando como le habían dicho. Trató de proteger a su pequeño con su propio cuerpo, pero Juanito no dejaba de moverse. El niño estaba como loco. El ruido de las balas y las bombas lo habían asustado hasta el punto de que se estaba quedando sin voz de tanto llorar. La mayoría de las personas que los golpistas estaban usando como escudos humanos eran de Triana; no los conocía a todos, pero sí a algunos de ellos, por lo menos de vista. No los habían dejado hablar entre ellos, pero Violeta advirtió que algunos iban cogidos de las manos. Entre el grupo había más mujeres que hombres y muchas de ellas también intentaban proteger a sus hijos colocándose delante de ellos.

En las barricadas enmudecieron cuando se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Muchos milicianos y vecinos de Triana reconocieron a sus propios familiares, esposas o hijos entre los prisioneros.

—No disparéis, compañeros, no disparéis. ¿No veis que son de los nuestros? —empezaron a decir algunos de los hombres.

Se oían gritos mezclados con disparos. El ruido era ensordecedor. Las lágrimas rodaban por las mejillas de hombres curtidos, mientras los bombardeos de los golpistas continuaban sin tregua. Muchos vecinos resultaron heridos o muertos al intentar lanzarse a la desesperada, fusil en mano, para proteger a sus familiares. El fuego en las barricadas se había detenido durante unos minutos que resultaron eternos; nadie podía dar crédito al horror que estaban viviendo. Sin embargo, tras los cañonazos a las calles Betis y Pagés del Corro y el inicio de la marcha de los falangistas, muchos de los que luchaban a favor de la República volvieron a abrir fuego. Todos sabían que iba a haber muchas bajas inocentes, pero, muy a su pesar, no encontraron otra salida. Triana se estaba perdiendo y tenían que seguir defendiéndola con uñas y dientes.

Las mujeres, hombres y niños que dirigían la marcha mortal

quedaron atrapados en un fuego cruzado difícil de esquivar. Sin armas, sin destino y sin saber cómo reaccionar. Muchos de los vecinos del arrabal abandonaron las barricadas al verlo ya todo perdido y cada uno intentó salvarse de la ira de la fuerza rebelde. Otros, sin embargo, entraron en una lucha cuerpo a cuerpo y se enfrentaron a las largas bayonetas de los legionarios.

Violeta seguía encabezando la marcha, seguida de otras mujeres y hombres que corrían su misma suerte. Intentó agacharse, dejar de caminar, pero las bayonetas de los legionarios se lo impidieron. Movió la cabeza desesperada de un lado a otro, buscando una salida, pero no conseguía ver con claridad. Pensó que, si hubiese estado sola, habría echado a correr, pero con su hijo en brazos no lo haría. No quería exponerlo a más peligros y seguiría las reglas impuestas al pie de la letra. Rogó al cielo para que sus vecinos, si disparaban, acertaran a los soldados fascistas y no a ninguno de los caminantes, que, como ella, estaban aterrados y aturdidos. Pensó en hacerse la muerta y proteger al niño con su propio cuerpo, pero la cantidad de personas y tanques que venían detrás los aplastaría irremediablemente, por lo que rechazó esa idea. Le hubiera gustado que Mario estuviera allí con ellos; él sí sabría qué hacer y entre los dos protegerían mejor a su niño. Intentó ponerse a Juan en la cadera, pero lo sintió muy desprotegido. Probó a cargarlo en la espalda, pero Juanito estaba tan desesperado que sus manitas no tenían fuerzas para agarrarse de su cuello. Así que volvió a cogerlo delante del pecho y procuró cubrirlo con sus brazos y sus manos todo lo que pudo.

La joven no se dio cuenta de dónde vino el disparo, pero sintió el proyectil pasarle muy cerca. Se cayó al suelo, pero siguió agarrando con fuerza a su hijo. El legionario que le había clavado el fusil en la espalda la levantó de malos modos, de un fuerte tirón en el brazo.

—¡Camina! —le gritó—. O atente a las consecuencias.

Le sangraban las rodillas y tuvo que hacer un gran esfuerzo por seguir adelante. Comprobó que Juanito no se hubiera hecho daño con la caída pero se dio cuenta de que ya no lloraba. El peso del niño se le había hecho más grande, más profundo y sentía sus manos mojadas. Mirando a su niño, Violeta no quiso comprender por qué estaba manchado de sangre ni por qué su cabeza estaba echada hacia atrás como si fuera de trapo. Los ojos del chiquillo ya no tenían brillo y sus rizos rubios ahora eran de un rojo brillante. La madre necesitó un momento para procesar lo que estaba pasando. Violeta sintió que no estaba allí y se vio con Juanito el día de su nacimiento, jugando con el pequeño en la azotea del corral y paseando con él por la orilla del río.

Su mente le reiteraba lo que había sucedido, pero su corazón rechazaba ese pensamiento. Su hijo no podía estar muerto. Los niños tan pequeños no podían morirse. Le fallaron las fuerzas y cayó de nuevo. Violeta se hizo un ovillo pequeño y siguió protegiendo el cuerpo sin vida del niño con el suyo. Se quedó allí tirada, en medio de la calle, cerca de donde los habían tenido retenidos días atrás. Ya no le importaba nada. La muchacha no gritó; siguió abrazando a su hijo con más fuerza. Ya nadie iba a obligarla a caminar. Se sentó en el suelo, acunando a su bebé, deseando que viniera ese tiro en la cabeza que la iba a llevar de vuelta con Juan. En medio de tanta confusión, nadie reparó en una madre más que lloraba por otro hijo muerto.

30 EL ESCONDITE

Sevilla, julio de 1936

Mario empezó a abrir los ojos muy poco a poco. La cabeza le daba vueltas, no sabía dónde estaba y se encontraba extremadamente débil. No recordaba qué era lo que le había pasado y tampoco reconocía el sitio. Estaba tumbado en una cama pequeña, con sábanas limpias y blancas. La habitación donde se encontraba era muy estrecha. No tenía ventanas y las paredes eran de un blanco algo desteñido. No había cuadros en las paredes, nada que le diera una pista de qué era ese lugar. El muchacho intentó hablar, pero sentía la boca pastosa y le dolía la garganta. Tenía un gotero atado al brazo y estaba desnudo, a excepción de unas vendas alrededor de su pecho y su brazo. Después de unos minutos mirando al techo desconchado, la única puerta que había en el cuarto se abrió. Reconoció al hombre enseguida.

—¡Mario, estás despierto! Ya empezaba a preocuparme.

—Don Emilio… —fue lo que el muchacho logró decir, no sin dificultad.

—Ya sé que tendrás muchas preguntas —le aclaró el médico—, pero ahora necesitas descansar. No pienses mucho, no merece la pena. Hablaremos con detalle cuando estés más recuperado, ¿de acuerdo?

—Por favor, don Emilio —insistía Mario suplicante—. Dígame lo que ha pasado, no lo recuerdo muy bien.

—Está bien, muchacho. Cálmate. El asalto a la radio salió mal y te hirieron en el intento. Victoria y Luis te trajeron aquí y, desde entonces, te has estado debatiendo entre la vida y la muerte. La verdad es que no contábamos contigo. Tienes mucha suerte de estar aún con vida.

—¿Obdulio? ¿Violeta? —preguntó Mario cansado.

—Mario —insistía el médico—, no debes esforzarte; todavía es muy pronto. Todo está bien, Mario, estarás aquí en mi casa hasta que te recuperes. Es un lugar seguro. Además, no te podemos mover, así que te quedarás aquí por el momento. Mi tía vendrá ahora con un

poco de sopa. Es primordial que empieces a comer y que descanses. Has perdido mucha sangre y debes recuperarte. Hablaremos luego, ¿de acuerdo?

El doctor se acercó al muchacho, le tomó el pulso y le cambió el suero. Mario volvió a un estado de inconsciencia en el que soñó que estaba con Violeta, Obdulio y Carmen en la orilla del río un día maravilloso de verano. Que se bañaban y que todo era perfecto. Que no había tiros, ni asaltos a ninguna radio, ni revolución obrera. Solo calma y risas.

El escondite de Mario en casa de don Emilio se encontraba en la cocina. Una vez que el médico y Luis pusieron a Mario dentro, habían bloqueado la puerta con un aparador enorme y pesado. El mueble era de caoba, de un color marrón rojizo y había estado en la familia del doctor desde hacía cincuenta años. Con el aparador bloqueando la puerta de la alacena, el médico se sintió más seguro. Era imposible pensar que habría algo más tras él y no se notaba nada extraño a primera vista. Sin embargo, un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba seguro de que, si hacían una inspección de rutina en su casa, no encontrarían al muchacho, pero si iban con intención de buscarlo no tardarían mucho en dar con él. Don Emilio sabía que, si eso ocurría, Mario, sus tíos y él mismo correrían un grave peligro.

Las cosas habían cambiado para mal desde que Victoria y Luis habían llevado a Mario a casa del médico. Don Emilio necesitaba hablar con ellos. No quería que le pasara nada a Mario, pero era imperativo que fueran buscando otro sitio donde esconderlo. Después de la caída de Triana ese mismo día, Emilio sabía que era un riesgo enorme tener a Mario en su casa. Estaba seguro de que todos los simpatizantes de izquierdas iban a estar vigilados y los fascistas no tardarían mucho en hacerle una visita. El médico no solo creía que Mario corría peligro en su casa, sino también en Sevilla. Pensó que Luis y Victoria tendrían que ir pensando en sacarlo de la ciudad. Era obvio que un hombre herido que no militaban en las filas de los facciosos era del bando contrario, así que, si lo descubrían, era hombre muerto. Tenían que llevarlo a territorio republicano; en Sevilla estaba ya todo perdido.

El médico contemplo la idea de irse con Mario fuera de la ciudad, pero sus tíos eran muy mayores y de momento la descartó. Lo atemorizaba que su vinculación con el sindicato médico de la UGT y su afiliación al partido de Izquierda Republicana lo hicieran una presa fácil y los pusiera a todos en peligro. Sin embargo, primero tenía que solucionar qué hacer con sus tíos. Él no había participado en la lucha

armada ni en Triana ni en Sevilla, pero sabía que todos los de izquierdas estaban ahora amenazados. Sus ideas republicanas pesaban más que el hecho de que hubiera cogido o no un fusil. Por eso, debía hablar con Victoria, Carmen y Luis lo antes posible. Ellos seguramente sabrían qué hacer.

31 DESPUÉS DE LA CAÍDA

Sevilla, julio de 1936

Después del sangriento enfrentamiento del día anterior, en Triana estaba todo perdido. Los golpistas no solo habían conseguido penetrar en el corazón del arrabal a través de las calles cañoneadas de Pagés del Corro y Betis, sino que habían organizado un ataque conjunto donde asaltaron el barrio por tres puntos distintos.

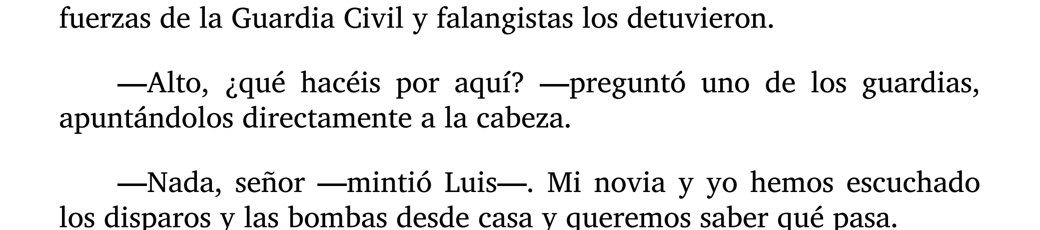
En el puente de Triana tanto falangistas y guardias civiles como los mismos legionarios se habían arrastrado como reptiles para llegar hasta el Altozano. Los hombres en las trincheras se defendieron como pudieron, pero fue inútil. Los insurrectos se dividieron en grupos y acabaron con todos los que se interpusieron en su camino, hasta encontrarse con las columnas amigas venidas de las zonas de huertas cerca del puente de San Telmo. La tercera fuerza la utilizaron en la pasarela del agua por la que penetraron hasta llegar a la calle Pagés del Corro.

Se internaron por las mismas entrañas del arrabal, disparando a cualquiera que llevara un arma, ya fuera hombre o mujer, y atacaron con granadas muchas casas de vecinos. La confusión de los que vivían en el barrio era total y generalizada. Muchos milicianos y vecinos que no estaban preparados para lo que se les había venido encima corrían despavoridos en todas direcciones.

Victoria seguía disparando con algunos de sus hermanos en las cercanías de las barricadas. Otros muchos seguían luchando por el barrio y los menos afortunados yacían muertos en las calles.

—Lucharemos hasta el final —gritaba la chica—. ¡Arriba la revolución obrera! ¡Arriba la lucha de clases!

Carmen y Luis abandonaron las trincheras cuando lo vieron todo perdido. Intentaron adentrarse en el barrio por las calles más sinuosas y estrechas antes de que el grueso de las tropas de derechas llegara hasta sus casas. La confusión era tal que, aunque Carmen intentó buscar a Violeta, no vio a la chica, que aún seguía tirada en mitad de la calle Pagés del Corro con su bebé muerto en los brazos. Mientras corrían por una bocacalle de la calle Betis para alcanzar la plazuela,



fuerzas de la Guardia Civil y falangistas los detuvieron.

—Alto, ¿qué hacéis por aquí? —preguntó uno de los guardias, apuntándolos directamente a la cabeza.

—Nada, señor —mintió Luis—. Mi novia y yo hemos escuchado los disparos y las bombas desde casa y queremos saber qué pasa.

—¿Viven aquí? —siguió con el interrogatorio el guardia.

—Déjalos, hombre —interrumpió otro de los guardias—. ¿No ves que van desarmados? Yo conozco al chico. Se llama Luis y da clases nocturnas en el centro cultural.

Luis y Carmen abrieron mucho los ojos. Luis no podía recordar al guardia civil, que no parecía mucho mayor que él.

—Tú no me conoces, pero le has estado enseñando mucho a mi novia, y ella me ha hablado muy bien de ti. Dice que eres un buen tipo.

—No tenemos tiempo de conversación —dijo el otro guardia con prisas—. Estos dos se vienen con nosotros.

—Anda, Andrés, no seas así. El muchacho te ha dicho por qué están aquí y yo lo conozco. ¿No crees que tenemos mejores cosas que hacer?

—Está bien —le dijo Andrés, irritado, a su compañero—. Volved a casa de inmediato y no salgáis de allí hasta que nosotros lo digamos, ¿entendido?

—Sí, señor, por supuesto —dijeron ambos al unísono.

—Dele recuerdos a su novia, por favor —dijo Luis al guardia que, probablemente, le había salvado la vida.

Carmen y Luis se marcharon de allí todo lo rápido que pudieron. Las piernas de la joven temblaban tanto que pensó que no podrían sostenerla. A Carmen le hubiera gustado gritarles a los guardias todo lo que en realidad sentía. Decirles que los de su bando habían matado a su amigo Obdulio, que casi matan a Mario y que la habían obligado a ver muchos más muertos en esos días de los que había visto en toda su vida. Sin embargo, fue inteligente y guardó silencio.

Los chicos no miraron atrás, pero sí pudieron oír a los falangistas

y guardias civiles entrando en las casas al grito de «¡Viva España!». De camino al corral Rueda, vieron como los militares de Franco abrían con granadas las puertas de las casas donde había pintadas a favor de la República. Los militares gritaban a voz en grito que querían ver banderas blancas en todas y cada una de las casas de Triana. Ordenaron que cada hombre estuviera preparado para esperarlos en la calle con los brazos en alto. Todavía quedaban francotiradores izquierdistas en las azoteas y algunos balcones del arrabal, pero pronto fueron abatidos o fusilados por la descompensación de fuerzas entre los dos bandos.

Cuando Carmen y Luis llegaron al corral, camiones con derechistas ya estaban en la plazuela. La puerta del edificio estaba cerrada; desde la azotea, algunos vecinos los vieron llegar y dieron aviso para que les abrieran. Desatrancaron el gran portón de madera verde y los dos chicos se colaron hasta el patio. La mayoría de los vecinos ya estaban allí. Ese patio que había acogido tantos momentos alegres, fiestas flamencas alrededor de una fogata, pequeñas ferias de abril o cruces de mayo ahora estaba de luto. Muchas de las mujeres lloraban agarradas a sus hijos como si fueran su tabla de salvación; la mayoría habían perdido a sus maridos. Otras no decían nada; solo callaban y esperaban pacientemente. Algunos hombres viejos, sin edad para luchar, también estaban en el patio, al igual que algunos niños que, asustados, habían perdido su niñez para siempre.

—¡Carmen, estás viva! —le gritó Maruja mientras bajaba las escaleras para fundirse con la chica en un largo abrazo.

—¿Cómo están las cosas por ahí fuera? —preguntó uno de los vecinos.

—Bastante mal, compañero —respondió Luis sin darle tiempo a Carmen a contestar—. Están haciendo registros por toda Triana, así que tenéis que esconder las armas lo antes posible. Hemos venido desde las barricadas del puente de San Telmo y allí está todo perdido. Triana, por lo menos por esa parte, ha caído. A muchos los han pasado a bayonetas y hemos recibido disparos, granadas y hasta cañonazos. Su fuerza es muy superior a la nuestra.

—El puente de Triana también ha caído —dijo Pedro—. Yo acabo de venir de allí unos minutos antes que vosotros.

—Lo que hemos visto hoy ha sido horroroso. —Carmen empezó a llorar—. Han utilizado de escudos humanos a mujeres y niños. Muchos eran de Triana, pero otros seguramente eran de otros barrios obreros

de Sevilla. Esas pobres personas han desfilado los primeros, abriendo las filas de las legiones. Esos cobardes se han resguardado detrás de niños. En las barricadas, quisimos apagar nuestros fusiles, estábamos sobrecogidos, pero ellos no dejaban de disparar, así que muchos compañeros respondieron al fuego para protegernos a todos. No quiero ni pensar en la suerte de esas personas que han caído como chinches entre el fuego amigo y el enemigo. Madre —dijo Carmen entre lágrimas—, Violeta y Juanito estaban en ese grupo de prisioneros delante de las tropas de la Legión.

—¡Dios mío, válgame el cielo! —Maruja se tapó la boca con las dos manos horrorizada.

—Estoy seguro —continuó Luis— de que en estos días vamos a ver y a oír cosas que no nos gustan, pero a estas alturas no nos podemos dejar llevar por la venganza. Tenemos que ser más inteligentes. Si nos retiramos ahora, tal vez quede una esperanza de seguir luchando en un futuro. Si nos matan, no ganaremos nada ni para nosotros, ni para nuestras familias, ni para la causa. Que cada uno haga lo que le diga su conciencia, pero yo no pienso morir hoy. Haré lo que me digan y ayudaré a la República en todo lo que pueda desde la retaguardia.

En ese momento, se oyeron unos golpes intensos en la puerta de entrada del corral.

—Abran a la Guardia Civil —gritaba uno de los guardias mientras aporreaban el portón con fuerza.

»Si la puerta no está abierta en dos segundos, os tiraremos una granada que os vais a cagar —amenazaba el guardia con voz profunda.

Carmen se sorprendió de que no lo hubieran hecho ya, porque las pintadas antifascistas seguían en el muro de entrada.

Muchos de los niños y mujeres reunidos en el patio empezaron a llorar, asustados de las voces y la brutalidad que se dejaba entrever en aquellas palabras del guardia. Mientras algunos vecinos iban a avisar a los que aún se encontraban en la azotea, otros abrieron la puerta. La fuerza que emplearon los guardias al empujar el portón hizo que los hombres que habían acudido a abrirlo se cayeran al suelo.

—¿Quién es el que ha escrito la pintada de fuera? —dijo el guardia nada más entrar.

Eran cinco, tres guardias civiles y dos legionarios, los que entraron en el edificio. En la plazuela había más militares. Mientras tres de ellos se quedaron en el patio con el grueso de los vecinos, otros dos subieron a los pisos superiores. Fueron abriendo puertas a golpe de patadas, asegurándose de que no quedaba nadie en ninguna de las pequeñas habitaciones que eran las viviendas del corral. Los guardias del patio fueron separando a los hombres de las mujeres y los niños. Los pusieron a todos con los brazos en alto y sacaron a trompicones a los varones para que fueran vigilados por sus compañeros.

—Recordad lo que hemos hablado —dijo Luis en voz baja—, no es el momento de hacernos los valientes.

De repente, se oyeron disparos que provenían de la azotea. Las mujeres y los niños empezaron a gritar. Los legionarios que habían subido bajaron con al menos tres fusiles.

—Estaban en el tejado esperándonos. —Fue la única explicación que uno de ellos dio a los guardias que esperaban en el patio—. Ya no molestarán más.

Los gritos desgarradores de las esposas de los hombres que hasta hacía un minuto habían estado en la azotea resonaron por todo el corral. Uno de los legionarios propinó una estrepitosa bofetada a una de ellas.

—Bueno, ya veis lo que les pasa a los traidores y a los mentirosos —bramó el mismo legionario—. Hemos dicho por activa y por pasiva que se presente todo el mundo, que mantengáis las manos en alto y que entreguéis las armas. No queréis hacerlo por las buenas, pues será por las malas. No queréis daros cuenta de que aquí estamos para impartir justicia y que ya no vamos a aguantar más ningún hecho criminal que venga de ninguno de vosotros. La jauría de rojos se acaba hoy.

Los guardias civiles obligaron a las mujeres a poner sábanas blancas en los balcones en señal de rendición. Los hombres ya estaban en la calle con las manos en la cabeza. Los legionarios los golpearon mientras los interrogaban; querían saber quién tenía armas aún en su poder. Uno de los hermanos de Avelino, el chico que había muerto en la Plaza Nueva, fue golpeado con tanta fuerza que su cabeza rebotó en la acera de adoquines y quedó inconsciente. Otro de los vecinos, todo manchado de sangre, no quiso hablar cuando lo interrogaron.

—Sabemos que has estado en las barricadas, ¿te crees que somos

tontos? —le dijo uno de los legionarios mientras lo golpeaban una y otra vez—. ¿Dónde está tu arma?

El muchacho, perteneciente al Partido Comunista, no se inmutó ni abrió la boca. Siguieron pegándole durante un buen rato, pero no habló. De repente, el legionario cogió su fusil y le disparó a quemarropa.

—Ya basta de perder el tiempo. Eso es para que aprendáis a contestar cuando se os habla. ¿Entendéis lo que os espera a todos si no colaboráis?

Nadie se atrevió ni a moverse y se quedaron allí quietos, mirándose los unos a los otros con el miedo en el cuerpo. La locura se había desatado en el barrio y en la ciudad.

Maruja, Carmen y sus hermanas corrieron para ayudar a otras mujeres a colgar las sábanas blancas en los balcones, mientras que otras fueron obligadas a dar una mano de cal a la pared donde la pintada de «No queremos Semana Santa, queremos pan» aún se podía leer.

Los interrogatorios a los hombres siguieron en la plazuela durante horas y finalizaron con un camión lleno de vecinos maniatados y presos hacia un destino desconocido. Luis iba entre ellos. Las mujeres y los hijos de los detenidos quedaron atrás, llorando sin consuelo ante tanta sinrazón.

La situación no empezó a calmarse hasta las primeras horas del mediodía. Triana era un reguero de sangre y había muertos por todas partes. Muchos vecinos no sabían a dónde acudir para saber de sus familiares presos, mientras que otros seguían buscando a sus muertos.

Los militares hacía tiempo que se habían ido del corral cuando Maruja y sus hijas subieron a su casa. Nada más entrar, Carmen se dirigió a su familia.

—Tenemos que ir a buscar a Violeta y a Juanito.

—No seas insensata, mujer —le dijo Amparo—. Has visto que esta gente no se anda con chiquitas, ¿qué quieres? ¿Que nos maten a todas?

—Yo voy a ir, con vuestra ayuda o sin ella. Vosotras no la visteis, no era ella. Estaba desesperada y Juanito es tan pequeñito que… —Carmen rompió a llorar.

—Hija —habló Maruja—, tienes razón. Tenemos que ir a buscarla y lo haremos, pero no ahora. Tengo que darle la razón a tu hermana. Ahora es demasiado peligroso y, si te disparan o te llevan presa, ¿cómo vas a poder ayudarla? En cuanto todo esté más tranquilo, iremos a preguntar a ver si alguien la ha visto, pero ahora nos vamos a quedar aquí. Es lo mejor.

A pesar de que no estaba de acuerdo con ninguna de ellas, Carmen sabía que tenían razón. Se resignó a lo inevitable y, agarrándose a la esperanza de que los encontraría con vida, se quedó esperando en su casa.

32 LA VUELTA A CASA

Sevilla, julio de 1936

Violeta no sabía cuánto tiempo había estado tirada en medio de la calle Pagés del Corro. En realidad, no le importaba. No sentía nada. Simplemente, se abrazó al cuerpo de su hijo y se hizo un ovillo pequeño. Le hubiera gustado desaparecer. Había gritado hasta que ya no le quedó voz y, cuando ni un sonido más salió de su garganta, decidió agazaparse y esperar. Quería morirse con Juanito allí mismo. Pensó que, si se quedaba allí tirada el tiempo suficiente, tal vez ella también recibiría una bala. Ese pensamiento la llenó de alegría. Ya no pensaba en Mario, tampoco en lo que había sufrido esos días de cautiverio; solo pensaba en esa bala que le desgarraría el pecho o tal vez la cabeza. Esa bendita bala que acabaría con esa pesadilla y la llevaría de vuelta con su hijo.

Antonio la vio desde la esquina de la calle Troya. Violeta estaba inerte, parecía una muñeca desmadejada que agarraba algo con fuerza entre sus brazos. El muchacho intentó llamar su atención, pero ella no respondía a nada. Antonio le gritó, le hizo gestos, aun a riesgo de ser visto por los falangistas y legionarios que seguían disparando sin cesar. La muchacha, sin embargo, no se movió. El joven no podía dejarla allí; sabía que tarde o temprano acabarían con ella. Si no era por un tiro, sería pisoteada por la cantidad de personas que corrían despavoridas en todas direcciones.

Como pudo, y siempre intentando estar a cubierto, el muchacho se fue acercando hasta donde estaba la chica. Tuvo que pararse más de una vez para poder protegerse de tanta locura. Hizo de Violeta su objetivo y disparó a todos los facciosos cerca de ella. Con una última carrera y el corazón saltándole en el pecho, Antonio logró llegar hasta donde se encontraba la chica. No fue hasta tenerla muy cerca cuando Antonio se dio cuenta de lo que Violeta sostenía entre sus brazos. El pequeño Juan era un muñeco roto. Su rostro no tenía vida y sus ojos estaban cubiertos por un velo gris extraño. Su pequeña cabecita dorada estaba completamente empapada de sangre. Aunque su madre se afanaba por que sus bracitos se agarrasen a su cuello, el niño, sin vida, caía hacia atrás en un movimiento chocante.

—Violeta —logró decir Antonio—, tenemos que salir de aquí

ahora.

La muchacha no respondió, ni tampoco se movió de donde estaba.

—Violeta, ¿me escuchas? Si no nos vamos ya, nos van a acribillar aquí mismo. ¿No lo entiendes? No podemos hacer nada más por Juanito. Él no querría que te pasara nada malo. Ven conmigo, por favor, os sacaré de aquí a los dos.

Antonio se había puesto delante de la chica y de su bebé, con el arma cargada en posición de disparo.

Mientras intentaba arrastrar a la muchacha a un lugar más seguro, Arturo y Lucas, hermanos de Victoria, acudieron en su ayuda.

—Antonio, es Violeta, ¿verdad?

Los dos muchachos habían decidido perseguir a las tropas que habían podido pasar a través de las barricadas, mientras que Victoria seguía con su padre y su hermano Miguel cerca del puente.

—Sí, amigos, han matado a su hijo y no consigo moverla de aquí —les gritó Antonio desesperado.

Los dos hermanos lograron acercarse a ellos. Violeta seguía aferrándose a su hijo con la mirada perdida y los muchachos comprendieron que el pequeño ya estaba muerto.

—Violeta había desaparecido hace unos días —les contó Antonio —. Creo que ella y su niño han estado con el grupo de gente que han usado como escudos humanos. Mirad las consecuencias, ¡ni a los niños han respetado!

—La vimos entre los prisioneros —respondió Arturo—. Carmen intentó salvarla, ir a por ella, pero Luis la detuvo. No podía ser en ese momento. Era una situación delicada y todos hubiéramos resultado muertos. Después, seguimos luchando en el parapeto y los perdimos de vista.

Los muchachos agarraron a Violeta, cada uno por un brazo, mientras Antonio los cubría con su arma. La muchacha se dejó hacer sin oponer resistencia. Se adentraron en la calle Troya y, desde ahí, Arturo y Lucas dejaron que Antonio la llevara hasta Rodrigo de Triana, mientras ellos montaban guardia para dejarles el camino libre. No estaban muy lejos, pero les fue bastante difícil llegar. Ni la chica podía sostenerse bien, aferrada a su hijo, ni Antonio podía tirar de ella

y disparar a la vez. Se refugiaron en varias casas mientras escuchaban camiones y vehículos con tropas de derechas que gritaban obligando a los vecinos a salir a las calles. En medio de tanta confusión, Antonio logró finalmente entrar con la muchacha y el niño muerto en el corral Rueda.

Una vez en el patio, Antonio empezó a dar voces llamando a Carmen. Muchas de las mujeres que se encontraban allí se abalanzaron hacia Violeta para confortarla. No necesitaron mucho para darse cuenta de que lo que aferraba la chica con fuerzas era a su propio hijo muerto. Por mucho que lo intentaron, ninguna pudo quitarle a Juanito. La muchacha se revolvió, gritó y daba manotazos para que ninguna más se les acercara. Antonio seguía llamando a Carmen con gritos desesperados. Él sabía que ambas muchachas eran muy amigas y, si alguien podía ayudar en una situación desesperada como aquella, sería Carmen.

Maruja y sus hijas salieron asustadas a las escaleras. Desde donde estaban, no podían ver con claridad la posición de Violeta, por lo que en principio no se percataron de lo que estaba pasando. Sin embargo, todas sabían que algo iba mal. Esos gritos seguro que justificaban algo importante.

—Antonio, ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —preguntó la muchacha.

—Baja, por favor, hemos encontrado a Violeta.

Carmen dio un grito de alegría y se lanzó escaleras abajo, pero en su interior una voz le decía que algo no iba bien. Solo había bajado dos escalones cuando divisó a su amiga tendida en el patio. Su madre y sus hermanas le iban a la zaga. Carmen lo comprendió primero; se quedó parada como si algo la sostuviese. Mientras Maruja y sus hijas más pequeñas gritaban a la vez, Carmen guardó silencio. Se acercó muy despacio a Violeta, que seguía agazapada cubriendo con su cuerpo a su hijo mientras un grupo de vecinos se había dispuesto en un círculo alrededor de los dos.

—No podemos hacer que lo suelte —le dijo Antonio llorando—. Cuando los encontré, Juanito ya estaba muerto, no he podido hacer nada más. Te lo juro, Carmen, no he podido.

—Lo sé, Antonio, lo sé —intentó calmarlo la muchacha mientras le ponía una mano en el hombro.

Carmen se agachó a la altura de Violeta. Empezó a hablarle

bajito, con cariño, como si todo el amor del mundo se hubiera concentrado en ese mismo lugar y momento.

—Violeta, cariño, ya estáis en casa, por fin habéis llegado. Necesito que hagas una cosa por mí, ¿lo harás, Violeta?

La joven zamorana levantó la cara y la miró fijamente. Los ojos de la muchacha ya no eran los ojos alegres de siempre; parecían sin vida.

—Carmen, he traído a mi niño a casa. —Era la letanía que Violeta decía mientras seguía acariciando el pelo de su bebé—. Lo he traído a casa.

—Sí, Violeta, has sido muy valiente. No has dejado a Juanito, lo has traído a casa. Ahora tengo que llevármelo un momento, tú tienes que descansar, ¿de acuerdo?

Carmen hizo amago de tomar al niño, pero Violeta se lo impidió con rabia.

—¿Llevarte a mi hijo? No, no quiero que nadie se lo lleve otra vez. Ahora está a salvo, está con su madre, ¿no lo ves? Nadie se va a volver a llevar a mi hijo.

Carmen no sabía muy bien qué hacer ni qué decir. Tenía tanta pena que se sentía bloqueada y no quería seguir mirando el cuerpecito destrozado de Juan. Maruja comprendió que a Carmen le faltaban fuerzas para enfrentarse a una situación así. La mujer se acercó a Violeta tragándose las lágrimas. Los vecinos del corral seguían alrededor de la madre y del niño muerto en un silencio sepulcral.

—Violeta, hace días que no os hemos visto ni a ti ni a Juanito —dijo Maruja con voz tranquila—. ¿Tampoco vas a dejar que yo lo coja y lo cuide un ratito? Será poco tiempo y tú tienes que descansar. Tú sabes que yo soy como su abuela y me encanta quedarme con él. Lo he echado mucho de menos.

Maruja contuvo el aliento esperando la reacción de la chica. Violeta la miró y una leve sonrisa apareció en su rostro. Maruja continuó hablando.

—¿Es que no vas a dejar ni que le dé un beso a mi niño? Venga, mujer, dámelo y tú vete con las niñas para arriba. Nosotros no iremos a ningún lado. Juanito ya está a salvo en casa.

—¿Solo un ratito, Maruja? —preguntó Violeta en voz muy baja—.

¡Estoy tan cansada!

Maruja aprovechó la oportunidad y, con toda la suavidad que le fue posible, tomó el cuerpo sin vida de Juanito de los brazos de su madre.

—Solo un momento, cariño, te lo prometo —le contestó Maruja con el bebé ya en brazos—. Tú sabes que Juanito está bien conmigo.

Cuando Maruja logró coger en brazos al niño, Violeta se desmayó en medio del patio. Carmen la abrazó mientras ella y otras vecinas la llevaban a su casa para atenderla. Las muertes de todos y cada uno de los vecinos eran duras, pero la muerte de un niño de tan corta edad era devastadora. Nadie tenía palabras. El luto había acampado en el corral Rueda.

33 EL CURA

Sevilla, julio de 1936

En los primeros momentos de la caída de Triana, don Juan había ayudado en lo que había podido. Había consolado a viudas y a madres que habían perdido a sus hijos, había intentado tranquilizar a las tropas de la Legión, falangistas, guardias civiles o requetés que se paseaban por el barrio, para evitar más sangre de la ya derramada. El cura había dado cobijo en la iglesia a heridos y había recogido muertos, junto con otros vecinos, poniéndolos en fila en las aceras de una manera respetuosa. Nunca había mostrado sus ideas políticas en público, si es que en realidad tenía algunas. Era una buena persona y había estado ahí para su congregación y todo el que le pedía ayuda. Su posición como representante de la iglesia lo acorazaba en el bando nacional, pero no por eso iba a dejar que se cometieran injusticias que se podían evitar. Don Juan fue casa por casa dando consuelo al barrio, aunque no fue muy bien recibido en algunos de esos hogares.

Cuando llegó la noche, el cura, agotado, se dirigió a su casa, que estaba anexa a la iglesia de Santa Ana.

No había mucha gente en la calle. La mayoría de los vecinos se habían recogido en sus casas y Triana se veía rara. Las sábanas blancas que colgaban de los balcones le daban al arrabal un aspecto festivo; parecía como si lo hubieran engalanado para las fiestas de primavera. Los alegres coloridos de los mantones que tan frecuentemente se veían en las casas sevillanas ahora eran monocromáticos. El blanco, que tantas veces había reflejado pureza o paz, ahora era un constante recordatorio de la pérdida y la humillación por la que muchos estaban pasando.

Don Juan se sentía triste, desolado; no quería que se hubiera llegado a aquello. La lucha entre hermanos había sido tan descarnada que no encontraba con qué compararla. Cuando el padre llegó a su casa, saludó a su hermana casi con un susurro y se dejó caer en uno de los sillones de la sala de estar.

—Hoy he visto muerte, gente herida, presos con o sin motivos, he visto madres y esposas destrozadas, pero sobre todo he visto odio. Hasta hace pocos días había visto ideas diferentes, ganas de cambiar

las cosas, pero el odio y el rencor que he visto hoy ha dejado mi alma aterida.

El cura hundió su cara entre las manos y comenzó a llorar. Algunos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Su hermana fue a abrir.

—Juan, preguntan por ti —lo llamó temblorosa.

Sin cuestionar de quién se trataba, el cura fue a ver quién era. Si alguien lo necesitaba, él no podía fallar.

—Padre, ¿podría venir al corral Rueda? Uno de los vecinos ha recibido un tiro en el pecho y está agonizando. Aunque es rojo, como la mayoría de nosotros, su madre quiere que le dé la extremaunción. Yo no creo que él estuviera muy de acuerdo, pero ese no es mi problema.

El cura reconoció al muchacho de inmediato. Era uno de los hermanos de Avelino, el chico muerto en la Plaza Nueva, nada más arrancar el golpe.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —le preguntó el cura con amabilidad.

—Soy Héctor, señor.

—Te conozco. Hace unos días estuviste aquí intentando quemar la iglesia. No te preocupes —prosiguió el cura—, no te estoy juzgando. Creo que han sido días muy intensos para todos, llenos de locura y de pérdidas, así que no me entiendas mal. Me dijeron que habían matado a tu hermano, ¿no? —preguntó el párroco.

—Sí, señor, así es. Mi familia, al igual que otras muchas, ha sufrido. Hoy mismo se han llevado preso a otro de mis hermanos. Hemos estado preguntando, pero aún no sabemos dónde está. Hace unos días habilitaron el cine de verano de la Plaza Nueva como punto de retención de muchos prisioneros. Ahora, con tantas detenciones, están abriendo más centros de reclusión en sitios inverosímiles.

—Siento mucho lo de tus hermanos, muchacho. Créeme, lo digo de corazón. Bueno, dejémonos de cháchara y vayamos a atender a ese moribundo. Luego, si te parece bien y no te importa que te acompañe un cura, podemos ir a ver a dónde se han llevado a tu hermano. No estás solo, hijo, puedes contar conmigo.

—Gracias, don Juan —replicó Héctor avergonzado.

El muchacho no entendía por qué el cura se mostraba amable con él si sabía de sobra que había intentado quemar la iglesia. Aun así, Héctor se sintió agradecido. Ambos salieron de la casa, dejando a la hermana del párroco preocupada por lo que pudiera pasar.

Los militares rebeldes seguían paseándose con camiones por todas las calles del barrio. Había vecinos que habían logrado esconderse y esquivar las detenciones o incluso la muerte. Otros no habían tenido tanta suerte. Las represiones se intuían brutales. Queipo de Llano volvió a hablar por la radio, engrandeciendo la buena marcha de los acontecimientos, pero ignoró la brutal represión. Los vecinos que podían escuchar desde sus propias casas los disparos, dirigidos directamente a las cabezas de muchos detenidos, sabían que el terror se había impuesto en Triana.

Don Juan y Héctor mantuvieron una amigable charla mientras cruzaban la plazuela de Santa Ana. El muchacho no estaba de acuerdo con las ideas del cura; él siempre había sido un ateo de tomo y lomo. Sin embargo, tenía que reconocer que le caía bien ese hombre. No lo conocía mucho, pero esos últimos días lo había visto involucrado en el barrio, ayudando en todo lo que podía. Ahora se sentía abochornado por el incendio de la iglesia y por ser uno de sus principales instigadores.

—Don Juan —le dijo Héctor casi sin mirarlo a los ojos—. Quería pedirle disculpas. No estuvo bien lo que hicimos el otro día. No deberíamos haber intentado quemar la iglesia. Ya sé que usted no tiene nada que ver con todo esto, pero, a veces, la desesperación juega malas pasadas.

Héctor estaba confundido. Su hermano había muerto, estaba muy enfadado con el triunfo golpista y la caída de Triana, no le gustaba la iglesia, pero sí respetaba a ese hombre que no le había hecho nunca daño a nadie y que estaba a favor de los más desfavorecidos.

—Lo sé, Héctor. Hay momentos en la vida en que uno se encuentra entre la espada y la pared y hace actos que no haría en circunstancias normales. Tus creencias y las mías pueden ser diferentes, eso no está mal, si cada uno puede respetar al otro. Pero lo más importante es que los dos queremos lo mejor para las familias de Triana, para el barrio. En eso sí coincidimos, ¿verdad?

Al cura se le quedaron las palabras atascadas en la boca. Una bala

se le había alojado en la garganta. Héctor se quedó desconcertado. No sabía de dónde había venido el disparo ni quién lo había hecho. Se abalanzó sobre el cura, que aún mantenía los ojos abiertos, y le puso las dos manos en el cuello para intentar controlar la hemorragia.

—¡Ayuda! —gritaba el muchacho con todas sus fuerzas, mientras la vida de don Juan se le escapaba entre las manos.

El chico intentó arrastrarlo para ponerlo a cubierto detrás de uno de los grandes árboles que habían en la plazuela.

—Padre, se va a poner bien. Quédese conmigo, padre. ¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritaba el muchacho desesperado.

Muchos vecinos salieron a su encuentro. El cura estaba tumbado sobre un charco de sangre en la plazuela, donde tantas veces había jugado con los niños del barrio. El corrillo de gente a su alrededor se hizo cada vez más grande, pero ninguno pudo ayudar a don Juan. La bala le había cercenado la aorta y, cuando el médico llegó a la plaza, ya era demasiado tarde. Algunos vecinos empezaron a llorar, mientras a otros no parecía importarles la muerte de un cura más. Los militares desperdigaron a la pequeña multitud que se había congregado en torno al cura y ayudaron a llevar el cuerpo de don Juan a su casa.

Héctor se quedó allí arrodillado, en la misma plaza donde había intentado salvar la vida del párroco en vano. Estaba aturdido, turbado; aunque él había sido el primero que quiso incendiar la iglesia, nunca había deseado la muerte del cura. Don Juan había estado allí para ellos y le habían fallado. Se sintió realmente impotente, al igual que se había sentido cuando se enteró de la muerte de su hermano. Aún con la sangre del cura en sus manos, se dirigió al corral Rueda. Lo que acababa de ocurrir no había sido juego limpio y Héctor pensó que eso no era un acto de guerra, sino un asesinato.

No le dio tiempo de entrar en el corral cuando patrullas de fascistas aparcaron sus camiones en la puerta del edificio. Los gritos de las mujeres y los niños se oían desde fuera. Todos corrían de un sitio a otro intentando quitarse de en medio y no ponerse en el camino de ninguno de los soldados que se habían bajado de los camiones. Los facciosos entraron pegando tiros directamente. No quisieron más explicaciones. La noticia de la muerte de don Juan demandaba un culpable y eso era lo que habían ido a buscar. Registraron todas y cada una de las viviendas del edificio por segunda vez ese mismo día y, para no irse con las manos vacías, se llevaron a algunos de los hombres detenidos. Seguro que todos habían participado en la resistencia del barrio, así que no importaba si habían apretado el gatillo o no. Le cargarían el mochuelo a alguno de esos desgraciados y punto. Les apuntaron directamente a las cabezas e hicieron que entraran en fila india en los camiones. Más de uno se llevó un culatazo

por oponer resistencia. Lo importante era que ya habían solucionado el problema. Ahí llevaban a unos pocos para que los mandos superiores eligieran quién era el que había matado al cura. Ellos ya habían hecho su trabajo; al fin y al cabo, todos eran culpables.

34 EL TERROR

Sevilla, julio de 1936

Luis había sido arrestado en la plaza de Santa Ana junto a muchos de los vecinos del corral Rueda y de la calle Rodrigo de Triana. Los habían montado a todos en camiones militares escoltados por milicias de la Falange y requetés. Nadie sabía qué iban a hacer con ellos ni hacia dónde se dirigían. Fueron recogiendo a más vecinos por las calles por las que pasaban hasta que, después de varias horas, se encaminaron a uno de los centros de reclusión.

A Luis lo habían llevado a la Prisión Provincial de Sevilla, más conocida por todos como La ranilla. Nunca antes había estado en la cárcel ni había tenido ningún problema con la justicia. No sabía a qué se tendría que enfrentar, por lo que prefirió oír, ver y callar. Los camiones no dejaban de llegar con nuevos prisioneros y en pocos días el hacinamiento se hizo absoluto.

El muchacho había coincidido en su llegada a la cárcel con dos de los hermanos de Victoria. No tenía mucho trato con ellos, pero los conocía de antes del golpe militar y habían estado luchando juntos en las barricadas. Sus nombres eran Arturo y Lucas. Ambos eran mayores que Victoria y, desde muy pronto, como toda su familia, habían pertenecido al Partido Comunista y habían defendido la revolución y la lucha obrera. Habían peleado duro, hombro con hombro con el resto de su familia, camaradas y amigos para evitar lo imposible, pero tras la ruptura de las barricadas no pudieron contener a las fuerzas golpistas. Ambos hermanos también habían ayudado a Antonio a rescatar a Violeta. Sin embargo, habían sido detenidos unas horas más tarde por un grupo de falangistas que los habían rodeado y, tras golpearlos y desposeerlos de sus armas, los habían metido en un vehículo militar.

Lucas estaba malherido. Le habían disparado en una pierna y no paraba de sangrar; aunque su hermano le había improvisado un torniquete con su propio cinturón, esa herida necesitaba atención médica urgente. Arturo pidió un médico para su hermano desde que los detuvieron, pero sus palabras cayeron en saco roto. Lo único que obtuvo fue un culatazo en la cabeza por parte de uno de los falangistas que los habían metido allí. Nada más llegar, los pusieron a todos en

una fila de a uno frente a un funcionario que les iba tomando los datos y haciendo preguntas.

—Nombre, dirección, afiliación a algún partido de izquierda o sindicato, profesión. —El funcionario fue apuntando con detalle las respuestas.

Cuando terminaron de dar sus datos, los guardias arrastraron a Lucas con otro puñado de presos a una celda cercana. Arturo fue llevado a otra, donde coincidió con Luis. Los muchachos se reconocieron al instante.

—¿Sabes algo de tu hermana? —le preguntó Luis a Arturo en cuanto lo tuvo cerca.

—Por desgracia, no. Lucas y yo seguimos luchando en la calle Pagés del Corro, pero el resto de mi familia se quedó peleando cerca de las barricadas; ninguno quiso abandonar el cuerpo de nuestro hermano muerto. La verdad es que no me preocupa Victoria sino Lucas. La herida de su pierna es muy grave y no creo que esos mamones estén dispuestos a ayudarlo. No sé qué ha pasado —se lamentaba el muchacho mientras apoyaba la cabeza en el muro de la celda donde los habían llevado—. Deberíamos haber recibido ayuda. Esto no debió pasar. Ganamos las elecciones, somos más los que pensamos diferente que los que piensan como ellos.

Arturo estaba abatido y asustado. Era aguerrido, pero el desastre que había vivido en Triana lo torturaba.

—Arturo —le llamó la atención Luis, mientras hablaba lo más bajo que podía—. No es el momento de lamentarse, eso ahora no nos sirve de nada. No tengo ni idea de lo que esta gente está dispuesta a hacer, pero me temo que no estamos en una buena situación. Yo no voy ni a moverme hasta que no tenga una idea más clara de lo que pretenden hacer con nosotros y te aconsejo que hagas lo mismo. Ya hemos visto de lo que son capaces.

»¿Sabes? —continuó Luis—. Hasta hace unos días nunca me había importado la política, ni siquiera voté en las últimas elecciones. Mi involucración en todo este lío ha sido más por la pérdida de mi hermano. Él sí era uno de vosotros, izquierdista de corazón y por convicción. He ayudado en lo que he podido solo por él. Ahora, y aún más desde la cárcel, ya no puedo hacer nada más. Creo que vivo seré más útil que muerto, así que pienso seguirles la corriente si eso me devuelve la libertad.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Arturo—. Eso de que te devuelvan la libertad no lo tengo claro. No es que quiera asustarte, pero ¿has visto la brutalidad de las detenciones? Mientras nos tenían con las manos atadas y en fila esperando a más compañeros, han entrado en multitud de casas con ametralladoras y granadas, volando todas las puertas que les ha parecido. Eso no me lo ha contado nadie, lo he visto yo con mis propios ojos. Han sacado a la fuerza a mujeres y a niños y han ejecutado a quien les ha parecido. Lo que te quiero decir es que no creo que salgamos de aquí con vida, así que va a importar poco si les seguimos la corriente o nos posicionamos en su contra. Para nosotros la suerte ya está echada.

Luis se mantuvo en silencio. El chico también había tenido el mismo pensamiento que Arturo, pero creía que, tal vez, él tuviera una posibilidad. Nunca había pertenecido a ningún partido político, no se había afiliado a ningún sindicato y los nacionales no tenían constancia de que hubiera luchado contra ellos. No lo habían detenido con ningún arma, sino en uno de los corrales de Triana, así que, si alguien tenía alguna oportunidad, ese era él.

La noche llegó pronto y los gritos de los heridos se hacían cada vez más intensos. No les habían dado nada de comer ni de beber y muchos tuvieron que hacer sus necesidades allí mismo, en el suelo gris de las celdas que les había tocado ocupar. Por unas horas, todo permaneció algo más tranquilo, pero ese espejismo se interrumpió en medio de la madrugada. Nadie estaba durmiendo, la mayoría preocupados por sus familias y la suerte que ellos mismos pudieran correr.

El guardia se paró justo delante de la celda que Arturo y Luis compartían con más presos y empezó a leer una lista de nombres.

—Nicasio Moreno, Jesús Rodríguez, Alberto Morales, Lucas Molina…

—¡Mi hermano! —dijo Arturo asustado—. ¿Qué quieren de mi hermano esos hijos de puta?

La lista de nombres parecía interminable. Los aludidos se fueron poniendo en pie o acercándose a la reja de las celdas sin decir palabra. Cuando el falangista terminó su letanía, abrió los calabozos, uno por uno, custodiado por sus compañeros, y obligó a los nombrados a salir. Pusieron a todos ellos en fila y fueron atándolos de dos en dos, primero por las manos y después por los codos. Desde las celdas, el resto de los prisioneros iban dedicándoles palabras de ánimo.

—Tranquilos, compañeros, la lucha continúa —decían algunos—. Ánimo, pronto nuestros camaradas nos sacarán de aquí. —Sin embargo, la verdad era que todos estaban aterrados, tanto los que se iban como los que se quedaban.

–¿A dónde os lleváis a mi hermano? —gritó Arturo—. ¿No veis que está herido y no puede ni andar?

—Eso que se lo hubiera pensado antes —le respondió uno de los guardias sin darle más explicaciones.

El malestar, el miedo y la inseguridad crecieron pronto entre los izquierdistas que se quedaron en las celdas. La incertidumbre de no saber qué pasaba era peor que una sentencia de muerte. La mayoría de los hombres a los que se habían llevado esa madrugada estaban heridos de diferente consideración y todos habían participado en los combates de Triana.

No hubo que esperar mucho para empezar a escuchar los primeros gritos. Las dudas iban despejándose. Más de tres horas continuaron con los interrogatorios, palizas y golpes. En las celdas, muchos de los presos se taparon los oídos. Mientras algunos lloraban, otros gritaban de rabia e impotencia. Nadie tenía claro cuál era el criterio que estaban empleando para elegir a unos hombres y no a otros, pero algo sí era meridianamente claro: no iban a tener compasión y llevarían la brutalidad por bandera.

Algunos de los muchachos volvieron a las celdas de donde los habían sacado horas después, pero parecía que había pasado una eternidad. Las caras hinchadas, los dedos rotos y las narices partidas lo decían todo. La mayoría no quiso hablar. Todos retornaron malheridos pero sobre todo humillados. Otros, sin embargo, ya no regresaron. Lucas fue uno de los que corrieron esa suerte. Por más que Arturo preguntó a voz en grito si alguno sabía algo de su hermano, nadie supo contestarle.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Qué habéis hecho con él? ¿Lo habéis matado? —seguía gritando sin cesar, agarrado a los barrotes de su celda.

La respuesta le llegó con un golpe de uno de los guardias para hacerlo callar. El cuerpo de Arturo retrocedió hacia atrás con el mamporro y cayó al suelo sin sentido. Cuando volvió en sí, ya era por la mañana y Luis estaba a su lado. El muchacho no tenía noticias nuevas para darle a su amigo. Ya nadie hablaba y los presos que



seguían en las celdas prefirieron no protestar.

35 LA VISITA

Sevilla, julio de 1936

Don Emilio había salido a la calle tomada por los militares, guardias civiles y falangistas. Caminó despacio y recorrió el corto trayecto que separaba su casa en Pagés del Corro de la de Carmen en Rodrigo de Triana. Llevaba su identificación en regla por si alguien lo paraba; siempre podía decir que tenía que visitar a algún enfermo. Se sorprendió de no encontrar ninguna traba en su camino, así que en cuestión de minutos estuvo dentro del corral Rueda. No estaba seguro de cómo encontrar a Victoria o a Luis, pero Maruja lo había visitado con sus hijas algunas veces y sabía dónde vivían.

El gran portón verde del edificio se encontraba abierto de par en par. No le pareció raro; nadie quería señalarse o desobedecer a las nuevas autoridades, aunque para muchos la procesión iba por dentro. Encontró en el patio a muchas de las mujeres de la casa intentando actuar con cierta normalidad. Algunas estaban vestidas completamente de negro mientras, sentadas en sillas de neas, se afanaban en las labores del día a día. Otras iban y venían detrás de sus hijos pequeños. Sin embargo, esa aparente calma encerraba un silencio extraño, triste, al que Sevilla no estaba acostumbrada. El trauma de lo vivido había hecho mella en la población civil, y los gritos y los tiros resonaban aún en la cabeza de todos. Ahora lo que imperaba era el puro miedo y nadie se atrevía ni a respirar.

—¡Buenos días! —le dijo el médico a la primera vecina que se encontró—. ¿Sería tan amable, por favor, de indicarme dónde vive Maruja Guerrero?

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos.

—No estoy segura, señor —le respondió con una mirada huidiza y se marchó corriendo, dejando a don Emilio con la palabra en la boca.

Otro de los vecinos que también se encontraba en el patio se dirigió a él.

—¿Puedo ayudarlo yo? —le dijo mientras se quitaba el cigarrillo de la boca.

El nombre del vecino era Fernando, un hombre alto y fornido que había vivido casi toda su vida en el barrio de San Julián y se había mudado poco antes de estallar la guerra al corral Rueda.

—Buenos días —volvió a intentarlo don Emilio—. Soy médico. Solo quiero ver a Carmen, la hija de Maruja; creo que necesitan mis servicios.

El hombre lo miró de arriba abajo, sopesando si lo que le decía el doctor era cierto.

—¡Carmen! —gritó Fernando desde el patio—. Baja, aquí hay alguien que te busca.

La muchacha se asomó a la baranda del pasillo y reconoció al instante a don Emilio. Se entendieron nada más mirarse. El médico había venido a hablar sobre Mario. Violeta aún no sabía nada del muchacho; llevaba un día entero en un duermevela y no había preguntado por él. Su pena era tan brutal, tan desgarradora que no le cabía otra cosa ni en su corazón ni en su cabeza. Carmen lo prefirió así de momento, no quería darle más malas noticias. Desde que había dejado a Mario en casa de don Emilio no supo más de él, por lo que no tenía ni idea de lo que querría decirle el médico. Tal vez Mario ya estaba muerto. Carmen bajó deprisa las escaleras de su casa.

—¡Gracias, Fernando! —le agradeció a su vecino—. Es don Emilio, el médico, ¿no lo has reconocido?

—La verdad es que sí, pero con los acontecimientos de estos últimos días uno ya no se fía ni de su padre.

—Gracias, Fernando —le dijo esta vez don Emilio—. Estoy totalmente de acuerdo contigo. En estos días es mejor ser precavidos.

—De nada, hombre —contestó Fernando, llevándose otra vez el cigarrillo a los labios.

—Carmen —empezó el médico.

—Aquí no, don Emilio —lo interrumpió ella—. Suba usted a casa y ya me cuenta lo que me tenga que contar. Como dice Fernando, no se puede uno fiar de nadie.

Ambos subieron por la estrecha escalera en silencio. Maruja estaba en la casa. No quería dejar sola a Violeta y que esta pudiera hacer alguna locura. Amparo y Luci se habían ido a casa de otra

vecina que también había perdido a su marido en las barricadas. La ayuda entre todos era fundamental en la situación que estaban viviendo y el corral Rueda siempre había destacado por la solidaridad entre todos sus vecinos. Carmen y el médico entraron en la minúscula casa.

—¡Don Emilio! ¡Cuánto me alegro de que esté usted bien! ¿Y sus tíos cómo se encuentran? ¿Ha venido a ver a Violeta?

—No, mamá —la interrumpió Carmen—. Don Emilio ha venido a darnos noticias de Mario. ¿No es verdad, doctor?

Tanto el médico como Carmen habían vuelto al formalismo que habían roto en casa de don Emilio cuando él les pidió a ella, a Victoria y a Luis que solo lo llamaran por su nombre de pila.

—Así es, Carmen. Mario despertó por fin y se está recuperando muy positivamente, pero, aunque lo he escondido lo mejor que he podido, temo por su vida y por las nuestras. Después de lo que se oye por la radio y lo que hemos estado viendo con nuestros propios ojos estos días, no me extrañaría nada que nos fusilasen si lo encuentran. De momento, creo que aún estamos a salvo, porque es pronto y los golpistas se están ocupando de las detenciones obvias. Además, ahora están ocupados en mantener el orden y despojar de armas al bando contrario. Sin embargo, sé de muy buena tinta que se están llevando a cabo ejecuciones sin juicios y que pronto harán inspecciones más exhaustivas en las casas. Seguro que incluso las denuncias entre vecinos no se harán esperar, por lo que no creo que pueda proteger ni a Mario, ni a mi familia, ni a mí mismo por mucho más tiempo.

—¿Cómo puedo ayudarlo yo, don Emilio? —le preguntó la muchacha sin comprender muy bien cuál podría ser su papel.

—Necesito que hables con Luis y Victoria. Ellos sabrán qué hacer. Tal vez tengan contactos y podamos sacar a Mario de la ciudad. Aún está muy débil, pero imagino que, si le damos un tiempo, podrá hacer el viaje. Es imperativo que lo lleven a zona republicana. Una vez que esté a salvo, podrá salir del país o seguir luchando con su bando.

—¡Por supuesto, don Emilio! Intentaré localizarlos y hablar con ellos lo antes posible.

—Por favor, Carmen, cuando sepas algo, ven tú sola a mi casa. Así parecerá que estás enferma y quieres consultar con un médico. Creo que correremos menos peligro de esa manera. Tenemos que darnos prisa para que Mario pueda salir.

—¿Mario? —preguntó Violeta mientras trataba en vano de incorporarse en la cama.

—No te muevas, chiquilla —le dijo Carmen mientras la iba recostando de nuevo en la cama.

—¡Violeta! ¿Cómo te encuentras, cariño? —le preguntó Maruja mientras le acariciaba el pelo una y otra vez.

Carmen puso al médico al día de todo lo que le había ocurrido a la joven de Zamora. El hombre se acercó a la muchacha y le tomó el pulso.

—Necesita mucho descanso, Carmen, se la ve muy débil. Cuando vengas a verme, te daré unas pastillas que le van a venir muy bien.

—¿Doctor? ¿Y Mario? —volvió a repetir Violeta.

El médico miraba a Carmen sin saber muy bien qué contestar. No quería alterar a la chica, pero Carmen le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Violeta tendría que enterarse tarde o temprano de todo lo que le había ocurrido al muchacho.

—Mario está bien, no te preocupes ahora por él. Está a salvo y recuperándose como tú. Ambos tenéis que descansar y reponeros pronto. Eso es lo más importante.

—¡Mario está bien! —decía la chica una y otra vez mientras volvía a la negrura de la inconsciencia que la envolvía desde su llegada a casa.

—Dejémosla descansar —apuntó el médico—. Ahora tengo que irme. No me gusta dejar a mis tíos solos con la situación que tenemos en casa. Además, no quisiera levantar ningún tipo de sospecha. El hecho de ser médico no quita el que haya pertenecido durante muchos años al sindicato y no es secreto que soy simpatizante republicano, por lo que tengo que ir con pies de plomo en todo lo que hago. No me cabe duda de que tarde o temprano me vigilarán, por lo que será mejor seguir con mi rutina diaria mientras pueda hacerlo.

—Me alegro mucho de haberla visto bien, Maruja. Carmen, espero tu visita lo antes posible. Tendremos que hacer muchos preparativos si queremos que el plan salga bien.

—Por supuesto, don Emilio, cuente con ello.

La muchacha le abrió la puerta de su casa mientras el médico se detenía un momento.

—Carmen —le dijo muy bajito, mientras le retenía la mano entre las suyas—, ¿recuerdas lo que hablamos el otro día? Ahora estamos juntos en esto. Por favor, llámame solo Emilio. —El médico le dio un suave beso de despedida en la frente y se marchó por donde había venido.

36 LA ENTREVISTA

Sevilla, julio de 1936

Hacía calor en la celda. La hacinación se había convertido en una realidad desde hacía días. El aire se sentía denso, casi irrespirable, y Luis y Arturo, al igual que todos los demás, estaban cansados y con ganas de salir de allí. Arturo ya tenía claro que no volvería a ver a su hermano. Lucas era el segundo hermano al que perdía en unos días. El muchacho tampoco tenía ninguna información del resto de su familia. Tenía miedo por los suyos y se sentía culpable por no haber podido proteger a Lucas. Esos eran pensamientos que lo llenaban de angustia y lo sumían en un ánimo de absoluta oscuridad. Arturo era el mayor de los hermanos Molina y sentía que había fallado en su obligación de defender a los demás. La voz de uno de los guardias lo sobresaltó mientras se enfrentaba abatido con sus fantasmas.

—Luis Fuentes Fernández —bramó el guardia a viva voz.

Luis se quedó petrificado y Arturo no supo qué decir. El guardia abrió la puerta de la celda y el muchacho se levantó.

—¡Suerte, amigo! —le dijo Arturo intentando animarlo—. Yo estaré aquí para cuando vuelvas.

—Gracias, Arturo, nos vemos pronto —contestó Luis intentando aparentar una calma que no sentía.

El muchacho se recompuso como pudo. Intentó alisarse un poco el pantalón y la camisa, los mismos con los que había entrado en la prisión, y con toda la dignidad que pudo salió de la celda y siguió al guardia. Mantuvo la cabeza erguida, no quería demostrar más miedo del necesario. Luis se seguía diciendo a sí mismo que no tenían ninguna prueba contra él. Tampoco podían probar que hubiera estado en las barricadas y, con suerte, nadie lo reconocería del asalto a la radio. Por lo menos, esas eran sus esperanzas. El guardia se detuvo delante de un despacho. Tocó a la puerta para pedir permiso antes de abrirla.

—Señor, aquí tiene al preso al que quería ver.

—Entren.

El hombre sentado al otro lado de la mesa era un militar que vestía el uniforme típico de la Falange. Luis no sabía mucho de rangos, pero imaginó que sería, por lo menos, un teniente. Hacía calor en la sala y el falangista tenía arremangada su camisa azul. El guardia, también falangista, que lo había llevado allí lo obligó a sentarse con una fuerte presión sobre su hombro. El teniente ni lo miró. El hombre estaba entretenido firmando unos papeles que muy bien podrían ser sentencias de muerte para los cientos de presos que se encontraban allí. Luis no se atrevió a hablar, así que permaneció en silencio mientras el hombre no quitaba sus ojos de aquellos papeles mientras le daba largas caladas a su cigarrillo.

Habrían transcurrido más de diez minutos cuando, por fin, el teniente de la camisa azul se dirigió al detenido.

—Me consta que fue arrestado hace unos días en Triana. Seguramente por participar en los motines del barrio. Sabe que eso implica pena de muerte, ¿verdad?

A Luis se le heló la sangre nada más oír esas palabras. Se decía a sí mismo que debía mantener la calma y defender su inocencia.

—¿Puedo hablar, señor? —se dirigió al hombre que, sentado frente a él, lo miraba fijamente.

El falangista tardó un poco en responder pero finalmente le dio su beneplácito con un simple gesto de cabeza.

—Señor —empezó Luis—, fui arrestado, eso es cierto, pero en uno de los corrales de Triana. No participé en los levantamientos, no pertenezco a ningún partido político ni a ningún sindicato, puede comprobarlo, y trabajo en el centro cultural de Triana. Allí pueden darle referencias de mi persona.

El teniente lo interrumpió levantando la mano.

—¿Qué me dice de su hermano? Creo que lo mataron por rojo, ¿no es eso cierto?

Luis sabía que era mejor no mentir, así que respondió con sinceridad a la pregunta del hombre.

—Es verdad que mi hermano tuvo un pasado izquierdista y sí, también es verdad que lo mataron. Sin embargo, ¿tenemos que ser

juzgados por las ideas de nuestras familias?

El teniente lo miró de arriba abajo durante un momento.

—¿Dónde estudió usted? —le dijo de sopetón.

—Fui a Los Javieres, en el centro, señor. Mi padre también asistió a ese mismo colegio, por lo que me apuntó allí.

—Pues hoy está de suerte. Lo he mandado llamar porque mi hijo, que también está en las filas de la Falange, se ha enterado de que está preso aquí y ha intercedido por usted. Por lo visto fueron compañeros de colegio en Los Javieres.

»¿Es usted un hombre de orden, señor Fuentes? Los que creemos en la causa nacional sí lo somos y solo queremos volver a construir España dentro de la tradición. Si puede probar que no ha participado con los rojos en los levantamientos y en la resistencia de los últimos días, tal vez pueda sernos muy útil. Este conflicto no durará mucho y mejor que esté en el bando correcto. Siempre estaremos dispuestos a aceptar en nuestras filas a hombres que luchen por la causa adecuada. Sin embargo, déjeme que le diga algo, si por el contrario hallamos algo en su pasado o presente que lo delate, las represalias serán rotundas. Acogeremos con buena voluntad a quien corrobore que se ha levantado contra nosotros solo por coacción o aquellos que, con pasado rojo, ya no quieran abrazar esas ideas y demuestren que son afines a nuestra causa. Recuerde que lo estaremos vigilando de cerca. Ahora, puede volver a su celda.

El teniente bajó la mirada y volvió a concentrarse en sus papeles mientras que a Luis volvían a llevarlo con sus compañeros. El joven sudaba profusamente y no había ni un solo músculo en su cuerpo que no le temblase. Luis se juró a sí mismo que, si para sobrevivir había que luchar por el bando nacional, así lo haría. Pensó en su hermano y sintió que le estaba fallando, pero con un muerto en la familia ya era suficiente. Esa no era su guerra, no eran sus ideas ni las de un bando ni las del otro. El solo quería volver a su vida de antes, tranquila, divertirse en los guateques con las chicas y poco más. Había sido un loco al dejarse llevar por sus sentimientos y rabia después de la muerte de Armando y posicionarse por el bando republicano. Esas habían sido las ideas de su hermano, no las suyas. La verdad era que, ahora, con el miedo en el cuerpo, solo quería mantenerse vivo; ya no se sentía tan fuerte y, desde luego, no quería estar en el bando equivocado. El chico quería que toda aquella locura acabara lo antes posible, por lo que tomó la resolución de obedecer y no hacerse notar

para salir de allí vivo lo antes posible. Luis había tenido suficiente, lo había intentado y había perdido. Sabía que, si sobrevivía, tendría que aprender a adaptarse a la nueva situación.

37 EL REENCUENTRO

Sevilla, julio de 1936

Después de la caída de Triana, todo se había derrumbado. Victoria, su padre y alguno de sus hermanos habían conseguido salir con vida de los combates en las barricadas del puente. Daniel, sin embargo, había muerto justo a su lado y no sabían nada de Arturo ni de Lucas. Los habían buscado en diferentes cárceles de la ciudad sin resultado alguno e incluso habían ido por algunos de los paredones donde todas las mañanas aparecían nuevos fusilados. La situación de toda la familia era crítica y necesitaban salir de Sevilla cuanto antes. Eran rojos de toda la vida y ahora se encontraban encerrados en una ciudad que había caído en manos de los sublevados en pocos días. Tenían el consuelo de haber luchado, pero Sevilla estaba perdida. La única salida era la huida a zona republicana.

Victoria y su familia sabían que no tenían mucho tiempo, que pronto los golpistas buscarían hasta debajo de cada piedra para dejar Sevilla —y los alrededores— limpia de rojos, por lo que era imperativo huir lo antes posible. La muchacha contactó con Antonio. Su amistad había crecido desde que ambos habían combatido codo con codo cerca del puente de San Telmo. Quedaron en verse en el corral donde vivían el joven y Carmen, así ella también podría participar en esa reunión. Victoria llegó de noche a la calle Rodrigo de Triana y Antonio ya estaba en el patio esperándola. Subieron directamente a la azotea, donde se encontraron con Carmen. Los tres amigos se fundieron en un abrazo profundo.

—Me alegro de que estéis bien. No sabía nada de ti desde hace días —le dijo Carmen a Victoria.

—Yo también me alegro de veros —respondió la joven—. No tengo mucho tiempo, como os podéis imaginar, pero quería veros para deciros que me tengo que ir de aquí. Creo que todos estamos en peligro en manos de estos locos, pero especialmente mi familia y yo. Tenemos un pasado rojo y hemos luchado abiertamente por nuestra causa. Mi padre y mis hermanos siempre han tenido puestos importantes en el sindicato y el Partido Comunista y eso nos convierte en dianas seguras. Nos vamos mañana a zona republicana.

—Victoria —la interrumpió Carmen—, ¿crees que podéis esperar unos días más? Don Emilio ha venido a verme y cree que Mario está en peligro quedándose en su casa más tiempo. Él también es de izquierda y teme que le hagan una visita y lo encuentren allí. Mario tiene que salir de Sevilla lo antes posible. Ha mejorado mucho de sus heridas, pero no sé si estará listo para viajar tan pronto.

—¿Crees que puede retrasarnos mucho? —preguntó Victoria directamente—. Está en juego la vida de mi padre y mis hermanos.

—Según Emilio, va mucho mejor, pero aún no he podido ir a verlo. Violeta está conmigo en casa y hemos estado cuidándola. Si Mario se va con vosotros, probablemente ella también quiera acompañarlo. No sé si sabrás, Victoria, que le han matado a su niño.

—Sí, me he enterado ya. Es algo que no pasa desapercibido. Lo siento mucho. Tal vez pueda hablar con mis hermanos y retrasar la salida un par de días, pero, si nos quedamos mucho tiempo, nos pondremos en peligro todos. Si Mario va a venir con nosotros, tendrá que ser pronto.

—Yo os acompaño —dijo Antonio—. Puedo seros de ayuda. Contad conmigo, por favor, ya no quiero estar aquí. Creo que aún no hay nada perdido, que podemos luchar por la República y, para eso, tenemos que estar en otro lugar que no sea Sevilla. ¿Sabéis ya adónde os dirigís?

—El objetivo final es Madrid, pero creo que nos iremos a Málaga primero. Está más cerca. Todo estará vigilado, pero iremos campo a través, viajando de noche y escondiéndonos por la mañana. Lo que me tiene más preocupada son mis dos hermanos, Arturo y Lucas. Los he buscado por todos los sitios, pero aún no sabemos si están vivos o muertos. Ya hemos enterrado a Daniel, así que no queremos perder a nadie más.

—Victoria, vete tranquila —le dijo Carmen mientras le cogía las manos—. Yo estaré pendiente, a ver si me entero de su paradero. Ahora lo importante es que os pongáis a salvo.

—Bueno, chicas —las interrumpió Antonio—, esta reunión se está alargando demasiado. Hay ojos y oídos en todas partes. Hay que tener cuidado con las denuncias.

—Triana siempre ha sido roja, ¿nos vamos a denunciar unos a otros? —preguntó Victoria.

—¿De qué te extrañas? —respondió Antonio—. La gente hará lo que sea por sobrevivir, es parte de la condición humana. Ayer mismo, en la calle Pelay Correa, se llevaron al cuartelillo al carpintero que vivía allí con su esposa. Menos mal que el hombre, por lo visto, tenía muy buena relación con su patrono, que escribió una carta inmediatamente y se personó donde los habían retenido para decir que ambos eran personas de orden y que el hombre trabajaba para él. Seguro que fue por la denuncia de algún vecino por lo que se lo llevaron.

—Está bien —zanjó la conversación Victoria—. No tenemos tiempo para más charla. Carmen, estaremos en Sevilla dos días más. Te mandaré algún mensaje con el sitio y hora donde nos veremos para irnos. Si Mario, Violeta o incluso tú, Antonio, no estáis allí a la hora y la fecha indicada, tendremos que irnos sin vosotros, ¿entendido? Aún no tenemos un plan montado, así que estad atentos por si mis hermanos deciden que hay que hacer algún cambio.

—Entendido —salió al paso Antonio—. Así lo haremos. Yo puedo ayudar a Mario y Violeta, si eso os viene bien, pero esperaré vuestras instrucciones.

—Yo iré a informar a Emilio de lo que hemos decidido —se ofreció Carmen.

—¿Tú te vienes con nosotros, Carmen? —preguntó Antonio.

—De momento, me quedaré aquí. Mi madre y mis hermanas me necesitan y no creo que ellas quieran moverse a ningún sitio. No tienen pruebas en contra de ninguna de nosotras, así que no creo que estemos en peligro, pero os echaré mucho de menos.

Los tres se fundieron en un abrazo profundo con la esperanza de que algún día, no muy lejano, se volvieran a ver. Aún era pronto para saber si eso sería posible.

***

Violeta se sentía mejor físicamente, pero su alma estaba vacía. Oía llorar a su hijo en todo momento y lo buscaba para acunarlo antes de recordar que él ya no estaba allí. Se había quedado en casa de Carmen; no quería volver a su pequeño cuarto, que tanto le recordaba a Juan. «No es justo», pensaba sin parar. Su niño no había cumplido ni un año, él no sabía de guerras, ni de ideologías, no le había hecho

daño a nadie y, sin embargo, ya no existía. Un daño colateral, decían que había sido. «¿Qué es eso?», se preguntaba Violeta. Lo habían matado y punto. Lo habían utilizado como escudo sin importarles nada más. Ya no quería estar en Sevilla. La ciudad estaba controlada por los que habían matado a su niño. Ya no tenía el brillo y la luz que tanto le habían gustado cuando llegó. Ya no tenía el mismo color; ahora todo era gris.

Carmen había hablado con ella, le había contado lo que le había pasado a Mario en el asalto a Radio Sevilla y que estaba recuperándose en casa de don Emilio. Sin embargo, Carmen también le dijo que el muchacho corría un grave peligro y que, si lo encontraban, era hombre muerto.

Violeta se sintió más fuerte y decidió ir a verlo. Era la primera vez que salía de casa después de la muerte de Juanito. Le costó mucho trabajo levantarse, pero quería ver a Mario; no lo veía desde el día del asalto a la radio. Juanito había muerto, pero tal vez pudiera ayudar a salvar a Mario. La muchacha llegó al domicilio de don Emilio y llamó tímidamente a la puerta. El médico se sorprendió de verla allí. Las ojeras oscuras de la muchacha delataban que aún no se encontraba bien.

—Hola, don Emilio —saludó, mientras el médico la metía rápidamente dentro de su casa.

—Hola, Violeta, ¿te encuentras mejor? No tienes buen aspecto.

La muchacha prefirió no contestar.

—¿Podría ver a Mario, por favor? —atinó a decir con dificultad.

—Ven conmigo, te mostraré donde está.

Con la ayuda de Violeta, el médico empujó el gran mueble de caoba que disfrazaba la entrada del escondite del chico. Mario ya podía ponerse de pie y se había ocultado detrás de la puerta hasta asegurarse de quién era el que intentaba entrar.

—No te apures, Mario, soy yo, Emilio. Te traigo una sorpresa.

La puerta se abrió poco a poco y el muchacho pudo ver el rostro dulce de Violeta, pero no parecía ella. Estaba muy demacrada, había perdido mucho peso en solo unos días y las ojeras alrededor de sus ojos hacían que parecieran hundidos. No estaba sonriente y su rostro desmejorado demostraba un inmenso dolor. La muchacha solo pudo

echarse a los brazos del chico y llorar.

—Os dejaré a solas —les dijo el médico—. Toca la puerta cuando quieras irte, Violeta, y vendré a abrirte. De momento, será mejor que vuelva a colocar el mueble en su sitio.

Don Emilio salió de la habitación casi sin hacer ruido, para no molestarlos. Violeta y Mario se quedaron allí abrazados por mucho tiempo, sin decir nada, solo el uno en los brazos del otro, llorando e intentando vaciarse de tanta pena. Violeta respiró profundo.

—Lo han matado —dijo al cabo de un rato, sin dar más detalles.

—¿A quién? Han matado a mucha gente. ¿Te refieres a Obdulio?

—No —dijo la muchacha casi en un suspiro—, a Juanito. Ellos lo han matado.

Mario no pudo responderle, lo ahogaba la pena. La apretó fuerte contra él y continuó besándola suavemente en la cara, en el pelo, intentando secar sus lágrimas, que caían sin cesar. Mario había visto nacer a aquel chiquillo y lo quería. Siempre estuvo dispuesto a tomar el papel de padre con ese niño al que, sin ser suyo, sentía muy dentro de él. A Mario se le desgarró algo en el alma que no lo dejaba respirar. En pocos días había perdido amigos, casi su propia vida y ahora la irreparable ausencia de Juanito.

Sintió una rabia irracional y unas ganas tremendas de matar a quienes le habían arrebatado la vida al pequeño. No había crecido odiando a nadie, pero lo que sentía en ese momento estaba seguro de que era odio, un odio mortal con ganas de venganza.

Cuando pudieron tranquilizarse, Violeta le contó todo por lo que había pasado en esos días y cómo había sucedido la muerte de su hijo. Mario, por su parte, le relató el fracaso rotundo del asalto a la radio y la muerte de Obdulio.

—Lo siento mucho, Violeta. Tú sabes que para mí Juanito era como mi hijo y habría hecho cualquier cosa para defenderlo. Maldita suerte la mía. Os he dejado solos y lo siento mucho.

El muchacho rompió a llorar, sintiéndose culpable.

—Shhh, calla, Mario. No digas eso. Tú no has tenido la culpa, han sido ellos los que han matado a Juan, no tú.

Mario se secó las lágrimas y miró a la muchacha directamente a los ojos.

—He estado muy cerca de la muerte y no he podido luchar lo mucho que yo hubiera querido en estos días, así que ahora es mi turno. No puedo quedarme aquí y poner en peligro a don Emilio y a su familia por más tiempo. Han hecho mucho por mí, pero podrían matarlos por esconderme. Además, quiero pasar a la zona republicana e incorporarme a filas. Aquí no puedo hacer nada, mientras que el ejército seguro que necesita más hombres. Ya he hablado con Carmen; ella se queda en Sevilla. No tiene por qué temer, no hay hombres en su familia ni tienen un pasado de izquierdas, así que aquí estará segura. Antonio, Victoria y su familia se van también, queremos ir a Málaga. El objetivo final sería ir a Madrid, pero Málaga está más cerca y es más realista ahora que aún estoy convaleciente. Desde allí podremos armarnos y luchar por la República. ¿Vendrás conmigo, mi amor?

—Yo también quiero salir y alejarme de aquí, irme a un sitio más tranquilo y vivir en paz con la memoria de mi niño. Sevilla ya no me dice nada si mi hijo no está conmigo, así que sí, Mario, me iré contigo.

—Me alegro mucho de que hayas tomado esta decisión. No sé qué habría hecho si me hubieras dicho que no. Saldremos esta misma noche, no se puede esperar más. Ve con Antonio; él vive en el corral y podrá acompañarte. No quiero que vengas conmigo porque te retrasaría; con Antonio estarás más segura.

La muchacha lo miró con ternura.

—Te quiero, Mario. Creo que siempre te he querido, pero las circunstancias de la vida nos lo han puesto muy difícil. —Le acarició la cara y le dio un beso en los labios. Mario la abrazó fuerte, como si quisiera retenerla consigo todo el tiempo del mundo.

—Yo también te quiero. Esta vez, me quedaré contigo. No voy a volver a fallarte.

La muchacha asintió y se deshizo del abrazo del joven suavemente.

—Voy a prepararlo todo y a despedirme de Carmen. Hablaré con Antonio. Me alegro mucho de que estés vivo; por lo menos, uno de los dos lo está.

Golpeó la puerta de la alacena para que don Emilio le abriese.

Tenía mucho que organizar y le dolía despedirse de Carmen, pero sabía que eso era lo que tenía que hacer.

La muchacha se sentía muy triste; muchas cosas habían cambiado en solo unos días y estaba segura de que mucho más iba a cambiar en ese mundo que se había vuelto loco. Ahora se veía obligada a volver a despedirse de la gente a la que quería, pero sabía que la familia que había encontrado en Sevilla se quedaría para siempre en su corazón. Ahora, sin embargo, era el momento de irse.

Violeta salió de la habitación agradeciendo al médico todo lo que había hecho por Mario y volvió al corral. Tenía aún mucho que hacer hasta la hora de ponerse en marcha.

38 LUIS

Sevilla, julio de 1936

Aún no había amanecido cuando arrastraron a Luis de nuevo fuera de su celda. Sus compañeros volvieron a darle ánimos.

—Nos vemos luego, camarada, no desesperes —le decían los otros presos.

Hacía algunos días que lo habían separado de Arturo y Luis no sabía cómo estaba el muchacho. Por un momento, pensó en él. «¿Seguirá vivo?». En su nueva celda había tenido la oportunidad de conocer a otros presos. Convivir con varios hombres en un espacio tan reducido durante días hacía crecer lazos de compañerismo. Cada uno había contado su historia: de dónde venían, quiénes eran, cuáles eran sus ideales, sentimientos y miedos. Luis sentía que esos hombres eran ahora como de su familia.

—Gracias, amigos —se despidió Luis levantando la mano—. Espero volver a veros pronto.

Dos guardias lo acompañaron al mismo despacho donde había tenido su conversación con el teniente. Una vez dentro, lo sentaron en la única silla que había en la sala. La habitación era poco acogedora y parca en muebles. Frente a Luis, había una gran mesa de madera llena de papeles y expedientes. Sobre ella, un cenicero lleno de colillas que probablemente no hubieran recogido en días. En la habitación había un sillón de piel color vino y una silla destartalada donde le ordenaron sentarse. Esta parecía mucho más baja que el sillón. Luis pensó que seguramente sería un método para intimidar. Un retrato de Franco colgaba de una de las paredes y una vitrina llena de material de oficina recogía los enseres de la habitación. Una sola bombilla colgaba del techo y unas cortinas oscuras, aún sin descorrer, ocultaban la única ventana tras la mesa llena de papeles.

Luis estaba nervioso, pero pensaba que algo bueno podría salir de todo aquello.

Por lo menos, no lo habían llevado al muro del cementerio, donde ya estaría con un tiro en la cabeza. El mismo teniente con el que había hablado el día anterior apareció en el cuarto. Lucía su uniforme de camisa azul falangista y tenía un cigarrillo entre los labios, a pesar de lo temprano que era. Su pelo negro estaba peinado hacia atrás con un brillo de gomina. Su aspecto era pulcro e impresionante. Se paseó de un lado a otro de la habitación antes de dirigirse al preso. Sus pasos se veían confiados y seguros, y eso hizo que Luis se sintiera más inquieto.

—Señor Fuentes —procedió el teniente—, hemos investigado su pasado y, tal como nos contó, no hemos visto trazas de un comportamiento rojo. Si es verdad que está dispuesto a abrazar nuestra causa y a seguir siendo un hombre de orden que luche por los ideales correctos, quizá podamos entendernos. Es una lástima que su hermano haya estado en el bando equivocado, así que, si usted toma las riendas y se encarrila, su familia no tendrá nada que temer. Sin embargo, deberá hacer algo por nosotros. Además de luchar con honor y ser un buen soldado, vamos a pedirle que tenga los ojos y los oídos abiertos para que pueda informarnos de lo que vea que pueda dañar a nuestra causa. ¿Entiende qué quiero decirle?

Luis se puso blanco. Había comprendido perfectamente lo que el teniente le había dicho y se sentía asqueado. No veía escapatoria: o se quedaba y hacía al pie de la letra lo que le mandaban o él y su familia estarían muertos.

—Sevilla está con nosotros —continuó el falangista—, pero siempre hay elementos sueltos que pueden dañarnos. Identificarlos será de momento su misión. Saldrá hoy mismo a la calle con uniforme falangista. Acudirá a cuantas reuniones sean necesarias para encajar en su nuevo grupo y tendrá que demostrarnos que su acercamiento a nosotros es real, puro y verdadero. Si, por el contrario, nos está mintiendo y solo está jugando con nosotros para evitar represalias hacia usted y su familia, que sepa que primero los fusilaremos a ellos y después lo eliminaremos a usted. Esas son nuestras condiciones. Las toma o las deja.

Luis estaba mareado. Sentía su corazón palpitar en la garganta y tenía la boca seca. Sudaba profusamente y no le salían las palabras del cuerpo. El muchacho sabía que tenía que pensar rápido.

Había querido a Armando con toda su alma, era su único hermano, pero ahora le tocaba mirar por sus padres y por él mismo. Luis era el menor de los dos; siempre había dejado que su hermano lo defendiera si había peleas en el colegio, y a él le gustaba seguir sus

pasos. Sin embargo, en el tema político habían sido muy diferentes. Armando era el más combativo y Luis, un cabeza loca hedonista que solo pensaba en pasarlo bien y estar tranquilo. El joven sentía que, si aceptaba la propuesta de los falangistas, estaría traicionando a su hermano. Al fin y al cabo, había participado en los acontecimientos de Triana por él. Pero ahora no solo su persona estaba en peligro, sino que toda su familia también. Lo que le acababa de decir el teniente no era una amenaza; era una sentencia. Esa gente no se andaba con chiquitas. Él hubiera preferido otra solución, pero ahora o delataba a sus amigos o era hombre muerto.

Luis se había criado en Triana, había nacido en el barrio y conocía a todo el mundo. Le había dado clase a mucha gente joven, y todos y cada uno de ellos eran de izquierda. ¿Qué debía hacer? ¿Inculparlos y condenar a todo el mundo o, por el contrario, seguir los ideales de su hermano y poner en peligro de muerte tanto a sí mismo como a su familia? «Lo primero que tengo que hacer es salir de aquí con vida», pensó, «y proteger a los míos». Ya idearía después otra solución para su nueva situación.

—¿Y bien, señor Fuentes? Estoy esperando una respuesta y no tengo todo el día. Parece que, si se lo tiene que pensar tanto, es que no lo tiene muy claro.

—No, señor. Por supuesto que acepto y le estoy muy agradecido por el ofrecimiento. No lo defraudaré, señor.

—Pues está bien, no se hable más. El sargento le dirá a dónde tiene que dirigirse mañana. De momento, vaya a su casa, descanse y mantenga los ojos y los oídos muy abiertos. Mañana le darán instrucciones. Ahora puede irse.

Los guardias lo sacaron a empujones de la sala, lo agarraron del brazo y lo arrastraron de nuevo a otra celda diferente. Estaba solo y desde allí no se oían los lamentos de los que hasta entonces habían sido sus compañeros.

—Espera aquí —le dijo un guardia—. Tengo que terminar tu papeleo para poder dejarte libre. Volveré pronto.

Luis se quedó allí, de pie, mirando a la nada. Se apoyó en la pared y se dejó caer en el suelo, haciéndose un ovillo cada vez más pequeño.

«¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?», se preguntaba a sí mismo mientras no dejaba de llorar.

39 LA HUIDA

Sevilla, julio de 1936

Cuando Violeta bajó de su casa, tenía los ojos rojos. Antonio no dijo nada; sabía que era duro despedirse de Carmen y su familia. Esas mujeres habían recibido a Violeta y a su hijo como miembros de su propia familia y habían hecho todo lo que estuvo en su mano por ellos. Carmen había sido los pies y las manos de la joven desde que llegó a Sevilla y, en Maruja, Violeta siempre encontró el apoyo de una madre para criar a su hijo. Decirles adiós no resultaba nada fácil, ni dejarlas atrás con la incertidumbre de la guerra, pero la muchacha ya no podía seguir allí. Eran demasiados los recuerdos y sentía que se ahogaba. Amaba a Mario y él ahora la necesitaba. Violeta pensó que no había podido proteger a su hijo, pero tal vez sí podría proteger a Mario.

Finalmente, se había decidido que fuera Antonio el que acompañara a Violeta en su viaje mientras que Miguel, el hermano de Victoria, iría con Mario.

—¿Estás lista? —preguntó Antonio.

—Sí. No necesito nada más —le contestó la joven mirando una pequeña bolsa en la que había metido lo imprescindible.

—¡Pues andando! Tenemos que ser muy cuidadosos, lo están vigilando todo. No somos los únicos que están intentando salir de Sevilla; por eso nos hemos dividido en grupos pequeños, para pasar más inadvertidos y tener mayor capacidad de movimiento.

—¿Mario? —preguntó Violeta.

—No te preocupes. Uno de los hermanos de Victoria lo recogerá para que vaya con él. Ahora vamos a centrarnos en nosotros.

Los dos muchachos echaron a andar sin mirar atrás. Violeta se sentía abatida. Sevilla había sido su casa durante un tiempo y allí había encontrado amor, ternura, risas, amigos y familia. Un año antes, no habría pensado que se vería obligada a abandonar la ciudad, pero lo ocurrido en los últimos días y el recuerdo de su niño muerto hacían

imposible que pudiera seguir allí. Violeta prefería recordarlo vivo, y en Sevilla no era factible. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y siguió a Antonio, que caminaba a paso ligero.

Miguel, el hermano más pequeño de Victoria y encargado de recoger a Mario, tenía el cabello oscuro como su hermana y el mismo desparpajo que ella. El joven se las ingenió para llegar a casa del médico sin ser visto, subió y tocó a la puerta.

—Don Emilio, don Emilio, soy yo, Miguel —susurraba el joven, mirando de un lado a otro.

El médico lo conocía de sobra. El muchacho había estado más de una vez en su consulta. Una de ellas, con un brazo roto por intentar saltar la reja de la iglesia de Santa Ana. Don Emilio miró por la mirilla antes de abrir la puerta. La figura de Miguel allí plantado lo tranquilizó. Mario tenía que irse lo antes posible; si encontraban a un emboscado en su casa, no habría perdón. El chico se encontraba mucho mejor, se había recuperado muy pronto, en contra de todo pronóstico, y ya estaba preparado, esperando para emprender el viaje. El doctor abrió la puerta lo más rápido que pudo y Miguel entró en la casa con la misma velocidad.

—Hola, señor. ¿Está Mario listo? —preguntó el muchacho con prisas.

—Sí, está listo. Deja que lo llame. ¿Cómo está tu familia, muchacho?

—Bueno… Todo lo bien que se puede estar con un hermano muerto, dos en la cárcel y el resto huyendo en desbandada para salvarnos de un fusilamiento seguro.

—Lo siento, hijo, de veras que lo siento —le dijo el médico mientras le daba palmaditas en la espalda—. Venga, no hay tiempo que perder. Sígueme a la cocina.

Allí, retiraron el aparador que cubría la puerta de la pequeña alacena donde se escondía Mario.

—Hola, soy Miguel, el hermano de Victoria —le decía este mientras le tendía la mano.

—Yo soy Mario. Muchas gracias por venir a buscarme. Pensé que me acompañaría Antonio.

—Sí, lo sé, pero hemos cambiado de planes. Él se encargará de hacer el viaje con tu novia. Él podrá protegerla mejor y viajarán más deprisa, y yo conozco a gente que nos puede ayudar por el camino en caso de que lo necesites. ¿Puedes caminar?

—Bueno, he intentado entrenarme lo que he podido en estas cuatro paredes y dar paseos de una punta a otra de la habitación, pero hace tiempo que no camino en la calle. Espero no ser un estorbo para ti.

—No te preocupes, vamos a estar bien. Si estás listo, yo también, así que en marcha.

Mario salió de su escondite y abrazó al médico que le había salvado la vida.

—Don Emilio, no tengo palabras para agradecerle lo que ha hecho por mí.

—No sigas, Mario —lo interrumpió el hombre—. Era mi obligación como médico y como ser humano. Además, ¿qué habrías hecho tú en mi lugar?

—Véngase con nosotros, don Emilio, por favor —le dijo Mario al médico—. Aquí ya no está a salvo. Si se enteran de sus antecedentes y de que nos ha estado ayudando, no sé qué le hará esa gente.

—No puedo, Mario. Mis tíos son muy mayores y antes tengo que atenderlos a ellos. Una vez los deje a salvo, probablemente os siga a zona republicana. No te preocupes por mí; serán unos días más.

—Vamos, Mario, date prisa —apremiaba Miguel.

—Está bien, señor, espero que nos volvamos a ver. —Mario abrazó al médico de nuevo.

—¡Ah, Mario! Casi se me olvida. Aquí tenéis una bolsa con algo de comer que os ha preparado mi tía para el viaje. ¡Mucha suerte, muchachos!

El médico salió primero para comprobar que el pasillo estaba despejado. Cuando les hizo una señal a los chicos de que era seguro, estos se dirigieron a la puerta y salieron sin decir nada más. El doctor cerró con pestillo y se apoyó en la puerta, deseándoles un buen viaje; sabía que ambos deberían tener mucho cuidado si querían llegar vivos a su destino.

Victoria y el resto de su familia habían salido por separado para evitar levantar más sospechas. Tomaron las calles menos iluminadas y esquivaron a las patrullas que recorrían el barrio sin cesar. Habían decidido dividirse en tres grupos: Victoria con los suyos formaba uno; Miguel y Mario, otro; y el último estaba constituido por Violeta y Antonio. Abandonaron la idea de encontrarse en la Cruz del Campo, el punto que habían escogido a la salida de Sevilla. Era demasiado peligroso, por lo que acordaron que cada grupo siguiera una ruta diferente campo a través. El objetivo era llegar vivos a Málaga.

40 DON EMILIO

Sevilla, julio de 1936

Hacía un par de días que Mario y los demás se habían ido de Sevilla. Ninguno de sus amigos tenían aún noticias de ellos, por lo que desconocían si estaban vivos o muertos. La situación seguía tensa en la ciudad. Don Emilio intentaba seguir con su rutina normal abriendo su consulta todos los días. Eso lo hacía sentirse más tranquilo. También el hecho de no tener escondido a Mario le insuflaba algo de valor. Pero sabía que pronto tendría que rendir cuentas a ese nuevo régimen que se había establecido en Sevilla, aparentemente para quedarse, si no se daba prisa en marcharse de la ciudad.

El médico no se consideraba a sí mismo un radical; sin embargo, estaba seguro de que aquella gente en el poder no opinaría lo mismo. Siempre había comulgado con la visión republicana y solo eso podría significar una posible sentencia de muerte en los momentos que estaban viviendo. Le preocupaban sus tíos; aunque ya eran ancianos y no creía que se atrevieran a hacerles daño, no las tenía todas consigo. No estaba seguro de si debería haberse ido con Mario y los demás, pero ya era tarde para pensar en eso, así que prefirió seguir atendiendo su consultorio e intentando no llamar mucho la atención.

Don Emilio ocultó las pruebas del escondite de Mario en su casa. Se deshizo del camastro en el que el chico había dormido y volvió a poner las baldas en la alacena que había hecho las veces de dormitorio del muchacho, llenándolas de botes y latas de conservas.

El doctor no tenía más de treinta años, pero, tras los últimos días, parecía que hubiera envejecido de golpe. Era un hombre alto, de complexión fuerte, pero hacía días que se le veía decaído y encorvado. No había descansado mucho desde que toda la locura de la guerra había empezado y sus ojeras azules se iban acentuando cada vez más. Aún le quedaban algunos amigos en Sevilla, pero cada vez eran menos. La mayoría de los cargos sindicales, políticos o simplemente personas con ideas de izquierdas habían huido lo antes posible, cuando ya vieron la situación perdida. Otros, con menos suerte, habían sido represaliados, incluso fusilados. El médico tenía miedo, pero, aunque nunca había ocultado su simpatía hacía la República, también había hecho mucho bien por su barrio y sus gentes, por lo

que pensó que aquello, tal vez, le valiera de algo entre tanto sinsentido.

Ese día, el hombre había terminado con su trabajo temprano. Había cerrado su consultorio y no tenía más pacientes esperándolo. Se sentía triste, agotado, así que decidió ir a visitar a Carmen. La muchacha le había gustado desde la primera vez que la vio. Necesitaba charlar con alguien y Carmen le resultaba interesante, era bonita y quería conocerla más.

Salió de su casa sobre las cinco y se dirigió al corral Rueda. En otras circunstancias, hubiera comprado flores, pero esos días la situación era distinta. No tardó mucho en llegar; su calle era paralela a la de la muchacha y estuvo en el patio de Carmen en menos de cinco minutos. Se había vestido bien, con su traje gris claro y un sombrero de fieltro con una cinta de raso del mismo color. Se sentía nervioso; nunca antes había tenido novia, no había dispuesto de tiempo para ello. Tampoco había rondado a ninguna chica, por lo que su experiencia en cosas del corazón era nula. Su carrera, sus tíos y sus estudios habían ocupado su vida y, hasta entonces, le habían bastado. Sin embargo, Carmen le quitaba el sueño y no conseguía dejar de pensar en ella. Emilio sabía que no era el momento adecuado para preocuparse por esas cosas, pero no podía evitar pensar en la muchacha.

Subió la escalera y llamó despacio a la puerta de la joven. No quería asustarla, ni a ella ni a su familia. En esos días, era muy habitual que la Policía o los militares llamaran a la puerta de los vecinos y se llevaran presos a mujeres y hombres por igual. Por eso llamó con delicadeza; los militares no llamaban así.

—¿Quién es? —preguntó Carmen desde dentro, con la puerta cerrada.

—Soy yo, Carmen. Emilio —contestó el médico—. He venido a verte.

—¡Don Emilio! ¿Pasa algo? —preguntó la chica, asustada.

—No, Carmen, no ocurre nada. Pasaba por aquí y he pensado que sería una buena idea venir a veros y preguntar si necesitáis algo.

Carmen abrió la puerta despacio. Su cara reflejaba sorpresa.

—¡No lo esperábamos por aquí! Pase, pase, no se quede en la puerta. Mi madre acaba de salir, pero yo me disponía a tomar un café.

¿Le apetece uno?

El médico la contempló con calma antes de contestar. Carmen le parecía preciosa. Su pelo negro rizado y sus ojos alegres parecían sacados de un cuadro de Julio Romero de Torres.

—Don Emilio, ¿está bien? ¿Quiere un café? —volvió a preguntar la muchacha, sacando al médico de su ensimismamiento.

—Perdón, Carmen, sí, me encantaría un café —intentó disimular el hombre.

El médico tomó asiento en una de las pocas sillas que tenía la casa. Ahora que estaba allí, frente a Carmen, no sabía muy bien qué decir.

—Aquí tiene —le dijo la muchacha, entregándole una taza de café solo al médico—. No tengo azúcar, pero sí le puedo dar un poco de leche si lo desea.

—No, Carmen, así está perfecto.

—¿Sabe algo de Mario y los demás? —preguntó la chica ansiosa —. Yo aún no he tenido noticias de Violeta. Seguro que no será fácil que nos mantengamos en contacto, por lo menos mientras dure la guerra, pero le supliqué que intentara hacernos llegar un mensaje cuando estuvieran en Málaga.

—No te pongas en lo peor, Carmen. Las comunicaciones no son buenas en tiempos de guerra. Además, Málaga está aún en manos republicanas, por lo que estamos en zonas diferentes. Nos informarán cuando puedan, ya verás. Si te parece, podemos hacer un pacto: el primero que tenga noticias avisará al otro sin perder un minuto, ¿de acuerdo?

Carmen se sintió mejor. Le gustaba ese médico bueno que tanto los había ayudado, pero eran tiempos de guerra, no de amor.

—Me parece perfecto —afirmó Carmen—. El primero que sepa algo avisará al otro.

Los jóvenes estuvieron un buen rato charlando y conociéndose mejor, aunque Emilio no se atrevió a hablar de sus sentimientos hacia ella. El médico se sentía ridículo; no era el momento y él lo sabía. Era una pena que se hubiera enamorado durante esos días convulsos. Se encontraba muy a gusto con Carmen y creía que a ella le pasaba lo

mismo junto a él. Maruja interrumpió a la pareja cuando Emilio ya estaba de pie despidiéndose.

—Mamá, mira quién ha venido a visitarnos. Don Emilio ha venido a preguntar si sabemos algo de Violeta o Mario, y yo lo he invitado a un café.

—Pues me parece muy bien, hija. Siento haberme perdido su visita, don Emilio. Ya le habrá dicho Carmen que aún no sabemos nada de ninguno de los que se fueron, ¿verdad?

—Sí, doña Maruja, yo tampoco sé nada, pero Carmen y yo ya hemos hablado para mantenernos informados cuando nos enteremos de algo.

—Ea, pues no se hable más. Estupendo, entonces —sentenció Maruja.

—Ahora debo irme. No me gusta dejar a mis tíos solos mucho tiempo. Muchas gracias por el café. Un placer verla, doña Maruja, como siempre.

—Lo acompaño abajo —le dijo Carmen mientras abría la puerta de su casa.

Los dos fueron caminando a paso lento, como si no quisieran llegar al final de la escalera.

—Me ha gustado mucho verlo —le dijo Carmen con timidez.

—A mí también, Carmen. Si te parece bien, mañana puedo venir a verte de nuevo.

La muchacha estaba realmente sorprendida, pero la visita de don Emilio había sido un bálsamo para tanta tristeza. Echaba de menos a Violeta, su vida anterior, poder hablar con amigos. Los echaba de menos a todos.

—Eso me gustaría mucho, don Emilio. Son muchos los que se han marchado o los que ya no están entre nosotros, así que será mejor disfrutar de los que aún están cerca. ¿No le parece?

—Por supuesto, Carmen. Me ha alegrado mucho verte y creo que el poder hablar con alguien nos hace mucho bien a todos pero ¿te puedo pedir una cosa? Dejémonos de formalidades, por favor. Llámame Emilio.

—Es verdad, Emilio, lo había olvidado —dijo la muchacha risueña—. Lo recordaré para la próxima vez.

El médico no se atrevió a descubrir más sus sentimientos. El tener la amistad de Carmen le bastaba por el momento. Se alejó con el corazón rebosante mientras la muchacha volvía a subir las escaleras ilusionada y con una sonrisa boba en la cara. Carmen se preguntó si sería posible que se estuviera enamorando. Todavía era pronto para saberlo, pero Emilio tenía muchas posibilidades de ganar su corazón; de eso estaba segura.

41 EL NUEVO FALANGISTA

Sevilla, julio de 1936

Luis se puso su nuevo uniforme en el centro cívico; no quería hacerlo en su casa. Se sentía avergonzado y aún no sabía cómo sus padres se iban a tomar el que ahora perteneciera a la Falange. Sus padres eran simples trabajadores que tenían una tienda de ultramarinos en la misma plazuela de Santa Ana. Su padre se había criado bien en la Macarena, había ido a buenos colegios, pero nunca le gustó estudiar. Se mudó a Triana después de su boda y se dedicó a trabajar toda su vida. No eran ni de izquierdas ni de derechas y nunca, al igual que Luis, habían pertenecido a ningún partido político ni tampoco a ningún sindicato. Armando era el único que les había dado dolores de cabeza con tanta política.

«Tendré que hablar con ellos», pensó Luis. Seguro que sus padres lo entenderían. Seguramente no querrían perder a otro hijo más, al único que les quedaba.

Luis no se creía sus propias mentiras y sabía que sus padres no estarían contentos al enterarse de que ahora militaba en las filas de los que habían matado a su hermano. Por eso no había encontrado el momento de decirles nada. Su madre se había alegrado mucho cuando lo vio llegar después de pasar varios días en la cárcel. Ya pensaban que lo habían perdido a él también. Habían estado días buscándolo, pero no habían conseguido que les dijesen nada ni de su paradero ni de cómo estaba. Luis se sentía abatido; no le gustaba que lo obligaran a pertenecer a ningún bando. Sin embargo, sabía que no le quedaba otra, así que intentaría pasar lo más inadvertido posible y punto.

El muchacho salió a la calle y se dirigió a la sede de la Falange en Sevilla, en la Avenida de la Libertad, donde le habían dicho que se presentara. Se sentía extraño vistiendo un uniforme; nunca antes lo había hecho. Salió muy temprano de Triana, cabizbajo y con prisas por llegar al centro. No quería que sus vecinos lo vieran vestido así. Cuando llegó a la dirección que le dieron, se presentó al mando y esperó instrucciones. No tenía ni idea de qué esperaban de él. No dejaba de pensar en Victoria; se había enterado de que ella y muchos de sus vecinos y amigos se habían marchado de Sevilla. Se alegraba por ellos. «¡Ojalá hayan conseguido llegar a zona republicana!», pensó

mientras esperaba. Probablemente él también se habría ido con ellos si no lo hubieran apresado. Se preguntó cómo estaría Arturo. Seguro que Lucas había sido fusilado, no le cabía la menor duda, o tal vez había muerto después de las torturas, pero tal vez Arturo tuviera alguna posibilidad.

«¡A quién quiero engañar!», se dijo a sí mismo. Arturo había sido capturado con un arma en medio de las refriegas de Triana, cerca del puente y de las barricadas. Su historial delataba su pasado izquierdista, miembro del Partido Comunista y afiliado seguramente a algún sindicato. No creía que tuviera muchas posibilidades. En realidad, no creía que tuviera ninguna.

Se sentó en uno de los bancos del pasillo de la primera planta. Las paredes eran muy blancas y, además de la bandera con un gran escudo de Falange con el yugo y las flechas, no había mucha más decoración. Se dejó caer sobre sí mismo y puso las dos manos sobre su rostro. Estaba cansado, frustrado y tenía miedo.

—¿Luis Fuentes? Acompáñeme, lo esperan.

Luis se levantó de un salto; no había visto llegar al muchacho de apenas dieciocho años que se había dirigido a él. Vestía su mismo uniforme y le abrió la puerta de un despacho al que se suponía debía entrar. Inseguro, Luis decidió pasar sin decir palabra. El chico se despidió con el saludo del brazo en alto y un «¡Arriba España!», y cerró la puerta detrás de él. Un alto cargo falangista lo esperaba sentado detrás de un gran despacho de caoba. Un teléfono negro colgado en la pared no dejaba de sonar mientras el hombre que lo observaba no parecía tener intención de cogerlo.

—Siéntese, por favor. Ya he sido informado de que formará parte de nuestro partido. Hemos empezado con buen pie, ha sido puntual. Odio a la gente que no puede seguir unas reglas básicas de orden. Recuerde que de momento lo estaremos vigilando. Tiene que demostrarnos que es cierto que quiere pertenecer al partido y ayudar a la causa. Seremos sus compañeros y lo acogeremos con los brazos abiertos siempre y cuando siga las reglas y haga lo que se le pide. Si es fiel a la patria, la bandera y hace lo que le digamos, no tendrá problemas, se lo aseguro. Si, por el contrario, todo esto es una pantomima para librarse de un fusilamiento seguro y de la vergüenza que infligirá a su familia, tenga por seguro que habrá represalias y no solo para usted.

Luis tragó saliva. El discurso era claro: o hacía lo que ellos

querían o era hombre muerto. Además, también habían mencionado a su familia. No les podía hacer eso a sus padres; ellos ya habían pasado por mucho.

—Aquí tiene un sobre con sus instrucciones. En la planta de abajo lo están esperando algunos compañeros. Hoy patrullará con ellos.

El falangista, que se había mantenido sentado detrás de la mesa, se puso de pie. Lo miró intensamente a los ojos y, levantando el brazo derecho, dijo a voz en grito «¡Viva España!». Luis respondió con el mismo saludo.

42 NOTICIAS

Málaga, febrero de 1937

Mario y Miguel llegaron a Málaga sanos y salvos en agosto del año 1936. Habían sido los últimos y no perdieron tiempo para contactar con el resto del grupo que también habían llegado desde Sevilla. Cada grupo había alcanzado la ciudad por separado y en distintas fechas. Sin embargo, todos tenían en común el estar agotados y asustados. El trayecto no había sido un camino de rosas para ninguno. Miguel y Mario habían caminado campo a través y se habían tenido que esconder más de una vez durante el día para seguir el recorrido por la noche. El calor había sido duro ese verano y las provisiones, escasas, aunque la comida preparada por la tía de don Emilio los había ayudado mucho. Habían dormido en cuevas, como los antiguos bandoleros; eso le decía Mario al hermano de Victoria para hacerlo sentir mejor. La serranía malagueña les había dado mucho cobijo y, tras unos días, Mario estaba recuperando muchas de las fuerzas que había perdido después de haber sido herido. Entrar en Málaga se les hizo fácil una vez cruzaron las filas enemigas.

Violeta había llegado después que Victoria y se había instalado con la familia de la muchacha en una pequeña casa hacinada en uno de los barrios malagueños. La zamorana estuvo muy preocupada hasta que volvió a ver a Mario. Ahora él era todo lo que tenía.

La familia de Victoria estaba bien conectada en la nueva ciudad y habían logrado salir de Sevilla con algunas armas, así que se sentían preparados para luchar por lo que creían justo.

Málaga había resistido bien el impacto del golpe militar. Al igual que Victoria y Mario, la mayoría de su población era de izquierdas, especialmente comunista, como ellos mismos. No en vano la llamaban «Málaga, la Roja». Mario tenía fe en que la ciudad se hiciera fuerte y fuera un gran foco de resistencia republicana, como lo estaban siendo Madrid o Barcelona. Por eso mismo la ciudad andaluza se llenó de refugiados de toda Andalucía que, como ellos, venían huyendo de pueblos y ciudades que habían caído en manos de los sublevados. Sin embargo, la vida en Málaga para los menos exaltados, como Violeta o Mario, tampoco fue fácil. Mario volvió a vivir los incendios de las iglesias, que ya había sufrido en Triana, los saqueos de las casas

burguesas y los asesinatos de personas que no pensaban como ellos. Aunque Mario sintió más libertad al estar en un lugar donde aún mandaba su bando, no pensó que hubiera escapado a los estragos de la guerra.

El padre de Victoria se las había ingeniado para enviar un mensaje a los que se quedaron en Sevilla a la espera de saber de ellos. Le hubiera gustado hacerlo nada más llegar, pero le había sido imposible mandarlo antes.

La primera en recibir la noticia fue Carmen. La red entre los milicianos era amplia y en el corral Rueda, aunque Sevilla estuviera ahora en manos nacionales, aún eran muy de izquierdas. Uno de los vecinos la puso al corriente de la llegada de sus amigos sanos y salvos a Málaga, y Carmen no se lo pensó ni un minuto; se dirigió directamente a casa de Emilio para darle las buenas noticias. Habían tenido que esperar meses para saber de ellos y la muchacha estaba muy feliz. Esas últimas semanas Carmen y el médico se habían visto con frecuencia, siempre en casa de Carmen, ya que el hombre consideraba peligroso que los vieran juntos. Su amistad se había convertido en un amor sincero y, aunque ambos sabían que ese cariño no había llegado en el momento indicado, se agarraron a él con desesperación.

La joven no corrió, prefirió ser discreta. Había aprendido rápido que no llamar la atención era vital en una situación como la que estaban viviendo. Cruzó la calle Pagés del Corro y abrió el gran portón de la casa del médico, subió por las escaleras y tocó al timbre emocionada. Se sentía contenta, no solo por la noticia que le iba a dar a Emilio, sino también por volver a verlo.

—¿Cómo estás, Carmen? ¿Va todo bien? —le preguntó la tía del médico amablemente.

—Sí, doña Virtudes, no se preocupe. He venido a ver a don Emilio, tenía que decirle algo.

—¡Claro que sí! Lo llamo ahora mismo. Hoy ha debido de pasarle algo porque está en su despacho desde que volvió de la calle y me parece más callado que otros días. Hoy en día no se puede estar tranquila.

—No se preocupe, seguro que no es nada. Don Emilio siempre está muy ocupado. Será algún caso que le preocupa.

—No, hija, un paciente no es, hoy ha anulado todas sus citas.

Pero pasa, por favor. Siéntate aquí ahora mismo, voy a buscar a Emilio.

Carmen se sentó contemplando la magnífica biblioteca que tenía el médico. Don Emilio no tardó mucho en llegar.

—¡Carmen! Me alegro de que estés aquí.

El médico iba a seguir hablando, pero la muchacha lo interrumpió dándole la gran noticia a bocajarro.

—Todos han llegado bien a Málaga, Emilio. Están en zona roja. ¡Lo han logrado! Después de tanto tiempo esperando noticias, se me ha quitado un gran peso de encima.

La muchacha se agarró al cuello del médico y lo abrazó con fuerza. Don Emilio la miró a los ojos y le devolvió el beso. Estuvieron abrazados un buen rato, pero la muchacha lo encontró preocupado. Las noticias del terror que campaba en Sevilla hacían que el médico se sintiera atemorizado e inseguro. Había intentado salir de Sevilla, pero una neumonía tuvo a su tío en cama y le cambió los planes. La situación para el médico cada vez era más complicada, por lo que, ahora que su tío estaba más recuperado, había decidido irse de la ciudad lo antes posible.

—¿Qué pasa, Emilio? —le dijo Carmen mientras rompía su abrazo —. No puedes mentirme, sé que algo no anda bien.

—Hoy han venido miembros de la Falange mientras mis tíos no estaban. Menos mal, porque quiero evitarles cualquier sofocón que se puedan llevar. Me han pedido papeles y me han hecho muchas preguntas. Saben que he pertenecido al sindicato y conocen mis ideas políticas. De momento, la cosa se ha quedado ahí, pero me temo mucho que esto no durará para siempre. Creo que he hecho mal en quedarme tanto tiempo en Sevilla, tal vez debería haberme ido a Málaga con los demás. Ya he contactado con mi familia de Huelva para que venga alguien a quedarse con mis tíos. Los estoy esperando de un momento a otro y luego me iré. No creo que tenga mucho tiempo.

—¿Qué crees que podrían hacer? Tú solo has estado ayudando a los demás, no has hecho nada malo…

—Sí, Carmen, pero me temo que ellos no lo van a ver igual que tú. Hoy me he enterado de que otros colegas con mis mismas convicciones ya están en la cárcel. Tenía la esperanza de que las cosas

no se pusieran así de feas, pero después de la visita de hoy ya no podré esperar más. —Emilio tomó a Carmen de la mano.

»No quiero dejarte aquí. ¿Te parece bien venir conmigo? Tu madre y hermanas también pueden acompañarnos. ¿Qué te parece, Carmen? ¿Vendrás?

—¡Me encantaría! Pero antes de darte una respuesta tendría que preguntarles a mi madre y a mis hermanas. Me gustaría mucho acompañarte, ya lo sabes, pero no me iré si tengo que dejar a alguna de ellas atrás —le dijo la muchacha, rotunda—. Desde la muerte de mi padre siempre he estado ahí para cuidarlas; yo soy la mayor y no creo que sobrevivieran a esta locura sin mí.

—Está bien. Respetaré tu decisión, pero creo que sería lo mejor para todos que os vinierais conmigo. Mañana volveremos a hablar. Yo iré a tu casa, no conviene que te vean conmigo. Otra cosa… —continuó el médico—. Iré a tu casa por la noche; por favor, estad preparadas para que nos marchemos de inmediato si es que os vais a venir conmigo. Tengo amigos que pueden sacarnos de aquí, pero tiene que ser mañana sin falta. Entenderé si quieres quedarte, pero me gustaría mucho que me acompañaras.

—Yo también quiero irme contigo, Emilio, pero dependo de mi familia. Mañana tendrás tu respuesta, te lo prometo.

Carmen se dirigió a la puerta, pero antes de irse besó al médico en los labios.

—Creo que lo quiero, don Emilio Real.

—¿Lo crees, Carmen? Yo estoy seguro de que te quiero a ti.

La muchacha dejó al médico y se apresuró a hablar con su familia. Tenía que convencerla.

***

Carmen esperó todo el día. Había hablado con su madre y sus hermanas al volver de casa de Emilio el día anterior. Todas habían estado de acuerdo en marcharse. Carmen les dejó claros sus sentimientos hacia el médico y su intención de marcharse con él, por lo que decidieron no separarse, a pesar de que hubo algunas protestas.

Ya estaba entrando la noche y Emilio aún no había aparecido. Carmen se sentía como una fiera enjaulada, yendo de un sitio a otro en la única habitación que tenía su casa. Amparo y Luci tampoco habían salido y se pasaron todo el día preparando comida y las pocas cosas que se iban a llevar. La mujeres estaban listas para ponerse en marcha en cualquier momento.

—Tengo que ir a verlo —estalló Carmen, rompiendo el silencio en el que todas estaban sumidas.

—De eso nada —le contestó su madre—. Don Emilio te dijo que de aquí no te movieras y por algo será. Aún no ha terminado el día y no te confirmó la hora en la que se pasaría por aquí.

—No, no me dijo la hora, es verdad —contestó Carmen—, pero di por hecho que sería antes. Mamá, tú no lo viste ayer, pero tenía mucha prisa por irse. Estaba asustado. ¿Y si le ha pasado algo?

—No digas tonterías, niña —la cortó Maruja—. Don Emilio es un hombre muy ocupado y seguro que está terminando con los preparativos para sus tíos. Es muy formal; si ha dicho que iba a venir, es que vendrá.

Carmen no pareció sosegarse con el sermón de su madre. En su corazón sentía que algo no iba bien, pero decidió quedarse por no darle más disgustos. Estuvieron esperando unas horas más; ya eran casi las once de la noche y la muchacha no pudo más.

—Lo siento, mamá, puede que tengas razón, que no sea nada y que Emilio esté bien, pero yo voy a ver qué pasa.

Esa vez Maruja no tuvo más remedio que asentir.

—Tienes razón, Carmen. Esto es muy raro, pero no vas a ir sola; yo voy contigo.

De nada sirvieron las protestas de Carmen. Maruja era de temperamento fuerte, igual que ella, y no consintió que fuera a ningún sitio a esas horas de la noche sola. Las dos mujeres salieron del corral Rueda, se agarraron bien del brazo y tomaron por el callejón Cisne hasta desembocar en Pagés del Corro, casi enfrente de la casa del médico. Agradecieron que no hubiera mucha gente por la calle.

Carmen se extrañó al ver la puerta del edificio donde vivía don Emilio abierta de par en par, pero no dijo nada para no asustar a su madre. El nudo que sentía en la garganta se le agrandaba cada vez que

subía uno de los peldaños de la escalera que llevaba a la casa del médico. Sabía que había pasado algo, estaba segura. Cuando llegaron a la puerta del piso, llamaron suavemente, casi como si no quisieran molestar. Esperaron unos minutos, pero no contestó nadie.

—Vámonos ahora mismo —le dijo Maruja a su hija mientras la agarraba del brazo y tiraba de ella.

—Mamá, lo siento, pero yo de aquí no me muevo sin saber lo que ha pasado.

Carmen volvió a llamar a la puerta, esa vez con más ímpetu.

—Emilio, ¿está usted ahí? ¿Doña Virtudes? ¿Hay alguien? —preguntó la muchacha, insistente.

Al no obtener respuestas, Maruja tiró de su hija con intención de irse, pero la vecina de enfrente al médico abrió la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, grosera—. Si no se van, llamo a la Policía ahora mismo.

A Carmen la sorprendió la reacción de la mujer. ¿Por qué decía que iba a llamar a la Policía? Ellas no estaban haciendo nada malo.

—Lo siento, señora, si la he molestado —la chica le siguió el juego—. Es que una de mis hermanas está enferma y necesitamos que el doctor venga a verla con urgencia. Mire, vengo acompañada de mi madre. ¿Por qué tendría usted que llamar a la Policía?

La vecina, que era mujer entrada en años, se disculpó. El discurso de Carmen parecía que había hecho efecto en ella.

—Perdóneme, señorita, una ya no sabe ni de buenos modales con la chusma que nos rodea.

Carmen se quedó petrificada. No quería decir nada que la implicara y, menos aún, que implicara a Emilio.

—¡Desde luego, señora, qué razón tiene!

Maruja permanecía callada, pero había entendido a la perfección el juego de su hija.

—¿Nos podría decir, por favor, dónde podemos localizar al médico?

—Les puedo dar la dirección de otro médico, uno decente, que es al que visitamos mi marido y yo. Aunque este tal don Emilio estaba enfrente de mi casa, ni una sola vez pisamos su consulta. ¿Sabían ustedes que estaba apuntado al sindicato? Además, sé de buena tinta que durante el levantamiento ayudó a más de un rojo. ¡Cómo iba yo a consentir que alguien así nos tratara a mi familia o a mí! Pero, gracias a Dios, ya todo eso se acabó.

Carmen y Maruja contuvieron un grito ahogado, pero supieron recomponerse a tiempo.

—¿Qué quiere usted decir? —le preguntó Carmen, intentando que su voz sonara natural.

—Hace solo unas horas han venido nuestros valiosos miembros de la Falange. He escuchado muchos gritos y golpes. Yo ya llevaba tiempo denunciándolo en comisaría, pero hasta hoy nadie había hecho nada. Les dije que tenían que investigar los antecedentes rojos de ese médico.

Carmen fingió sentirse interesada.

—¡Dios mío, no tenía ni idea! Menos mal que la patria todavía cuenta con buenos vecinos como usted, señora. ¿Y sabe si lo han detenido? —dijo Carmen, asqueada.

—¡Por supuesto! Claro que lo han detenido. No sé adónde los habrán llevado, pero imagino que no lo tendrán mucho tiempo encarcelado, si entiendes lo que te quiero decir.

Carmen quería chillar, lanzarse al cuello de esa arpía, pero hizo de tripas corazón y siguió preguntando.

—¿Y qué ha pasado con los tíos que también vivían aquí?

—¡Ah! El viejo salió con los pies por delante. Me fijé porque dejé entreabierta mi puerta y vi que sacaban a alguien con una sábana por encima. La vieja no era porque ella salió detrás del medicucho llena de moratones y sangrando por una herida en la cabeza. Seguro que a ella también le dieron lo suyo.

—¿Y el médico? —se atrevió a preguntar Carmen con un hilo de voz.

—¡Ah! El médico iba también medio muerto. Lo llevaban entre unos pocos arrastrando porque ni se tenía en pie.

A Carmen se le nubló la vista; ya no podía seguir disimulando. La joven se lanzó escaleras abajo sin querer escuchar nada más.

—¿Señorita? —la llamó la vecina—. ¿No necesitaban la dirección de un médico? ¿O solo habían venido a ver a este?

—Démela a mí —contestó Maruja, fría.

Con la dirección del nuevo médico en la mano, Maruja tuvo que arrastrar a su hija hasta el corral, ya que la muchacha apenas se tenía en pie.

—¿En qué mundo de locos vivimos, mamá? —preguntaba Carmen a su madre mientras sollozaba sin parar.

Sin volverse a mirar atrás, aceleraron el paso todo lo que pudieron y llegaron a su casa, donde se encerraron para poder llorar a gusto. Llevaban solo unas horas en el corral cuando unos golpes en la puerta les cortaron el llanto en seco.

—¿Quién es? —gritó Maruja de malos modos. Ya habían tenido suficiente por esa noche.

—Soy Carlos, señora, el vecino de abajo. Por favor, déjeme entrar. Tengo que hablar con Carmen.

Con mucho cuidado, abrieron la puerta y el muchacho se escurrió dentro como si fuera una lagartija.

—Carmen, iré directo al grano. Han detenido a don Emilio.

—Lo sé —le contestó la muchacha casi de un modo inaudible.

—¿Cómo lo sabes, si ha pasado hace muy poco? —preguntó el muchacho sorprendido.

—He ido a su casa —le respondió la chica—. Habíamos decidido irnos de aquí. Fíjate, no lo hice con Violeta y ahora, sin embargo, estaba decidida a irme con Emilio.

—Lo vi cuando lo sacaban de su casa —la informó Carlos—. Me acerqué a ellos y me llevé un culatazo, pero don Emilio pudo decirme que te avisara.

—Has sido muy valiente, Carlos, gracias. ¿Sabes algo más?

—No mucho, pero sí que está muy malherido y que se lo han

llevado los falangistas. A la tía creo que decían que la llevaban al loquero. La verdad, Carmen, es que no creo que la mujer aguante más allá de esta noche. La habían golpeado mucho.

—¡Ay, por Dios, doña Virtudes! —dijo Maruja mientras se llevaba la mano a la boca, bloqueando un grito seco.

—Lo que no sé es adónde se han llevado al doctor. Ya he hablado con algunos hombres. Don Emilio ha hecho mucho por todos nosotros, siempre ha ayudado a la gente del barrio y ahora no vamos a dejarlo solo. Cuando se los han llevado, un grupo de milicianos y yo nos hemos colado en la casa.

—¡Dios mío! —lo interrumpió Carmen—. Es peligroso. La vecina es una arpía y es la que los ha denunciado. Tiene ojos hasta en el cogote.

—Tranquila, Carmen, no nos ha visto nadie —siguió Carlos—. Pero siempre es bueno saber dónde tenemos enemigos. Además, estábamos buscando alguna pista que nos dijese dónde lo han metido.

—¿Qué has visto en la casa? —preguntó Carmen sin querer saber la respuesta.

—Es malo, Carmen, a ti no te puedo engañar. El tío ha muerto y la tía, como te digo, ha salido muy magullada. Allí había mucha sangre, ya sabes cómo se las gasta esta gente. Todo estaba revuelto, incluso el aparato de rayos X del que don Emilio está tan orgulloso estaba destrozado por el suelo. Habían registrado hasta el último resquicio de la casa. Todo era un caos, había papeles por todos lados, muebles volteados y todo estaba patas arriba.

A Carmen se le cayó el mundo a los pies. Carlos no se había ahorrado los detalles. Era mejor así; ella prefería no estar ciega y quería saber todo lo que hiciera falta para ayudar a Emilio en lo que pudiera.

—Carlos, ¿pensáis ir a buscarlo esta noche?

—Eso sí que no, Carmen, que te conozco —dijo Maruja—. Tú no vas a ninguna parte.

—Mamá, por favor, déjalo hablar.

—Sí —respondió el muchacho con sinceridad—. Pero, si estás pensando en venirte con nosotros, estás loca. No tienes que exponerte

más de lo que ya lo has hecho. Es muy peligroso. Yo te mantendré informada.

—De eso nada. Ahora mismo me voy con vosotros y ponemos esta ciudad patas arriba hasta dar con Emilio. Se lo merece y no lo vamos a dejar solo.

—Eso ya te lo he dicho yo, Carmen. No lo vamos a dejar solo, pero no vendrás con nosotros. Creo que tendremos más posibilidades de encontrarlo si vamos sin ti. Ahora tengo que irme; volveré luego.

Carmen no dijo nada, pero, cuando el muchacho se dirigió a la puerta, ella salió con él.

—Si no quieres que vaya con vosotros, está bien, iré sola. Lo que no voy a hacer es quedarme ni un minuto más en esta casa esperando a ver qué pasa. Emilio lo estaba preparando todo para que mi familia y yo saliéramos de Sevilla con él, se sentía en peligro y aun así quería protegernos a nosotras también. Te guste o no, iré a buscarlo esta noche, así que decide: ¿quieres que os acompañe o no?

El muchacho la miró incrédulo. Conocía a Carmen de sobra y sabía que no daría su brazo a torcer.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad?

—No.

—Pues entonces date prisa, porque nos están esperando abajo. La noche va a ser muy larga.

43 EL MAR

Málaga, febrero de 1937

Violeta había vivido toda su vida tierra adentro. Del Tera, el río que la vio crecer, no guardaba buenos recuerdos. Allí había tenido una de las peores experiencias de su vida. Solo podía recordar lo fría que estaba el agua mientras Ángel se lanzaba sobre ella. El Guadalquivir, sin embargo, le recordaba a Carmen, a Obdulio y a su pequeño Juan, cuando lo llevaba por sus orillas las mañanas de domingo. Nunca había visto el mar. Málaga le gustaba; tenía el mismo brillo del sur que había visto en Sevilla, la misma luz, pero también un toque marinero y salino que se notaba en el aire.

Málaga quedó bajo el control republicano tras el golpe y eso fue lo que hizo que Violeta y los demás se decidieran por esa ciudad, más cercana a Sevilla que Madrid. Las milicias obreras malagueñas no habían corrido la misma suerte que las de Sevilla y habían podido rechazar el golpe militar. Pero allí nada había sido fácil tampoco. Escaseaba la comida, solo seguía abierta la carretera hacia Almería para poder abastecerse y las inundaciones que estaban sufriendo en el último mes habían convertido Málaga casi en una isla.

Durante esos meses fuera de Sevilla, Violeta intentó aprovechar el tiempo para no pensar. Se presentó voluntaria en uno de los hospitales malagueños para ayudar en labores de enfermería. No tenía experiencia, pero pensó que podía aprender algo nuevo. El Miramar, un hotel de lujo del que habían disfrutado españoles y extranjeros, sobre todo en los templados veranos de Málaga, se convirtió en un centro sanitario para atender a todos los enfermos o heridos de la contienda.

Victoria presentó a Violeta a don Fernando Cabezola, médico principal del Miramar. Don Fernando, republicano recalcitrante, no estaba tentado a huir de su ciudad; quería ayudar en lo que pudiese y había aportado mucho instrumental y dinero al nuevo hotel reconvertido en hospital. El médico era amigo íntimo de uno de los primos de Victoria y fue él quien ayudó a Violeta a entrar en el hospital. Hacía falta personal, así que don Fernando aceptó encantado un par de manos más. El dinero no era mucho, pero suficiente como para poder subsistir si llegaban los víveres necesarios.

Mario prefirió adherirse a la causa republicana de inmediato, al igual que los hermanos y primos de Victoria. Una vez en Málaga, pasaron a formar parte de las milicias y se prepararon para defender la ciudad con uñas y dientes, como no habían sabido hacer con Sevilla. Victoria, como era de esperar, también se unió a las filas milicianas como informante, una labor peligrosa que muchas mujeres decidieron hacer.

Violeta iba a diario al Miramar; le gustaba su trabajo y aprendió mucho en esos días. Sin apenas darse cuenta, lo mismo estaba poniendo inyecciones que cambiando vendajes o ayudando a algún médico. El hospital tenía muchos pacientes, por lo que Violeta tuvo la oportunidad de aprender procedimientos que en circunstancias normales jamás hubiera conocido. Le había gustado su trabajo en la Cartuja entre lozas y pinturas, y ahora estaba descubriendo que también le gustaba ir al hospital. Había entendido que estar ocupada todo el día era su mejor medicina para no pensar. Prefería volver a su casa agotada y caer rendida en la cama con Mario.

Pasaron algunas semanas en ese trajín frenético, pero la situación cada vez estaba peor en Málaga. La ciudad estaba tan aislada que a veces ni los propios militares republicanos seguían lo marcado por Madrid. Había rumores de que los nacionales estaban cada vez más cerca, pero parecía como si el gobierno de la República negara la evidencia de ese avance.

Una vez se instalaron en la ciudad, Mario le había propuesto a Violeta que vivieran juntos. La muchacha no lo pensó dos veces. Ya no estaba Juanito, ni Carmen, ni Maruja; su mundo se había vuelto del revés y lo único que la separaba de la fina línea de la locura era Mario. Aceptó la propuesta del muchacho y encontraron una habitación en un barrio cerca del mar. Su amor hacia Mario era puro y verdadero, y habría dado lo que fuera por que todo siguiera así. Pero las cosas iban a cambiar muy pronto y ambos lo sabían. Por eso cada vez que tenían la oportunidad se abrazaban con fuerza y hacían el amor como si ese día fuera el último. En tiempos de guerra, esa frase era tan verdadera que, cuando se amaban, se besaban y juntaban sus cuerpos sudorosos, ambos podían sentir que algo de ellos mismos se desgarraba por dentro. Sus bocas unidas compartían el aire de los dos. Sus manos se exploraban mutuamente en rincones nunca antes conocidos. A veces, hacían el amor con furia hasta la extenuación y, cuando llegaban al clímax, se quedaban agotados, abrazados y sin fuerzas. Otras veces, preferían tomárselo con calma, como si el mañana nunca fuera a llegar, y se daban tiempo para acariciarse antes de juntar sus cuerpos en un vaivén sincronizado.

—Violeta… —le dijo Mario bajito mientras se encendía un cigarro en la cama que acababan de compartir.

—Dime, mi amor —le contestó la muchacha, que solo estaba medio cubierta por una sábana, a pesar de que era febrero.

—Hoy han atacado los alrededores de Málaga. Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Dentro de nada tendremos aquí a esos facciosos.

—Mario, aquí está pasando lo mismo que en Sevilla. Muchos de los heridos en el hospital me cuentan que hay muchos afectos a la República, pero tampoco hay suficientes armas. ¿Crees que tendremos alguna posibilidad de salir airosos o Málaga caerá en manos de esa gente como ha pasado con Sevilla?

—No lo sé, Violeta. Si la ciudad no recibe ayuda del exterior pronto, no creo que pueda salvarse.

—Una cosa tengo clara —le dijo la muchacha mirándolo fijamente—. Si entran, si toman la ciudad, no me quiero quedar aquí. No quiero tener nada que ver con los asesinos de mi hijo. —Violeta dejó salir toda su rabia y su dolor, y se abrazó a Mario llorando—. No puedo, Mario, lo comprendes, ¿verdad?

El muchacho la abrazó con ternura. Muy pocas veces Violeta hablaba de Juanito. Él fingía no darse cuenta, pero sabía lo mucho que lloraba a escondidas por las noches y que trabajaba durante horas para caer extenuada y no tener que pensar.

—No solo lo comprendo, sino que opino igual que tú. Si vemos que la causa está perdida, nos iremos hacia Almería. Hablaré con Victoria, a ver cuáles son sus planes. Creo que todos estarán de acuerdo en luchar hasta el final, pero, si vemos que no hay posibilidades de salvar Málaga, nos iremos, porque le seremos más útiles a la causa desde Almería o Madrid que desde una ciudad perdida.

—Está bien, Mario. Si vienen los nacionales, si eso sucede…

Violeta estaba aterrada, no podía seguir hablando.

—Sucederá —afirmó Mario bajando la cabeza.

—Si eso sucede —continuó Violeta— y no hay posibilidad de contenerlos, nos iremos a Almería. ¡Prométemelo!

—Prometido, amor, nos iremos a Almería —le contestó el chico mientras la abrazaba y empezaba a besarla de nuevo.

44 EL MURO DE LA VERGÜENZA

Sevilla, febrero de 1937

Carmen y Carlos estaban agotados. Habían estado toda la noche de un sitio a otro. Primero se habían acercado a la Prisión Provincial de Sevilla. Allí les dijeron que no sabían nada de un tal Emilio Real, médico de profesión, y que volvieran a una hora más oportuna. Esa noche no dejaron piedra por levantar en Sevilla. Visitaron la improvisada cárcel creada en el antiguo cine Jáuregui, el cabaret Variedades y algunas escuelas donde habían oído que llevaban a presos, pero no encontraron nada.

Carmen no podía pensar con claridad. Tenían que ocurrírsele más sitios, lugares en los que aún no hubieran mirado. Carlos no creía que consiguieran ningún resultado esa noche. Era peligroso seguir buscando; ellos mismos podrían acabar presos. Con mucho trabajo, Carlos convenció a Carmen para seguir con la búsqueda por la mañana, aunque la muchacha se resistía a volver al corral. No quería pensar en cómo se sentiría Emilio, en qué le estarían haciendo. Tenía la esperanza de encontrarlo con vida, pero el tiempo se agotaba y necesitaba saber dónde estaba. Carlos la llevó a rastras a su casa y la dejó allí con la promesa de que al día siguiente, muy temprano, volvería a buscarla.

Maruja estaba esperando a su hija despierta. Sus hermanas ya se habían ido a dormir, pero se despabilaron al escuchar a Carmen.

—¿Ha habido suerte? —la interrogó Maruja con la voz trémula.

—No, mamá. Seguiremos mañana. Hemos ido a todos los lugares que hemos podido pensar, pero nos dicen que allí no lo tienen. Mañana nos acercaremos a la plaza de España, a ver si podemos averiguar algo de los detenidos que están en los sótanos, o en el Ayuntamiento, ¡qué sé yo!

La chica se dejó caer en una de las sillas de la sala y, apoyando su cabeza en la mesa, comenzó a llorar. Maruja se sentía impotente, vulnerable; no tenía nada con qué consolar a su hija. El tiempo era esencial en ese tipo de detenciones y pensó, sin decirle nada a la muchacha, que ya podría ser demasiado tarde.

—Probablemente hay un sitio donde no habéis mirado, Carmen. Un sitio siniestro del que me han hablado. Ni siquiera sé si se puede visitar. Es el barco, el que está anclado en Tablada, creo que lo llaman el Cabo Carvoeiro. Si está en ese barco, tienes que estar preparada porque de allí no sale nadie vivo. En estos meses, me contó Teresa, han hacinado allí a tantos hombres que muchos han muerto por malnutrición y enfermedades. A su hermano de solo dieciséis años se lo llevaron allí y salió con los pies por delante. Carmen, no quiero ser pájaro de mal agüero, pero a la mayoría de los presos del Carvoeiro los llevan a las tapias del cementerio. Lo siento mucho, hija, pero en los tiempos que corren es mejor ser realista y enfrentarse a lo que pasa lo antes posible.

Carmen no había oído hablar de ese maldito barco y un escalofrío le recorrió la espalda solo de pensar en él. No se atrevía a imaginar siquiera la posibilidad de que Emilio estuviera muerto, ni tampoco que lo hubieran torturado. Emilio era tan bueno con todo el mundo que no se merecía un final así.

—Lo sé, madre, es una posibilidad, pero también existe otra… —dijo Carmen esperanzada—. La de que esté vivo y necesite ayuda; y hasta que no esté segura de cómo está, no pararé. Mañana iré con Carlos a los sitios donde no hemos podido ir hoy y también nos acercaremos al Cabo Carvoeiro. Pero le ruego a Dios que no esté allí.

Carmen se abrazó a su madre y siguió llorando; estaba abatida y muy cansada pero segura de que no podría dormir el resto de la noche. La muchacha no quiso acostarse y esperó a que llegara Carlos para seguir buscando.

45 LA DECISIÓN

Málaga, febrero de 1937

Mario estaba preocupado. Se había levantado temprano; no podía dormir. Dejó a Violeta aún remoloneando bajo las sábanas y se fue a la playa a respirar el aire frío del mar. En Málaga estaban esperando un cargamento de armas que venían desde Valencia, pero no acababan de llegar. La debilidad de las tropas republicanas era fehaciente; no había que ser un lince para darse cuenta de ello. El día anterior ya habían abandonado la ciudad muchos cargos militares y eso no le daba buena espina. No había unidad entre las tropas de la República; por el contrario, todo eran disputas y rencillas.

Mario tomó la decisión de no esperar más. Le diría a Violeta que se fueran a Almería lo antes posible. Tenía que aclarar algunas cosas con Victoria y su familia, exponerles sus ideas y ver si querían acompañarlos. Ellos siempre se habían portado muy bien con él y con Violeta, y quería saber la opinión de sus amigos antes de marcharse. El cabrón de Queipo de Llano ya había intentado hacerse con Málaga pocos días antes y el muchacho no veía posible que la ciudad sobreviviera a un segundo ataque.

El chico se arrebujó en su chaqueta de lana y siguió paseando por la playa; quería pensar. Encendió un cigarrillo y dejó que el aire frío de la mañana le alborotase el pelo. Decidió no esperar más y se dirigió a casa de los tíos de Victoria, donde la familia tenía su sede central.

—Victoria —la llamó desde el patio—, ¿estáis todos en casa?

La muchacha se asomó a una ventana de la segunda planta.

—No, Mario, solo Miguel y yo. Los demás han salido temprano.

—Está bien, subo de todas formas. ¿Te parece bien? —le dijo el muchacho.

Mario saludó a Miguel y entró con prisas en la casa.

—¿Qué haces por aquí a estas horas, Mario? —preguntó Miguel alerta—. Te veo preocupado. —Los jóvenes habían llegado a

conocerse bien después del viaje que hicieron juntos desde Sevilla.

—He hablado con Violeta. Ya hace días que decidimos que, si la cosa empeoraba, nos iríamos a Almería. No quiero quedarme en Málaga si no puedo luchar adecuadamente. Aquí nos está pasando como en Sevilla; otra vez nos vamos a ver obligados a pelear sin apoyos y ya sabemos cómo acabó aquello, ¿verdad? Creo que seremos más útiles en Almería, Madrid o incluso en el frente de Levante.

—Nosotros también lo hemos hablado —los interrumpió Victoria — y queremos quedarnos aquí.

Mario se quedó sin palabras, sorprendido; no sabía qué decir. Nunca imaginó que sus amigos decidieran quedarse en una causa perdida después de lo que habían vivido.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mario alterado—. Sabéis tanto como yo que Málaga está perdida. Si nos vamos hoy, mañana a lo sumo, podremos tener una posibilidad. Pero esperar… ¿para qué? ¿No habéis oído que hasta los cargos importantes de defensa de la República ya han volado?

—Precisamente por eso, Mario. Si el ejército rojo se va y los milicianos también lo hacemos, es servirles Málaga en bandeja de plata y no queremos hacer eso. Tendrán que luchar por ella. ¿No crees que merece la pena?

—Por supuesto que sí merece la pena —contestó el muchacho—, pero en lo que no creo es en un suicidio generalizado. Lo hemos intentado, superamos el primer ataque en enero, hemos esperado por las armas y las municiones que no han llegado y, a estas alturas, aunque llegaran, no sería a tiempo. Creo que podemos ser más útiles en otros frente. Si estamos equipados, podremos luchar con uñas y dientes, pero aquí ¿cómo vamos a defender la ciudad?

—Lo siento, Mario —lo paró Miguel—. Hemos tomado una decisión en familia. No nos vamos a marchar. Nosotros sí tenemos armas y, por lo menos, vamos a hacer el mayor daño que podamos. Luego, si tenemos que irnos, usaremos, si es posible, las redes milicianas para que nos ayuden.

—Eso no va a ser tan fácil y vosotros lo sabéis. Una vez que los nacionales entren, y con la ayuda de sus amigos los italianos y los alemanes, ¿cómo vais a poder salir de esta ratonera? Eso, contando con que sobreviváis al ataque.

Victoria lo abrazó suavemente y le susurró al oído.

—Amigo, nuestro viaje juntos ha llegado a su fin. No nos enfademos y respetemos las decisiones que tomemos, aunque no las compartamos. Lo que planteas, Mario, es una buena decisión para ti y para Violeta, pero no para nosotros. Creemos que nuestro destino está aquí y, si se tuerce y tenemos que morir, pues no es Málaga un mal sitio para eso, ¿verdad?

La muchacha le depositó un suave beso en la mejilla y se separó de él.

—Vete ahora, Mario, aún tienes muchas cosas que hacer. Recoge a Violeta y marchaos hoy mismo, si puede ser.

Miguel le extendió la mano. Mario se la estrechó, atrayéndolo hacia sí para darle un cálido abrazo.

—Adiós, amigo, volveremos a vernos —le aseguró Miguel.

—Adiós a los dos y a toda la familia —contestó Mario—. Nunca os olvidaré ni tampoco lo que habéis hecho por mí y por Violeta. Muchas gracias y mucha suerte a todos. Seguro que volveremos a vernos pronto.

—Seguro, Mario —le dijo Victoria—. Esto no es un adiós, sino un hasta luego. Cuida mucho de Violeta.

Mario salió de la casa con un sentimiento de vacío que le revolvió las tripas. Era el momento de la despedida. Ahora no podía seguir pensando en ello. Ya había dejado a mucha gente atrás en Sevilla; ahora tocaba dejar a más gente en Málaga. Volvió a salir al frío de la mañana para dirigirse a su casa. Se irían ese mismo día; ya no había vuelta atrás.

46 UNO MÁS DE LA TAPIA

Sevilla, febrero de 1937

Los primeros rayos de sol sorprendieron a Carmen vestida y sentada muy derecha en una de las sillas de su casa. Sus hermanas y su madre aún dormían. Ella no había pegado ojo en toda la noche. La cabeza le dolía; le había estado dando vueltas a la situación de Emilio y no le veía la salida. Tres golpes bajitos en la puerta la sacaron de su ensimismamiento. Carlos ya estaba allí.

—¿Estás preparada? —le preguntó el chico.

—Vámonos —le contestó ella a modo de saludo—. No hay tiempo que perder.

En menos de un minuto ya estaban en la calle. Lo primero que hicieron fue acercarse a la tapia del convento de la calle Pagés del Corro. A Carmen le pareció irónico que Emilio hubiera podido ser fusilado en su propia calle. Se acercó con el corazón encogido; esa madrugada en las calles de Triana se habían escuchado gritos y disparos y sabía con seguridad que había habido fusilamientos. La muchacha rogaba por que no fuera el médico. Cuando llegaron al convento, vieron con alivio que allí no había nadie. Caminaron por calles más estrechas y encontraron un par de cuerpos que ya habían sido tapados con sábanas. Familiares de las víctimas los rodeaban gritando y sollozando. Carlos confirmó que ninguno era Emilio. Carmen sentía el estómago en la garganta y tuvo que apartarse para vomitar.

—¿Estás bien? —le preguntó su amigo.

—Sí, Carlos, vámonos de aquí, por favor. Sigamos buscando.

En la calle dejaron a esas familias rotas, arrodilladas al lado de sus familiares muertos. Ya no lloraban; la resignación se mezclaba con la rabia y la imposibilidad de perdonar a los asesinos.

Carmen le habló a Carlos del barco Cabo Carvoeiro, pero se alegró cuando el chico le confirmó que no era necesario ir allí. Carlos le contó que el barco de la muerte, como era conocido, ya no

funcionaba como prisión flotante y ninguna persona se encontraba allí retenida. Esa información alivió a Carmen y le dio fuerzas para seguir buscando.

Continuaron de un lado para otro, como ya habían hecho la noche anterior. Una vez más, se acercaron a la Prisión Provincial y a la comisaría de Jesús del Gran Poder. Allí la cola era interminable, sobre todo de mujeres que agarraban a niños de las manos. Al igual que Carmen, todos deseaban saber algo de sus familiares. Una de las mujeres de la fila era una muchacha delgada que iba agarrada del brazo de su madre. Las dos tenían las caras desencajadas y Carmen imaginó que estarían buscando al padre. Cuando les tocó el turno, dieron un nombre: Andrés Rodríguez. Uno de los guardias les dijo que su familiar ya no necesitaba más el canasto.

—¿El canasto? —preguntó la muchacha confundida.

—Sí, el canasto. ¿Quieres que te lo deletree? Ese tal Andrés por el que preguntáis ya no necesitará que vengáis más a buscarlo porque ya no está aquí. Le han dado *voletío*, pasaporte, puerta, ¿me explico?

Las dos mujeres rompieron en sollozos y gritos que hicieron que a Carmen se le encogiera el corazón. Carlos tuvo que atender a la madre, que se desmayó en la sala donde estaban, mientras que la hija se arrodilló a su lado llorando. La joven no tendría más de quince años. Carlos, con la ayuda de otros hombres, las sacó a la calle como pudo. Carmen, por su parte, se mantuvo en la cola para no perder su turno; ella poco podía hacer ya por esas dos mujeres.

Cuando Carmen se acercó a la ventanilla preguntó por el médico. El tiempo parecía haberse detenido mientras el guardia repasaba una lista mugrienta con cientos de nombres.

—Sí —le dijo el hombre—. Lo trajeron anoche.

Carmen creyó morir.

—¿Anoche? ¿Puedo verlo? ¿Puedo hablar con él? —Las preguntas se le agolpaban en la garganta. Quería gritar, quería insultar a todos los que estaban allí y eran cómplices de lo que le estaba pasando a Emilio, pero intentó mantener la calma—. ¿Se encuentra bien?

—Pues no lo sé —le dijo con malas formas el guardia—. Usted no me ha dejado terminar mi frase cuando me ha cortado haciéndome todas esas preguntas. Le he dicho que llegó anoche, pero no le he dicho que ya no está aquí.

A Carmen se le cayó el mundo a los pies; sabía lo que eso significaba y sabía que había llegado tarde. Aun así, se mordió la lengua; quería información, quería encontrarlo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, la muchacha le lanzó la pregunta al guardia, con entereza, sin lágrimas.

—Si no está aquí, ¿dónde lo busco ahora?

—¿Dónde va a ser, mujer? Vete a la tapia del cementerio.

Eso fue lo último que Carmen escuchó. Se despertó un largo rato después sentada en la plaza del Duque con Carlos a su lado. Sentía una profunda pena. No había podido empezar una relación con Emilio cuando ya se lo habían arrebatado. Ahora estaba segura de que lo había perdido para siempre.

47 LA CARRERA AL INFIERNO

Málaga, febrero de 1937

Mario regresó a su casa; aún era temprano y el frío de la mañana se le había calado en los huesos. Abrió la puerta despacio, no quería sobresaltar a Violeta; pero ella ya estaba levantada, vestida y preparando algo parecido al café. Mario le dio un beso de buenos días y se acercó a la ventana. Desde allí, el mar se veía revuelto, parecía que se había contagiado de la confusión que reinaba en España.

—Esta mañana te has ido muy temprano. ¿Por qué no me has despertado? —le reprochó la muchacha.

—No quería molestarte. Me fui a la playa, quería despejar mis pensamientos. He decidido que tenemos que irnos y no creo que podamos esperar más.

—Está bien, Mario. Sabía que este día llegaría, así que estoy lista.

—Hay algo más —dijo el muchacho preocupado—. He estado en casa de Victoria y su familia; quería saber qué opinaban de todo esto y qué iban a hacer.

—Bien —le contestó Violeta—. ¿Ya están ellos preparados? Si es así, por mí no te preocupes, que estoy en cinco minutos.

—No, Violeta, no es eso —dijo el chico en voz baja—. Ellos no vienen.

Los dos guardaron silencio. Tanto Violeta como Mario habían tomado juntos la decisión de dejar Málaga, pero nunca se les ocurrió que sus amigos, los que los habían ayudado a salir de Sevilla, no se fueran con ellos.

—¿Por qué? —preguntó Violeta espantada—. Seremos más útiles en otros frentes. Esta ciudad está perdida, ¿no se acuerdan de lo que pasó en Sevilla? ¡Ni los republicanos se están quedando!

—Ellos no opinan así —dijo Mario—. Piensan que, si todos nos vamos, les entregaremos a esos rebeldes la ciudad sin luchar. Quieren pelear, oponer resistencia y dicen que las redes de los milicianos los

sacaran de aquí, si es que llega el caso de que esté todo perdido.

—¿Tú qué opinas? —preguntó la chica sin dejar de mirarlo.

—Creo que es exponerse demasiado. Sigo pensando que seremos más útiles en Almería. Desde allí podemos salir hacia Levante, Madrid o Barcelona. Además, quiero entrar en el ejército leal y no podré hacerlo en una ciudad bajo el yugo de los nacionales.

—Está bien —respondió la chica—. Como te dije antes, puedo estar lista en cinco minutos. Nadie tiene la respuesta correcta en este lío en el que estamos todos metidos, así que cada uno que haga lo que crea más oportuno. Les deseo toda la suerte del mundo, seguro que los vamos a echar de menos. Victoria y los suyos nos han ayudado mucho y les estaré agradecida siempre.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Mario—. Probablemente sin Victoria yo ya estaría muerto y me apena mucho que no quieran acompañarnos, pero estamos viviendo unos tiempos convulsos y no hay que juzgar a nadie.

Los dos chicos no tardaron mucho en recoger lo preciso y salir del pequeño lugar que durante esos meses había sido su casa. Violeta cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo.

—¿Para qué haces eso? —le preguntó Mario sorprendido—. No creo que vayamos a necesitarla más.

—Lo sé —le contestó la muchacha—, pero durante estos meses este ha sido nuestro hogar. Quiero tener un recuerdo tangible de ello. Esa llave representa mucho para mí. Es un símbolo de nuestro amor y nuestra unión, y por eso quiero llevarla conmigo.

Mario no supo qué decir. La miró a los ojos y la besó en los labios.

—¿Preparada, mi amor?

—Sí, adelante.

Violeta se apresuró a echarse el chal negro por los hombros; era febrero y hacía frío. De repente, su mente retrocedió dos años atrás, a otro febrero aún más frío en el norte de España donde el destino había querido que su vida cambiara para siempre. La noche de su violación. La muchacha intentó apartar ese pensamiento de su cabeza y se enfocó en lo que esa noche también le había dado. Su hijo, su pequeño

Juan, que había sido suyo y solo suyo por muy poco tiempo. Se dejó envolver en el recuerdo cálido de Juanito para darse fuerzas y continuar el viaje. Imaginó su carita redonda y sus rizos amarillos se le aparecieron delante de los ojos, como si pudiera tocarlos. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Violeta? ¿Estás bien?

Mario la devolvió a la realidad.

—Sí, estoy bien, Mario, solo pensaba en otros días fríos de febrero.

El muchacho la tomó de la mano y, caminando, se dirigieron a la carretera que unía Málaga con Almería. El camino a pie se hacía duro y largo. La carretera estaba en muy mal estado y grupos de cientos de personas se iban agolpando en una marcha sin retorno. Cada vez había más hombres, mujeres y niños caminando en su misma dirección, y Mario pensó que todos habían tenido la idea de salir de la ciudad el mismo día. La carretera estaba enmarcada por el azul del mar Mediterráneo por un lado y las montañas de la serranía malagueña por el otro. De esa manera, el único camino que todos podían seguir era hacia delante. Mario estaba muy callado, parecía preocupado.

—Mario, ¿qué te pasa? ¿Has cambiado de opinión?

—No, ni mucho menos —le contestó a Violeta sin mirarla a la cara—. Estoy triste, desilusionado con unos y con otros. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

—Pues veo el mar, un mar azul y alterado, como todos nosotros. También veo montañas, el cielo, la carretera por donde andamos y veo gente, mucha gente que camina detrás de una esperanza.

—¡Exacto! —la interrumpió—. Mar, montañas y una sola carretera, un único acceso a la ciudad. Si los republicanos hubieran querido, habrían defendido mejor Málaga. Solo si Madrid hubiera querido ayudar no se perdería como se está perdiendo en este mismo momento. Eso me duele, parece que no solo los rebeldes nos atacan, sino que tampoco nos aclaramos ni entre nosotros mismos. Estoy seguro de que se podría haber hecho mucho más. Málaga no tendría que perderse, pero nos falta unidad. Algunos se sienten muy comunistas, otros son muy anarquistas y otros muy republicanos. Con esa falta de unidad nos hacemos daño a nosotros mismos.

»Desde que hace unos días empezaron los bombardeos, ¿tú has visto a los soldados de la República haciéndoles frente? Ni una bomba republicana se ha lanzado. Es triste ver todo esto, pero es más triste aún vivirlo.

Violeta no supo qué decir. Nunca lo había visto de esa manera, pero ahora que Mario lo mencionaba le parecía algo muy razonable. La República había dado por perdida Málaga y no se estaba molestando en ayudarla.

—Vamos, Mario, pensemos en otra cosa. No hay mucho que tú o yo podamos hacer, así que sigamos adelante.

La carretera se empezaba a llenar cada vez más de gente, la mayoría malagueños y andaluces que se embarcaban en una huida desesperada. Había familias enteras, muchas mujeres solas con niños pequeños, hombres que cargaban con bultos y otros iban sin nada. La carretera se hacía cada vez más angosta, especialmente cuando llegaron a la altura de Motril. Los niños lloraban, exhaustos de cansancio y hambre, y Violeta no podía dejar de pensar en su hijo.

Mario se ofreció a llevar a algunos pequeños en brazos, para aliviar a las madres del peso de los chiquillos. Todos tenían miedo; querían llegar a Almería lo antes posible. No había mucha conversación. Algunos carros llevaban a ancianos y niños, pero la mayoría de la gente iba caminando por una carretera que no era apta para ninguna de esas edades. Los que montaban en burros o mulas eran los más afortunados, pero no había más de tres o cuatro bestias hasta donde Violeta podía atisbar.

De repente, todo se volvió negro. Nadie sabía por dónde llegaban las bombas. Caían como granizo en una tarde de verano. Los aviones sobrevolaban sus cabezas, masacrando a los caminantes sin importar edad o condición.

—¡Violeta! —gritó Mario para hacerse oír entre tanto ruido—. Ven, corre, más rápido, más rápido, hacia la montaña.

La muchacha se había quedado paralizada por un momento. Tomó la mano del chico y se ocultaron entre la maleza y las rocas de la ladera de la carretera. No era un buen escondite y ambos lo sabían. No había tiempo de pensar, no había tiempo de reaccionar; solo de refugiarse o correr. Los carros que hasta hacía poco habían visto cargados de familias ahora estaban tirados en medio del camino. Ya no se veía a las personas que segundos antes estaban montados en

ellos, solo se escuchaban llantos y gritos. Los cadáveres se agolparon unos encima de otros. Muchos pequeños gritaban llamando a sus madres mientras ellas yacían inertes con las entrañas abiertas

Violeta no podía moverse, no podía gritar. Era tanto horror el que estaba viviendo que por un momento se quedó paralizada. El bombardeo la transportó al día que mataron a su hijo; también había gritos, balas y confusión. Muchos hombres heridos caminaban como muertos vivientes y las que habían sido sus ropas un minuto antes ahora estaban hechas jirones. Los ojos de Violeta no podían acostumbrarse tan rápido a tanta atrocidad. Vio a una madre sentada en la cuneta abrazando a lo que seguramente había sido su bebé. El bulto estaba tan maltrecho que solo se distinguía carne y sangre.

«No pienses», se dijo a sí misma. Si quería sobrevivir, tenía que apartar la imagen de Juanito de su cabeza.

Muchos padres tenían a sus hijos más pequeños sobre los hombros mientras tiraban de los mayores de la mano. Una anciana gritaba, sujetándose un muñón donde antes había estado su pierna, mientras todos corrían sin prestarle atención. Nadie tenía tiempo para ella.

—¡Violeta, reacciona! —le gritó Mario—. Tenemos que seguir adelante. ¡¿No te das cuenta de que no podemos ayudarlos a todos?!

Antes de que pudieran ponerse a salvo, el reguero de bombas aéreas se vio acompañado por bombardeos desde el mar. Aquello era una auténtica ratonera. Violeta pensó que allí había miles de personas que iban a morir y a nadie le importaba, ni a un bando ni a otro.

Violeta y Mario siguieron esquivando las explosiones. La chica vio a un niño, no mayor de un año, gritando a moco tendido en medio de la nada. No se lo pensó dos veces; se lo cargó a la cintura y, con él a cuestas, siguió su carrera. Mario iba delante allanando el camino, mientras la chica lo seguía de cerca casi sin aliento. El chiquillo seguía llorando ya casi sin voz. Sortearon varios cadáveres para avanzar en su camino. Miles de personas se agolpaban chillando, llorando y muriendo delante de sus ojos. No había tregua; no podían pararse. El mensaje era claro; de ahí no iba a salir nadie vivo.

Mario vislumbró algunas casas cerca de la costa e intentó dirigirse a ellas. Violeta y el pequeño lo seguían a corta distancia. Aporrearon las puertas de algunas de las casas, pero nadie les abrió, ni siquiera respondieron a sus súplicas.

—Ya sabemos —les gritó Mario— que nos han amenazado con

fuertes represalias si nos ayudamos entre nosotros, pero ¿es que no veis que nos están aniquilando? ¿Cómo es posible que no hagáis nada? ¡¡Vosotros sois tan cómplices como ellos si no abrís las puertas!!

Una voz, desde dentro de una de las casas, les gritó que se fueran.

—Nosotros también tenemos hijos y no los vamos a poner en peligro por gente extraña —les gritó uno de los vecinos.

Los jóvenes sabían que allí no tenía nada más que hacer, así que volvieron a la carretera. Las bombas seguían cayendo desde el mar y el cielo. Continuaron corriendo y se toparon con una mujer desesperada. Parecía que buscaba a alguien. Sus gritos atormentados resonaban por encima de las bombas llamando a su hijo. Cuando estuvieron más cerca de ella, el pequeño que Violeta cargaba la reconoció. La mujer llegó hasta el pequeño trío y el niño le echó los brazos llorando. Violeta comprendió que era su madre. La chica se lo arrebató de los brazos.

—¡Gracias a Dios! —gritaba la mujer, que no debía de tener más de unos veinte años—. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! —chillaba una y otra vez. Salió corriendo con el bebé sin darle las gracias. No había tiempo de conversación y Violeta lo comprendió perfectamente. Les deseó suerte en silencio y pensó que ojalá alguien hubiera podido salvar también a su pequeño Juan.

El sonido de los proyectiles era ensordecedor y devolvió a Violeta a la realidad. Tanto Mario como ella tenían rasguños y cortes por todo el cuerpo, pero no eran de gravedad. Siguieron a la muchedumbre en desbandada e intentaron correr en zigzag para evitar las bombas. Hacía rato que Violeta había perdido su chal y a su blusa desgarrada le quedaban solo dos botones. La muchacha miró al mar sin apartar la vista de los tres bombarderos que estaban decididos a matarlos a todos.

Mario miraba al cielo con desconfianza. Los aviones que los sobrevolaban eran extranjeros, italianos y alemanes. Naciones que habían decidido ayudar al bando rebelde. Algunas de las aeronaves volaban tan bajo que el muchacho pudo ver las caras sonrientes de los pilotos. Pensó que la guerra era muy cruel; convertía a los hombres en monstruos y los cegaba para que no vieran en sus enemigos a seres humanos, sino objetivos a los que aniquilar. ¿Tendrían esos pilotos familias a miles de kilómetros de allí? ¿Sabrían sus mujeres e hijos en qué se habían convertidos sus maridos y padres? ¿Por qué se habían dejado llevar por sus gobiernos para pelear en un lugar que no era su

patria?

Violeta había perdido uno de sus zapatos y le sangraba el pie, pero ni siquiera se había parado para ver si el corte era profundo. La adrenalina la hacía seguir adelante. No había tiempo para detenerse; solo para correr y esquivar. La noche se les echó encima sin que se dieran cuenta siquiera. Mario encontró una alcantarilla atestada de gente y de muertos. El sitio era repugnante, pero serviría para descansar y pasar la noche allí.

—Violeta, no daremos un paso más. Tenemos que descansar. Mira tu pie, estás sangrando mucho.

La muchacha ni le contestó, no tenía fuerzas. Se desplomó en ese agujero donde el hedor a sangre y muerte era insoportable. Se rasgó parte de la falda y con ella improvisó una venda que ató a su pie herido. Se abrazó a Mario y así estuvieron hasta que decidieron retomar el camino, solo unas horas más tarde. No podían dormir, por lo que prefirieron continuar lo antes posible.

Mientras estaban en esa mugrienta alcantarilla, Violeta se prometió una única cosa. Daba igual lo que tuviera que correr, que escalar o que esconderse, a ella no la cogerían. Se grabó a fuego esa idea en la cabeza y eso la hizo sentirse más fuerte. No los atraparían a ninguno de los dos y haría todo lo que estuviera en su mano por que salieran vivos de allí. Sin embargo, Violeta no sabía que esa promesa no llegaría a cumplirse.

48 EL CEMENTERIO

Sevilla, febrero de 1937

Carmen no quería esperar ni un momento más. Si Emilio estaba en una de las fosas del cementerio, quería encontrarlo, quería enterrarlo adecuadamente, quería saber si aún podía llegar a tiempo. Se incorporó del banco donde estaba sentada y, tomando a Carlos de la mano, hizo que él también se pusiera en pie.

—Tenemos que ir al cementerio. Sé perfectamente lo que nos podemos encontrar allí, pero debo confirmarlo.

—Carmen, no te engañes, don Emilio ya estará muerto. Ya sabemos todos que a la tapia del cementerio de Sevilla no se llevan a nadie para interrogarlo, ni siquiera para torturarlo. A la tapia se lleva a la gente para pegarles un tiro en la nuca y tú lo sabes. ¿Por qué quieres ir allí? No vamos a encontrar nada. Mejor te llevo a casa.

—Carlos —continuó la muchacha—, no tienes por qué venir conmigo. Lo comprendo perfectamente, pero yo tengo que ir. Se lo debo a Emilio, un hombre bueno que seguramente ahora esté muerto solo por ayudar en lo que ha podido.

Carmen se acercó a su amigo y le depositó un beso en la mejilla.

—Vete a casa y dile a mi madre lo que ha ocurrido. Yo estoy bien y no me va a pasar nada.

La muchacha empezó a caminar, pero no había dado ni tres pasos cuando Carlos la agarró de la mano.

—¡Aviada estás si crees que te voy a dejar ir al cementerio a ti sola! Carmen Guerrero, ¿te ha dicho alguien que eres muy testaruda?

Los dos se miraron llorando y se fundieron en un abrazo verdadero.

—Gracias —le dijo la muchacha y juntos continuaron la marcha.

El camino se hizo largo. Serían más de las doce de la mañana cuando alcanzaron el arco de la Macarena. Carmen no paraba de darle

vueltas a la cabeza, no podía soportar la idea de que le hubieran hecho daño a Emilio. Prefería pensar que la muerte le había llegado rápida. Ese pensamiento le daba cierto consuelo.

Carmen no podía entender por qué Sevilla, que había vivido la guerra apenas unos días, estaba siendo tan represaliada. No sabía qué más querían esos facciosos; ya los tenían a todos con el pie en el cuello. ¿No era eso suficiente? ¿Había que ser tan cruel como para matar a sus propios vecinos por el simple hecho de no pensar igual que ellos? La muchacha no lo entendía, pero era un hecho que los fusilamientos hacia la población civil se habían sucedido sin cuartel, sin juicios; solo con tortura y muerte. El miedo y el silencio se habían instalado por toda la ciudad.

Los dos muchachos alcanzaron el cementerio a eso de la una y media de la tarde. Eran tantos los muertos que hasta se había tenido que abrir otra fosa común porque la que existía ya se había quedado pequeña. Hablaron con uno de los sepultureros, que les indicó el lugar donde debían dirigirse si querían ver las fosas. El hombre les advirtió que lo más seguro era que no pudieran encontrar a la persona a la que estaban buscando, porque los cadáveres se amontonaban unos encima de otros.

Carmen se agarraba con fuerza a la mano de Carlos; estaba asustada, pero, después de haber llegado hasta allí, no se iría sin respuesta.

—¿Sabría usted a quién han fusilado esta madrugada? —preguntó la muchacha al sepulturero.

—No, señorita. Yo no hago preguntas, solo mi trabajo; veo y callo. En este lugar, si no quieres acabar como uno de esos infelices, es mejor tener la boca cerrada. ¿A quién busca usted?

—A un buen amigo, un médico de Triana que lo único que ha hecho siempre es ayudar a los demás. Busco a un buen hombre —dijo Carmen bajando la voz.

El sepulturero se llevó una mano a la cabeza y se quitó la gorra; parecía estar recordando algo. No pudo evitar sentir pena por la muchacha. Eran muchas mujeres las que aparecían por allí buscando a los suyos, y al hombre lo angustiaba el drama que se veía obligado a ver a diario, pero ¿qué podría hacer él?

—Señorita, no quiero ser pájaro de mal agüero, pero esta madrugada ha pasado algo muy extraño por aquí. Me temo que no son

buenas noticias, pero creo que pueden estar relacionadas con la persona que busca. Venga conmigo y siéntese aquí. —El hombre le señaló un banco debajo de uno de los cipreses centenarios que había en el cementerio.

Carmen hizo lo que el hombre le pedía y se sentó obediente. El enterrador se sentó a su lado; se veía que le costaba decir lo que tenía en mente. Sacó un pañuelo arrugado del bolsillo y se frotó los ojos.

—No se preocupe, usted no tiene la culpa —le dijo la chica sintiendo pena por el hombre—. Por favor, dígame lo que sabe, eso por lo menos me dará algo de paz.

—Anoche trajeron una nueva partida de presos, un número mayor de lo habitual. El día no había clareado. Para esa gente la oscuridad es su aliada, ¿sabe usted, señorita?

Carmen no quiso apresurar al hombre, que se veía a las claras que estaba haciendo un esfuerzo por hablar.

—Los pusieron a todos en fila y los colocaron de espalda a la fosa. Padres de familia, chavales jóvenes, unos al lado de otros sin respeto por ninguna de esas vidas.

El sepulturero se detuvo por un instante. Se volvió a secar las lágrimas de los ojos.

—¿Sabe? Yo no quiero hacer esto. Antes mi trabajo me ayudaba a seguir para adelante; ahora ya ni eso me consuela. Pero ¿qué puedo hacer yo, un analfabeto sin recursos? Tengo que seguir dando de comer a mi familia. He visto de cerca lo que esa gente es capaz de hacer y no puedo ponerlos en peligro negándome a hacer mi trabajo.

El hombre intentaba excusarse, pero la culpa se hacía patente en sus ojos y sus palabras.

—Como le decía, cuando los presos ya estaban colocados para el pelotón de fusilamiento, llegaron más falangistas. Era un grupo nuevo que no reconocí de otras ocasiones. Me fijé en que uno de ellos estaba muy nervioso. No nervioso con ganas de matar, señorita, no sé si me comprende; se veía a las claras que no quería hacerlo. Lo que hizo después me lo confirmó.

Carmen se estaba poniendo nerviosa; no sabía qué tenía que ver la historia del sepulturero con ella o con Emilio, pero prefirió seguir escuchando.

—El falangista, nervioso, se preparaba para el fusilamiento cuando creo que reconoció a uno de los presos. Su cara cambió y se puso blanco. El reo también debió de reconocerlo a él, porque gritó su nombre y le preguntó si lo reconocía.

»Señorita, estoy seguro de que el falangista lo recordó rápidamente, pero se quedó ahí parado, como de piedra, sin ser capaz de decir nada. Sus compañeros se dieron cuenta, al igual que yo, de que algo pasaba. Parecía como si los dos hombres hubieran sido amigos, o por lo menos conocidos. Los demás falangistas le dijeron al nuevo que le dejaban a ese preso para él, así podría demostrar lo comprometido que estaba con la causa. Querían obligarlo a disparar primero y luego ellos se encargarían de los demás.

»El preso se dio cuenta de la situación al instante y le dijo al falangista que no pasaba nada y que todo estaba bien, que podía apretar el gatillo sin pena, que él lo entendía y no le guardaba rencor.

—¿Se acuerda usted del nombre de los dos hombres?

—Pues sí, señorita, porque el preso se llamaba como yo, Emilio.

Carmen se llevó la mano a la boca para taponar un sollozo que se le escapaba de lo más profundo de su ser.

—¿Y el falangista, cómo se llama? —logró articular Carlos.

—Se llamaba Luis —le contestó el sepulturero—. Digo «se llamaba» porque también murió anoche. El falangista, un muchacho no mucho mayor que vosotros, levantó su arma, pero no apunto al preso, no, sino a sus compañeros. Dijo que él nunca había tenido ideas políticas, que se veía así por el asesinato de su hermano y porque al caer Sevilla no había tenido más remedio que tomar la decisión de pasarse de bando para sobrevivir. Sin embargo, también dijo que eso ya no le valía la pena y que su vida terminaba esa noche, al menos no se sentiría un asesino y menos aún de personas buenas que lo único que habían hecho era ayudar.

—¿Qué pasó entonces? —volvió a preguntarle Carlos. Carmen estaba demasiado atónita para seguir interrogando al sepulturero.

—Entonces el chico falangista dijo: «Don Emilio, siento mucho todo esto, usted es una gran persona y un gran médico y no se merece lo que le está pasando. Prefiero morir con usted que ser su verdugo. Soy Luis Fuentes y no soy un asesino». Después, se pegó un tiro con su propia arma. Ya se pueden imaginar la que se montó aquí, pero, claro,

los falangistas tenían los fusiles, así que se llevaron a cabo el resto de los fusilamientos. Al primero que mandaron para el otro barrio fue al médico que se llamaba Emilio.

Carmen y Antonio se miraron, comprendiendo que ya no tenían nada más que hacer allí. Habían oído todo lo que necesitaban. Ambos le agradecieron al sepulturero su relato y se alejaron de aquel nido de odio y muerte. Carmen no solo había perdido a Emilio, sino también a Luis, en una espiral de odio que solo acababa de empezar.

49 LA CONTINUACIÓN DEL CAMINO

Málaga, febrero de 1937

Violeta y Mario emprendieron la marcha antes del amanecer. No habían descansado mucho, apenas un par de horas que solo habían servido para que se sintieran más cansados. Los muertos se esparcían a lo largo del camino y, aunque no podían verlos bien, porque aún no había amanecido, sí podían sentirlos bajo sus pies. Tropezaron con los cadáveres una y otra vez, y tuvieron que imaginar que no eran restos humanos para poder seguir avanzando. Los sollozos y gemidos que escuchaban le ponían a Violeta los pelos de punta. Los bombardeos habían cesado, pero a ninguno de los dos les cupo ninguna duda de que los retomarían para hacer el mayor daño posible. Los barcos empezaron de nuevo a disparar y Mario, tirando de la mano de Violeta, echó a correr más rápido.

—Ya empiezan otra vez. Venga, a paso ligero, que tenemos que salir de aquí cuanto antes —le dijo a la muchacha, sin resuello—. ¡Ánimo, cariño! Ya verás como pronto vamos a estar fuera de esta locura.

Ni siquiera después de muchos años Violeta podía recordar con claridad qué había pasado después de esas palabras de Mario. La negrura que la embargó fue tan extrema que pensó que habría perdido la vista para siempre. La bomba cayó muy cerca de ellos, dejando un gran socavón delante de sus pies y tragándose todo lo que había encima. El agujero dejado por el proyectil era tan grande que hombres, mujeres, niños, bestias y enseres se amontonaban en su fondo sin ningún tipo de orden. Violeta perdió el sentido de inmediato y tuvo la gran suerte de quedarse a centímetros de ese volcán de muerte que era el agujero que había dejado la bomba. Tardó horas en recuperar la consciencia y, cuando fue despertándose, no se sentía ella misma.

—No puedo abrir los ojos —se decía una y otra vez sin darse cuenta de que no estaba emitiendo ningún sonido.

La joven no podía ver, no podía hablar y ni siquiera sabía dónde estaba. Tampoco lograba comprender si estaba todavía tirada en esa carretera maldita o si estaba en cualquier otro lugar.

—Mario… —murmuraba en su cabeza, aún sin producir sonido alguno.

Sentía que alguien le hablaba y la tocaba, pero no podía decirle nada.

—Está bien, señorita, ahora todo está bien —le hablaba un hombre con acento raro, como extranjero, mientras le cogía la mano —. No se preocupe de nada, ha tenido mucha suerte de seguir con nosotros.

—Pero Mario… ¿Dónde está Mario? —logró decir Violeta mientras hacía amago de levantarse.

—¡Oh! No, no, no. Usted no puede levantarse. Por favor, quédese acostada.

La muchacha se sentía tan cansada y con los ojos tan pesados que no tuvo fuerzas para oponerse a esa voz suave que la invitaba a descansar. Violeta volvió a perder el conocimiento. La bomba la había dejado muy maltrecha, pero no la había matado.

El doctor canadiense Norman Bethune llegó a la carretera de Málaga a Almería desde Valencia cuando se enteró de la masacre que estaba ocurriendo. Él y su equipo habían vaciado el vehículo que estaban utilizando para transportar sangre para transfusiones y, sin dudarlo, se fueron a ayudar en lo que pudieran. El médico, comunista convencido, se estaba dedicando en esos días a salvar muchas vidas gracias a su idea de llevar sangre al frente en Madrid. Llevaba poco tiempo en Valencia cuando se enteró de la noticia de que muchos refugiados estaban siendo aniquilados en la costa andaluza y no se lo pensó dos veces. Violeta tuvo mucha suerte de que el médico la encontrara medio muerta en medio del infierno en el que la bomba la había dejado.

Bethune se acercó a la muchacha y comprobó sus constantes vitales. Estaba viva, pero, si no recibía atención médica pronto, no lo estaría por mucho tiempo. La cogieron entre él y su ayudante y la pusieron en la ambulancia junto con muchos otros heridos de diferente gravedad.

El camino hacia Almería era largo y el médico no las tenía todas consigo de que la muchacha sobreviviera al brutal ataque, pero con él, al menos, tendría una posibilidad. Violeta viajó todo el trayecto sin recuperar el conocimiento y fue ingresada de inmediato en uno de los hospitales almerienses. Sus ángeles de la guarda, el doctor Bethune y

su equipo, siguieron durante tres días más sacando a heridos de ese abismo en el que todos estaban atrapados en la carretera de Málaga a Almería.

50 LA RECUPERACIÓN

Almería, febrero de 1937

Violeta estaba mareada, le dolía la cabeza y casi no tenía fuerzas para abrir los ojos. Sintió que le cogían la mano. De nuevo, oyó ese acento extranjero que la animaba a volver en sí.

—¿Cómo te encuentras? Nos has tenido muy preocupados, pero ya parece que estás de nuevo entre nosotros.

La muchacha tocó desconcertada las sábanas blancas que la cubrían.

—¿Dónde estoy? —logró decir con dificultad.

—Shhhh —la hizo callar el doctor Bethune—. No hables, aún estás muy débil. Estás en un hospital, pero no te asustes. Ya estás mejor y, lo más importante, fuera de peligro.

—¿Mario? —atinó a decir Violeta sin apenas voz.

—Tranquila, tranquila —la apremiaba el médico—. Sé que tienes muchas preguntas, pero de momento yo solo puedo contestarte a algunas. Además, es imprescindible que descanses. No sé si te acuerdas, pero estuviste en la masacre de la carretera de Málaga a Almería. Yo me llamo Norman, Norman Bethune. Probablemente ya te habrás dado cuenta de que no soy de aquí. Soy canadiense. Estaba ayudando a llevar sangre para trasfusiones al frente de Madrid cuando oí lo que estaba pasando en el sur. Mi equipo y yo nos fuimos para allá enseguida a ver si podíamos ayudar en algo. Allí te encontré.

—¡Pero…! —lo interrumpió la muchacha.

—¡Shhh! —El médico volvió a hacerla callar—. Por favor, necesitas descansar. No hables, no te conviene; has estado muy malherida, ¿sabes? Lo bueno es que ya estás de vuelta entre los vivos.

»Sé que me preguntas por un tal Mario y, sinceramente, no puedo responderte. Aquello, no sé si lo recuerdas, fue un caos. No pudimos ni seleccionar a los heridos y recoger a los más graves, sino que, sobre la marcha, fuimos montando a gente y más gente en la ambulancia. No

sé si ese chico está en el hospital, si lo rescatamos o no. Siento no tener de momento mejores noticias. Sin embargo, te hago una promesa. Lo voy a investigar. Miraré si hay alguien con ese nombre en el hospital. Te informaré en cuanto sepa algo. ¿Sabes el apellido de Mario?

—Gracias, doctor —contestó Violeta ya casi sin fuerzas—. Su nombre es Mario León.

—Bueno, ahora basta de charla —dijo el médico tajante—. Necesitas dormir.

Violeta ya no pudo hablar más y se sumió en un sueño profundo del que solo despertaría días más tarde por las pesadillas que la asaltaban.

***

El doctor Bethune estaba cansado; no había habido tiempo de dormir y estaba deseando volver a lo que en principio estaba haciendo: llevar la sangre al frente de Madrid. Sin embargo, ahora le había hecho una promesa a esa chica. Se propuso investigar algo más de ese desconocido del cual solo sabía su nombre.

«¿Quién será ese tal Mario?», se preguntaba. Si iban juntos, el muchacho debería haber estado cerca de Violeta cuando la rescataron, pero no recordaba haber encontrado a ningún joven allí.

Bethune se dirigió al mostrador de la entrada; estaba seguro de que iba a ser difícil encontrar al chico. Había muchos pacientes a los que aún no habían identificado. Otros habían muerto por el camino a Almería y otros, nada más llegar o en el quirófano. Así que el médico no albergaba muchas esperanzas de que Mario estuviera aún con vida.

Aunque el doctor canadiense dedicó parte de la mañana a buscar al muchacho, no obtuvo ningún resultado. Quería darle una buena noticia a esa mujer que había sufrido tanto. Se sorprendía de que aún estuviera viva. ¡Había perdido tanta sangre…! Sin embargo, la muchacha era fuerte y había respondido bien al tratamiento. Le habían tenido que operar un brazo y el médico no estaba seguro de que pudiera volver a moverlo con normalidad. También tenía heridas de diferente consideración por todo el cuerpo y fragmentos de metralla en la pierna.

En el mostrador principal del hospital no pudieron darle ninguna información sobre Mario. Nadie había oído hablar de él. El médico no se dio por vencido y visitó personalmente habitación por habitación del hospital almeriense, pero tampoco obtuvo resultados. Aún había tres o cuatro hombres inconscientes y a los muertos los habían podido identificar en su gran mayoría, por lo que había una pequeña esperanza de que el chico estuviese vivo. Norman hizo algunas llamadas a otros hospitales de la zona, por si al muchacho lo habían llevado hasta allí, pero tampoco sirvió de nada. «Otra posibilidad», pensó Bethune, «es que Mario quedara herido de poca importancia y que llegara a Almería por sí mismo». También podría ser todo lo contrario: que el muchacho estuviera tirado en una de las cunetas de aquel lugar de muerte. Sentía que le estaba fallando a la muchacha, pero sin más información ya no podía hacer nada. Cuando despertara la chica, tendría que decirle que no había tenido suerte en sus pesquisas.

Cuando Violeta volvió en sí unos días más tarde, se encontraba más fuerte y algo recuperada. Las enfermeras la habían tratado con esmero y todo el personal del hospital se había esforzado por hacer sentir a los heridos lo más cómodos posible. La muchacha se acordó del corto período de tiempo que había pasado en el hospital del Mar en Málaga y la reconfortó la idea de que ella también hubiera podido ayudar a otros, igual que ahora lo hacían con ella.

—Enfermera, por favor, agua —logró decir Violeta con un hilo de voz.

—Por supuesto, señorita, no se levante. Yo la ayudo a incorporarse ¿Cómo se encuentra hoy? Me alegro mucho de que ya esté consciente y pueda hablar. Tiene buen aspecto y se nota que está más recuperada. Mi nombre es Elisa, por favor, llámeme cuando necesite algo.

—Muchas gracias —dijo Violeta cansada—. Yo soy Violeta. ¿Sabe dónde está el doctor extranjero? —le preguntó a la enfermera—. Necesito hablar con él.

—Seguro que se refiere al doctor Bethune. Norman Bethune. No trabaja aquí, pero ha venido estos días a interesarse por los pacientes que trajo desde Málaga. La ha visitado a usted todos los días. Creo que va a volver pronto a Madrid, pero nos dijo que lo avisáramos cuando usted despertara.

—¿Puedo verlo hoy?

—Si me da un momento, puedo ir a ver si ya ha venido. Ahora vuelvo y le cuento.

Al cabo de un rato, la enfermera se personó en el cuarto de Violeta. Su habitación era muy grande, más larga que ancha, como un enorme rectángulo donde había camas en los lados más largos. Todas las pacientes eran mujeres. Muchas eran jóvenes y otras, ya mayores pero todas maltrechas y rotas.

—Señorita, he podido encontrar al doctor y vendrá enseguida a verla. Estaba a punto de marcharse, pero, cuando le hemos dicho que se había despertado, ha decidido quedarse unos minutos más. No tardará.

—Muchas gracias, enfermera —le contestó Violeta realmente agradecida.

—De nada, pero llámeme Elisa, por favor.

No había salido aún la enfermera de la sala cuando el doctor Bethune entró por la puerta.

—¡Estupendo! Me alegro de verla despierta y más fuerte, señorita. Deje que me presente formalmente. Soy el doctor Norman Bethune.

—Sí, me lo ha dicho la enfermera. Yo soy Violeta Debesa. Le debo la vida y le estoy muy agradecida. Por favor, acérquese.

El médico se sentó a los pies de la cama de la chica y ella le tomó la mano, llena de agradecimiento.

—Violeta —empezó a hablar el médico—, no he podido encontrar a su amigo Mario. No sabe cuánto lo lamento, lo he intentado de verdad, pero me ha sido imposible. En el hospital solo quedan ya un par de hombres que aún no han recuperado la consciencia después de los bombardeos en la carretera. Pero no creo que ninguno de ellos sea la persona que buscamos, a no ser que su amigo tenga más de sesenta años. Se me ocurre que probablemente no lo rescatamos nosotros con la ambulancia. Tal vez haya llegado por sí mismo a Almería o tal vez volvió a Málaga.

La muchacha cerró los ojos; habían sido muchas pérdidas en pocos meses. El doctor solo le había hablado de la posibilidad de que estuviera vivo, pero ella sabía bien que había otras muchas posibilidades, como la de que aún estuviera tirado en esa maldita carretera.

Violeta empezó a llorar en silencio. No tenía fuerzas, estaba cansada y no sabía qué hacer.

—Venga, señorita, anímese. Todavía le queda algún tiempo para su completa recuperación y seguro que tendrá que quedarse aquí unos días más. No puede perder la esperanza. Tal vez se entere de algo nuevo mientras se recupera. Cuando esté mejor, puede ver si hay listas de heridos en otros hospitales, por si Mario estuviese en ellas. Quizás está con alguien aquí, en Almería. Los que estamos envueltos en esta guerra sin cuartel no podemos perder la esperanza. ¿No dicen que es lo último que se pierde? Mírese a sí misma. Está herida pero no muerta. ¿No podría haberle pasado lo mismo a Mario?

Violeta se recompuso. No quería que la persona que le había salvado la vida la viera así.

—Sí, es verdad. Hay que seguir adelante y pensar en positivo —le dijo a Bethune bajando la cabeza.

—Por supuesto. Es una de las pocas cosas que aún podemos controlar, ¿verdad? Las circunstancias de momento son las que son, por eso estamos peleando, para cambiarlas. Sin embargo, el cómo nos enfrentemos a esas circunstancias está en nuestras manos. Creo que ser positivo en estos días es un derecho que no nos podemos permitir el lujo de perder.

Violeta lo escuchaba atentamente; el médico tenía razón, pero era difícil no rendirse ante tanto horror.

—Bueno, Violeta, tengo que irme. Ha sido un verdadero placer conocerla y poder hablar con usted finalmente. La ambulancia donde la trajimos ya está lista para continuar con el trabajo que estábamos haciendo antes de la masacre de la carretera. Mañana parto de nuevo con mi equipo hacia Madrid. Aquí la dejo en buenas manos. Por favor, no intente salir del hospital antes de tiempo y cuídese. Le deseo mucha suerte en su búsqueda de Mario.

—Muchas gracias, doctor, por salvarme la vida y ser tan amable conmigo. Nunca lo olvidaré.

El canadiense salió de la habitación dejando a la muchacha con un camino largo por delante para su recuperación. Era raro cómo un completo extraño le había salvado la vida. Violeta se sentía profundamente agradecida por ese hombre que, sin ser español, había arriesgado su propia existencia por salvar a otros en un país extraño. Cerró los ojos y se fue a dormir con ese pensamiento que la

reconfortaba. Era bonito saber que aún quedaba gente buena en medio del infierno.

51 LA NADA

Málaga, febrero de 1937

Cuando Mario despertó, ya había caído la noche. No podía oír nada y tampoco sabía dónde estaba ni quién era, pero su cuerpo le decía que algo realmente malo le había pasado. Los oídos debía de tenerlos reventados, ya que no escuchaba nada; de su brazo izquierdo colgaban ensangrentados jirones de piel ennegrecida y no podía moverse. Se quedó allí tendido, mirando el cielo sin importarle el tiempo. Estaba cansado, tenía frío y sentía que se le escapaba la vida en cada bocanada de aire que tomaba. Pensó que ya nada le importaba, y ese mismo sentimiento de vacío le proporcionó paz. Intentó aclarar sus ideas, pero no pudo seguir pensando porque la negrura lo envolvió todo y perdió el conocimiento.

***

Los milicianos estaban comiendo pan con un poco de queso al lado de la pequeña hoguera que habían encendido dentro de la cueva. Era peligroso hacer fuego y solo se lo permitían de vez en cuando y en lugares seguros. Una chica morena de unos veinte años pasaba un paño húmedo por la frente de Mario.

—¿Cómo está? —le preguntó Benito, el mayor del grupo, a la muchacha.

—No está peor y creo que eso ya es mucho, pero tampoco creo que esté mejorando. ¿Dónde está Agustín? —preguntó la chica—. Tendría que estar ya aquí para vigilarlo. Yo puedo hacer que se sienta algo más cómodo, limpiarle las heridas o darle agua, pero el médico es él. Yo no puedo hacer más.

Agustín, otro de los milicianos, había empezado la carrera de Medicina dos años antes de la guerra, pero no la había terminado. Tenía más conocimientos médicos que el resto de sus compañeros y por eso se referían a él como «el médico». El muchacho hubiera deseado saber más para ayudar a todos, pero lo cierto era que no había sido un buen estudiante y sus conocimientos eran limitados.

—Ha ido al pueblo más cercano a intentar conseguir medicinas. Esas heridas tienen muy mala pinta y hay que evitar la infección. De momento, tú sigue cuidándolo; sería una pena que se nos muriera ahora, con todo lo que hemos hecho para salvarlo. Esa carretera ha sido una trampa mortal que ha acabado con la vida de miles de personas, pero por mi madre que este se tiene que salvar. Además, el muchacho es amigo de Victoria y los suyos, y quieren que lo cuidemos bien —apostilló Benito.

—No me digas lo que tengo que hacer. Yo cuidaría bien a cualquiera que haya pasado por lo que este hombre ha pasado —dijo la chica ofendida—. No tiene que ser amigo ni de Victoria ni de nadie.

—Por supuesto, no me malinterpretes. Solo quería decir que es de los nuestros, que es amigo de los de Sevilla y que es nuestra obligación ayudarlo, nada más.

La chica no contestó. Se limitó a seguir pasándole el paño por la frente a Mario, que seguía sumido en un profundo sueño hirviendo de fiebre.

Al poco, Agustín apareció en la cueva. Esa madriguera había sido el campamento principal de algunos milicianos que habían logrado huir de Málaga después de luchar contra las tropas rebeldes al tomar la ciudad. «El médico» inyectó antibióticos a Mario y se encargó de coserle las heridas.

—No puedo hacer más —dijo—. Ni tengo medios ni sé qué más se puede hacer, así que lo único que nos queda es esperar.

Victoria llegó con Miguel poco después de que lo hiciera Agustín. Se acercó al camastro donde estaba Mario sin decir nada, le quitó el trapo empapado a la chica que lo cuidaba y siguió pasándoselo por la frente al muchacho.

—Yo lo haré —le dijo a su compañera con amabilidad—. Tú descansa un rato.

Todos sabían de la gravedad del chico, así que Victoria ni se molestó en preguntarle nada más al «médico». Miró a Mario con tristeza; al verlo herido en la cama, se acordó del asalto a Radio Sevilla donde los dos habían participado. Esa noche había muerto Obdulio y también otros muchos vecinos de Triana. No hacía muchos meses que eso había pasado y, sin embargo, se le hacía muy lejano. Echaba de menos a sus hermanos, Arturo y Lucas, de los que aún no sabía nada, su ciudad y su barrio, y se sentía cansada. Sabía que para

poder volver a una vida normal tendrían que pelear por ella, ya nada se daba por sentado, así que hundió su pena dentro y se recompuso. Victoria mojó de nuevo el paño en agua y siguió frotando suavemente la frente de Mario.

La joven se preguntó dónde estaría Violeta. La habían buscado por todas partes cuando encontraron a Mario, pero no la vieron. Según sus informantes, no había vuelto a Málaga, por lo que estaba empezando a pensar que tal vez estuviera muerta, herida o en otra ciudad. Victoria no había tenido suerte en sus investigaciones acerca del paradero de la muchacha, por lo que, de momento, habían decidido centrarse en la recuperación de Mario. Seguro que ya se enterarían de algo sobre el paradero de Violeta más tarde. El muchacho ardía en fiebre. Todos sabían que eso era muy mala señal, ya que la infección de las heridas probablemente se hubiera generalizado. Victoria esperaba que los antibióticos que le había dado Agustín funcionaran pronto porque sabía que una infección podría matarlo.

La familia de Victoria y el resto de los milicianos se reunieron alrededor de los rescoldos que aún quedaban encendidos.

—No podemos permanecer aquí más tiempo —dijo Benito—. Málaga ha caído y hay otras muchas ciudades y pueblos que necesitan nuestra ayuda. El objetivo es ir a Madrid. Seguramente desde allí podamos trabajar duro y ser útiles a la causa.

—¿Qué hacemos con el chico? —preguntó otro de los milicianos.

—¿A ti qué te parece? —se le encaró Victoria irritada—. No podemos dejarlo solo porque moriría y no podemos llevarlo a un hospital porque están en manos de los fascistas, así que vendrá con nosotros.

—Nos retrasaría —insistió el hombre, que se estaba poniendo nervioso—. Entiéndelo, Victoria, no es que quiera dejarlo, pero, si nos lo llevamos, pondremos en peligro al grupo entero.

—Lo entiendo, y es por eso que no pretendo que todos viajemos al mismo ritmo. La mayoría de vosotros os iréis hoy mismo. Otros nos esperaremos algo más y nos pondremos en marcha con Mario. Al ser un grupo pequeño, será más fácil escondernos. Los que vayáis de avanzadilla podéis alertar a los camaradas del camino y decirles que venimos en la retaguardia y, así, con la ayuda de unos y otros, seguro que podremos llegar hasta Madrid.

—No me gusta, Victoria, es un plan muy arriesgado —le dijo su padre.

—¿Y qué sugieres, padre? No lo abandonaría incluso si no fuese amigo mío, pero lo es, por lo que de ninguna manera voy a dejarlo aquí solo. Creo que la manera que he expuesto antes es la menos complicada y más segura, así que no se hable más. Es mejor que vosotros os pongáis en marcha cuanto antes; así podréis avisar a los milicianos que se encuentren en la sierra para que sepan que os seguimos los talones. Nos será de mucha utilidad que nos vayan echando una mano.

Todos bajaron la cabeza en silencio, sabiendo que no podían decir nada más. La decisión estaba tomada y Victoria no iba a abandonar a Mario. Los milicianos repasaron un plan de huida y quedaron en un lugar de encuentro cercano a Madrid. Benito, el padre de Victoria, la chica morena que había cuidado de Mario y el resto de los muchachos se prepararon para marcharse. Se colgaron las armas al hombro y se despidieron de Victoria, Agustín y Miguel con el puño levantado, prometiendo que pronto volverían a verse. Salieron de la cueva en silencio, protegidos por la oscuridad de la noche, dejando a Victoria pendiente de Mario y a los demás, vigilantes. Ninguno tenía la certeza de si volverían a verse.

52 ATRAPADA

Sevilla, febrero de 1937

Carmen llevaba unos días sin hablar. La muerte de Emilio la había sumido en una profunda pena. Todo lo que había ocurrido le parecía como un sueño y creía muy injusta la muerte del médico. Que Luis hubiera preferido suicidarse en vez de fusilar a esos hombres y en especial al médico decía mucho de él, pero en realidad el resultado había sido el mismo. Se le antojaba todo irreal y borroso. Ya no tenía fuerzas y tampoco quería vivir en una ciudad donde nadie respetaba a nadie, donde la vida no valía nada y donde el miedo y el terror se habían instalado para quedarse.

La muchacha no sabía qué hacer. Los hombres de su vida ya no estaban; su padre había fallecido mucho antes de la guerra. Obdulio, ese grandullón tan amable, ya no podía protegerla; y Emilio había desaparecido cuando empezaban a conocerse mejor. Su trabajo en la fábrica estaba paralizado de momento y el dinero apenas alcanzaba para comer. Pensó en marcharse a Zamora con su madre y hermanas, pero sabía que la situación allí no era mejor que en Sevilla, por lo que meterle cuatro bocas más por la puerta a su tío no era la mejor opción.

La decisión de marcharse de Sevilla se había quedado paralizada con la detención y posterior fusilamiento del médico, pero ella seguía considerando la idea de marcharse. Ya no reconocía su ciudad; el odio que se había generado incluso entre la gente que no había luchado era palpable. El miedo que provocaban las denuncias y las represalias por parte de los del bando nacional, que controlaban Sevilla, era una realidad y ella se sentía vulnerable. Se propuso decirle a su familia que debían seguir adelante con el plan de marcharse; tal vez les viniera a todas bien un cambio de aires. Esa mañana, cuando Maruja, Amparo y Luci volvieron a la casa, Carmen ya las estaba esperando.

—¡Hola a las tres! —les dijo Carmen depositándole a su madre un beso en la mejilla.

—¿Cómo te encuentras, corazón? Hoy parece que tienes mejor color.

—Me encuentro mejor, mamá. He estado pensando y me gustaría

hablar con vosotras.

—¿Pensando en qué, mi vida? —le seguía la conversación Maruja mientras ponía encima de la mesa el puñado de papas y los dos tomates que le habían fiado en la tienda de ultramarinos de la plazuela.

Las hermanas de Carmen también la miraron con cierta curiosidad y se acercaron más a ella para no perderse detalle de lo que iba a decir.

—Creo que debemos seguir adelante con el plan que teníamos de irnos de Sevilla. Ya sé que ahora no está Emilio para acompañarnos, pero debemos hacerlo. Aquí ya no pintamos nada. No está papá, no está Obdulio, ni siquiera está Emilio. No tenemos dinero y, aunque aún podamos ganar la guerra, me da la impresión de que eso no será lo que ocurra. No sabemos hasta cuándo va a durar esta pesadilla y creo que aquí corremos peligro. Aunque no hemos pertenecido a ningún sindicato ni a ningún partido político, la gente sí puede que sepa que hemos ayudado al bando republicano y eso nos puede pasar factura. Las denuncias están a la orden del día y ya hemos visto que esa gente no se anda con chiquitas en cuanto a fusilamientos, así que creo que debemos irnos. ¿Qué os parece?

Amparo y Luci empezaron a hablar a la vez.

—Carmen, la situación ahora ha cambiado —empezó Luci—. Ya no es igual que hace unos días. Con don Emilio y sus contactos hubiéramos podido viajar más seguras, pero sin él no creo que cuatro mujeres solas deban moverse de aquí.

—Bueno, yo soy la mayor, ¿verdad? Yo soy la que tengo que velar por vosotras y creo que salir de aquí es lo mejor que podemos hacer —respondió Carmen disgustada.

Maruja miró a su hija enternecida. No tendría más de veinte años, pero parecía mucho mayor. Ya no la veía como la niña alegre de hacía unos meses. Parecía como si los años se le hubieran echado encima de golpe y Maruja incluso quiso ver algunas arrugas alrededor de sus ojos.

—Tú serás la mayor, Carmen, pero yo soy tu madre y es mi responsabilidad sacaros adelante a las tres. Soy yo la que va a decidir qué es lo que vamos a hacer, y no será marcharnos.

Carmen quiso protestar, pero Maruja no la dejó terminar.

—No, Carmen, esta vez escúchame tú a mí. Tus hermanas van a trabajar unas horas como señoritas de compañía de la vieja viuda de Márquez. No sé si la recuerdas, pero, aunque es una señora cuya familia siempre se ha relacionado más con el bando de los sublevados que con el republicano, es buena persona. La conocemos desde hace mucho tiempo y la mujer, que se ha quedado viuda hace poco, necesita ayuda. Me abordó por la calle y me preguntó si me interesaría que las niñas estuvieran en su casa ayudándola en lo que pudieran y haciéndole compañía. Hemos aceptado encantadas porque es una buena mujer y porque pagará bien. Por mi parte, no quiero dejar el trabajo que he conseguido cosiendo para doña Pepita; no paga mucho, pero nos dará para ir tirando. Estoy segura de que pronto se restablecerá tu trabajo en la fábrica y, si no es así, ya encontrarás otro, pero no pienso poner a ninguna de mis hijas en más peligros innecesarios. Nosotras no somos ni de izquierdas ni de derechas, no tenemos hombres que interesen a nadie y pasamos desapercibidas entre esta masa gris que somos los hijos de la guerra. Sevilla estará bajo un régimen de terror, pero no hay bombas y no me pienso ir a ningún sitio que cambie eso. Cuando termine esta maldita guerra, podremos replantearnos qué hacer, pero, mientras esto dure, es más seguro quedarse aquí que exponerse a lo que están sufriendo en otras partes de España. Aquí está todo el pescado vendido y la contienda ya ha terminado. Puede que no nos guste quienes han ganado, pero, si seguimos las normas y no nos salimos del plato, podremos vivir tranquilas. Así que de aquí no se va nadie, ¿entendido?

—Pero mamá… —quiso replicar Carmen.

—Cariño, sabes que te quiero con toda mi alma y que nunca me he opuesto a ti; sin embargo, ahora hay que aceptar que lo hemos intentado y hemos perdido. Si la República gana la guerra, pronto sacarán a esa mala gente de aquí, pero, si no es así, nos evitaremos ir de aquí para allá rodeadas de muerte. Aquí estamos más seguras. No quiero que volvamos a hablar de esto y quiero que me prometas que no harás ninguna locura.

Carmen se quedó callada y se rindió a los argumentos de su madre; seguramente tenía razón y era mejor quedarse en un lugar que ya conocían. No quería discutir y tampoco enfrentarse a su familia, así que aceptó la decisión de Maruja. Se sentía atrapada y con la sensación de que le habían robado su vida, pero sin Emilio allí ya no le importaba nada. Acató lo que le decían, respiró hondo y volvió a hablar.

—Está bien, mamá —dijo finalmente—. Nos quedaremos en



Sevilla.

53 EL HOSPITAL

Almería, marzo de 1937

Violeta se estaba recuperando bien. El personal del hospital de Almería era en su mayoría gente joven y anónima que la habían cuidado con esmero. Ya podía sentarse y hasta había empezado a dar sus primeros pasos. El hospital estaba atestado de refugiados que, como ella, habían venido desde Málaga. La mayoría eran jóvenes y niños, aunque también había algunos ancianos.

Los primeros días allí los había pasado inconsciente y apenas se había enterado de los bombardeos que había sufrido la ciudad. La muchacha seguía sin saber nada de Mario, pero albergaba esperanzas de que pudiera estar vivo. Quería acordarse con toda su alma del momento en el que se separaron, pero no lograba hacerlo. No sabía qué había pasado. Lo último que le venía a la mente era correr cerca del acantilado de la mano de Mario y desde ahí… la nada. Pensaba que lo más seguro sería quedarse en Almería; de esa manera, Mario podría volver a por ella. No creía que él estuviera en la ciudad. Si ese hubiera sido el caso, Norman Bethune lo habría encontrado, de eso estaba segura. Sin embargo, si se marchaba de Almería y Mario volvía a buscarla, sería casi imposible que volvieran a encontrarse. Además, Almería aún estaba en manos republicanas y eso la hacía sentirse algo más segura.

Violeta tuvo mucho tiempo para pensar durante los días y las noches que estuvo en el hospital. Estaba cansada y aterrorizada por todo lo que se había visto obligada a ver. La guerra sacaba lo peor de cada persona y ambos bandos se habían embarcado en una lucha descarnada. Sin embargo, para Violeta la fidelidad estaba clara. Solo un bando la había secuestrado y retenido, y solo un bando había asesinado a su hijo poniéndolo a merced de las balas en una caminata en primera fila en la que no había pedido participar. No perdonaría a esos fascistas jamás. Si Franco conseguía su objetivo, no se quedaría para ver su triunfo; se marcharía lejos y no volvería nunca. Sin embargo, aún no quería hacerlo, aún había esperanzas y quería con todo su corazón volver a encontrar a Mario. Estaba muy preocupada por él. Pensaba que, si Mario hubiera estado bien, ya la habría encontrado, y ese no había sido el caso.

Dejó a su mente alterada hacer su trabajo y preguntarse una y mil veces qué le habría pasado al muchacho: ¿estaría tirado en la cuneta de la carretera pudriéndose al sol? ¿Estaría herido? ¿Lo habrían llevado a otra ciudad? Se volvía loca cada vez que pensaba en todas esas preguntas sin respuesta. Decidió darse un respiro e intentar dormir, pero sabía que sería inútil. Desde el bombardeo, le resultaba muy difícil conciliar el sueño y las noches se le hacían eternas.

Los días se fueron sucediendo mientras Violeta veía que su cuerpo respondía a los medicamentos y recuperaba fuerzas. Su mente, sin embargo, iba a necesitar mucho más para sanar, si eso llegaba algún día. Tras unas semanas, le dieron el alta y decidió quedarse en casa de una de las enfermeras con la que había congeniado. La muchacha le cedió una habitación y ella la aceptó encantada.

La enfermera que hospedó a Violeta se llamaba Elisa Ramos. Era almeriense de nacimiento y había empezado a trabajar en el hospital de la ciudad antes incluso del comienzo de la guerra. Tendría unos años más que Violeta y, por su pelo rizado y moreno, le recordaba mucho a Carmen. Violeta pensó en su amiga y se le escapó una lágrima sin que pudiera evitarlo. No había vuelto a tener noticias de ninguno de sus amigos de Sevilla desde que se había ido de allí hacía más de siete meses.

La joven también había pensado mucho esos días en su madre y en sus hermanos, todos varones; se preguntaba si habrían ido a la guerra. Se había enterado de que Zamora, al igual que Sevilla, estaba en manos de los sublevados, por lo que imaginaba que ellos estarían pasando por lo mismo que había visto en la capital andaluza. Nunca había hablado de política con su familia, no creía que ninguno de sus hermanos estuvieran interesados en ella. Lo único importante en su casa había sido que no faltara el trabajo para alimentar a tantas bocas. La muchacha lloró amargamente, se sentía muy sola y sin rumbo. Sin embargo, estaba agradecida por estar viva y por la cantidad de personas buenas que había encontrado en su camino desde que salió de Zamora. Sus amigos, tanto en Sevilla como en Málaga, habían sido familia y, gracias a su apoyo, había salido adelante. Maruja, la madre de Carmen, siempre había cuidado con dulzura de su pequeño Juan, y Carmen había sido como la hermana que nunca tuvo. Pensó en Mario; casi lo había perdido una vez cuando lo hirieron en el asalto a Radio Sevilla y ahora lo había perdido de nuevo. Rezó con todas sus fuerzas para que no le pasara nada, para que no estuviese herido o, mucho peor, muerto.

«¡Ojala volvamos a encontrarnos!», pensó para sí misma

secándose las lágrimas.

Elisa la interrumpió con unos golpecitos suaves en la puerta.

—La cena está lista, Violeta. ¿Vienes o qué?

—Sí, ahora mismo, Elisa.

La zamorana se alisó la falda como pudo y se sacudió el resto de lágrimas que le cubrían la cara para salir de su cuarto. Elisa no tenía familia. Sus padres habían muerto hacía unos años en un accidente de coche y la habían dejado en una buena posición económica. La chica estaba segura de que, si su padre aún estuviese vivo, apoyaría a los rebeldes sin duda alguna. Sin embargo, ella tenía otras ideas. No era radical, pero le gustaba la República y la ilusionaba la idea de una educación igualitaria y mejorada para todos. Ella había podido estudiar Enfermería y estaba muy orgullosa de ello, así que creía que especialmente las niñas se podían beneficiar de una buena educación que no arrinconara a la mujer en su casa o en la iglesia.

La muchacha vivía en un piso grande en uno de los mejores barrios de Almería. Desde la muerte de sus padres, solía alquilar las habitaciones que tenía vacías. Al conocer la historia de Violeta y tratarla durante el tiempo que estuvo ingresada, le propuso que se fuera a vivir con ella. A Violeta le hubiera gustado pagarle, pero tanto ella como Elisa sabían que, de momento, eso no era posible. Para evitar el malestar de la muchacha de Zamora, Elisa le propuso la posibilidad de trabajar en el hospital. Violeta no tenía mucha experiencia, pero algo había aprendido cuando estuvo trabajando en el hospital de Málaga. No temía a la sangre y quería ayudar; además, de algo tenía que mantenerse y no podía depender de Elisa mucho tiempo; no lo consideraba apropiado. Con todo eso en mente, Violeta aceptó la hospitalidad de Elisa encantada. Quería empezar a trabajar lo antes posible para poder pagarle a la chica todo lo que estaba haciendo por ella. A Elisa realmente no le importaba el dinero, tampoco le hacía falta, pero sí le gustaba volver a tener compañía en esa casa que le resultaba muy grande para ella sola. Desde que había estallado la guerra, no había vuelto a tener ninguna inquilina y le entusiasmaba la idea de vivir con alguien.

Las heridas de Violeta se estaban curando con más rapidez de lo que ella misma había pensado. Había estado muy preocupada, especialmente por su brazo, ya que no podía permitirse el lujo de no volver a moverlo. Sin embargo, su recuperación estaba siendo acelerada gracias a los cuidados de Elisa y los demás médicos y

enfermeras del hospital almeriense. Estaba segura de que podría incorporarse al trabajo pronto.

Violeta se sentó a la mesa, donde ya la esperaba la enfermera. La muchacha había hecho una sopa de verduras y unas tortillas a la francesa.

—Espero que te guste el huevo. Hoy no teníamos mucho más, así que he improvisado un poco.

—Gracias, Elisa, eres muy amable. Me gusta todo, así que no te preocupes por mí. Comeré lo que pongas. Además, esta sopa de verduras y la tortilla tienen muy buena pinta.

—Gracias —le contestó Elisa—. ¿Sabes una cosa en la que sí me puedes ayudar?

—¿Cuál? —le respondió Violeta curiosa—. Estaría encantada de ayudarte en lo que fuera.

—En cocinar, porque yo lo odio.

Las dos muchachas se echaron a reír al unísono. Esa noche comieron con apetito. Elisa incluso tenía unas naranjas deliciosas que tomaron de postre.

—Violeta, mañana por la mañana hablaré de ti en el hospital. Te conoce mucha gente y, además, te confirmo desde ya que estamos faltos de personal. No quiero que empieces a trabajar sin saber dónde te vas a meter. No podrás hacer lo mismo que yo, pero sí ayudarnos a las enfermeras con el cambio de camas, administrar la medicación y echar mil manos en lo que haga falta.

—Por supuesto que estoy dispuesta a eso y a lo que sea necesario, Elisa. No me da miedo el trabajo duro. En Zamora trabajé en el campo desde niña y ayudaba a mi madre con las tareas de la casa. En Sevilla la pintura en la fábrica de cerámica me gustaba mucho. En Málaga estuve en el hospital, así que estoy dispuesta a trabajar en lo que sea.

—¿Has pensado ya qué quieres hacer? Me refiero a si te vas a quedar en Almería mucho tiempo —le preguntó Elisa mientras mordía uno de los gajos de su naranja.

—Aún no estoy segura de nada, pero de momento me gustaría quedarme aquí. Si Mario está vivo, el primer lugar donde me buscará será en Almería, porque aquí era adonde nos dirigíamos cuando nos

atacaron en la carretera. Por otra parte, no creo que aún me convenga viajar, tengo que terminar de recuperarme. Por eso, la idea de trabajar en el hospital me entusiasma. Todo te lo debo a ti, Elisa —le dijo a la enfermera—. Ya sé que nos conocemos desde hace poco, pero te estoy profundamente agradecida.

Elisa se ruborizó. No estaba ayudando a Violeta solo por hacer un bien, sino también por ella misma. No quería estar sola; Violeta le resultaba agradable y le gustaba su compañía.

—Gracias, pero no es nada —le dijo Elisa quitándole importancia —. La verdad es que tú también me ayudas a mí quedándote conmigo en esta casa tan grande y vacía.

Las dos muchachas terminaron sus naranjas y se sentaron a hablar y a ponerse al día sobre sus vidas. Había sido una suerte para ambas el encontrarse, y Violeta se sintió agradecida a la enfermera de ideas liberales.

54 LA CAPITAL

Madrid, marzo de 1937

Mario había llegado a Madrid exhausto pero recuperándose de sus heridas. El camino no había sido fácil, pero la red de milicianos de izquierdas lo había protegido y ayudado desde que salieron de aquella cueva en las montañas de Málaga. Había empezado a recuperar la memoria y, aunque todavía su mente era una bruma oscura, se acordaba de Violeta.

Victoria fue la encargada de informarlo de todo lo que le había pasado en la carretera de Málaga. Le contó que todos los que allí se encontraban habían sido un blanco fácil para los aviones alemanes y los barcos de Franco, y que la mayoría de esas personas habían muerto allí mismo. Victoria también le habló sobre la infructuosa búsqueda de Violeta y de cómo lograron salvarlo a él.

Después del relato de la muchacha, Mario se sintió inútil; de nuevo lo habían herido y de nuevo había fracasado en sus planes. Estaba desconcertado por no saber qué había sido de Violeta y, al mismo tiempo, agradecido a Victoria, que, por segunda vez, le había salvado la vida.

El grupo de milicianos había conseguido su objetivo principal, que era llegar a Madrid. Mario tenía que seguir recuperándose y, de momento, no podía moverse de la capital, pero su pensamiento estaba con Violeta. El muchacho se sentía confuso; no sabía si viajar a Almería para buscarla o alistarse a las filas republicanas y combatir. Estaba seguro de que encontraría a Violeta en Almería y se negaba a pensar en la posibilidad de que estuviera herida o muerta.

Mario nunca había estado en la capital y pensó que le habría gustado que su primera vez allí hubiera sido en un momento más alegre, por otro motivo que no fuera el de refugiarse. La ciudad le gustaba, era grande y majestuosa, seguramente en tiempos de paz habría sido bonita; ahora, con el constante bombardeo al que la sometían la aviación alemana y la de Franco, estaba llena de escombros y destrucción. Mario había tenido pocas oportunidades de visitar los diferentes barrios de la capital, pero con lo poco que había visto se dio cuenta de que el magnífico barrio de Salamanca apenas

había recibido los impactos de los bombardeos. Se rumoreaba que los sublevados se encargaron de que las preciosas mansiones de sus amigos no sufrieran daño alguno. Sin embargo, Mario y los demás no vivían en el barrio de Salamanca, sino en Lavapiés, un arrabal modesto que había sido casi completamente arrasado.

El joven andaluz pensó que Madrid era una ciudad de contrastes. Mientras sonaban las sirenas para avisar de los bombardeos, la gente corría a los refugios del metro. Sin embargo, cuando esas alarmas enmudecían, la gente seguía con su día a día, en sus trabajos, asistiendo al cine, al teatro o tomando café en alguna terraza que quedaba en pie.

«¡Con qué facilidad acepta el ser humano lo que la vida le pone por delante!», pensó el muchacho.

A Mario le entristecía el daño que las bombas estaban haciendo a los magníficos edificios de toda la ciudad. Los hoteles de lujo Palace y Ritz eran sus favoritos, aunque ya no ejercían como tales, sino como hospitales de sangre para ayudar a los heridos, tanto civiles como soldados.

El grupo de Victoria acogió bien a Mario y lo incluyeron en sus planes, pero el muchacho seguía preocupado por Violeta, y la incertidumbre lo ponía nervioso. Victoria ya le había advertido que sería complicado encontrarla en medio de tanto caos, pero, como Almería aún estaba en manos republicanas, podría, al menos, hacer algunas averiguaciones por si la muchacha se encontraba allí. De momento, lo único que podía hacer era esperar.

Mario todavía tenía pesadillas con la carretera de Málaga. Soñaba con la cara del piloto alemán que había visto de cerca y con los horrores que tanto él como Violeta habían presenciado. Seguían en su retina los cuerpos mutilados de hombres, mujeres, niños y ancianos abandonados a su suerte, pequeños perdidos y llorando a todo pulmón llamando a sus madres. Quería recordar cuándo fue el momento exacto en el que soltó la mano de Violeta, pero no podía. «Ella estaba viva», se dijo a sí mismo. Tenía que estar viva, ya que no quería soportar más pérdidas. Todavía se aterrorizaba cuando escuchaba los aviones revoloteando por encima de su cabeza.

La realidad era que se sentía solo. De Sevilla no había tenido ninguna noticia desde que salieron. La ciudad estaba bajo el bando sublevado y la comunicación con Madrid era casi nula. Se preguntaba cómo estarían Carmen y el resto de sus amigos del corral. Esperaba de

todo corazón que la situación en el sur estuviera más tranquila. Había oído hablar de la represión brutal en las ciudades que habían caído en manos rebeldes. Se decía que había fusilamientos sin juicios y violaciones de todo tipo de derechos. Benito les habían contado que a la mujer de un compañero la habían rapado y violado repetidas veces solo por el hecho de estar casada con un rojo. Por eso a Mario le daba miedo pensar en lo que pudiera estar pasando en Sevilla. Se avergonzaba de que su propio bando también estuviera incurriendo en actos horrendos. Él mismo había vivido la quema de iglesias y sabía que últimamente incluso había habido asesinatos de curas y monjas.

El muchacho empezó a llorar. Estaba abatido y no entendía cómo el ser humano podía llegar a caer tan bajo. Él estaba dispuesto a luchar, pero lo aterraba esa deshumanización que hacía que muchos se comportaran peor que animales. Se preguntaba si serían capaces de superar aquello, ganase quien ganase. No lo creía. El daño que se estaban haciendo unos a otros dejaría heridas de por vida, de eso estaba seguro. Lo recorrió un sentimiento de desesperación por el cuerpo. Al fin y al cabo, aunque con ideas totalmente distintas, peleaban españoles contra españoles. Sin embargo, la guerra había abierto una brecha tan grande que hasta él mismo, a veces, se sentía más cercano a extranjeros que los estaban apoyando y compartían sus ideas que a españoles que estaban en el bando contrario. Había cosas que eran imposibles de perdonar. Decidió que, si los rebeldes ganaban la guerra, se iría de España; además, no le quedaría otra, ya que las represalias serían mortales. Sin embargo, estaba decidido a no marcharse sin antes luchar hasta el final y encontrar a Violeta. Esa era su prioridad. Tenía que encontrarla.

55 LOS BRIGADISTAS

Guadalajara, marzo de 1937

Desde octubre de 1936, todas las milicias habían pasado a formar parte del ejército leal después de un decreto de militarización emitido por Largo Caballero. Sin embargo, el grupo de Victoria, en el que se incluía Mario, aún no había pasado oficialmente a formar parte de las filas del ejército republicano. El grupo lo componían obreros del pueblo altamente politizados que no estaban seguros de si el ejército organizado de la República iba a velar por sus intereses revolucionarios. Sin embargo, sabían que no podrían eludir por más tiempo el llamamiento a filas. Esa sería la única manera de seguir adelante si querían tener acceso a más municiones y armas. Era, en verdad, la única manera en la que podrían seguir luchando.

Después de un tiempo en Madrid, Mario y los demás se pusieron a disposición del ejército leal. Tendrían que acostumbrarse a una nueva organización vertical y de exaltación a los mandos a la que no estaban acostumbrados. Ellos no eran militares profesionales, nunca lo habían sido; como tantos otros, se habían visto envueltos en una situación sin parangón hasta ese momento, en donde su sentido común les había puesto un arma en la mano para defender sus ideales.

Todos intentaron convencer a Victoria para que continuara su lucha en la retaguardia. Sergio, uno de sus hermanos mayores, era el que más la animaba a que se quedase en Madrid y no fuera al frente, pero ninguno logró convencerla.

—¡Pero tú estás loco! —gritaba la muchacha a su hermano—. He estado al pie del cañón desde que el golpe se inició en Sevilla. He intentado proteger nuestros ideales desde el minuto cero sin que me importara mi bienestar, sino el de todos y el de la República. Participé en la emboscada de Radio Sevilla, estuve en las barricadas de los puentes, seguí luchando en Málaga y ahora me dices que me quede en la retaguardia. ¿Quién te crees que eres para darme órdenes? Tú podrás ser mi hermano mayor, pero no eres mi dueño ni mucho menos mandas sobre mí. ¿Te lo he dejado claro?

Ni Sergio ni Miguel, el otro hermano de Victoria, ni mucho menos Mario pudieron persuadirla de que se quedara fuera del frente de

batalla, así que tuvieron que acatar la decisión de la muchacha y aceptar que ella se alistara como uno más.

El tiempo que había pasado en la capital había ayudado a Mario a recuperarse de sus heridas. El muchacho no había participado todavía en ninguna batalla, sin contar la emboscada en la Plaza Nueva de Sevilla. En la capital andaluza había salido malherido después del intento de asalto a la radio donde casi perdió la vida. En Málaga había participado en escaramuzas con los milicianos, pero no sentía que hubiera sido útil a la República ni a nadie. En Sevilla ni siquiera pudo estar en las barricadas con sus compañeros. Su llegada a Madrid había sido precipitada y no de la manera que él tenía planeado, con Violeta de la mano; los bombardeos en la carretera hacia Almería le habían impedido involucrase en la lucha. Por todo ello, el muchacho se sentía frustrado.

Mario estaba como partido en dos. Lo que más quería en el mundo era buscar a Violeta cuanto antes, pero no podía volver a abandonar a los compañeros que tanto habían hecho por él. Por eso, en marzo del treinta y siete, aunque físicamente ya estaba preparado para volver a Almería, tuvo que renunciar a esa idea al ser llamado a filas poco antes de la batalla de Guadalajara. Eso era algo con lo que el chico no contaba, por lo que Violeta tendría que esperar.

Cuando Mario, Victoria y sus hermanos se incorporaron a la batalla de Guadalajara, los italianos habían roto la línea del frente republicano con tanques y bombas, aunque sabían que su objetivo no era Guadalajara, sino Madrid. Solo habían logrado avanzar unos pocos kilómetros a través de las líneas republicanas, ya que la niebla y la lluvia los paralizó hasta el punto de que perdieron ese fuelle primero de ataque. Miguel los informó de que tanques fascistas habían sido detenidos por brigadas internacionales.

Llegaron empapados a donde estaban los brigadistas. Los extranjeros pertenecían a las brigadas internacionales XI y XII. La mayoría de ellos chapurreaba el español e incluso algunos lo hablaban bastante bien.

—Hola, amigos —dijo Victoria con el puño en alto—. Venimos de apoyo. ¿Hemos llegado tarde a la fiesta?

—No, compañera. —Se acercó un muchacho tendiéndole la mano.

El chico era alto, de ojos profundamente verdes y un pelo negro que parecía de carbón.

—Me llamo Adler Schmidt. Pertenezco a la Brigada XI, Brigada Thaelmann. Estoy con el batallón Edgar André.

—Victoria —dijo la chica estrechándole la mano—. Me llamo Victoria. ¿Nos pones al día de lo que está pasando por aquí?

—Los vehículos italianos están ralentizados por la lluvia —continuó Adler—, pero seguro que volverán a atacar. Esta aparente calma es solo pasajera. El tiempo parece que juega a nuestro favor y les está poniendo difícil a esos fascistas que avancen. Las avanzadillas ya nos han informado de que tienen los cañones varados en el barro y que no pueden hacer volar los aviones, por lo que no tienen apoyo aéreo.

—¿Y nosotros cómo vamos? —preguntó Mario.

—Pues nosotros por lo menos aún tenemos algún que otro campo de aviación que podemos utilizar, así que, si seguimos así, vamos a machacarlos. Habrá que ver si sigue así el tiempo y si tenemos una buena capacidad de reacción. Creo que la ofensiva definitiva la llevaremos a cabo mañana.

—Fíjate, mañana —lo interrumpió Victoria—, el doce de marzo, el día de mi cumpleaños. Seguro que eso es una buena señal, mañana ganamos seguro.

Todos se echaron a reír mientras se sentaban unos al lado de otros, tapándose con capotes para protegerse de la intensa lluvia.

—¿De dónde venís? —preguntó Adler amablemente.

—Somos todos de Sevilla —contestó Victoria—. Bueno, algunos también de Málaga, pero hemos venido desde Madrid.

—Escuché lo de los bombardeos a la carretera de Málaga. ¿Os cogió a alguno por allí? —preguntó Adler en un español perfecto.

—Sí, a mí —respondió Mario.

Se acercó a Adler y le dio la mano.

—Por cierto, soy Mario. Me alegro de conocerte. ¿Fumas? —le preguntó Mario al extranjero mientras se sacaba los dos últimos cigarrillos del bolsillo.

—Gracias. Hacía algunos días que se me había terminado el

tabaco.

—¿De dónde sois en tu brigada? —quiso saber Sergio.

—La mayoría somos alemanes y austríacos, pero aquí hay una mezcla de un poco de todo. Hay muchos italianos también de la brigada Garibaldi. Todos antifascistas, que en Italia, igual que en España, también los hay.

—¿Alemanes? ¿Pero vosotros no estáis con el bando contrario? —Rieron algunos de los soldados.

—No todos, amigos. Somos alemanes y amamos nuestra patria, pero no lo que está ocurriendo allí y, desde luego, ninguno de los que estamos aquí abogamos por las ideas fascistas, bien sea en España, Alemania o en la Luna.

—Gracias —le dijo Victoria con una sonrisa—. Gracias, Adler, por ayudar y no dejar que España sea otro país en Europa donde el fascismo campe a sus anchas.

—¡De nada, camarada! —le respondió el muchacho emocionado —. Ahora vamos a comer. Con estos italianos uno nunca sabe qué va a pasar. Si hay una batalla, mejor que nos coja con la barriga llena, ¿no?

El grupo de Mario se retiró a comer con los brigadistas mientras se presentaban entre sí. Echaron unas charlas, unos chistes y algunos hicieron de traductores de los que sabían menos español. El ambiente era relajado y a Mario le pareció que hacía mucho tiempo que no se encontraba tranquilo entre un grupo de amigos. Añoraba la época pasada, los paseos por la calle Betis en Sevilla, el nadar con chicos del corral en la zapata del río, los cafés de los domingos en alguna cafetería del centro. Esa vida le parecía ahora ajena y lejana. No había pasado ni un año de todo aquello y ni siquiera podía recordarlo con claridad. El horror se había superpuesto a esas memorias simples y maravillosas. Echaba de menos el sol de su ciudad, la calidez de su gente y a Violeta, sobre todo a Violeta.

Ese rato con los brigadistas lo abdujo de todos los malos pensamientos, como si estuvieran echando una tarde de campo. El tiempo les dio una tregua y hasta algunos jugaron algún partido de fútbol con una vieja pelota que los soldados tenían por allí. Sin embargo, muy en el fondo de su corazón, Mario sabía que todo aquello era solo una quimera que duraría poco. No era real y, aunque esos chicos extranjeros eran buena gente, no estaba en Sevilla, ni se iba a levantar en el corral por la mañana, ni iba a quedar con Obdulio

para ir al puerto. Sabía que estaban esperando a enfrentarse con un enemigo también compuesto, en su mayoría, por extranjeros. Sabía que pronto alguna de aquellas personas con las que conversaba, fumaba o jugaba al fútbol iba a dejar de existir, como lo hizo Avelino en la Plaza Nueva. Tal vez, incluso él mismo lo haría. Pensó en lo raro de la guerra: todo se relativizaba y las prioridades eran diferentes a las de época de paz.

Mario siguió disfrutando de la tarde con sus nuevos compañeros y dejó volar su imaginación, intentando sacar de su cabeza bombas, refugios, heridas, hambre y muerte. Solo eran amigos que jugaban al fútbol. Por lo menos, durante esa tarde.

Tanto los brigadistas como las fuerzas republicanas habían pasado la noche a la intemperie. Habían reído, comido, fumado y jugado juntos, pero casi ninguno logró descansar. Pasaron la noche charlando y conociéndose algo mejor, pero sobre todo esperando lo inevitable. La batalla se preveía dura, pero todos y cada uno de ellos estaban dispuestos a pelearla.

El Corpo Truppe Volontarie Italiano, junto con la división de Soria de tropas fascistas, también estaban listos. El premio era Madrid, por lo que no se iban a dejar amilanar por las tropas republicanas. Los dos bandos movilizaron a hombres, artillería y camiones, expectantes a lo que pudiera pasar. La mañana se había despertado gris, la lluvia seguía cayendo tan fuerte como el día anterior. El grupo de Adler y el de Mario estaban contentos por ello. En ese caso, parecía que la lluvia estaba de su parte.

Mario no recordaba cuándo había empezado el enfrentamiento, pero se vieron envueltos en una lluvia de disparos de la artillería enemiga, que no daba tregua. Las tropas fascistas italianas de apoyo a los sublevados estaban presentando una dura batalla. Mario estaba seguro de que el objetivo enemigo era romper las líneas republicanas de la manera más rápida posible. Pero esta vez, el muchacho creía que ellos estaban mejor posicionados, preparados y armados que en contiendas anteriores. Esta vez sí tenían una posibilidad real de destrozar a esos malditos fascistas.

El grupo de brigadistas de Adler ya estaba luchando en un cuerpo a cuerpo con los italianos del Corpo Truppe Volontarie. Mario seguía disparando sin parar y veía a Victoria y al resto de los soldados haciendo lo mismo que él. No se paró a pensar en los chicos caídos cerca de él. No era el momento para eso. Tenían que seguir adelante defendiendo posiciones.

A los sublevados los habían informado de que no podrían contar con la aviación para que los protegiera. Tampoco tenían tanques, por lo que la mayoría de sus maquinarias se estaban quedando varadas en el barro. Los republicanos sí contaban con aeródromos cercanos y pavimentados para el despegue de sus aviones, por lo que todos se alegraron cuando los vieron surcar el cielo por encima de sus cabezas, dándoles apoyo aéreo. Mario pensó que era bueno ver la otra cara de la moneda, aunque fuera solo por una vez, y que aún había esperanzas de que todo pudiera alterarse. Tal vez nada estaba perdido todavía y aún se podía ganar esa guerra que ya llevaba ocho meses removiendo los cimientos del país.

Los cazas republicanos no estaban dando tregua y los tanques rusos parecían llevar a cabo correctamente su cometido al moverse con orugas por el fango de la Alcarria. Los tanques italianos, más pequeños, que se movían con ruedas, no estaban llevando bien las inclemencias del tiempo. Los republicanos estaban aprovechando esa ventaja para avanzar y tomar terreno, además de recuperar el que ya habían perdido a manos de las tropas italianas.

Victoria se había posicionado cerca de Adler. Ambos eran aguerridos, impulsivos y sin miedo a nada. La muchacha se dio cuenta de que uno de los tanques republicanos que les había servido a ambos para parapetarse y seguir avanzando hacia la línea de choque se había quedado parado. Adler también lo notó, porque no tardó ni medio segundo en saltar dentro del vehículo para ver qué era lo que pasaba. El soldado que manejaba el cañón había recibido una bala en la cabeza que lo había dejado seco en el sitio. El que conducía el tanque había parado para atender a su compañero, sin darse cuenta de que ya no había nada más que hacer.

Adler, sin perder el tiempo pero con delicadeza, le dejó claro al muchacho que se abrazaba a su amigo llorando que no podían parar. Era imperativo seguir. Victoria logró deslizarse hasta dentro del tanque. La muchacha no tardó mucho tiempo en comprender lo que estaba pasando y, como pudo, intentó calmar al muchacho, que tendría apenas dieciocho años.

—Adler —Victoria llamó la atención del alemán—, sigue adelante. Yo me encargo del cañón.

—¿Sabes manejarlo? —le preguntó el chico receloso.

—No lo he hecho nunca, pero ni te imaginas lo rápido que puedo aprender bajo estas circunstancias. Tú sigue adelante y ponte al frente

del tanque. No nos podemos permitir el lujo de dejar parado ni uno de ellos. Uno solo puede hacer mucho daño y puede decidir si ganamos o no esta batalla. Déjame a mí lo de las balas.

Adler se sentó a los mandos del tanque y lo puso en marcha.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Victoria al chico asustado, que no paraba de llorar.

—Soy Diego, señora. Diego Moreno.

—Está bien, Diego, luego podrás llorar a tu amigo, pero ahora tienes que ayudarme y, entre los dos, vamos a poner en funcionamiento este cañón y vamos a cargarnos a los que han hecho esto, ¿entendido? ¡Ah! Y no me llames señora, me conformo con compañera o Victoria.

El muchacho parecía como en estado de *shock*.

—Diego, Diego… ¿Me oyes? —Lo zarandeó Victoria—. No tenemos tiempo y no podemos perder el que aún nos queda. Tienes que ayudarme. Tenemos que empezar a disparar el cañón. Hazlo por ti, por mí, por tu amigo y por la República.

Diego se secó las lágrimas como pudo y se puso al mando del cañón que había en el tanque.

—Compañera —le dijo a Victoria—. No lo deje solo, por favor. Él no es mi amigo, es mi hermano.

—Está bien —le respondió Victoria disimulando las ganas de llorar—. Me quedaré con él mientras tú ayudas a Adler con el tanque. Con eso nos ayudas a todos.

Diego empezó a disparar mientras Victoria abrazaba al hermano muerto del muchacho, llorando. Le recordó a su propio hermano Daniel, que había caído en las barriadas del puente de San Telmo nada más empezar la guerra. Se dio cuenta de que aún no había tenido tiempo de llorarlo.

—Adelante, compañeros. ¡Por nosotros, por todos, por la revolución! —gritó Victoria apretando con fuerza al chico muerto.

***

Después del triunfo en Guadalajara, Mario desistió de la idea de regresar a Almería definitivamente. Sabía que, cuando volviera a encontrar a Violeta, ella lo entendería. Había pensado que, si le daban algún permiso, lo aprovecharía para bajar a la ciudad andaluza, pero no fue así. Solo tres días después de la batalla de Guadalajara, todos se pusieron en marcha para defender el frente del norte.

Mario nunca se había considerado imprescindible, pero sí, tal vez, una pieza importante para poder ayudar a sus compañeros. Se sentía satisfecho; por fin había podido participar en una batalla haciendo frente al fascismo y la habían ganado. Por supuesto que habían tenido pérdidas, bajas de soldados de muchas nacionalidades, pero sentía las fuerzas renovadas y no quería parar ahora. Con la victoria en Guadalajara, Mario creía que todos habían ayudado para proteger Madrid, ya que con el triunfo iban a obligar a los sublevados a parar su marcha hacia la capital y cambiar de estrategia.

Para abril, el ejército republicano ya estaba en el norte, ayudando en la campaña de Vizcaya. Sin embargo, esa vez no salieron victoriosos, como meses antes, y a partir de ese momento su esfuerzo fue más para ralentizar el avance continuo de los sublevados que para apuntarse victorias.

Muy a su pesar, Mario vio caer Bilbao, Valmaseda y el monte de las Neveras. La campaña de Vizcaya se estaba terminando y estaban perdiendo. El norte no tardaría mucho en sucumbir ante la presión fascista. El ejército republicano sabía que mandar refuerzos para ayudar en la lucha en el norte era tarea imposible, y los vascos y asturianos tendrían que apañárselas como pudieran.

Ante esa perspectiva, los republicanos maquinaron una idea para apoyar el norte de España, atacando por sorpresa cerca de Madrid. Mientras Victoria, Sergio y Miguel siguieron peleando con uñas y dientes por salvar lo insalvable, Mario fue enviado, junto a otros soldados, como tropas de refuerzo a la batalla que en secreto se estaba planeando. Brunete los esperaba.

56 EL BOMBARDEO

Almería, junio de 1937

Violeta se había incorporado al trabajo en el hospital almeriense en marzo de 1937. Le gustaba estar entretenida y no pensar demasiado; se había dado cuenta de que pensar en su hijo, en Mario y en la situación en que la vida la había puesto no le reportaba nada bueno. No podía traer a su niño de vuelta y, aunque había buscado a Mario, era como si se lo hubiera tragado la tierra y no había conseguido saber nada más de él. No quería rendirse a la evidencia, pero, si Mario estuviera vivo, probablemente ya habría tenido noticias suyas.

El trabajo en el hospital era duro, pero Violeta se sentía contenta de tenerlo. Estaba aprendiendo mucho viendo todo lo que hacían las enfermeras y los médicos. Se dio cuenta de que el mundo de la medicina le gustaba, y la idea de estudiar Enfermería en un futuro la entusiasmaba. De momento, se conformaba con cambiar camas, repartir medicinas, lavar a los enfermos y sentirse útil para ellos. La satisfacción de poder cuidar a alguien que la necesitaba la llenaba de emoción. Su trabajo en la fábrica de loza le había gustado mucho, pero en el hospital se sentía más útil.

El uno de junio, Violeta estaba trabajando junto a Elisa cuando se enteraron de la noticia de un nuevo bombardeo en Almería. La ciudad ya había sido bombardeada anteriormente, pero no de forma tan brutal como esa vez. El hospital entero se puso en alerta. Era aún muy temprano cuando los primeros heridos empezaron a llegar. Los impactos habían sido en el puerto, ya que los principales objetivos eran los buques atracados allí. Los heridos que iban llegando al hospital acusaban a los barcos alemanes de ser los autores del ataque.

Violeta dejó todo lo que estaba haciendo para ayudar con las camillas de los más de veinte heridos que llegaron esa mañana.

—Tenían bandera alemana, ¿os dais cuenta? Bandera alemana —decía uno de los marineros del pequeño submarino alcanzado en el puerto.

—Por favor, no te muevas —le pedía Elisa mientras intentaba

cogerle una vía.

—¿Es que no os dais cuenta? Esto será el principio de otra Gran Guerra. No sé si Franco lo habrá ordenado, pero los buques que nos han atacado no eran españoles, eran alemanes.

El chico estaba temblando y en un estado de excitación tal que a Elisa le fue casi imposible encontrarle la vena. Violeta trató de calmarlo mientras le hablaba.

—Te entiendo muy bien. Yo llegué aquí hace poco desde Málaga y me cogió el bombardeo de la carretera. Allí también había aviones alemanes. Pero, por favor, necesitamos ayudarte, tienes que dejar de moverte ahora mismo. Hay más heridos y poco personal, déjanos trabajar. Si quieres estar mejor, tenemos que atenderte.

La muchacha cogió la cara del muchacho entre sus manos. El chico era joven, tal vez unos años menor que ella.

—Por favor, mírame, necesito que te calmes y dejes a Elisa hacer su trabajo, ¿de acuerdo?

El chico se rindió ante la amabilidad de Violeta y dejó de moverse. No dijo nada más, pero el horror de lo vivido se podía leer en su cara. Esa mañana se había desatado la locura en el hospital; miembros amputados, heridas de metralla y más de treinta muertos, sin que el personal médico pudiera hacer nada por ellos.

Mientras Violeta iba de un lado para otro prestando su ayuda en lo que podía, los médicos se afanaban por salvar las vidas de los pacientes que iban llegando, en su mayoría soldados. Elisa reclamó a la zamorana para que la ayudara a mover una camilla a uno de los quirófanos vacíos. El herido, que ya había perdido el sentido, tenía una laceración de más de diez centímetros en su muslo izquierdo por la que se le podían ver músculos, tendones y hueso.

—Necesitan ponerle sangre ya —apremió Elisa mientras volaban por el pasillo central del hospital empujando la camilla.

La carrera parecía interminable y daba la impresión de que el hospital se había hecho más grande de repente. Sortearon a heridos, familiares y compañeros que estaban haciendo su trabajo, tan atareados con sus enfermos como ellas con el suyo. En uno de los giros casi estuvieron a punto de volcar la camilla y dar con el herido de bruces en el suelo. La respiración del chico parecía cada vez más ralentizada, lo que contrastaba con la prisa de ellas por llegar a su

destino.

Llegaron a un quirófano para descubrir que estaba ocupado con otro muchacho que tenía el abdomen destrozado. No se pararon a ver más; volvieron sobre sus pasos. Resbalaron con las gasas ensangrentadas esparcidas por el suelo y casi hicieron volcar la camilla de nuevo. Lograron mantener el equilibrio y volvieron por donde habían venido, intentando llegar a otro quirófano un poco más alejado. «Gracias a Dios, está vacío», pensó Violeta. Ya habían avisado al doctor Escobar, que se estaba poniendo los guantes cuando las muchachas aparecieron con el herido.

—Creo que ha perdido mucha sangre, doctor. La respiración está muy entrecortada y no le encuentro el pulso.

—Dejadlo aquí —dijo el médico señalando el centro de la sala—. Nos tendremos que apañar los tres; no hay mucho personal.

—Disculpe, doctor. Violeta no es enfermera —apuntó Elisa.

—¿Te da miedo la sangre? —le preguntó el médico, mirándola intensamente a los ojos.

—No, señor, por desgracia he visto mucha.

—Pues entonces ya tenemos otra enfermera temporal para esta operación. Quédese, por favor.

Violeta y Elisa se lavaron las manos y se dispusieron cada una a un lado del médico. La operación duró más de lo previsto, pero resultó todo un éxito. El muchacho había logrado sobrevivir y no habían tenido que amputarle la pierna. La experiencia había sido gratificante, sobre todo para Violeta, que había asistido a su primera operación. El hecho de que el chico hubiera sobrevivido la llenaba de alegría.

Cuando salieron de quirófano, la situación en el hospital estaba más calmada, aunque se podía adivinar el caos reinante que todavía existía. Violeta encontró una cama vacía donde acomodar al joven. Algo más tranquila, se fijó en el chico, que dormitaba mientras ella le remetía la colcha entre el somier y el colchón. Parecía muy alto y su pelo era de un rubio luminoso. Le tomó la temperatura para comprobar que no tenía fiebre. Gracias a Dios, estaba bien. La muchacha estaba a punto de marcharse cuando el chico murmuró algo que ella no logró entender. Se acercó y puso el oído cerca de su boca. Él siguió diciendo algo ininteligible. El muchacho parecía delirar en un idioma extranjero.

Violeta había oído hablar de soldados que habían llegado a España de voluntarios desde todos los rincones del mundo para ayudar a la República, pero hasta ahora no había conocido a ninguno. Pensó en el doctor Bethune, su salvador, que, siendo canadiense, había venido a España para ayudar, pero él era médico y no soldado. Se preguntó de dónde sería el chico y qué lo habría movido para dejar su país y pelear tan lejos de su casa. La conmovió que chicos de su edad arriesgaran sus vidas por salvar a España del fascismo, por intentar salvarlos a todos ellos. Se aseguró de que el muchacho estuviera cómodo y salió de la habitación dándole las gracias silenciosamente. Hizo una nota mental de que volvería a verlo a la mañana siguiente.

El personal del hospital de Almería continuó el día cambiando vendajes, taponando heridas e intentando salvar vidas. Violeta y Elisa no volvieron a su casa hasta bien entrada la madrugada. Ni siquiera se desvistieron, no tenían fuerzas; se tumbaron en la cama con el uniforme y así se quedaron dormidas hasta el día siguiente. El agotamiento les estaba pasaba factura.

La mañana despertó cálida. Elisa se levantó la primera y preparó una mezcla oscura parecida al café que, en realidad, era más zurrapa que otra cosa. Violeta la encontró en camisón sentada a la mesa del salón de su amplia casa.

—¡Buenos días, dormilona! ¿Quieres un café? —le ofreció Elisa con una sonrisa.

—¡Buenos días! No, aún no, gracias —rechazó Violeta amablemente—. Voy a cambiarme primero, no quiero que se nos haga tarde.

Violeta se volvió a su cuarto y, en menos de diez minutos, salió vestida y arreglada con el uniforme celeste y blanco que llevaban en el hospital.

—Elisa, ¿sabes quién es el chico al que operó ayer el doctor Escobar?

—¿Al que paseamos en la camilla por todo el hospital? —preguntó su amiga.

—Sí, ese mismo.

—No, ¿por qué? —le respondió Elisa intrigada.

—Por nada. Ayer, cuando lo dejé en su cama, me pareció que

murmuraba algo. Creo que estaba delirando en un idioma extranjero.

—No sé, Violeta, fue tanto el alboroto que tuvimos ayer en el hospital que no me fijé en eso. Además, cuando ese soldado estuvo con nosotros, el pobre no habló ni una palabra.

—Sí, lo sé. Como te digo, fue después, cuando lo dejé en una de las habitaciones.

—Lo importante es que ha salvado la vida, ¿no te parece? Da igual que hable español o ruso —le dijo Elisa mientras seguía sentada en la mesa de la cocina ojeando el periódico.

—Es verdad, tú lo has dicho. Eso no es poco, con todo lo que vimos ayer.

—Y lo que nos tocará ver hoy, Violeta. Lo que nos tocará ver…

Elisa dejó su café a medio terminar en la mesa de la cocina y fue a vestirse.

—¡Ea! ¿Estás lista, enfermera de un día? —Sonrió Elisa.

—Sí, vámonos —le contestó la zamorana.

—Violeta, ¿sabes? Ayer me impresionaste mucho. Tu entereza y capacidad de reacción en la operación de ese muchacho fue digna de admiración para no haber estudiado nada de esto. Creo que el doctor Escobar también se quedó muy impresionado contigo y posiblemente, con lo escasos que estamos de personal, quiera contar con alguien como tú otra vez.

Violeta la escuchaba atentamente. Estaba muy contenta; la verdad era que ese nuevo mundo que estaba conociendo le gustaba y quería saber mucho más de él.

—Tal vez, por las noches —continuó la enfermera—, cuando volvamos a casa, yo pueda ayudarte a prepararte para que estudies Enfermería una vez las cosas vuelvan a su cauce.

Violeta la miró sorprendida. No se había planteado esa posibilidad.

—Muchas gracias, Elisa, eso me encantaría. Aprendí mucho gracias a los compañeros de Málaga en el poco tiempo que estuve en el hospital Miramar y, sobre todo, estoy aprendiendo mucho gracias a

vosotros. Me gustaría saber todo lo que pueda y, aunque no se sabe lo que nos deparará el futuro, me gustaría explorar este camino. ¿De verdad me ayudarías a estudiar?

—¡Claro que sí, tonta! Esta misma noche empezaremos, ¿qué te parece? Puedo desempolvar mis libros y podríamos empezar por ahí. Tal vez puedas poner en práctica algunas técnicas sencillas que el doctor Escobar te deje hacer. Yo, por mi parte, haré la vista gorda para que practiques sacando sangre o haciendo algunas curas fáciles en mi turno cuando estés más preparada.

Violeta se le echó al cuello y le plantó un beso fuerte en la mejilla. Esa afectuosidad la había traído consigo desde Sevilla. Por un instante, se dejó llevar por sus pensamientos y recordó a Carmen… ¡Cuánto la echaba de menos!

Las dos mujeres llegaron al hospital de Almería a buena hora y se despidieron en la entrada para que cada una atendiera sus responsabilidades. Antes de empezar su turno, Violeta fue a ver al muchacho de habla extranjera; quería saber cómo se encontraba y cómo había pasado la noche. Aparte del doctor Bethune, no había conocido a ningún extranjero antes. Cuando llegó a Sevilla, todo le pareció raro por ser una ciudad tan diferente a su pueblo, por lo que no podía ni imaginar cómo sería ser de otro país.

El muchacho seguía durmiendo. Su respiración parecía acompasada y seguía sin fiebre. El vendaje estaba limpio y él se encontraba tranquilo, por lo que Violeta lo dejó descansar. Estaba muy satisfecha de que hubiera sobrevivido y siguiera sin complicaciones. «No debe de ser agradable perder a un paciente en la mesa de operaciones», pensó.

Violeta pasó el día de un sitio para otro, cambiando camas, ayudando con curas y vendajes y administrando los medicamentos recetados por los médicos. La verdad era que las horas volaban en el hospital; no había ni un solo rato de descanso y mucho menos después del bombardeo del día anterior, donde el número de pacientes se había disparado. Estuvo tan ocupada que no volvió a pensar en el extranjero hasta por la tarde, cuando decidió acercarse a su habitación a ver cómo estaba. Cuando llegó a la sala, el muchacho estaba incorporado en la cama hablando con el doctor Escobar. Violeta hizo ademán de irse, pero el doctor, que la vio con el rabillo del ojo, se le adelantó.

—Pero mira por dónde, tenemos aquí a la ayudante de enfermera

improvisada de ayer.

El médico le tendió la mano amablemente.

—Soy el doctor Escobar. Muchas gracias por su colaboración, ayer ni siquiera tuve tiempo de dárselas. Hizo usted un buen trabajo. ¿Ha pensado en dedicarse a la enfermería o incluso a la medicina? Creo que podría tener madera para ello.

Violeta se ruborizó de la cabeza a los pies. Se sentía orgullosa de sí misma, pero nunca antes nadie la había elogiado así.

—Muchas gracias, doctor, pero el trabajo realmente lo hicieron Elisa y usted —dijo humildemente.

—¿Y qué me dice? ¿Lo ha pensado o no? ¿Le gustaría dedicarse a la medicina? —le insistió el doctor.

—Si le soy sincera, sí, lo he pensado y es una idea que me agrada. Me gusta ser útil y, en esta situación en la que vivimos, esta profesión permite ayudar mucho a los demás.

El médico le dedicó una sonrisa cálida.

—Está bien, señorita…

—Violeta, me llamo Violeta, doctor. Violeta Debesa.

—Está bien, Violeta. No dude que volveré a buscar su ayuda y, mientras tanto, venga a verme, a ver qué es lo que podemos hacer para que pueda empezar a aprender.

—Muchas gracias, doctor, es muy amable.

—Por cierto, Matt —dijo el médico dirigiéndose al muchacho de la cama—, ella también estuvo en tu operación y, junto con la mejor de mis enfermeras, se recorrieron todo el hospital contigo en una camilla para poder salvarte la pierna y la vida. Bueno, basta de charlas, ahora tengo que irme, que el deber me espera. Ya sabes, chico —el médico se volvió para mirar a Matt—, ahora debes descansar lo más posible. Esta vez has tenido suerte, pero no la tientes.

El doctor Escobar giró sobre sus propios pasos y se despidió de los dos.

—Buenas tardes.

El médico salió de la habitación para seguir su ronda de la tarde.

—Hola, señorita, buenas tardes. Le agradezco todo lo que hizo por mí ayer.

Violeta se sorprendió al escuchar al chico hablar español, aunque podía notar un acento extraño en la manera de pronunciar las palabras. No pudo identificar de qué país era el muchacho, pero le recordó un poco al modo de hablar del doctor Bethune. El chico le tendió la mano y se presentó.

—Permítame que me presente formalmente. Soy Nelson, Matthew Nelson. Y usted, ¿cómo se llama?

Violeta le dio la mano y dijo su nombre.

—¿Es usted de Almería? —preguntó el muchacho con interés.

—No. Llegué solo hace unos meses huyendo desde Málaga. Pero tampoco soy de allí. Soy de un pueblo pequeñito de Zamora, aunque el último año lo pasé en Sevilla. Allí me cogió el inicio de la guerra. Usted seguro que no es de Almería, ¿verdad?

El muchacho se rio con ganas.

—No, ¿cómo lo ha adivinado? No será por mi acento, ¿verdad?

Esa vez Violeta lo acompañó en la risa.

La verdad era que el chico tenía una buena gramática. Su español era fluido y utilizaba un buen vocabulario; solo ese deje anglosajón delataba que no era español.

Matt siguió hablando.

—No, como se puede ver, o mejor oír, no soy de aquí. —Una risa sonora e intensa llenó a Violeta de alegría—. Soy norteamericano, nacido y criado en Nueva York, aunque hace algunos años que resido en Arizona. Ya sabe, por la universidad. Quería ir a un lugar más en contacto con la naturaleza y en Arizona puedo experimentar las montañas y explorar el desierto.

—¿Y qué hace un norteamericano de Nueva York, que reside en Arizona, en Almería?

—Será el clima —respondió Matt con sorna—. ¿Sabe que se parecen muchísimo el de Almería y el de Arizona? Ahora en serio, en

NAU, mi universidad, mis amigos y yo nos enteramos del conflicto en España. Ya hemos terminado la carrera y queríamos ayudar. ¿Cómo no hacerlo? ¿Cómo quedarnos de brazos cruzados mientras aquí se mata la gente? ¿Cómo dejar que ganen los fascistas sin oponer resistencia? Si no los paramos ahora, nos llevarán directamente a otra Gran Guerra.

Violeta tenía la boca abierta. No alcanzaba a comprender cómo un chico que venía desde tan lejos había dejado su casa, a sus amigos, su mundo, en definitiva, y se había expuesto al peligro, no solo de caer herido, sino de perder la vida, en un país extraño. «¿Pueden ser los ideales tan fuertes?», se preguntó la muchacha.

—Es muy admirable lo que dice, pero creo que por hoy ya ha hablado bastante, Matthew de Nueva York que reside en Arizona.

—No, por favor, llámeme Matt. Todo el mundo lo hace.

—De acuerdo —asintió Violeta—, Matt, pero ahora debe descansar. ¿No ha oído al médico?

—Me alegro mucho de haberla conocido, señorita. ¿Volverá mañana?

Violeta pensó que el muchacho debía de sentirse muy solo, fuera de su país y sin su familia o amigos.

—¿Hace poco que está usted aquí? —le preguntó al chico.

—Sí, solo llevo unos meses. Cuando supe de la guerra en España, volví a Nueva York. Mis padres no querían que viniese y, por supuesto, el gobierno norteamericano nos lo tiene prohibido, así que les prometí a unos y a otros que solo me tomaría unos meses de descanso antes de empezar con mis estudios de postgrado y que iría a Inglaterra. Mis padres ya conocen Londres, así que no les pareció una mala idea, siempre y cuando me quedara allí. Es una ciudad internacional, parecida a Nueva York y que a mi madre en particular le encanta. Se puede disfrutar de muchos espectáculos y musicales.

—¿Les mintió a todos solo para poder viajar a este infierno?

Violeta no salía de su asombro. Había tanta gente que luchaba por salir desesperadamente del país que no lograba comprender cómo un chico como él había querido entrar.

—¿Y ha venido solo? —logró articular.

—No, vine con tres amigos más. Como los cuatro somos enfermeros, vinimos para formar parte de la unidad sanitaria. Sin embargo, en el poco tiempo que llevo aquí, nos han adiestrado un poco en el arte de la guerra, ya sabe, cómo coger un fusil y dispararlo, por si acaso, y también he estado conduciendo una ambulancia. La verdad es que hemos venido para ayudar, no importa cómo sea.

—Todo lo que me cuenta es muy interesante, pero ¿cómo ha acabado aquí?

—Nos unimos al Batallón Lincoln; no sé si habrá oído hablar de él. Todos extranjeros, americanos como yo, en su mayoría. Como le decía, hicimos una pequeña instrucción en Villanueva de la Jara, en Albacete, no muy lejos de aquí. Leo, uno de mis compañeros, y yo, teníamos unos días de permiso antes de marcharnos al frente del norte. Mira por dónde, no me ha dado tiempo ni a empezar a ayudar. Ahora sois vosotros los que me estáis ayudando a mí.

Violeta lo miró con ternura. Matt no era mucho mayor que ella. Parecía como si su generación hubiera tenido que crecer mucho más deprisa por todo lo que les estaba tocando vivir.

—Está bien, señor extranjero, ya tendrá tiempo de ayudar. De momento, siga descansando y recupere las fuerzas.

La muchacha estaba a punto de darse la vuelta y salir cuando Matthew la agarró del brazo.

—¿Vendrá a visitarme mañana? —volvió a preguntarle, en una súplica, más que una pregunta.

—Si deja de tratarme de usted y me llama por mi nombre, tal vez lo haga. Ahora deje de hablar y descanse.

—Trato hecho —dijo Matt contento—. Muchas gracias, Violeta, te veo mañana.

57 EL EXTRANJERO

Almería, junio de 1937

Violeta se había quedado muy impresionada con el buen español que hablaba el americano. No había conocido a ningún otro, pero, aunque el chico tenía acento, a ella le parecía que dominaba el idioma a la perfección. Se le había olvidado preguntarle por qué lo hablaba tan bien, pero tomó nota mental para hacerlo más tarde. Matt le resultaba fascinante; no es que le gustara físicamente, aunque el muchacho era rubio, de ojos inmensamente azules y parecía alto, aunque aún no lo había visto de pie. No era una atracción física, era más bien asombro y gratitud hacia alguien que había dejado atrás todo su mundo por defender España. No podía entender cómo había gente así. Ella no creía que tuviera esas convicciones. Habría preferido quedarse como estaba, en su pequeña habitación del corral Rueda, y con su hijo a su lado. ¡Su niño! No podía dejar de ver sus rizos dorados una y otra vez y de pensar en lo injusta que era la vida. A Juanito se la habían arrebatado apenas empezando a vivirla. Ella quería irse lejos, irse para no volver, para olvidar, aunque eso sabía con seguridad que no lo lograría en ningún rincón de la tierra.

Ya habían pasado meses y aún no había tenido noticias de Mario. Estaba hecha un lío. Por un lado, no quería irse de Almería porque pensaba que, si él la buscaba, sería allí. Ambos se dirigían a Almería cuando los sorprendió el ataque, por lo que seguramente Mario llegaría a las mismas conclusiones que ella y volvería a la ciudad. Pero, por otro lado, no estaba segura de si ya había pasado demasiado tiempo y, aunque quería con toda su alma que Mario volviera, tal vez eso ya no fuera posible. Se devanaba los sesos pensando qué hacer. Cada vez que caía una bomba o había algún herido o muerto, se le congelaba el corazón y no sabía si podría soportar mucho más el continuar en España. ¿Hasta cuándo duraría la guerra? Decían que Madrid estaba resistiendo, pero el gobierno se había trasladado a Valencia; decían que la capital estaba sufriendo una lluvia de bombas que la estaban destrozando poco a poco, decían que los sublevados cada vez ganaban más terreno, decían y decían tantas cosas que ya no sabía ni qué pensar. Echaba mucho de menos a Mario, a Carmen, a Maruja y, aunque Elisa y las demás enfermeras del hospital habían sido una gran ayuda física y emocional, se sentía perdida.

Ese día, Violeta había empezado temprano en el trabajo. Llegó, como de costumbre, con Elisa y ambas se despidieron en la puerta del hospital para comenzar con sus tareas. Violeta se había propuesto hacer un hueco en su ajetreado horario para volver a visitar a Matt; quería saber cómo se encontraba el muchacho. La jornada se presentó dura; estaba aprendiendo a hacer curas gracias a Elisa y a otras enfermeras y, desde que había ido a ver al doctor Escobar, este la tenía bajo su ala algunas horas al día para que fuera su sombra.

—Violeta, no todo se aprende en los libros, ¿sabes? La mejor manera de absorber esta profesión es imbuirse en ella —la aconsejaba el médico mientras lo acompañaba a hacer la ronda—. Primero, solo oír, ver y callar mientras los conocimientos se van filtrando en ti. Luego ya tendrás tiempo de meter las manos en la masa.

La muchacha, además de estudiar con Elisa, se estaba acostumbrando a acompañar al doctor y aprender de él todo lo que podía. Le gustaba su trabajo y eso también la retenía en Almería. Aquella tarde, ya casi terminada su jornada, pudo escaparse para visitar a Matt. Le resultó extraño verlo dormido. Hasta ese día, el muchacho siempre la había esperado despierto. Le gustaba hablar con ella y preguntarle muchas cosas sobre España, sus ideas, su vida. Estaban congeniando muy bien. Violeta, incluso, se había atrevido a hablarle de su hijo, de Mario y su desaparición. Charlar con Matthew era como un bálsamo para sus heridas y le gustaba que el joven supiera escuchar. La noche anterior, Violeta se había ido preocupada, ya que lo había dejado algo ajado y menos hablador que de costumbre. Llegó a preguntarle si se encontraba mal, pero el muchacho le contestó con un «no» rotundo, aunque le pareció que no lo había dicho con mucho convencimiento.

La sala en donde se encontraba Matthew estaba bien ventilada, ya que tenía grandes ventanales a cada lado. Las más de cuarenta camas que se distribuían a derecha e izquierda eran meros somieres con colchones poco mullidos y un cabecero hecho de tubos de metal blanco. Sin embargo, toda la gran habitación parecía limpia. Los heridos, todos hombres, iban desde jóvenes a hombres maduros y algún que otro de más edad. Matt era uno de los más jóvenes y uno de los más ruidosos; por eso, Violeta se había quedado preocupada cuando lo vio tan desanimado la tarde anterior.

La muchacha terminó su turno y, antes incluso de cambiarse de ropa, prefirió visitar al americano. Caminó por el pasillo que la llevaba directamente a la sala donde se encontraba el chico. Su cama era una de las últimas, por lo que Violeta entró saludando a unos y a

otros hasta que llegó a Matt. Cuando llegó a los pies de su cama, vio que se había tapado hasta la cabeza. Se acercó bromeando para ver cómo estaba, pero Matt no le respondió. Su corazón se encogió de repente.

—¡Matt! ¡Matt! —lo llamó gritando.

El muchacho seguía sin responder. Violeta se acercó a él y retiró la sábana, que estaba mojada de sudor y de una tintura negruzca a la altura de la pierna del chico. No tuvo que inclinarse mucho para sentir el calor que el muchacho desprendía. Estaba segura de que la fiebre era tan alta que había hecho que Matt perdiera la consciencia. Le rozó la frente y comprobó que hervía. Lo destapó completamente y vio cómo le drenaba la pierna mala. El olor era insoportable y no podía entender cómo nadie se había dado cuenta de que la herida no iba bien.

La chica salió corriendo, gritando el nombre del doctor Escobar. Subió plantas, miró en quirófanos y paró a enfermeras y médicos por los pasillos para preguntar por él. Lo encontró, ya vestido de paisano, casi saliendo por las puertas del hospital.

—¡¡Doctor Escobar!! —gritó con toda su alma—. Es el americano.

El médico la entendió a la perfección. La cogió de la mano y salió corriendo con ella.

—Dime qué ha pasado —le pidió el médico mientras ambos corrían por los pasillos en dirección a donde Matthew se encontraba.

—Doctor, creo que puede ser gangrena. Le ha subido muchísimo la fiebre y la pierna tiene un color azulado que no me gusta. Ayer ya lo encontré aletargado, debería haberle dicho algo a usted o a Elisa, pero no hice nada. Dios mío, es culpa mía.

—Violeta, no te atormentes —le decía el médico—. Yo ayer tampoco vine a verlo. Hace un par de días estaba perfectamente, no tenía fiebre y mejoraba poco a poco, así que esto no es culpa de nadie. Son cosas que pueden pasar. No nos pongamos en lo peor, ¿vale? Primero vamos a ver con lo que nos encontramos.

El doctor Escobar se dio cuenta de que la situación era crítica nada más ver al chico. La fiebre era muy alta, y el azulado de la pierna al que se había referido Violeta era sin lugar a dudas gangrena. El muchacho no respondía y el doctor temió por su vida.

—Violeta, llama a las enfermeras de turno y que preparen un quirófano. No me voy de aquí; ahora mismo operamos a este chico.

—Doctor, ¿está muy grave? —le preguntó Violeta, a pesar de que ella ya sabía la respuesta.

—A ti no te voy a mentir. Si quieres dedicarte a esta profesión, tendrás que ir acostumbrándote a cosas dolorosas como esta. Sí, Violeta, el muchacho está muy grave. La pierna la tiene ya perdida, lo que vamos a intentar ahora es salvarle la vida. Basta de charla, ahora todo el mundo a prepararse y al quirófano.

Elisa se encontró con Violeta en la puerta del quirófano. La muchacha intentó consolar a su amiga, que lloraba preocupada por Matthew. El doctor Escobar habló con ellas antes de prepararse para la cirugía.

—Chicas, en esta operación no vais a entrar ninguna de las dos. Ya sé que este muchacho os cae bien, pero tenemos personal suficiente para que me ayuden. Nunca es agradable ver a un amigo o a un familiar en la mesa de operaciones. Esta vez, dejadlo en mis manos y las del equipo.

Las dos muchachas aceptaron la decisión del médico y, en silencio, se sentaron a esperar en uno de los bancos de la sala de espera. Eran las ocho de la tarde.

Las horas no parecían pasar mientras esperaban. Fue un alivio cuando el doctor Escobar finalmente se asomó a la sala para hablar con ellas. El hombre salió del quirófano quitándose el gorro y la mascarilla. Violeta no sabía qué pensar. Se aferró aún más fuerte a la mano de Elisa y así recibieron las dos la noticia.

—Su vida no corre peligro —les dijo el doctor—. Sin embargo, y como era previsible, no hemos podido salvarle la pierna. Parece que la infección se implantó de una manera solapada y, cuando nos hemos dado cuenta, ya era demasiado tarde. Es una pena porque el chico es muy joven y todo parecía ir bien, pero perder un miembro es mejor que perder la vida.

—Muchas gracias, doctor —dijeron las dos chicas mientras se abrazaban entre ellas—. Seguro que será duro empezar de nuevo. Matt tendrá que aprender a caminar y a acostumbrarse a su nueva vida, pero está vivo y es lo que importa —afirmó Elisa dirigiéndose a Violeta.

—Bueno, señoritas, ya es muy tarde y mañana todos tenemos trabajo. Os aconsejo que os vayáis a casa lo antes posible. Aquí ya no hay nada que podamos hacer.

—¿Podemos verlo, doctor? —preguntó Violeta expectante.

—Hoy mejor no, Violeta. Como te digo, es tarde y Matthew ha pasado por mucho. Ahora lo vamos a dejar descansar. Tus compañeras del turno de noche lo van a cuidar muy bien y mañana ya estará mejor para que puedas hablar con él.

Violeta estaba muy cansada y, aunque le hubiera gustado ver a Matt, sabía que el médico tenía razón. Esa noche ya no se podía hacer nada más, salvo dejar que los antibióticos hicieran su efecto. Mañana sería otro día.

—Está bien, doctor. Nos iremos a casa. Muchas gracias —dijo al médico cogiéndole la mano.

Las dos amigas se dirigieron exhaustas a su casa, rogándole al cielo que Matt no empeorase.

Para Violeta, no poder dormir ya era una costumbre. Las imágenes de su hijo muerto, de Mario, de las bombas cayendo y las balas que la habían perseguido desde Sevilla se paseaban a sus anchas por delante de ella en cuanto caía la noche. Ahora, a todo eso se le sumaba la preocupación por Matt.

—Pobre chico —pensaba Violeta mientras clavaba sus ojos en el techo oscuro de su cuarto. Por supuesto que quedarse sin una pierna era mucho mejor que perder la vida, pero aun así la entristecía pensar en lo que el muchacho tendría que afrontar siendo tan joven.

La humedad que llenaba la noche de Almería no ayudaba a que pudiera descansar. Intentó mantener los ojos cerrados y quedarse muy quieta para ver si le venía ese dulce letargo reparador; sin embargo, el sueño le seguía siendo esquivo, así que decidió levantarse. Se acercó a la ventana de su habitación, desde la que se podía ver el Mediterráneo. Se acordó del Guadalquivir. El río no era el mar, por supuesto que no, pero ese canal de plata de Sevilla tenía su encanto. Le gustaba pasearse por el puente de Triana hasta llegar al centro, le gustaba la vista desde allí de la Torre del Oro y el reflejo de las casas de colores de la calle Betis en el río. Pensaba que Sevilla la había marcado de verdad, para lo bueno y lo malo, y aunque fue poco tiempo lo que había estado allí la consideraba su casa. Sin embargo, los recuerdos eran tan dolorosos que sabía que no podría volver.

Seguía sin noticias de Mario. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había ido ya a buscarla? ¿Seguiría vivo? No quiso darle más vueltas a la cabeza, no tenía sentido. Tenía que centrarse en su vida sin él y en mantenerse viva; estaba cansada de buscarlo sin resultados.

Violeta entró en la cocina y se preparó una taza de tila. Se sentía nerviosa y le hubiera gustado poder descansar, pero eso ya estaba descartado. Cuando Elisa se levantó, la zamorana ya hacía tiempo que había salido. Le había dejado una nota escueta en la mesa de la cocina, diciendo que estaba bien y que se verían en el trabajo. La enfermera la arrugó y la tiró a la basura; se tenía que dar prisa, se le habían pegado las sábanas y ya llegaba tarde. Corrió al baño y estuvo lista en quince minutos. Con una mano, Elisa cogió la taza de café humeante mientras que, con la otra, se ponía los zapatos apresurada. Le dio un par de mordiscos a un trozo de pan y lo dejó en el plato antes de dejar su casa. Se miró coqueta un momento en el espejo del zaguán y salió a la calle arreglándose el moño y corriendo como alma que lleva el diablo.

Violeta, por su parte, hacía horas que había llegado al hospital. Decidió vestirse y pasear, rendida a la imposibilidad de dormir. Se acercó a la playa para ver salir el sol. Eso la animó mucho. Aunque la vida se quebraba en España y para muchos ya no habría un mañana, el sol seguía saliendo. «¿Podría haber esperanzas?», se preguntaba. Se levantó de la arena donde se había sentado, se sacudió el vestido y, con los zapatos en la mano, se puso en marcha hacia el trabajo cuando el sol ya estaba desperezado.

Llegó al hospital antes de que comenzara su turno, pero no le importó; aprovecharía para ver cómo había pasado la noche Matt y, si tenía tiempo, estudiaría algo. Estaba decidida a que su futuro estuviera en el mundo de la medicina. Quería ayudar a la gente; no solo le gustaba, sino que lo necesitaba. Se puso el uniforme y se acercó a la habitación donde se encontraba el chico. Esa nueva sala también era larga y estrecha, llena de camas a un lado y a otro sin ningún tipo de privacidad, como la anterior donde había estado.

Aún era temprano y Violeta no quería despertar a ninguno de los pacientes que languidecían en los camastros del hospital. Se acercó a Matt y lo encontró despierto. El muchacho no quiso mirarla.

—Matt, ¿cómo te encuentras? ¿Cómo has pasado la noche?

Violeta no obtuvo respuesta. La joven se acercó más a él y comprobó que una lágrima le rodaba por la mejilla. Ella se la secó con

el dorso de la mano.

—Matt, escucha, no estás muerto, ¿me oyes? Es solo la pierna. Pueden ponerte una prótesis, puedes volver a aprender a caminar, pero no estás muerto. Eso es lo único que importa.

Violeta le cogió la cara entre sus manos y depositó un beso cariñoso en su mejilla.

—El doctor Escobar está aquí contigo, Elisa está aquí, yo también. No estás solo y, cuando te encuentres mejor, podrás volver a Estados Unidos con tu familia —seguía diciéndole ella.

El muchacho se giró para mirarla.

—Gracias, Violeta. Es verdad que no estoy muerto y debería estar agradecido, pero estoy enfadado. Esto se podía haber evitado si os hubiera dicho antes que no me encontraba bien. No me han herido en el campo de batalla y me veo así por mi culpa y mi ignorancia. Ahora no podré luchar con mi brigada en el norte. Es eso lo que más me molesta, la verdad. La pierna no me va a crecer, pero creo que podré manejarme sin ella. Sin embargo, ahora soy más una carga que una ayuda porque no podré seguir peleando.

Violeta se quedó mirándolo fijamente, maravillada de la reflexión del muchacho.

—Entonces, si me queda claro, ¿me estás diciendo que tu preocupación no es tu pierna, no es tu salud, tu vida, que estuviste a punto de perder anoche, sino no poder seguir luchando aquí en España?

—Sí, Violeta, creo que sí —le dijo muy serio.

La muchacha no pudo hacer otra cosa que echarse a reír.

—¡Eres increíble, Matt! Me gustan tu actitud y tu positivismo. Yo creo que ya has hecho bastante por todos nosotros. Ahora es hora de dejar la lucha física en manos de otros e intentar ayudar de otra manera. Tal vez dejando saber a todo el mundo lo que está pasando aquí en España. Ya sé que no eres periodista, pero tal vez puedas contar nuestra historia.

Matt la escuchó asombrado. No había pensado en eso. Si tenía que volver a Estados Unidos, le gustaba la idea de poder ayudar a la causa de otra manera, una que fuera tan útil como empuñar un arma.

—Me gusta tu punto de vista, Violeta. Ni siquiera lo había contemplado como una posibilidad, pero creo que puede ser algo maravilloso.

La muchacha no dejaba de sorprenderse con las palabras del chico extranjero. No daba crédito a la positividad que emanaba del americano. Ella había pensado que él llevaría esa nueva situación mucho peor, pero saltaba a la vista que Matthew veía la parte más brillante de la vida en vez de la más oscura, y eso a ella le gustaba. Violeta también necesitaba luz.

—Bueno, me alegra comprobar que no tienes fiebre y que estás dialogante esta mañana. —Lo miró con una sonrisa dibujada en la cara—. Sin embargo, señor Nelson, aunque su cabeza esté llena de nuevos pensamientos e ideas, tendrá que seguir recuperándose hasta que le sea posible volver a su tierra y seguir peleando por este país. —Violeta le guiñó un ojo mientras le acomodaba las sábanas.

—Vale —contestó el muchacho—. Prometo portarme bien y cuidarme mucho, pero ¿podemos empezar mañana la rehabilitación?

Violeta se rio abiertamente cuando lo oyó decir eso.

—¿No te parece que es un poco pronto? Dejemos esa decisión en manos del doctor Escobar, ¿te parece? Ahora tengo que irme. Te veré cuando termine mi turno. Prométeme que te portarás bien y harás exactamente todo lo que te pidan.

—Prometido, mi capitán —dijo el muchacho a modo de saludo militar, poniéndose la mano derecha en la frente.

Violeta salió de la habitación mucho más contenta que cuando había entrado. Ese chico tenía algo que la atraía. Su positivismo, su manera de entender el mundo la maravillaban. Estaba realmente contenta de que Matt no se hubiera sumido en una depresión por lo que le había pasado y estaba segura de que no iba a tener problemas para salir adelante.

58 UNA NOTICIA INESPERADA

Almería, julio de 1937

Los meses se fueron sucediendo en Almería entre el miedo a los bombardeos continuos que recibía la ciudad, la acogida de refugiados de todos los lugares de Andalucía y el racionamiento. Violeta y Elisa habían agotado casi todos sus recursos y, aunque aún podían llamarse afortunadas por estar trabajando y seguir vivas, el dinero escaseaba, pero más aún la comida.

Los días se habían convertido en semanas y las semanas, en meses sin que Violeta hubiera vuelto a tener noticias de Mario. Incluso había hablado con su mentor, el doctor Escobar, para ver si él podía ayudarla en su búsqueda, pero ni el médico pudo dar con él. No obtuvo ninguna respuesta de su paradero en ninguno de los organismos oficiales o los comités obreros en los que había preguntado. No quería rendirse a la evidencia, pero empezó a pensar que tal vez no hubiera conseguido salvarse del bombardeo en la carretera de Málaga. Nunca estuvo entre las listas de refugiados, por lo que Violeta veía mermar sus esperanzas de encontrarlo con vida día tras día.

Mario había conseguido que se enamorara de él. Después de su violación en Sandín, no había creído que eso fuera posible. No se lo había propuesto, ni siquiera había contemplado esa posibilidad, sobre todo en la situación en la que se encontraba cuando conoció al muchacho. Sin embargo, Mario aceptó su embarazo y a su hijo como si fuera suyo propio y le demostró que podía estar allí para ellos, que realmente le importaba. Con la muerte de Juanito, Mario intentó por todos los medios paliar su dolor y siempre la trató con mimo y con respeto. Ahora todo eso se le antojaba a Violeta lejano, como de otra vida. Solo había pasado un año desde que salió de Sevilla, pero ella ya no era la misma persona. Se sentía mucho más fuerte y más decidida. Le había prometido a su hijo que sobreviviría a la locura que estaban viviendo y que seguiría viva, por ella, pero sobre todo por él, por todo lo que él se perdería.

Violeta continuaba aprendiendo de Elisa y del doctor Escobar en el hospital. Estaba claro que no tenía un título oficial, pero sí estaba observando e incluso ayudando en momentos de falta de personal o

llegada masiva de heridos de los muchos bombardeos que sufría la ciudad. Le gustaba el mundo de la medicina y la cercanía con los pacientes. Era la única manera de sentirse útil en momentos como aquellos. Siempre estaría agradecida a todos los médicos, enfermeras, camilleros… que le habían salvado la vida en aquella carretera de Málaga y, luego, en el hospital almeriense. Ella quería hacer lo mismo; era como si tuviera una deuda pendiente.

Le gustaba la rutina diaria de salir de casa y llegar al hospital para ponerse manos a la obra. Estudiaba todo lo que podía en el tiempo que tenía libre y estaba decidida a, cuando terminara todo aquello, sacarse un título de enfermera o, tal vez, hasta llegar a ser médico; eso ya se vería.

La joven se acostumbró a visitar cada día a Matt después de su turno. El muchacho le había abierto su corazón de par en par. Le había contado que su español era tan bueno porque su madre, mejicana de origen, se había encargado de que así fuera. Aunque normalmente hablaban en inglés en su casa, también había crecido estudiando y hablando español, por lo que lo consideraba su segunda lengua. Su acento inglés no había desaparecido del todo, pero su gramática, manera de expresarse y vocabulario eran casi perfectos. Por fin, se le había despejado a Violeta el enigma de por qué el chico se manejaba tan bien en español. Fueron semanas y meses de conversación, de confidencias y de conocerse mejor el uno al otro, y Violeta esperaba con ansia el momento de poder visitarlo y charlar con él cada día.

Matthew fue recuperándose poco a poco de la pérdida de su pierna. Tenía rehabilitación diaria y se encontraba mucho mejor anímica y físicamente. El doctor Escobar tenía previsto darle el alta pronto, pero el chico aún no había decidido qué quería hacer después. Sus planes de ayudar a la República y de participar en batallas eran nulos con su nueva situación. Había podido comunicarse con sus padres, que le suplicaban que volviera a casa, a los Estados Unidos. Sin embargo, eso era algo que Matthew no contemplaba en sus planes más próximos. No le gustaba cómo su país había reaccionado ante la guerra en España y se sentía amenazado por posibles represalias a la vuelta por sus ideas políticas. Al fin y al cabo, había desobedecido abiertamente al gobierno americano marchándose a España para participar como brigadista.

—¿Violeta? —preguntó Matt en una de las visitas que le hizo la muchacha—. ¿Qué pensarías si te digo que me estoy planteando irme a México?

—¿A México? —le contestó ella con otra pregunta.

—Sí, es el país de mi madre y tengo la doble nacionalidad. Los mexicanos son los únicos que están ayudando abiertamente a la República de España. Bueno, además de los rusos… Sus dirigentes tienen unas ideas políticas más afines a las mías y están acogiendo a exiliados españoles con los brazos abiertos. He vivido toda mi vida en Estados Unidos, pero he viajado muchos años a México. Interrumpimos los viajes cuando mis abuelos por parte de madre murieron. Ella era hija única, por lo que no nos queda más familia allí. Sin embargo, creo que es el momento de retomar mis raíces con ese país. ¿Qué te parece?

Violeta guardó silencio por un momento.

—Me parece una idea excelente, Matt. Creo que ahora sería un buen momento para marcharte a ese gran país. Bueno, yo no lo conozco, pero imagino que es un gran país.

—¡Oh, sí! Es un país precioso. Mi madre es de la provincia de Veracruz, pero yo no tengo ataduras por un lugar en concreto, así que podría establecerme en cualquier otro sitio. Sé que hay barcos que están saliendo desde España con diferentes destinos, pero la mayoría de ellos van a México. Lo que aún no sé es cuando saldrán los próximos o si alguno lo hará desde Almería.

Violeta no sabía qué decir. Estaba contenta por Matt, por que pudiera planear un futuro incluso después de perder su pierna, pero también se sintió muy triste. Lo iba a echar profundamente de menos. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo mucho que habían intimado y lo que había aprendido a su lado, con sus charlas interminables durante ese tiempo en el hospital. Violeta pensó en que, antes de la guerra, las relaciones crecían lentamente y se hacían más cercanas a medida que las personas se iban conociendo y compartiendo vivencias y experiencias. Ahora que vivían en plena contienda, el conocer a una persona no implicaba necesariamente hacerlo de manera paulatina o pasar muchos años con ella; conocer a una persona bajo las circunstancias en las que estaban viviendo era abrirle el corazón y sentir que podías confiar en ella por encima de todo.

Violeta se volvió para mirar al chico, intentando controlar las lágrimas.

—Me alegro mucho por ti, Matthew. Creo que es una idea

excelente y que allí serás muy feliz. Si te parece, seguimos hablando mañana. Tengo aún cosas que hacer.

Sin darle a Matt la oportunidad de despedirse, Violeta salió de la habitació a toda prisa. No quería que la viera llorar.

No sabía muy bien lo que le pasaba. Estaba contenta por él, de verdad que lo estaba. Quería verlo sano y salvo. Sin embargo, su corazón sentía un peso tan grande que no la dejaba respirar. Se había imaginado que Matt siempre estaría allí con ella y no se había parado a pensar ni por un momento que el muchacho se curaría, saldría del hospital y se iría.

Él la había ayudado a afrontar la vida con entereza, con ilusión, y había aprendido del mundo, de otras culturas y otras maneras de pensar que ni siquiera antes hubiera podido imaginar que existieran. Ella, que venía de una pequeña aldea de Zamora, había sido cosmopolita a través del joven. Hasta tal punto había intimado con Matthew que le había contado su violación, su embarazo y su posterior viaje a lo desconocido, su vida en Sevilla, el nacimiento de su hijo y la muerte de su pequeño. Le había hablado de Mario y de lo mucho que significaba para ella y de que cada vez pensaba más en la posibilidad de que lo hubiera perdido para siempre. Matt siempre se había mostrado compresivo, escuchándola y dándole su opinión solo cuando ella se la pedía. Ambos también compartían un interés genuino por el mundo de la medicina y más de una tarde la habían pasado repasando los antiguos libros de enfermería de Elisa y hablando de casos y procedimientos.

Matt había hecho mella en el corazón de Violeta. Mucho más de lo que ella hubiera podido imaginar. La noticia de que iba a perderlo a él también la cogió por sorpresa. ¿Estaba aún enamorada de Mario? ¿Había estado alguna vez realmente enamorada de él o habían sido las circunstancias las que los habían unido? No sabía qué pensar; estaba hecha un lío, la cabeza le daba vueltas y lo único que se le venía a la mente una y otra vez era que el americano se marcharía pronto. ¿Qué era ese nuevo sentimiento que tenía hacía él? La verdad es que no estaba segura, pero sabía con certeza que no quería perder a Matthew.

59 EL DESASTRE

Brunete, julio de 1937

Mario había vuelto a Madrid. El calor en la capital era intenso y transportó al chico a los veranos de Sevilla. Pensó que era una pena no estar allí para poder bañarse en el Guadalquivir con el resto de sus amigos. Pronto sería la *Velá* de Santa Ana, fiesta que se celebraba por todo lo alto en Triana en conmemoración del apóstol Santiago y Santa Ana; él nunca había faltado a esas festividades desde que era adolescente. Tampoco se había perdido participar en el juego de la cucaña, bailar al ritmo de unas sevillanas o pasear con alguna chica por la calle Betis. Echaba de menos su tierra, su vida anterior y echaba mucho de menos a Violeta. La mayoría de los soldados tenían fotos de sus novias y recibían cartas de ellas. Él no tenía fotos de Violeta y ni siquiera sabía dónde o cómo estaba. Quiso quitarse esos pensamientos de la cabeza; tenía que estar más concentrado. Los mandos ya habían informado de que la ofensiva que se estaba preparando era grande y que de ella dependía que rompieran las filas fascistas por el centro de España y suavizar la presión feroz que se estaba ejerciendo en el norte.

Mario estaba agotado, pero no tenía miedo. Sentía que luchar era su obligación y lo haría por él, por Violeta, por Juanito, por Obdulio y por tantos y tantos compañeros que habían perdido la vida, bien en batallas o con la represión tan cruenta que se estaba llevando a cabo en toda España. Ninguno de los dos bandos era libre de las barbaridades que se estaban cometiendo, incluso sobre la población civil, pero las cartas estaban echadas y su bando era el republicano, así que lucharía con ellos hasta el final. Todos estaban preocupados; la guerra no iba exactamente como se había planeado, y el hecho de poder perder la franja norte, donde estaban los recursos industriales o el carbón de España, podría desencadenar el final de la guerra y la derrota definitiva. Por esa razón, por la posibilidad de ayudar a los compañeros del norte y darle un giro a la guerra, todos estaban preparados para presentar batalla a unos cuarenta kilómetros de Madrid.

Hasta entonces, los republicanos habían seguido una táctica defensiva que no les había servido de mucho, así que esa vez iban a

probar a llevar a cabo una ofensiva nunca vista hasta ese momento. La idea era ajustarse lo más posible al plan e intentar que el factor sorpresa jugara a favor de las tropas de la República.

Había sido doloroso para Mario separarse de Victoria y sus hermanos, pero ahora ya no formaban parte de las milicias improvisadas que defendieron Sevilla, sino del Ejército Popular Republicano y, como soldado leal, tenía que acatar órdenes; las suyas habían sido las de dar refuerzo en el centro. Ingresó en una de las seis divisiones previstas para el ataque.

Aunque no conocía a la mayoría de los soldados que iban a luchar junto a él, la camaradería se propagaba pronto entre las tropas. Mientras esperaban la batalla, los soldados hablaban de sus casas, de sus pueblos o ciudades, de sus familias y novias, compartían cigarrillos e intentaban poner sus mentes en otras cosas que no fuera la guerra. Cada uno había vivido el golpe militar de una manera distinta, según donde les hubiera pillado y según el bando que se hubiera apoderado de sus ciudades. Mario se sentía agradecido a esos nuevos amigos y compañeros con los que había podido sincerarse y compartir ratos de charlas y, a veces, hasta de risas.

El general Vicente Rojo, Jefe del Estado Mayor Republicano, tenía orden de atacar con seis divisiones la línea de Valdemorrillo-Colmenarejo. La de Mario y otras dos divisiones habían recibido instrucciones para salir desde Madrid y unirse con las otras seis en Alcorcón. Cuando se pusieron en marcha, el corazón de Mario palpitaba muy fuerte; se concentró en mantener bien firme su fusil y en caminar sin tropezarse ni hacer ruido. Ya había aprendido a tener ojos hasta en la espalda, por lo que agudizó la vista por si encontraba algún peligro. Esa era una de las cosas que enseñaba la guerra, el estar continuamente alerta. Podías estar compartiendo un cigarrillo tranquilamente con un compañero y, de repente, a este le volaban la cabeza con una bala perdida si no estaba vigilante. Se podía pasar de un inocente juego de fútbol entre soldados a un reguero de muertos por las bombas lanzadas desde las barrigas de los cazas alemanes. Por eso, Mario sabía que era de vital importancia ser cuidadoso y fijarse en todo.

Los mandos republicanos tenían la idea de llevar a cabo una maniobra envolvente para dejar a las tropas franquistas aisladas y sin apoyo. Todos los soldados que iban a participar en la titánica batalla que se iniciaba esa madrugada del seis de julio sabían lo decisiva que sería para el futuro de la República y de España. Pero, aunque todos estaban dispuestos a luchar y darlo todo, las cosas no iban a salir

como estaban previstas.

El ejército republicano no estaba formado en su gran mayoría por militares profesionales. Contaban con muchos soldados sin experiencia militar, miembros de las antiguas milicias, obreros y gente del campo, intelectuales y profesionales que no habían cogido un fusil en su vida, además de que había carencia de medios materiales. Mario se había hecho soldado a sí mismo y, como él, la mayoría de sus compañeros. Antes del levantamiento de Sevilla para enfrentarse al golpe militar y la dura refriega que le tocó vivir en la Plaza Nueva, ni siquiera había visto un rifle o una pistola en su vida. Tuvo que aprender a usarlas sobre la marcha y, aunque en julio de 1937 se sentía más cómodo en su papel de soldado, nunca había tenido una educación militar apropiada.

Aunque el factor sorpresa fue importante durante los primeros días de la batalla, las tropas de Franco reaccionaron bien, ofreciendo una gran resistencia y haciéndoles frente a las tropas republicanas. La batalla fue encarnizada. Durante esos días, Mario fue testigo de horrores de los que nunca pudo volver a hablar en su vida. Se vio obligado a ayudar a muchos compañeros mutilados, heridos, algunos apenas unos adolescentes que se acurrucaban llamando a sus madres mientras eran forzados a seguir disparando.

La oposición franquista, mejor equipada que la republicana, hizo que durante días los soldados tuvieran que vivir en las trincheras. El fuego cruzado era tal que ni siquiera podían recuperar a sus muertos o recoger a los heridos. Mario y sus compañeros observaron como los cadáveres de otros soldados se pudrían ante sus ojos sin que pudieran hacer nada para evitarlo; parecía como si se hubiera perdido el respeto a la vida. Tanto un bando como otro contó con la ayuda inestimable de la aviación: la Legión Cóndor alemana se incorporó algo más tarde que los cazas Polikarpov que estaban utilizando las tropas leales a la República, y los bombardeos incansables dejaron un reguero de soldados muertos de ambos bandos. Las bombas eran tan continuas que dormir era imposible, y Mario se preguntaba si morirían antes de un tiro o del cansancio acumulado.

La resistencia que ambos bandos estaban presentando hizo que la batalla se alargara en el tiempo. Muchos años después, Mario aún recordaría ese calor pesado y seco de la meseta de Castilla, esas noches interminables, esos bombardeos continuos, esa falta de alimentos y el agotamiento hasta la extenuación de aquella batalla. Recordaría la pérdida de miles y miles de compañeros, chavales jóvenes que, como él, luchaban por el ideal de un mundo mejor, o que

se habían visto arrastrados a participar en algo mucho más grande que ellos mismos. Recordaría los gritos, las balas, las bombas, la sangre y el horror que es vivir una verdadera guerra.

Las tropas franquistas pasaron de la defensiva a la ofensiva de la noche a la mañana. El dieciocho de julio presentaron una dura batalla que fue resistida por las tropas republicanas; sin embargo, Brunete, el pueblo que habían conquistado el primer día de lucha, volvía a manos de los golpistas gracias al apoyo continuo de la Legión Cóndor.

Mario no tenía un cargo militar importante, no era un estratega ni entendía de guerras, pero pronto se dio cuenta de que la oportunidad que estaban perdiendo en Brunete les pasaría factura. Presentía que el giro que se estaba produciendo en esa batalla sería irreparable para el bando republicano, por mucho que los mandos les dijeran que eran ellos los que estaban ganando. La pérdida de tantos hombres por unos pocos kilómetros de tierra había calado muy dentro de Mario, que, ahora alejado de Violeta, de su familia y amigos, veía cada vez más difícil la posibilidad de una victoria del bando rojo.

El muchacho y resto de sus compañeros se replegaron sobre sí mismos y mantuvieron posiciones a la espera de nuevas órdenes. Aunque esa batalla no se había dado como la de Guadalajara, se prometió a sí mismo seguir adelante; sin embargo, no pudo evitar que el desánimo lo invadiera, al igual que a la mayoría de los soldados republicanos.

60 LA RESPUESTA

Almería, julio de 1937

Violeta había pasado la noche inquieta; no había podido dormir después de su conversación con Matthew. No quería hacerles frente a sus sentimientos, pero tenía que rendirse a la evidencia de que se había enamorado del americano. No es que no quisiera a Mario; lo quería y mucho, pero cada vez se sentía menos segura de que el muchacho estuviera vivo. Matt nunca le había insinuado que sintiera algo más por ella que una buena amistad. Sin embargo, no sabía por qué, su corazón le decía algo diferente. Sabía que iba a perderlo pronto; ya no tenía mucho sentido que el chico siguiera en España, y eso la atemorizaba. La recuperación de Matthew había sido asombrosa y era mucho menos peligroso para él marcharse que quedarse en el país. Aunque Violeta y él no habían hablado de cuándo se iría, la muchacha sabía que sería algo rápido.

Violeta se levantó muy temprano; tenía calor y el camisón se le pegaba a la piel. Elisa había tenido turno de noche, así que, si no se encontraban por la calle de camino al trabajo, ya no la vería hasta la tarde, cuando ella terminara su turno.

Violeta salió de su casa sin desayunar. Estaba preocupada y no sabía si quería ver a Matt. Si no lo hacía, resultaría raro, ya que venía visitándolo todas las tardes desde que el muchacho ingresó en el hospital. Pero le daba miedo ponerse a llorar delante de él, demostrarle cuánto le costaba dejarlo ir y cuánto lo iba a echar de menos. Por otro lado, todo eso de la marcha de Matt había precipitado que se enfrentara a unos sentimientos que había estado reprimiendo durante algún tiempo. En esos meses, se había aferrado a Matt para seguir adelante y, aunque no lo había planeado, se había prendado del muchacho.

La joven lo pensó mucho, pero, al finalizar su jornada, decidió visitar al americano. No quería preocuparlo y le gustaba su compañía. «Si solo voy a poder estar con él un tiempo limitado, mejor no desperdiciarlo», pensó.

Entró en la gran sala donde se encontraba el muchacho y lo vio sentado en la cama. La cara de Matt se iluminó nada más verla.

—¡Qué bien que hayas venido! Después de que te fueras ayer como alma que lleva el diablo, no estaba seguro de si volverías. ¿Te ofendí en algo? —preguntó el muchacho desconcertado.

—¡Hola, Matt! No, por supuesto que no me ofendiste en nada. Además, creo que te debo una disculpa. Me cogió por sorpresa tu decisión de marcharte pronto y no supe cómo reaccionar, pero la entiendo perfectamente. Ahora es más seguro para ti estar lejos de España. Además, ya hemos acordado que se puede ayudar de muchas maneras diferentes, incluso en la distancia. No todos podemos estar en los campos de batalla.

—Bueno, ahora me gustaría hablar a mí —dijo el chico intentando meter baza en la conversación—. Estoy muy contento de que hayas venido porque ayer no me dejaste acabar lo que quería decirte.

Violeta hizo amago de interrumpirlo, pero Matthew levantó la mano para callarla.

—Déjame hablar, por favor —Matt continuó con su discurso.

—Ayer te estaba contando que me parecía buena idea ir a México, un país con un gobierno con ideas similares a las mías, donde no tengo problemas de idioma y del que además tengo la nacionalidad. Sin embargo, también quería haberte preguntado si te gustaría venirte conmigo, pero no me diste oportunidad.

La sorpresa de Violeta fue mayúscula. No sabía cómo interpretarlo. Nunca antes habían hablado de irse juntos a ninguna parte y tampoco tenía claro cuáles eran los sentimientos de Matt hacia ella.

—¿Qué me dices, Violeta? —volvió a preguntarle el muchacho.

La chica tardó un tiempo en contestarle. La cabeza le daba vueltas; había contemplado muchos escenarios, pero no que Matt la invitara a irse con él.

—¿No me dices nada? —volvió a insistirle el americano.

—Perdona, Matthew —contestó Violeta—, no sé qué decir. La verdad es que no me esperaba que me preguntaras algo así.

—Mira, Violeta, voy a ser sincero contigo. Es verdad que llevamos muy poco tiempo conociéndonos, pero hemos tenido la oportunidad

de hablar y abrirnos el uno al otro. No creo que en los tiempos que corren tengamos que seguir las normas sociales establecidas. Voy a ir al grano y te voy a decir lo que siento directamente: creo que estoy enamorado de ti.

La muchacha no daba crédito a lo que estaba oyendo. Ella estaba hecha un lío y Matthew hablaba de una forma que hacía que todo pareciera sencillo.

—Estoy enamorado de ti —continuó Matt— y creo que, en momentos como estos, hay que ser extremadamente sinceros y prácticos. Ya sé que tú, tal vez, puedas verme como una carga; no tener una pierna será un inconveniente para el futuro, pero seguro que puedo empezar a trabajar en México y aprenderé a ser cada día más independiente.

—¡No digas tonterías! —lo cortó Violeta—. ¿Desde cuándo te he hecho sentir yo como una carga? Ni siquiera he pensado en tu pierna cuando me has preguntado si me iba contigo, idiota. Estoy halagada y sorprendida. No sabía que sentías algo por mí. Tú también me gustas mucho, pero me siento culpable por abandonar Almería sin saber qué ha pasado con Mario.

—¿De verdad sientes algo por mí? —Matthew irradiaba felicidad y tenía una gran sonrisa en la cara—. Mira, Violeta, entiendo que no es una decisión fácil y no quiero que te sientas obligada a hacer algo que no quieres, pero ¿crees que a Mario, esté donde esté, no le gustaría que tú estuvieras a salvo? Piénsalo, estás aquí sola. Es verdad que Elisa y el doctor Escobar son muy buenas personas y te tratan como familia, pero, si algo ocurre, si Almería cae bajo el fascismo, si siguen los bombardeos y te pasa algo, la realidad es que estás sola. Yo te propongo iniciar una vida nueva en un lugar sin balas, sin muertes, sin bombas y sin miedos. Allí podemos trabajar incansablemente por España, por la República. Yo puedo seguir ejerciendo de enfermero y tú puedes sacarte tu título, que tanta ilusión te hace. Podemos ayudar a los niños en el exilio o recaudar alimentos y auxilio en general para enviarlo a España. Hay muchas maneras de ayudar, tú misma lo has dicho. Lo que tienes que decidir es si quieres pasar tu vida conmigo o no.

Violeta estaba sorprendida; no había esperado que Matt le propusiera hacer el viaje juntos ni mucho menos que compartieran su vida. Todo había sido muy rápido y, sin embargo, algo en su interior le decía que debía hacerlo, que era la decisión correcta.

—En el caso de que te dijera que sí, ¿cómo llegaríamos hasta México? —se impacientó la muchacha.

—Por eso no te preocupes y déjamelo a mí. Mira, hemos hablado de muchas cosas, pero no mucho de mi familia. Son buenas personas, de verdad que lo son, pero frívolos y con dinero. Mis padres piensan que el hecho de que yo esté aquí es solo mi último capricho. Ni siquiera les he contado aún que me he quedado sin una pierna porque no quiero que se alarmen y vengan a verme. Mi madre se preocuparía mucho y mi padre me juzgaría todo el rato, así que ya se lo diré más adelante.

»La verdad, Violeta, es que me sobra el dinero. Bueno… a mi familia le sobra el dinero. Además, mi padre está muy bien conectado en Estados Unidos. Mi madre, por su parte, proviene de una de las mejores familias de México y conocen personalmente al presidente Cárdenas y a su esposa, doña Amalia Solórzano. Como cualquier madre, la mía no quiere que esté aquí, en medio de una guerra que a su juicio no va conmigo. Estoy seguro de que estaría muy feliz de ayudarnos a salir del país, así que no te inquietes por eso. Lo que sí tendríamos que hacer es darnos prisa, ya que hay algunos barcos en los que podrían viajar con destino a diferentes ciudades europeas y de ahí embarcar hacia México, pero salen pronto. Ya me he puesto en contacto con la embajada mexicana y, como me imaginaba, me han dicho que no habría ningún problema, al saber quién es mi familia.

La joven estaba aturdida; era mucha información para procesarla toda en tan poco tiempo. Era verdad que Matthew le había abierto su corazón y habían hablado de miles de cosas, sus ideas políticas, el interés de ambos por la medicina, sus vidas pasadas, pero él nunca le había hablado en profundidad de su familia.

—Violeta —siguió hablando Matt—, sé que todo lo que te estoy proponiendo es muy precipitado y no lo haría así si las circunstancias fueran otras, pero no nos queda tiempo. Como te digo, los barcos que pueden sacarnos de aquí zarparán pronto. No tienes que contestarme hoy, pero te ruego que lo pienses y me digas algo mañana. No rebatiré tu decisión ni te obligaré a nada, pero creo que es justo que sepas que te quiero y que creo que formaríamos un buen equipo juntos. Nada me haría más feliz que tenerte a mi lado.

—Matthew, quiero ser sincera contigo —empezó Violeta—. Estoy emocionada y agradecida por tu petición, la verdad es que me hace muy feliz que me lo hayas pedido. Es verdad que hace años que no veo a mi familia y que ahora sería difícil llegar a ellos, en mi pequeña

aldea de Zamora. Siempre sentí que mi adiós era definitivo cuando me fui del pueblo. Me quedan en el alma muy malos recuerdos de aquellos tiempos. Mi familia no me retiene aquí; sin embargo, el hecho de que aún no sepa nada de Mario me hace resistirme a la idea de irme. Él siempre se ha portado muy bien conmigo y no me gustaría abandonarlo. Mis sentimientos hacia ti son sinceros, pero muy precipitados y también amo a Mario; no quiero engañarte.

—Pero, Violeta… —la interrumpió Matthew—. Puede que solo estés esperando a un fantasma. Has intentado lo imposible por localizarlo sin resultado alguno y lo has esperado aquí desde febrero para ver si volvía o se comunicaba contigo de alguna manera, pero no ha sido así. La guerra continúa y tú sigues en peligro. Hoy Almería está en manos republicanas, pero ¿te sentirías segura viviendo en una ciudad donde los fascistas campan a sus anchas? No me respondas, porque ya sé la respuesta. Sé que no. Nunca podrás olvidar ni perdonar lo que os hicieron a Juanito, a ti, a tu familia sevillana. Entonces, ¿a qué estás esperando? En España no tienes futuro, pero en México yo te ofrezco estabilidad, la posibilidad de alcanzar tu meta de estudiar Enfermería o, quién sabe, incluso Medicina. Además, sé que lo que sientes por mí es más fuerte de lo que quieres admitir.

Violeta bajó la mirada; se sentía confusa, pero sabía que Matthew tenía razón.

—Es verdad que te quiero, Matt. No lo había planeado y era lo último que imaginaba que ocurriría, pero creo que estoy enamorada de ti. Sin embargo, me siento muy mal abandonando de esta manera a Mario. Yo pensaba que también estaba enamorada de él. Ahora creo que tal vez fuera más un sentimiento de cariño profundo ante el primer hombre que me había tratado con respeto y que amaba a mi hijo como si fuera suyo.

La muchacha empezó a llorar; sollozaba sin poder evitarlo porque, si había una cosa que no quería hacer, era dañar a Mario.

—Está bien, Violeta, no hablemos más de esto hoy. Vete a casa; los dos tenemos muchas cosas en que pensar y será bueno que reflexionemos solos. Si te parece bien, mañana podemos volver a vernos y tomaremos una decisión juntos. Por favor, no te sientas culpable si prefieres quedarte aquí. Yo lo entenderé.

Violeta se acercó a la cama donde se encontraba Matt y depositó un beso suave en sus labios.

—¡Te veo mañana, americano! —le dijo mientras se iba llorando.

La muchacha salió de la gran sala rectangular sumida en sus pensamientos. Mañana sería otro día, pero esa noche tenía una decisión muy difícil que tomar.

61 MÉXICO

Orizaba, noviembre de 1975

Violeta acababa de salir de uno de los quirófanos del hospital Ignacio García Téllez. La operación la había tenido en pie más de cinco horas frente a un pecho abierto y el corazón de un muchacho de apenas quince años. Se deshizo de mascarilla, guantes y gorro para poder ir a informar a la familia. Se adentró por uno de los pasillos del edificio. Estaba cansada; la verdad era que la edad ya le pasaba factura cuando tenía que estar de pie tanto tiempo. «¿Cuántos serían los que cumpliera en febrero? ¡Cincuenta y nueve! ¡Cómo pasa el tiempo!», pensó sin detenerse y aligerando el paso para avisar lo antes posible a los familiares de su paciente.

—¡Doctora Nelson! —Se levantaron todos al unísono cuando la vieron entrar.

—Todo ha ido muy bien —respondió ella lo antes posible para tranquilizar a la familia. La madre del muchacho se echó a llorar en sus brazos. El resto de la familia, abuelos, hermanos, primos, se abrazaban unos a otros.

—Gracias, doctora. Gracias por haberle salvado la vida a mi hijo.

—De nada, tenemos un buen equipo y todos hemos trabajado mano a mano para salvar a Andrés. Además, él es un muchacho joven y ha peleado duro para sobrevivir. Le hemos puesto un marcapasos y ahora está descansando. Hasta mañana no pasará a planta, así que hoy no podrán verlo. Pueden esperar aquí o descansar en casa hasta mañana.

—No, doctora —contestó el padre del joven—. En casa no podríamos dormir, será mejor que nos quedemos aquí por si acaso.

—Está bien —respondió Violeta—, lo que les parezca mejor. Mañana pasaré a verlo y volveré a hablar con ustedes. Ahora debo irme. Buenas noches a todos. Intenten descansar.

Cuando salió de la pequeña sala donde había informado a la familia del muchacho, se encontró con otro compañero médico,

Fernando Gutiérrez Ramos. Había conocido a Fernando años después de llegar de España, cuando aún vivían en Veracruz. Se habían conocido en la facultad de Medicina y, aunque pasaron muchos años sin verse, se habían vuelto a encontrar hacía relativamente poco tiempo en el hospital de Orizaba, donde ambos formaban parte del equipo de cirugía.

—¡Violeta, toma! —le gritó Fernando desde la otra punta del pasillo donde se encontraban. Le lanzó un periódico que derrapó por el suelo antes de detenerse a los pies de la mujer—. Creo que esto te va a interesar.

Violeta se agachó para ver qué era lo que le había lanzado. A simple vista, parecía el número del día de El Sol de Orizaba, el periódico que solían ojear mientras desayunaban. No le hizo falta mucho tiempo para darse cuenta de la noticia que Juan quería que leyera.

«¡Franco ha muerto!», decía una breve frase que, para ella y tantos otros, resumía la experiencia más traumática de su vida. No siguió leyendo, no podía. Habían pasado treinta y ocho años desde que llegó de España, había vivido una vida plena en México con Matthew, pero había cosas de las que aún no podía hablar. ¿Cómo hubiera sido su vida si los fascistas no hubieran ganado la guerra? ¿Habría vuelto a España? ¿Habría compartido su vida con Mario? Todas esas preguntas las había enterrado dentro de su corazón hacía mucho tiempo y aprendió a aceptar y disfrutar su nueva vida en México.

Durante todos esos años, se había dedicado a cumplir la promesa que se había hecho a sí misma, la de no volver a España mientras Franco siguiera en el poder. Estudió Medicina con la ayuda inestimable de Matt, vivió una vida plena con él hasta que un cáncer de pulmón se lo había llevado hacía ya cinco años. El tabaco era otra de tantas cosas que hizo daño a los soldados de la guerra y Matt se aficionó a él en España. Nunca tuvieron hijos, tampoco los había deseado ni buscado. Violeta ya había perdido a uno y no quería pasar de nuevo por algo así; aunque no fuera lo habitual que un padre o una madre sobrevivieran a un hijo, ella sabía bien que podía ocurrir y nunca quiso arriesgarse. Los niños tampoco vinieron, por lo que, después de unos años, ni siquiera pensaron más en ello.

Tanto Matt como Violeta se centraron en sus estudios, sus respectivas carreras. Mientras Violeta había llegado a ser cirujana, Matt había preferido la medicina de emergencia. Ambos trabajaron

duro una vez que consiguieron sus licenciaturas, primero en Veracruz y después en Orizaba, que era donde aún vivía Violeta. Desde el principio, ambos trabajaron en el hospital civil Ignacio de la Llave y, más tarde, en el Ignacio García Téllez. Fue allí mismo donde también murió Matthew, rodeado por Violeta y todos los compañeros que habían compartido turnos, trabajo y risas con él.

Violeta había tenido una buena vida, una vida privilegiada. Nunca imaginó cuando salió de Sandín que acabaría en México, pero allí estaba. El país azteca la había acogido con los brazos abiertos desde hacía muchos años, en un momento en el que la desesperanza, la desilusión y el miedo arraigaban en el corazón de la española.

El viaje desde España no había resultado fácil; dejar atrás todo su mundo le resultó más difícil de lo que en un principio había creído. Sin embargo, fue verdad que Matt estaba muy bien conectado y que su familia era rica e influyente, por lo que pronto se instalaron sin ningún problema en el nuevo país. No tardaron mucho tiempo en casarse; se sentían felices juntos, compartían muchos sueños, ilusiones, manera de pensar y habían tenido un matrimonio feliz, sin duda. Echaba de menos a Matt, pero se había volcado en su trabajo y eso la satisfacía. Violeta no había tenido la oportunidad de estudiar en su niñez, aunque siempre le había gustado. Ahora estaba satisfecha con que la vida le hubiera dado una segunda oportunidad y no solo se había convertido en una gran doctora, sino en una excelente cirujana reconocida en todo el país.

El periódico se le cayó de las manos. Se apoyó contra la pared y, por un segundo, volvió a estar en el puente de Sevilla donde mataron a su hijo, en la carretera de Málaga donde fueron todos bombardeados y vio a Mario por última vez, en el hospital de Almería entre la vida y la muerte… Volvió a estar en España. Violeta cerró los ojos, sentía que le flaqueaban las piernas. Volvió a pensar en Mario. Había soñado con él muchas noches, pero nunca más volvió a saber de él. Tanto Matt como ella habían intentado buscarlo después de la guerra, pero no obtuvieron respuesta alguna. Fue como si el muchacho hubiera desaparecido.

Violeta sí había tenido cierta relación con Carmen, su amiga del alma, que tanto la había ayudado en Sevilla. Se había casado hacía ya muchos años con uno de los vecinos del corral Rueda y había formado una familia numerosa, de nada más y nada menos que cinco hijos. Nunca habían vuelto a verse, pero sí se carteaban e incluso se llamaban de vez en cuando por teléfono cuando Carmen logró poner un aparato en su casa.

Maruja había muerto hacía años, pero había alcanzado a ver casadas a sus tres hijas y a conocer a algunos de sus nietos. Luci y Amparo, las hermanas de Carmen, se habían ido a vivir a Barcelona y allí habían formado sus respectivas familias. La sevillana tampoco supo nunca nada más de Victoria, sus hermanos o de Mario. También Carmen había intentado buscarlos después de la guerra, pero al igual que Violeta sin éxito. Como siempre, el corral Rueda se volcó con sus vecinos más desfavorecidos, los ancianos, los niños, los que habían perdido hijos o padres y estuvieron todos a una para ayudarse unos a otros a salir del infierno de la guerra.

Carmen le contó a Violeta que, cuando cayó Madrid y la guerra terminó, el terror que se había implantado en Sevilla desde la toma de la ciudad por los sublevados siguió por mucho tiempo. Era mejor oír, ver, callar y no meterse en problemas. Después de que Carmen se convirtiera en madre y esposa puso a su familia por encima de todo, así que se limitó a seguir las normas para que los del régimen no los molestaran.

A Violeta le hubiera gustado visitar a sus amigos, aún le quedaban algunos en Sevilla, aunque muchos de ellos se habían ido de Triana. Sin embargo, entre muchas de las promesas que se había hecho a sí misma, la más importante fue la de no pisar suelo español mientras Franco estuviese vivo y las cosas no cambiasen en España. Eso lo había cumplido a rajatabla. Después de tanto tiempo, no había llegado a asimilar que hubieran perdido la guerra y le encogía el corazón pensar que tantos muertos no hubieran servido para nada.

Nunca volvió a ver a su familia de Zamora. Después de la guerra, se había enterado de que la mayoría de sus hermanos habían muerto fusilados, resistiendo por el bando republicano. Sus padres y otros dos de sus hermanos habían muerto en uno de tantos bombardeos que acompañaron a Madrid durante toda la guerra. Su familia terminó instalándose en la capital para evitar el régimen fascista de Franco, pero no habían logrado sobrevivir a la guerra.

La joven también se había enterado, a través de los periódicos en México, de la muerte de Ángel Guirou. Por lo que leyó, Ángel y su hermano Luis habían formado parte del ejército sublevado. Habían llegado a cargos importantes dentro de él. Eso no le extrañó, seguro que el dinero de don Benito había tenido mucho que ver en todo aquello. El periódico derechista *Excelsior* no contaba mucho sobre el mayor de los Guirou, Luis, pero sí de Ángel. Por lo visto, había recibido múltiples disparos de metralleta en la batalla del Jarama que habían acabado con su vida. No se alegró de su muerte, pero sí sintió

alivio y pensó que el mundo sin él era un lugar mucho más bello.

Eran muchos los recuerdos dolorosos que tenía de aquellos años, pero la muerte de Ángel no sería uno de ellos.

Había pensado muchas veces en su patria y, durante el tiempo que duró el conflicto, intentó junto a Matt aportar todo lo que pudo. Ayudaron a los niños que llegaron a México como refugiados, trabajaron en el envío de materiales de primera necesidad y hasta acogieron en su casa a intelectuales españoles que habían huido de una España fascista y rota.

México era su casa ahora, un país que adoraba profundamente, pero las raíces eran las raíces y la muerte del dictador le abría la puerta para poder volver a visitar su casa, a sus amigos, sus orígenes, y lo más importante: la tumba de su hijo. Era muy pronto para pensar en ir a España; estaba segura de que la transición a un mundo más libre no iba a ser fácil y no las tenía todas consigo de que no se generara otra guerra fratricida. El simple pensamiento de otra contienda le ponía la piel de gallina, aunque ella estuviera a miles de kilómetros de distancia.

La mujer intentó tranquilizarse, apretó el periódico entre sus brazos y lo acercó a su pecho. Tenía muchas cosas en las que pensar, pero antes que nada quería saber de primera mano qué estaba pasando en su país. Como ya había terminado su turno, se cambió rápidamente y salió del hospital. Sabía perfectamente qué era lo que iba a hacer. Se dirigió a su casa en medio de un día lluvioso, uno de tantos que les regalaba Orizaba. No esperó a que la sirvienta le abriera la puerta; ella misma abrió con su llave y, dejando el abrigo y el bolso tirados en uno de los sofás del salón, se dirigió directamente al teléfono.

—¡Señora! ¿Cuándo ha llegado? No la he oído entrar —le dijo Blanca, que trabajaba en su casa.

—Ahora mismo, Blanca, no te preocupes por mí. Tengo que hacer una llamada urgente y, por favor, te he dicho mil veces que no me llames señora. Con Violeta es suficiente.

—Muy bien, señora, la dejaré sola. La cena estará preparada pronto.

—Está bien, muchas gracias —contestó Violeta sin prestar mucha atención. Cogió el auricular y, sin pensarlo más, llamó a España. El teléfono sonó una, dos, tres veces hasta que alguien a muchos

kilómetros de distancia contestó.

—Dígame.

—¿Carmen, eres tú?

62 LA VUELTA A CASA

Sevilla, febrero de 1976

El avión de Violeta aterrizó en el aeropuerto de San Pablo de Sevilla. Había sido un viaje muy largo, pero estaba tan nerviosa y emocionada que no tenía sueño. Había elegido ropa cómoda para el trayecto, pantalones celeste claros con chaqueta a juego y una camiseta de algodón blanco; por encima tenía echado un abrigo de un azul marino intenso con un cuello de piel del mismo color. Se preguntaba si reconocería a Carmen; al fin y al cabo, habían pasado casi cuarenta años desde la última vez que se vieron. Aún imaginaba a esa muchacha alegre, con el pelo negro como el carbón y un ramillete de jazmines, pero sabía de sobra que no era eso lo que se encontraría. Ella misma había cambiado mucho; había logrado mantener un buen peso, ya que descubrió junto a Matt que le gustaba el ejercicio y siempre intentaba hacer una buena tabla de gimnasia antes de empezar su jornada, pero hacía años que ya se podían ver arrugas alrededor de sus ojos claros. Su pelo seguía teniendo un color rubio, aunque ya no era natural y lo teñía cada mes para verse más joven. Pero, a pesar de todo, creía que la vida la había tratado bien. Desde que llegó a México en plena Guerra Civil no le había faltado nada y, aunque ella y Matt habían hecho lo imposible para ayudar en todo lo que pudieron a España, nunca le pareció suficiente. Siempre tuvo un sentimiento de culpabilidad por haberse ido, por lo que se volcó en trabajos probono en el hospital y obras sociales que siempre la hicieron sentirse mejor.

—Señores pasajeros, abróchense los cinturones, por favor. En pocos minutos aterrizaremos en el aeropuerto de San Pablo de Sevilla. La hora local es la una de la tarde y la temperatura es de diez grados centígrados.

El corazón de Violeta palpitaba tan fuerte que casi no podía respirar. Estaba impaciente por abrazar a Carmen. Después de la llamada a su amiga el día en que se enteró de que Franco había muerto, la idea de volver a España le rondó la cabeza. No era algo en lo que se hubiera permitido pensar durante los casi cuarenta años de exilio en México, pero desde ese día era como si no pudiera pensar en otra cosa. Le gustaba soñar con la idea de volver a Sevilla, de ver el

brillo del río Guadalquivir y volver a Triana. Quería pasear por sus calles, ir al barrio de Santa Cruz y volver a tomarse un café en el centro. Carmen siempre le había suplicado que volviera, por lo menos de visita, pero Violeta nunca había considerado seriamente la petición de su amiga. No hasta que el dictador estuvo muerto. Seguro que ya no había muchos vecinos a los que ver, tal vez ni se acordaran de ella, pero sí había algo que la empujaba a regresar: quería ver de nuevo la tumba de su hijo. Siempre lo había llevado en su corazón, muy cerca de ella, pero ahora tenía la oportunidad de poder acercarse a donde reposaban sus huesos sin miedo.

La mujer bajó las escalerillas del avión y caminó con el resto de pasajeros por la pista hasta llegar a la puerta de entrada; allí pasaron el control de pasaportes y llegaron a otra puerta que los separaba de sus seres queridos.

—¡Violeta!

El grito de Carmen se dejó oír en toda la sala del aeropuerto donde se encontraban. Fue Carmen la primera en verla y no tuvo problemas para reconocerla. Violeta se lanzó a sus brazos, fundiéndose en un abrazo eterno con su amiga. La había echado mucho de menos.

La muchacha de Sevilla había cambiado mucho. Su pelo seguía rizado, pero ya no era tan oscuro como Violeta lo recordaba. Las canas blancas se entremezclaban con el negro anterior y su moña de jazmines blancos había desaparecido. Carmen había ganado unos kilos, pero sus ojos seguían igual de vivos y alegres que siempre.

—¡Violeta! —Carmen la miró con lágrimas en los ojos—. Ha pasado mucho tiempo, no te puedes imaginar cuánto he rezado para que llegara este día. Sabes que para mí has sido y serás como mi hermana.

Violeta tampoco podía parar de llorar. Nunca olvidó todo lo que Carmen había hecho por ella de manera completamente desinteresada.

—Mira, Violeta, él es Manuel, mi marido.

—Hola, Manuel, mucho gusto —le dijo Violeta mientras le extendía la mano—. Carmen siempre me ha hablado mucho de ti, ya era hora de que nos conociéramos personalmente.

—Ven aquí —le respondió Manuel mientras la acercaba hacía él para abrazarla—. Carmen también me ha hablado muchísimo de ti. Yo me mudé al corral cuando tú ya te habías ido, por eso no nos conocimos, pero te aseguro que allí todos los vecinos te querían y te recordaban con cariño.

La muchacha se emocionó con las palabras de Manuel. Nunca había olvidado a su familia sevillana y eso incluía a todos los vecinos del corral Rueda.

Carmen no consintió que Violeta se quedara en un hotel, a pesar de que ya tenía una reserva hecha desde México.

—Ni hablar —le dijo casi enfadada—, estaría bueno que haga años que no nos vemos y tú vayas y te quedes en un hotel. ¿Dónde quedaría la hospitalidad andaluza entonces? Tú te quedas en mi casa, con nosotros, y no se hable más.

Violeta prefirió no discutir y aceptó la oferta encantada. Además, le parecía muy dulce que su amiga la tratara como si hubiese sido ayer el último día en el que se habían visto. Carmen ya no vivía en Triana, como muchos otros trianeros. Muchos de los antiguos vecinos se habían vistos obligados a alquilar o comprar sus viviendas en otros barrios menos caros, normalmente en los barrios nuevos que se habían construido a las afueras de Sevilla.

—No te preocupes, Violeta, que mañana mismo nos cogemos el autobús las dos y nos plantamos en Triana en un suspiro. Hoy, si te parece bien, almorzamos en casa y nos ponemos al día de nuestras vidas. Estoy ansiosa por que me cuentes absolutamente todo.

—Me parece una idea excelente, Carmen —le dijo Violeta mientras la miraba con profundo cariño.

Las dos pasaron el trayecto en coche hasta la casa de Carmen abrazadas y parloteando sobre sus vidas, mientras Manuel iba al volante del pequeño SEAT 600 que tenía la pareja. Cuando llegaron, Violeta tuvo tiempo de deshacer su equipaje y relajarse un poco mientras Carmen andaba ocupada en la cocina preparando espinacas con garbanzos, salmorejo y unas croquetas.

—Espero que te guste lo que he hecho para comer, Violeta —le gritó Carmen desde la cocina—. He pensado que algo tradicional de tu tierra te gustaría.

—Por supuesto que sí, Carmen, ya me estoy relamiendo nada más de pensarlo —le contestó la zamorana.

A Violeta el almuerzo le supo a gloria, ya que hacía mucho tiempo que no había probado las espinacas con garbanzos y, aunque había intentado que doña Pura, la señora que se encargaba de hacer la comida en su casa mexicana, hiciera croquetas, nunca volvió a probar unas como las que había comido en Sevilla antes de la guerra.

—¿Quieres algo más? —le preguntó Manuel mientras le ofrecía otra copa de vino.

—¡No! Muchas gracias, no podría comer nada más aunque quisiera.

—¿Pero de qué estás hablando, mujer? —la interrumpió Carmen—. Ahora toca el postre, natillas con canela y café.

—Lo siento, Carmen, pero es verdad que no me cabe nada más.

—Déjala —le decía Manuel a su esposa—, a ver si con tanto empujarla le va a sentar mal el almuerzo.

—Bueno —intervino Carmen—, está bien, no quiero ser pesada y no te insisto más, pero ahí la tienes para la merienda. Veo que se te están cerrando los ojos, así que será una buena idea si te echas un rato. No mucho tiempo, porque no podrás pegar ojo esta noche si lo haces, pero una horita de siesta no te va a venir mal. ¿Te parece?

Violeta no contradijo a su amiga. Se fue derechita a la cama para acostarse un ratito. Se tumbó encima de la colcha y se puso un pequeño despertador de viaje que había traído con ella. Carmen y ella tenían que hablar de muchas cosas y no quería perder el tiempo durmiendo; casi cuarenta años sin verse había sido suficiente. Dejó a Carmen en la cocina recogiendo los platos, no había consentido que ella la ayudara, y a Manuel frente a la tele para empezar a ver el Telediario. Se desabrochó el botón del pantalón y se quitó los zapatos para estar más cómoda. Se quedó dormida justo antes de tocar la cama. Había vuelto a casa.

***

Carmen estaba exultante. Quería mucho a Violeta, nunca la había olvidado y habían mantenido una relación a distancia a través de cartas y algunas llamadas de teléfono. Violeta fue muy generosa con ella cuando se casó y le mandó dinero para que pudiera empezar una vida decente después de la guerra. Nunca se olvidó del cumpleaños de ninguno de sus hijos y les mandaba regalos en Reyes y en ocasiones especiales que los chiquillos siempre agradecían. Carmen se sentía muy cerca de ella, aunque físicamente habían vivido muy lejos la una de la otra.

La sevillana había compartido con su amiga su amor por don Emilio y lo que había sufrido con su asesinato, porque para Carmen el que lo hubieran fusilado siempre fue un asesinato en toda regla. También le había contado por carta que, después de la muerte del médico, le había propuesto a su madre y a sus hermanas salir del país, o por lo menos de Sevilla; sin embargo, Maruja la había frenado y la

había convencido de que para ellas, cuatro mujeres solas, lo más conveniente era quedarse donde estaban y esperar a ver qué deparaba el fin de la guerra.

Carmen había conocido a Manuel durante la contienda. El muchacho tuvo que cumplir con su obligación yendo al frente equivocado, pero le confesó a Carmen en muchas ocasiones que no comulgaba con el régimen de Franco. Sin embargo, el alzamiento y el reclutamiento posterior lo habían pillado en Sevilla, así que era ir al frente o morir en el intento de desertar. Manuel tenía familia, padres y hermanos más pequeños, por lo que tuvo que ceder e ir a pelear en el ejército al lado de los sublevados. No era un hombre de convicciones políticas; hubiera preferido no luchar, pero, en vista de que había que hacerlo por obligación, prefirió proteger de esa manera a su familia, yendo a luchar con el bando en el que lo sorprendió la guerra.

Carmen nunca había imaginado que pudiera llegar a enamorarse de un soldado del ejército de Franco, después de todo lo que había visto y de todo lo que había pasado. Sin embargo, al elegir quedarse en Sevilla, sabía que era mejor agachar la cabeza y seguir hacia delante que sublevarse ante algo mucho más grande que ella. Desde Sevilla no podía continuar ninguna lucha contra el fascismo, así que acató el consejo de su madre y aceptó su situación. No estaba de acuerdo con los nuevos dirigentes que controlaban la ciudad, pero prefería hacer su trabajo, pasar desapercibida y que la dejaran en paz. Ya había tenido suficiente de la guerra y del sufrimiento que les había traído a todos. Había tenido suficiente de muertes a su alrededor y sentía que la historia de Manuel era un poco como la suya. Ambos se habían visto envueltos en una contienda que no querían, que no entendían y que deseaban que terminase lo antes posible. Cuando lo conoció, aceptó ser la madrina de guerra del muchacho y, cuando él volvió del frente, se casaron al poco tiempo.

Se podría decir que Carmen había sido feliz. Pronto llegaron sus hijos y, aunque la posguerra fue muy dura para todas las familias españolas, ellos siempre pudieron gozar del pan del día y frutos secos tostados por Manuel en el obrador donde trabajaba. El patrón del muchacho siempre había sido bueno con ambos y mandaba de vez en cuando leche y otros productos para los niños.

Carmen, a pesar de tener a su cargo a cinco pequeños, siguió trabajando desde casa, lo mismo ponía inyecciones que cogía puntos de medias o hacía arreglos de costura, como le había enseñado Maruja. Le hubiera gustado volver a su trabajo en la fábrica de loza, pero no podía dejar a sus hijos solos tanto tiempo y tampoco quería

dejarlos con su madre. Eran muchos niños y Maruja había terminado la guerra muy delicada de salud. Solo diez años después de que la contienda terminase, Maruja murió sin conocer a todos los hijos de Carmen y a ninguno de los de Luci y Amparo.

La madre de Carmen había sido una mujer ejemplar y valiente que supo sacar adelante a sus hijas y brindarles un hogar lleno de amor. Se alegraba de que su padre no hubiera sufrido la guerra ni la posguerra, pero, por otro lado, le habría gustado que hubiese estado ahí para su madre en esos años tan duros. Tal vez si Obdulio no hubiese muerto en aquel asalto maldito a Radio Sevilla, ambos habrían podido pasar el resto de sus días felices, pero eso también le fue negado a Maruja y a su grandullón favorito. Todavía después de tantos años pensaba en él. Obdulio la había querido como a una hija y siempre estuvo a su lado después de la muerte de su padre. Le apenaba haberlo perdido tan pronto.

Carmen se llevó una mano a los ojos para apartar las lágrimas que le corrían por las mejillas. Durante esos cuarenta años en su casa, al igual que en la mayoría de los hogares españoles, no se había vuelto a hablar de la guerra. No era una imposición, más bien un pacto general que silenciosamente había arraigado en todos. No se quería remover nada más. Durante muchos años después de terminada la batalla, el horror, la revancha y el terror se implantaron en el país como norma. Hubo represalias al bando que favoreció a la República, por lo que en su casa siempre habían preferido correr un tupido velo al horror vivido por miedo. Ahora parecía que, después de la muerte del dictador, la situación en el país estaba cambiando.

Manuel soportó tres años de guerra en el batallón cincuenta y siete de ametralladora, tercera compañía del frente de Levante. Llegó a ser sargento y participó en batallas cruentas por toda la geografía del país. Tuvo suerte de no ser herido, pero vivió las mismas vicisitudes de los soldados de ambos bandos. Comió gatos y, cuando estos se acabaron, comió ratas; se paseó por la nieve de Teruel con botas sin suelas, pasó del frío al calor extremo según el destino que le tocaba y mató, cuando antes nunca había empuñado un arma. Muchos de aquellos jóvenes que lucharon como él también se vieron obligados a matar sin que los motivara ningún sentimiento político, ni de lucha obrera ni religioso o patrio. Hacía mucho tiempo que Carmen no había pensado en la guerra, pero la vuelta de Violeta le había puesto los sentimientos a flor de piel. Tenía que contarle algo, pero aún no sabía muy bien cómo decírselo. Aguardaría a que Manuel diera su paseo de cada tarde para hablar con ella; ya no podía esperar más.

63 EXPLICACIONES

Sevilla, febrero de 1976

Violeta se despertó de su siesta sin necesidad de despertador. Su sueño había sido en realidad un duermevela lleno de balas, bombas y muerte. Sabía que no sería fácil volver a España. La última vez que había visto sus costas estaba montada en un barco rumbo a México. Atrás dejaba el horror y también su país, a su gente y a su hijo muerto. Se levantó sudorosa, por lo que prefirió refrescarse antes de salir al salón y ver a sus amigos.

—Violeta, ¿ya estás despierta? —la llamó Carmen desde el sofá, donde se había sentado a ver la novela de la tarde—. No has dormido nada.

—Sí, Carmen, salgo enseguida. Voy a refrescarme un poco y ya estoy ahí.

—Te he dejado una toalla limpia en la peinadora de tu cuarto. ¿La has visto?

—Sí, muchas gracias, ya la tengo.

Violeta salió unos minutos más tarde, aseada y mucho más calmada, después de haber conseguido despejar los malos sueños de su mente.

—Me parece mentira volver a verte —le dijo a Carmen—. Realmente no pensé que esto pasaría. He vivido casi cuarenta años en México y ese Franco parecía eterno, como si no se fuera a morir nunca.

—Sí —sonrió Carmen—, desde luego que parecía eterno. Así hemos tenido que vivir bajo su yugo desde el final de la guerra, que se dice pronto. Sin embargo, ¿sabes algo, Violeta? Para gente simple como yo fue mucho más duro al principio. Después seguí mi vida, cuidando a mis hijos e intentando llevar una existencia lo más normal posible con mi marido. No hemos sido gente de dar jaleo; hemos cumplido las normas y hemos intentado seguir adelante sin mirar atrás. No hemos guardado rencor a nadie para poder continuar.

Nosotros somos gente simple y de algún modo hemos sido felices, si te soy sincera. No hemos tenido mucho, es verdad, pero tampoco nos ha faltado de nada. Mis hijos se han criado con lo justo, pero son hombres y mujeres de bien y hasta algunos han estudiado en la universidad, como tú bien sabes.

—Lo sé —le dijo Violeta— y me alegro mucho por ti y por Manuel. Habéis sabido continuar a pesar de lo duro que nos lo puso la vida y habéis formado una familia maravillosa.

—También tengo que agradecértelo a ti, que siempre has estado ahí ayudándonos.

—No digas tonterías, mujer —continuó Violeta—. Solo he aportado un poco para los niños, nada más.

—No, Violeta, eres muy modesta, pero sabes de sobra que nos has ayudado en todo lo que has podido. Ahora ven y siéntate a mi lado. Tengo que decirte algo, pero no sé muy bien cómo hacerlo.

—¿De qué se trata, Carmen? ¿Estás bien? ¿Tus hijos? —preguntó Violeta asustada.

—Sí, todos estamos bien, no es nada de eso.

—¿Entonces? ¡Me estás preocupando!

—Será mejor que te lo diga ya.

—Sí, Carmen, por favor, te lo agradecería.

—Bueno, pues si no recuerdo mal la última vez que hablamos fue en enero. Hasta hoy, que nos hemos vuelto a reencontrar, ¿verdad? Ya sabes que durante todos estos años no he vuelto a ver a Mario ni a tener noticias suyas…

Carmen siguió hablando, pero Violeta ya no la escuchaba. ¡Mario! No había vuelto a oír ese nombre en mucho tiempo. Se le nubló la vista y sintió ganas de llorar. Aunque fue feliz con Matthew, nunca se perdonó el hecho de haber abandonado a Mario. Matthew siempre le aseguró que ella había hecho lo correcto al irse a México, que quedarse para esperar a un fantasma no hubiera ayudado en nada, y ella estaba de acuerdo. Ambos habían sido más útiles a la República y a España desde el extranjero, donde tuvieron acceso a más recursos, que utilizaron para auxiliar. Luego, con el paso del tiempo, ella misma había enterrado el nombre de Mario muy dentro de su corazón y solo

se había atrevido a pronunciarlo cuando lo había escrito en alguna carta a Carmen, a ver si ella sabía algo de su paradero.

—Violeta, ¿me estás escuchando? —pregunto la sevillana.

—Sí, perdona, Carmen. ¿Qué me decías de Mario? —intentó disimular.

—Te decía que está en Sevilla, para hacerte la historia corta.

—Pero ¿está vivo? —preguntó Violeta incrédula—. ¡Vivo! ¿Mario está vivo?

—Sí, Violeta, está vivo y, como muchas otras personas, ha vuelto a España después de enterarse de la muerte del dictador. Necesito pedirte perdón. La última vez que me llamaste yo sabía que estaría aquí por estas fechas, por eso te insistí en que vinieras en febrero, ni antes ni después. Siento mucho si piensas que debería habértelo dicho, tal vez tengas razón, pero después de tanto tiempo no sabía cuál sería tu reacción. No quiero que estés sola, ya han pasado años de la muerte de Matt y aún no tienes a nadie en tu vida que te acompañe.

—No necesito a nadie. Tengo mi trabajo —dijo Violeta perpleja.

—Tu trabajo no es lo mismo que alguien que haga contigo el camino. A mí no puedes engañarme y sé lo importante que Mario siempre ha sido para ti. Tal vez podrías verlo y hablar con él, nada más. Si las cosas surgen, pues estupendo y, si no es así, cada uno por su lado. No perderías nada, pero te darías la oportunidad de aclarar muchas cosas.

—¿Tú lo has visto?

—No, y tampoco puedo darte muchos detalles más porque lo que sé es gracias a Teresa. No sé si te acuerdas de ella, una de las vecinas del corral, que tendría más o menos nuestra edad. Hemos seguido en contacto y, aunque yo me he mudado de Triana, ella sigue allí, en el mismo corral Rueda. Me llamó por teléfono en enero, antes de que yo hablara contigo. Acostumbramos a llamarnos de vez en cuando para saber la una de la otra. Bueno, pues me dijo que un hombre muy bien trajeado se había colado en el mismo patio del corral. Todos se quedaron extrañados al ver que no era uno de los vecinos. Pensaron que sería un turista admirando los patios sevillanos. La misma Teresa se acercó a él y le dio conversación. Dice que hablaba muy bien el castellano, pero con un ligero acento francés. Cuando le preguntó si estaba en Sevilla de vacaciones, le dijo que algo así. Le contó que

había vivido allí mismo, en el corral, y que se había ido a Francia después de la guerra. Cuando le explico a Teresa quién era, esta cayó en la cuenta de que era Mario. Por lo visto, se abrazaron y hasta se quedó a cenar en su casa. Le contó que quería quedarse unas semanas en Sevilla y que probablemente regresara a Francia a finales de febrero.

—No puedo creerlo —seguía diciendo Violeta—. ¿Sabes algo más?

—Poco más —contestó Carmen—. Solo que se aloja en el hotel Colón y que por lo menos estará aquí hasta finales de mes. Lo siento, Violeta, tal vez debería haberte preparado y no haberte dado una noticia así, de sopetón.

Violeta estaba muy nerviosa, no podía pensar. Nunca se había imaginado volver a ver a Mario. Con los años, había aprendido a aceptar la muerte del muchacho y ahora resucitaba de la nada. Tenía que verlo y explicarle por qué se había ido.

—Carmen, tengo que encontrarme con él ahora mismo. Tengo que contarle, tengo que explicarle, tengo que pedirle perdón.

—Violeta, tranquilízate. Sabía que esta noticia te iba a alterar. Ahora no es el momento. Ya se está haciendo tarde y tú tienes mucho en lo que pensar. No tienes que pedir perdón por nada. Tú esperaste, lo buscaste y no pudiste encontrarlo. ¿Hizo él lo mismo? Tal vez, en vez de perdón, vas a tener que pedirle explicaciones. Por favor, quedémonos aquí poniéndonos al día de nuestras cosas y mañana a primera hora nos presentamos en el hotel. Podemos ir antes del desayuno para asegurarnos de que no sale antes de que lleguemos nosotras. ¿Te parece?

Violeta trató de calmarse. De golpe era la joven de veinte años que dejó España, la muchacha que no había esperado. Se sintió inmensamente culpable. Se había convencido a sí misma durante todos esos años de que lo había buscado lo suficiente, pero tal vez eso no fuera cierto. Carmen la abrazó fuerte. Sabía lo que Mario había significado para Violeta y lo que había supuesto para la muchacha tomar la decisión de irse. Sin embargo, estaba convencida de que había sido lo mejor que había hecho en su vida. Violeta había sido feliz, había cumplido su sueño de ser médica y, sobre todo, había vuelto a encauzar su vida después de la muerte de su hijo.

—Violeta, escúchame, no te sientas culpable. A veces la vida nos

lleva por caminos muy distintos a los que teníamos planeados. Cuando murió Emilio, yo creí morir. No tenía razones para levantarme de la cama. Tú no estabas, ni Mario, ni casi ninguno de nuestros amigos. Obdulio había muerto y yo no sabía cómo seguir adelante. Sin embargo, conocí a Manuel, un soldado del bando contrario, el bando al que odié por mucho tiempo y que con mucho trabajo logré perdonar con el tiempo, gracias a la bondad de mi marido. Tú no podías saber que estaba vivo. Intentaste todo lo que estuvo en tu mano y, cuando ya no había nada más que hacer, optaste por aprovechar la segunda oportunidad que te dio la vida.

—No, Carmen, fui cobarde, eso es lo que fui. Por un lado, no me arrepiento porque verdaderamente amé a Matthew y conseguimos muchas cosas juntos. Pero por otro lado creo que borré de mi mente y de mi alma a una persona muy querida para mí, con la que había hecho planes de futuro para ponerme a salvo y buscar un mundo mejor. Fui egoísta.

—¡Ah! Ahora se llama ser egoísta el ayudar a tantos niños para ponerlos a salvo, a organizar el envío de ropas y alimentos a tus compatriotas, a hacer trabajos gratuitos en hospitales e incluso salvar a mi familia de penurias. ¿Es eso a lo que se llama ser egoísta ahora? Pues perdona que te diga, pero a mí me parece todo lo contrario. Dejaste atrás todo para poder ayudar. Desde aquí no hubieras podido. ¿Qué crees que hice yo? Pues déjame que te lo diga. Nada. ¿Me oyes? Nada. Intenté pasar desapercibida, llevar la vida que ellos esperaban que llevásemos y callar. Eso es lo que yo hice. En esos años, para poder ayudar, había que tener dinero, recursos, conocer a gente influyente, y tú lo conseguiste desde el exilio. Si te hubieras quedado por la quimera de volver a encontrar a Mario, no habrías podido ayudar como lo hiciste, y para nada, ya que él nunca volvió. Nadie de los que nos quedamos aquí volvimos a saber nada más de él hasta ahora, así que tampoco hubieras solucionado nada al no irte.

—Sí, tienes razón. Me ha impactado la noticia, nada más. Son muchos años, muchos recuerdos agolpados. Creo que la vida es sabia y tal vez yéndome pude hacer un mejor trabajo que quedándome aquí.

Aunque Violeta quiso recomponerse y quitar importancia al asunto, sabía que no podría engañar a Carmen.

—Me alegro de que entres en razón. No debes culparte así, no es justo. ¿Quedamos en que mañana vamos a verlo?

—Sí, mañana, pero esto es algo que tengo que hacer yo. Espero

que me comprendas y no te enfades, pero necesito ir sola.

—Está bien, Violeta, como tú digas. Estaré esperando para que me cuentes todo con detalle cuando termines. Al menos me dejarás que te acompañe al centro, ¿no?

Violeta estaba decidida a que nadie la acompañara. Mario era un asunto que tenía que resolver ella sola, pero no quiso disgustar a Carmen nada más llegar. Decidió que por la mañana hablaría con ella para explicárselo.

—Bueno, será mejor que dejemos de hablar de Mario y hablemos de nosotras —le dijo a Carmen sin responder a su pregunta—. Pero antes, ¿dónde están esas natillas con canela que me ofrecías?

64 EL DÍA

Sevilla, febrero de 1976

Violeta no había podido dormir en toda la noche. La noticia de la vuelta de Mario la había alterado mucho más de lo que hubiera podido imaginar. Salió a la calle temprano. Aunque Carmen había insistido en acompañarla, ella había rechazado amablemente el ofrecimiento de su amiga.

—Carmen, por favor, no te ofendas. Tengo muchas ganas de pasar tiempo contigo y ponernos al día de nuestras vidas, pero ahora tengo que resolver el tema de Mario y lo tengo que hacer yo sola. Tú mejor que nadie puedes entenderme, ¿verdad?

—Está bien —le dijo Carmen, dándose por vencida—. Siempre has sabido qué decirme para que te haga caso, así que ¿por qué iba a ser diferente ahora?

La sevillana abrazó a su amiga y le plantó dos sonoros besos en las mejillas.

—Ten cuidado y, por favor, llámame en cuanto termines. Me vas a tener en ascuas hasta que sepa algo de ti. Recuerda que tú no tuviste la culpa de nada.

—Sí, no te preocupes. Todo va a ir muy bien. Ahora debo irme,

no quiero que se me haga tarde.

Violeta estaba muy nerviosa y confundida; no sabía si Mario se acordaría o no de ella, y tampoco sabía si estaría enfadado. Aún no podía creerse que estuviera vivo. Se preguntó si la reconocería cuando la viera; había pasado tanto tiempo… Cogió un taxi porque no estaba familiarizada con la zona donde vivía Carmen; además, no quería llegar tarde y que Mario ya hubiera salido. El vehículo la dejó en la misma puerta del hotel. Se bajó del taxi y se arrebujó en su abrigo azul marino de paño. Hacía frío; febrero siempre fue el mes más frío en Sevilla. Una bocanada de aire le removió el pelo alborotándoselo antes de poder entrar en el edificio. Se había puesto un vestido azul de lana muy sencillo; el abrigo era de un azul más intenso y llevaba unos tacones cuadrados no muy altos, muy afines a la moda del momento. Violeta se paró en la puerta; tenía que reunir fuerzas para entrar en el hotel. Respiró hondo y dejó que el frío de la mañana le calara los huesos. Cuando estuvo preparada, se dirigió a la recepción del hotel.

—Buenos días, señora, ¿en qué puedo ayudarla? —le dijo un hombre delgado de buenos modales.

—Buenos días. ¿Podría decirme si se aloja aquí don Mario León, por favor?

—Un momento, señora, que lo miro.

A Violeta le pareció que el recepcionista se tomaba todo el tiempo del mundo para darle una simple respuesta. Ya estaba a punto de decirle algo cuando le contestó.

—Sí, señora. Le confirmo que el señor León se aloja con nosotros. ¿Estaba esperándola? ¿Quiere que lo avise?

—No, no —dijo Violeta agitada—. Sin embargo, tengo que hablar con él. ¿Sabe usted si ha salido ya?

—Le aseguro que no, señora. Yo he estado aquí toda la noche y, a excepción del caballero de la habitación 215, no ha salido nadie. Aún no hemos empezado a servir el desayuno; seguro que en menos de quince minutos empiezan a bajar nuestros huéspedes. ¿Quiere usted que llame al señor León por teléfono?

—No, por favor. Muchas gracias por su amabilidad, pero, si aún no ha salido del hotel, como usted me asegura, prefiero esperarlo aquí mismo, si no es una molestia.

—Por supuesto que no, señora, faltaría más. Por favor, siéntese y póngase cómoda. ¿Desea tomar un café o alguna otra cosa?

—No, es usted muy amable. Prefiero tan solo esperar —le contestó Violeta nerviosa.

—De acuerdo. A sus órdenes, señora —se despidió el recepcionista dando por terminada la conversación.

Violeta tomó asiento en uno de los cómodos sillones del vestíbulo. El hotel Colón era conocido en Sevilla como el hotel de los toreros. La mayoría de ellos, en las tardes de toros sevillanas, se quedaban a dormir allí por su cercanía a la plaza de la Maestranza. Era bonito, moderno, todo lleno de espejos y lámparas que colgaban del techo a modo de cascadas. Mientras esperaba, Violeta se retorcía las manos, que le sudaban profusamente. En el hotel había calefacción central y el calor hizo que pronto le sobrara el abrigo azul. Se lo quitó y lo dejó caer un una silla al lado de donde estaba sentada. Miró el interior de su bolso varias veces y hasta paseó por la entrada del hotel, pero no logró calmarse. El recepcionista la miraba intrigado, intentando disimular su extrañeza al verla allí tan temprano.

Los huéspedes empezaron a bajar, pero algunos eran más jóvenes que Mario y otros, más ancianos que él. No estaba segura de si podría reconocerlo, así que se dirigió a la recepción de nuevo.

—Señor, disculpe que lo moleste otra vez.

—Por supuesto, señora. No es ninguna molestia. Dígame.

—El señor Mario León es un amigo al que no veo desde hace mucho tiempo y yo no sé, no sé…

—¿No sabe si podrá reconocerlo, tal vez? —terminó la frase el hombre, para alivio de Violeta.

—¡Exacto! —dijo la mujer, sorprendida por la perspicacia del recepcionista—. ¿Podría hacerme una pequeña seña si lo ve bajar las escaleras, por favor?

—Claro que sí, señora. Quédese tranquila.

Sin embargo, antes de que Violeta pudiese agradecer la amabilidad al conserje, este la interrumpió.

—Ahí tiene a su amigo, señora. Está bajando las escaleras en este

momento.

Violeta se apartó del mostrador y se volvió lentamente. Por fin, y después de casi cuarenta años, frente a ella estaba Mario. No sabía cómo había podido dudar de ella misma y pensar que no iba a reconocerlo; lo hubiera hecho incluso con los ojos cerrados. Se dio unos segundos para contemplarlo antes de llamar su atención.

Mario se conservaba muy bien. Estaba bien vestido, con un traje de chaqueta gris oscuro y una corbata azul claro. No había perdido mucho de su precioso pelo, pero al igual que le había pasado a Carmen ya no lo tenía negro, sino más bien de un color entre la sal y la pimienta. Violeta quiso gritarle, correr a sus brazos y decirle lo mucho que se alegraba de que estuviera vivo, pero se quedó parada sin poder moverse. Lo llamó suavemente por su nombre y se paró frente a él.

—Mario, ¿te acuerdas de mí?

El hombre se volvió al escuchar su nombre y se detuvo en seco delante de ella. No necesitó que Violeta hablara nada más. Todos los recuerdos se le agolparon en su mente, los ojos se le nublaron y se quedó sin habla. Cuando Mario pudo reaccionar, la tomó de la mano y se la besó con dulzura.

—Violeta —fue lo único que Mario acertó a decir.

65 EL DESTINO

Sevilla, febrero de 1976

Hacía casi cuarenta años que Violeta y Mario no se veían, pero en sus vidas había un capítulo inacabado del que debían hablar. El hombre se quedó parado frente a ella sin decir nada. La sorpresa había sido tan grande que lo dejó sin habla. La abrazó suavemente y Violeta le correspondió el abrazo.

—Te busqué, te lo juro —le dijo Mario mientras las lágrimas rodaban por su cara—. Te he seguido buscando todo este tiempo. Volví a Almería, pero nadie me supo dar noticias de ti.

—Está bien, Mario —Violeta lo interrumpió poniéndole el dedo índice sobre los labios—. Acabamos de vernos, así que es mejor que no hablemos ahora de eso. Será mejor que nos sentemos delante de un café y nos pongamos al día de todo, ¿te parece bien?

El hombre seguía sin poder contener las lágrimas. Se acercó a ella y volvió a abrazarla. Sintió el calor del cuerpo de Violeta como un bálsamo que le llegaba de manera inesperada después de tantos años. La mujer sintió lo mismo; dejó caer su cabeza en el pecho de Mario y sintió un alivio infinito.

—¿Nos vamos a Triana? Allí podemos sentarnos en la plazuela a contárnoslo todo o pasear por el río como solíamos hacer —le dijo Mario.

—Me parece buena idea.

—Pues entonces, en marcha. ¡Vamos a casa!

Los dos se cogieron de la mano y salieron del hotel despidiéndose del recepcionista, que había observado la escena con curiosidad. Se dirigieron por la calle Julio César hasta desembocar en Reyes Católicos y, de ahí, al puente de Triana. El barrio los acogía aún callado. Era temprano, pero ya se empezaba a ver a las primeras amas de casa que, con sus carritos de la compra, se dirigían al mercado de abastos. Las campanas de la iglesia de San Jacinto empezaban a tocar y las calles se iban llenando de niños que se dirigían alegres al colegio.

La gente parecía feliz con el ir y venir de cada día, sin tener que esconderse y sin miedo a que les metieran una bala en la cabeza. La última vez que habían estado en Triana habían visto cuerpos en las calles, habían oído bombas, disparos indiscriminados y habían sufrido la opresión del miedo y la falta de libertad. Ese día de febrero, el ambiente era muy diferente y los llevó de vuelta a la Triana de antes de la guerra, la que conoció Violeta cuando llegó de Sandín.

El barrio seguía teniendo su sabor familiar, con cientos de pequeños negocios abiertos al público. Las cafeterías a esa hora del día se preparaban para servir chocolate con churros y tostadas con café. Ahora el tráfico recorría la mayoría de las calles de Triana, incluso aquellas que habían sido tranquilas en los años treinta. Mario y Violeta reconocieron el brillo y el calor de su barrio enseguida, pero al mismo tiempo también lo veían muy cambiado. Se sentaron en una de las cafeterías abierta en la plazuela. Desde la ventana, podían ver la majestuosidad de la iglesia de Santa Ana. Recordaron juntos a don Juan y la noche del fuego, pero eran recuerdos dolorosos e intentaron cambiar de tema. Era la primera vez que Violeta volvía a la plazuela y al corral Rueda. No pudo contener las lágrimas y, aunque tenía muchas ganas de visitar su antigua casa, eso lo reservaba para hacerlo con Carmen. Se lo había prometido a su amiga y ahora tenía muchas cosas que aclarar con Mario.

Violeta y Mario se sentaron uno enfrente del otro. El muchacho extendió su mano por encima de la mesa y cogió la de ella. La miraba embobado. Había ido a Sevilla con la esperanza de reconciliarse con su país, pero nunca pensó que pudiera volver a ver a Violeta.

—¿Cómo estás, Mario? —empezó la mujer—. ¿Cómo te ha tratado la vida?

—Estoy bien, pero no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ti —le dijo a bocajarro haciendo que Violeta se sintiera más culpable—. No había vuelto a pisar España desde que terminó la guerra. Pero, después de la noticia de la muerte de Franco, me dije a mí mismo que sería una buena idea volver a Sevilla, a mi tierra, a mi país, que perdí hace mucho tiempo. Quería hacer las paces con lo que dejé atrás. Llegué hace unas semanas y estuve visitando el corral, caminé por la orilla del río y paseé por la calle Betis, pero eran tantos los recuerdos que tuve que sentarme y reponerme antes de poder volver al hotel.

—Yo tampoco había vuelto a España desde que me fui en el año 1937 —afirmó Violeta.

—Violeta, ¿qué pasó? —le dijo el hombre, angustiado—. Después de esa bomba en la carretera de Málaga, se perdieron muchas cosas y yo te perdí a ti. ¿Qué pasó en esa carretera?

Violeta le apretó la mano llorando. Volver a recordar era muy duro, pero hablar de ello en voz alta era incluso más doloroso. Intentó explicarle a Mario todo el horror que había vivido y su búsqueda continua para encontrarlo.

—Llamé a todas las puertas, Mario —le dijo desesperada—. Te esperé en Almería porque creí que, si estabas vivo, volverías allí a por mí. Te esperé y pregunté en todos los organismos oficiales que pude pensar, pero todos me decían que lo más seguro es que hubieras muerto en el bombardeo. Yo tuve suerte, el socavón que dejó la bomba no me engulló y fui rescatada por un médico canadiense que me llevó a Almería en su ambulancia.

—Estuve malherido —le dijo Mario—, pero fui rescatado por los milicianos del grupo de Victoria y su familia. Estuve un tiempo escondido en una cueva de la serranía de Málaga hasta que estuve más fuerte para caminar. Llegué hasta Madrid y desde ahí participé en combates como soldado de la República. Ya había defraudado a la causa en Sevilla y no podía dejar de luchar otra vez. No quise fallarte, Violeta, pero una vez que me reclutaron en el ejército leal tuve que acatar órdenes e ir a donde me mandaban. Vi muchas cosas y fue muy duro, pero más duro fue no saber nada de ti. Victoria intentó buscarte a través de la red de milicianos que aún existía, pero no conseguimos nada. Terminé la guerra en Teruel, en el frente del norte, y de ahí, como pude y con algunos compañeros, pasamos a Francia. España estaba entera bajo el poder de Franco y no pude volver al sur.

Mario había perdido el brillo de sus ojos. Hablar del horror de la guerra era algo que no le gustaba, ni a él ni a la mayoría de hombres y mujeres de ambos bandos que habían participado en ella.

—¿Sabes, Violeta? Es la primera vez que hablo de la guerra abiertamente con alguien. Salimos todos tan traumatizados de aquí que fue mejor enterrar los pensamientos y acallar el alma.

—¿Qué pasó después de la guerra? —preguntó ella.

—Nada más llegar a Francia, a los españoles nos condujeron a campos de concentración. A mí me llevaron al campo de Gurs. No salí de ahí hasta muchos años después, cuando Franco ya era el caudillo y el amo y señor de España. Había oído que las represiones eran muy

duras, así que ¿para qué volver? Intenté echármelo todo a la espalda e iniciar una nueva vida en Francia. Pero no me entiendas mal, Violeta, seguí buscándote. Sin embargo, nadie me pudo decir nada de tu paradero. Luego fueron pasando los años y me convencí a mí mismo de que estarías muerta.

—Yo me fui a México —dijo la zamorana—. Encontré mi camino allí, fíjate qué lejos.

—¿Has sido feliz? —le preguntó Mario, deseando de corazón que su respuesta fuera afirmativa. El hombre quería a Violeta, siempre la había querido, y esperaba que ella hubiera tenido una vida plena.

—Sí, Mario, muy feliz —respondió Violeta con sinceridad—. Conocí a una persona que me lo dio todo y con él pude ayudar a España desde el extranjero. También pude estudiar. Ahora soy médica, ¿puedes creerlo?

Mario sonrió satisfecho. Le cogió la mano y se la besó con dulzura.

—¡Claro que puedo creerlo! Siempre has sido muy lista y sabía que podrías lograr todo lo que te propusieras.

—Y tú, Mario, ¿has sido feliz? —le dijo Violeta más seria.

—Bueno, yo he vivido bien. Tuve buenos trabajos, ahorré, hice buenas inversiones y ahora soy empresario. No me hace falta dinero y creo que soy un buen jefe para mis empleados. Si me estás preguntando si tengo familia, mi respuesta es no. En Francia aprendí el idioma e hice buenos amigos. También conocí a muchas mujeres; algunas fueron solo un juego y otras, en cambio, me brindaron un cariño sincero, pero nunca me casé.

—¿Por qué? —preguntó Violeta.

—Porque ninguna de esas mujeres eran tú. Me enamoré de ti desde el primer momento en que te vi entrar en el corral Rueda. Me hiciste el hombre más feliz del mundo brindándome tu amor y, aunque fuera solo por poco tiempo, tu recuerdo me ha acompañado siempre. La vida a veces no nos da exactamente lo que queremos o merecemos, pero yo he sido feliz solo con el hecho de haberte tenido en mi vida.

Violeta se levantó de su silla y se acercó a Mario. Le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó en los labios. Mario la estrechó aún

más fuerte y le devolvió el beso, esta vez apasionado. Un beso que contenía treinta y nueve años de un amor imposible. Ambos lloraron juntos por los que ya no estaban, por los años perdidos y por lo que pudo ser.

Después de horas de conversación en las que se pusieron al día de sus respectivas vidas, la pareja decidió pasear por la calle Betis. Era una mañana fría de febrero, pero el sol brillaba en lo alto, reflejando en el río la silueta de la gente que cruzaba el puente.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Violeta sin querer conocer la respuesta.

—En unos días —dijo Mario abatido—, pero puedo retrasar mi vuelo. Realmente no sé por qué he venido, tal vez tenía un buen presentimiento. Violeta, yo, yo… no quiero que volvamos a separarnos. Me gustaría que pudiéramos estar juntos. Sé que han pasado muchos años y que nuestras vidas son diferentes ahora, pero podríamos darnos una nueva oportunidad.

Violeta lo miró con ternura y su corazón le agradeció todas y cada una de esas palabras tan hermosas, pero la vida no suele dar segundas oportunidades y sentía que ese tren ya había pasado para ella y para Mario.

—Mario, te he querido mucho. Con toda mi alma. Nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que hiciste por mí y por Juanito. Pero tanto tú como yo sabemos que ya no somos esos chiquillos de veinte años. Hemos crecido, hemos aprendido y nuestros caminos se separaron hace mucho tiempo. Realmente agradezco a la vida la oportunidad que me ha brindado de explicarme ante ti y de decirte personalmente que te busqué y que la decisión de irme a México fue la más dura que he tomado en mi vida. Sin embargo, ahora tenemos vidas muy distintas, con responsabilidades a las que atender y hogares a los que volver. Te quise mucho, pero también a Matthew, y fui muy feliz con él. —La mujer se echó a llorar.

Mario la miró con cariño, le quitó un mechón de pelo de la cara y la volvió a besar suavemente.

—Violeta, no pretendo reemplazar a tu marido. Es más, le estoy muy agradecido porque te sacó de este infierno y cuidó de ti. Sin embargo, él ya no está y yo sí. Sabes que aceptaré todas las decisiones que tomes, pero creo que la vida ya nos ha robado mucho y que podríamos tener una oportunidad para volver a ser felices.

Violeta estaba aturdida pero también muy feliz. La alegraba volver a ver a Mario y sobre todo descubrir, después de tantos años, que estaba vivo y que la vida lo había tratado bien. Pensó en Matt y sabía que él se alegraría por ella. Después de tantos años, por fin, había encontrado a Mario.

—No tienes que darme una respuesta ahora —le dijo Mario—. Podemos tomárnoslo con calma, si es eso lo que quieres.

—No sé qué decirte, Mario. Prometo escribirte y podemos visitarnos, pero tanto tú como yo tenemos nuestras vidas hechas en países diferentes. Yo necesito mi hospital, mi medicina. Tal vez el destino no quiso que estuviéramos juntos por alguna razón. Tú siempre serás mi alma gemela, pero ya no somos unos críos asustados y debemos tomar decisiones con la cabeza y no con el corazón.

Mario estaba decidido a no perderla esta vez, pero conocía a Violeta y sabía que no podía ponerla entre la espada y la pared.

—¿Qué te parecería si te digo que no me importaría mudarme a México?

A la mujer se le iluminó la cara. Su carrera y el hospital eran muy importantes para ella, pero la ilusionó la idea de compartir con Mario esa parte de su vida que él no conocía.

—Eso, tal vez, sea una buena idea —dijo Violeta esperanzada.

Mario le sonrió sabiendo que había ganado la batalla. Siguieron caminando por la orilla del río cogidos de la mano, sin saber qué les depararía el futuro, pero con la seguridad de que debían intentarlo.

Violeta abrió su bolso y depositó algo pequeño en la mano de Mario.

—Yo tampoco te olvidé nunca.

El hombre abrió la mano para descubrir una pequeña llave. La llave de su casa de Málaga, de la que Violeta nunca se deshizo.

—Vamos —le dijo Violeta—, tenemos que contarle nuestros planes a Carmen.

Los dos se alejaron dejando atrás una Triana nueva, sin balas ni miedos. Una Triana libre.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no podría haber visto la luz sin la figura de mi abuelo. Su historia, camuflada entre los diferentes personajes, ha querido exponer la lucha, el horror y el miedo vividos por toda una generación de españoles a los que les dejó heridas para siempre. Estoy muy agradecida por toda su inspiración.

A Abril Camino, una consejera de valor inestimable que me ha guiado en parte de este proceso maravilloso.

A mis lectoras beta: María del Carmen y María José y, sobre todo, a mi compañera de experiencias y cómplice de vida, mi hermana Ana, por leerme incluso sin tiempo.

A mis padres, por contarme historias infinitas de su niñez que han sido escuchadas y no han caído en saco roto.

A mi familia y amigos, que siempre me han apoyado en todos mis proyectos de vida.

A mi querido barrio de Triana, porque, aunque esté lejos, siempre camino por sus calles desde el corazón.

A ti, lector, por hacer una realidad de un sueño imposible.

Pero, sobre todo, gracias a mis hijas, Mónica y Marina, y a Steven, que son el verdadero motor de mi vida. Os quiero infinito.

SINOPSIS

La oscuridad del sur narra la lucha desgarrada de un barrio de Sevilla, Triana, en los albores de la Guerra Civil, a través de los ojos de Violeta. La joven, nacida en Sandín, una pequeña aldea de Zamora, pasará su infancia en su pueblo, pero un hecho aberrante la obliga a huir al sur de España. En Sevilla descubre una nueva vida y, en los corrales de Triana, una red de solidaridad que no creía que existiera. Conoce a una familia que, aunque no de sangre, la acoge con los brazos abiertos. Y encuentra el amor, que ya no creía posible, en Mario. Sin embargo, todo se verá interrumpido al alcanzarlos la Guerra Civil, cuyas consecuencias los marcarán para siempre.

La oscuridad del sur es la historia de la lucha de un pueblo, de pérdidas irreparables, dolor y miedo, pero también es la historia de la superación, determinación por sobrevivir, resistencia y, en muchos casos, la aceptación de una realidad impuesta.

BIOGRAFÍA

Rosa Moreno Matellanes (Sevilla, 1966) estudió Geografía e Historia y trabajó dando clases de Historia, Arte y Cultura para estudiantes norteamericanos. *La oscuridad del sur* es su primera novela, inspirada en los primeros años de la Guerra Civil en Sevilla y en el barrio de Triana, donde nació. Ávida lectora, siente preferencia por temas históricos, especialmente los basados en la historia contemporánea mundial. Hoy en día vive en Arizona y trabaja en su propia empresa, en el sector de estudios extranjeros, exponiendo a los estudiantes, en su mayoría norteamericanos, a otras culturas, otros países y otros modos de vida. Actualmente ya está preparando su segunda novela.

Índice